Juan Fastenrath

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA

PRÓLOGO DE

M. R. BLANCO-BELMONTE

BIBLIOTECA PÚBLICA - GUADALAJARA -

Rey 1764

TOMO DÉCIMO

Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra".-Paseo de San Vicente, 20, Madrid.-Año de 1911.

MCD 2022-L5

2621

Juan Fastenrath

La Walhalla y las Glorias de Alemania.

PRÓLOGO DE

M. R. BLANCO-BELMONTE

BIBLIOTECA PÚBLICA

TOMO DÉCIMO

Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra".-Paseo de San Vicente, 20, Madrid.- Año de 1911.

MCD 2022-L5

Juan Fastenrath

La Walhalla
y las Glorias
de Alemania.

TOMO X

1911

6483

MCD 2022-L5

6485

MCD 2022-L5

Est. 121 41152646
Tab. 7
Núm. 2625

LA WALHALLA

MCD 2022-L5

BIBLIOTEQA PUBLICA - VIC

MCD 2022-L5

COLONIA (ALEMANIA).—NEUMARKT, NÚMERO 3.

FUENTE DE LOS LEONES (COPIA DE LA DE LA ALHAMBRA) EN EL JARDÍN DE LA CASA DE JUAN FASTENRATH

MCD 2022-L5

Juan Fastenrath

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA

PRÓLOGO DE

M. R. BLANCO-BELMONTE

BIBLIOTECA

TOMO DÉCIMO

Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra", Paseo de San Vicente, 20, Madrid. Año de 1911.

MCD 2022-L5

COLONIA (ALEMANIA).—NEUMARKT, NÚMERO 3.

FUENTE DE LOS LEONES (COPIA DE LA DE LA ALHAMBRA) EN EL JARDÍN DE LA CASA DE JUAN FASTENRATH

MCD 2022-L5

Juan Fastenrath

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA

PRÓLOGO DE

M. R. BLANCO-BELMONTE

BIBLIOTECA PÚBLICA - GUADALAJARA -

Rey 1764

TOMO DÉCIMO

Est. Tip. "Sucesores de Rivadeneyra".-Paseo de San Vicente, 20, Madrid.-Año de 1911.

MCD 2022-L5

La Walhalla y las glorias de Alemania.

GOETHE

Como los diez mil helenos á los cuales Jenofonte guió por los páramos y á través de las estirpes bárbaras de Asia se regocijaron al ver la mar, no sólo porque la mar era la senda que había de conducirlos á la patria, sino porque sus olas tenían para ellos, desde la época de los cantos de Homero, un sonido familiar y simpático, así los nombres de Goethe y de Weimar despiertan en los ánimos de todos los alemanes sentimientos patrios é idénticos, porque encierran un ideal sublime y nos hablan como la voz misteriosa de una divinidad.

¿Qué parte del gran Imperio alemán puede compararse con el suelo privilegiado de Turingia? En el Kyffhäuser durmió por es-

MCD 2022-L5

pacio de muchos siglos, guardada por la leyenda, la gloria del Imperio germano. En la Wartburg resonaron las arpas caballerescas de Walter von der Vogelweide y de Wolfram de Eschenbach, y en aquel mismo castillo donde los cantores rivalizaron para alcanzar los premios de la gloria y el favor de la Landgravina, tradujo Lutero la Biblia, de modo que nuestra fe y nuestra poesía tienen sus raíces juntas en el mismo suelo. Y como si no bastasen todavía aquellos méritos, nacieron aquí las dos estrellas cuyos rayos continuarán iluminando al mundo cuando el torrente de los tiempos haya arrebatado nuestro Imperio y nuestro pueblo. En Goethe y Schiller se salvó la índole germana lo mismo que se salvó la helénica en Homero y Sófocles. Si aquellos dos genios alemanes no pudieron hacer de la pequeña Weimar una gran población—pues la Weimar de hoy prosigue siendo tan tranquila y tan reducida como la de entonces,—abrieron, en cambio, en ella un horizonte tan anchuroso como el mundo, y el reflejo del cielo creado por ellos brilla aún en torno del lugar clásico y sagrado. Con lazos aun más estrechos que Schiller, encuéntrase Goethe unido á este suelo, pues en Schiller el vuelo ideal fué más poderoso que el sentimiento natural, y él rayó á extraordinaria altura cuando, irguiendo la frente, tocaba á las estrellas, mientras que Goethe sacaba su fuerza y su vigor de los brazos de la Natura-

MCD 2022-L5

leza. A él le confiaba sus secretos el sonoro Ilm, aquel "arroyo aprendiz de río", como llamaba Quevedo al Manzanares, y los abetos y pinos en las cumbres de Ilmenau le inspiraban melodías peregrinas y maravillosas. Las figuras creadas por él hermanan con el paisaje, sus historias brotan de la realidad inmediata, é involuntariamente destácase su imagen sobre un fondo local: ya le contemplemos pasear por el querido prado á su casita, medio escondida entre los árboles, ó ya le veamos entregarse á sus ensueños sobre las ruinas del Foro romano; ya en la tempestad del invierno cabalgue por las gargantas del Harz, ó ya pase las noches veraniegas en cumbre solitaria en una cabaña fabricada de maderos pensando en su amante lejana; ya le albergue la antigua ciudad de Wetzlar ó Estrasburgo, la de la catedral gótica, siempre surge de un cuadro presentándose siempre vivo, humano, natural. Al contrario, á Schiller, si prescindimos de la dura juventud que pasó en la Academia del tirano maestro wurtembergués, de aquel tiempo en que todas sus fuerzas eran pocas para sentir, nos le podemos figurar sin fondo local alguno, pues para él no hay limitación por el espacio, lo cual constituye, á la vez, su fuerza y su debilidad.

Dos ciudades se hallan íntimamente unidas á Goethe: Weimar y Roma. Desde que se calmó la tempestad de su juventud, que lo llevó de Francfort á Leipzig, de Estras-

BIBLIOTECA PUBLICA

MCD 2022-L5

burgo á Wetzlar, de Catalina á Federica, de Carlota á Lili, y desde que su libertad genial se sujetó al orden y á la austeridad que le impusieron una actividad regular, Weimar fué su patria: Ettersburgo con su selva, Tiefurt con su prado, Belvedere con su parque, Dornburgo con sus rosales y su anchuroso panorama, Ilmenau con su soledad y los valles y cumbres de la Wartburg, todos abrazaron con brazos amantes al joven, al adulto y al anciano. Y en su círculo alcanzó aquella perfección como artista y hombre que tanto admiramos en el que llegó á Weimar, cual joven semejante á Apolo en belleza y vigor, en entusiasmo y poder creador, capaz lo mismo de despertar en la lira sonidos naturales jamás oídos antes ni después, que de lanzar saetas mortales. Aquí el joven se convirtió en hombre sin perder el vuelo de la juventud, ennobleciéndose por el arte la explosión de su sentimiento para ser naturaleza hermosa; aquí el autor de *Goetz* y de *Werther* se hizo el poeta de *Egmont,* de *Tasso* y de *Ifigenia;* aquí el joven que parecía tempestad y huracán brilló como la luz del sol, y el hombre llegó á anciano asemejándose á la argentada luna; pero en todas las edades conservó así el aliento divino como la aparición bellísima celebrada por Wieland cuando Goethe llegó á Weimar, y por Eckermann, que ante su cadáver exclamó: "Un hombre cumplido presentóse á mis ojos, y el goce que experimenté viéndolo

me hizo olvidar un instante que el espíritu inmortal había abandonado tal cuerpo." En Weimar encontró en el Duque del país al amigo de su corazón y de su juventud, y, en la altura de la edad viril, halló en Schiller al amigo de su alma y á su genio hermano. Y aquí se purificó el poeta, cuyo corazón y cuyo espíritu, cuyo ánimo y cuya fantasía embargaron á la vez dos mujeres interesantes: Corona Schroeter y Carlota de Stein; aquí le purificó su amor peregrino á la señora de Stein, que era á la par su guía, su amiga, su amada, aquel amor que empezó siendo como los lazos mágicos con que en los cuentos se atan los leones y se encadenan los genios, y que después se trocó en pesada cadena, no sólo porque ni la costumbre del mundo ni la bendición de la Iglesia pudieron santificarlo, sino á causa de la diferencia de años y de caracteres. En Weimar se fundó su hogar doméstico, aunque no tal como, seducidos por la majestad de su imagen, quisiéramos desearlo, pero para él agradable y alegre. En Weimar, ciudad idílica y adornada por el arte, donde él era el César, el Júpiter, de cuya sonrisa ó de cuyo enojo dependía todo, se sentía feliz aun cuando había conocido en Roma un pasado inmenso y la grandeza del mundo, pues en Weimar nada turbó sus ensueños itálicos, no mezclándose ninguna nueva imagen grandiosa con sus recuerdos de las ruinas del Foro romano, de la palmera próxima

MUSEO PUBLICA

MCD 2022-L5

á San Pedro *ad Vincula* y de la cúpula de San Pedro. En Weimar encontró, en fin, la corona y la flor de su vida, y aquí se hizo el árbol gigantesco á cuya sombra vivificante acudirán siempre las generaciones, uno de esos árboles sobre cuyas copas descansa para la Humanidad la bóveda ideal del cielo.

Por eso el día en que Goethe llegó á Weimar, y que pudiéramos llamar el día de su advenimiento al trono en el reino de los espíritus, el 7 de Noviembre de 1775, es el día más memorable en la historia de nuestro desarrollo.

Los críticos—que, según la gráfica expresión de un escritor humorístico español, son á veces como los paños de cocina, que limpian los platos sucios y ensucian los limpios—han hecho mal en hablar tanto de los "días salvajes de Weimar", pues, comparados con las fiestas contemporáneas de París y de Londres, dignas de un Heliogábalo, aparecen éstos como una sencilla Arcadia enfrente de una lujuriosa Síbaris, ó como un idilio de Teócrito al lado de una sátira de Juvenal. Aun cuando Goethe no hubiese sido el hombre grande que vivió para bien del mundo y de la Humanidad, Turingia y Weimar deberían perpetuamente bendecir su nombre como el de una inapreciable joya, de un verdadero patriota, de un hombre de bien, de un sabio; como el que creó el parque de Weimar, cuyas calles, ora ascendiendo suavemente, ora des-

MCD 2022-L5

cendiendo, invitan á gozar la paz y la hermosura; como el que consagró sus esfuerzos para desarrollar los progresos materiales y para estimular y favorecer los intereses morales, base de la felicidad de los pueblos; como el que gobernó así la política como los asuntos artísticos y económicos de aquel Estado pequeño, cuyo destino afectaba al corazón tranquilo y olímpico del que en 1813 vió con indiferencia la exaltación de la Alemania del Norte, exaltación á la cual yo llamaría el entusiasmo más grande y más sublime que había visto el sol, si los españoles no hubiesen ostentado ya antes aquel levantado espíritu de independencia que les hizo arrojar al extranjero el año 1808, aquellos sentimientos que les han servido siempre de baluarte para protegerlos contra las asechanzas de enemigos y contra todo el que ha querido hollar su noble tierra.

¡Qué satisfacción tendría en hilar en los hilos del genio de Goethe, en que todo era fuerza, salud, verdad, candor, sencillez, claridad, y en cuyas poesías se encuentra el sentimiento más vivo y más profundo, el mayor dominio del asunto y de la forma, la fantasía más rica, la nobleza del arte y del ánimo! Quisiera penetrar en aquel genio que, como los helenos, lo retrataba todo en la plenitud de su pureza; el genio que convertía todo lo que le tenía ocupado, todo lo que le encantaba ó que le atormentaba, en un cuadro, en

una poesía, para calmarse á sí propio; el genio que parece el ideal completo, y de quien dijo Heine: "Queriendo verse á sí misma, la Naturaleza creó á Goethe." Aunque éste no necesite mis elogios, aunque su genio esté por cima de mi enaltecimiento, séame permitido tributar culto al nombre esclarecido de este coloso de la Walhalla.

Mientras sigan cerrados los archivos de la casa de Goethe, es asunto difícil referir sobre él algo inédito que no haya sido dicho por los biógrafos y por la historia de la literatura, ó que no haya sido desflorado por la prensa, Briareo de cien brazos, con los que empuña millares de plumas.

Pero antes de rendirle homenaje, antes de darle gracias por lo que le debemos, depositemos una rosa sobre la tumba de su envidiable madre.

¡Madres, ángeles de la tierra, madres cuyo amor lleva, como ninguno, el sello de su sublimidad, pues ninguno como él, sin recompensa, es incansable en ofrecer ventura; madres, ningún héroe merece, como vosotras, brillante apoteosis! "El nombre de madre—dice Emilia Calé Torres de Quintero, —santo desde que la primera mujer fué así llamada (pues Eva es madre), y más santo aún desde que los divinos labios del Redentor lo pronunciaron en el Gólgota, es el poema del amor, de la virtud, de la esperanza, del sacrificio y de la religión."

MCD 2022-L5

La madre de Goethe, Isabel Catalina Textor, hija del digno alcalde de Francfort—el doctor en jurisprudencia Juan Wolfgang Textor,—nació en la libre ciudad de Francfort el 19 de Febrero de 1731. Tuvo imaginación tan ardiente, que ya cuando todavía estaba en capullo su hermosura, y cuando apenas se había decidido á renunciar á sus muñecas, afanándose por parecer más vieja, aspirando á vestir el traje largo de mujer, á arrastrar por el suelo la falda, que hasta entonces le cubría poco más de la rodilla, se enamoró, entre risa y entre llanto, de la hermosa figura de un hombre, creyéndose en su fantasía juvenil correspondida por éste, que era el mismo emperador de Alemania Carlos VII. Y cuando después las campanas anunciaron su muerte, como si todas llorasen la pérdida del Emperador, la pequeña Isabel mostróse triste, encontrándose embargada por los recuerdos de su amor fantástico. Luego contrajo matrimonio, en 20 de Agosto de 1748, con el consejero imperial Juan Gaspar Goethe, que la condujo á la casa de su venerable madre, en la calle llamada Hirschgraben, y prontamente la inundó de alegría y de vida la naturaleza lozana y alegre de la joven Isabel. El Consejero, un hombre rígido y severo, que sólo se animaba con los recuerdos de un viaje á Italia emprendido años pasados, contribuyó á que su mujer perfeccionase su educación y se ejercitase en escribir, en cantar y

MCD 2022-L5

en aprender el italiano. Esta dió á luz un niño el 28 de Agosto de 1749, pero ¡cosa extraña! el hijo de Isabel, el gran poeta que había de dar vida intelectual al pueblo alemán, parecía muerto al nacer, y únicamente merced á grandes esfuerzos se consiguió despertar su vida durmiente. El padre se ocupó en la primera enseñanza del pequeñuelo, y la madre, cual una niña entre sus niños, se dedicó á narrarle cuentos representándole el aire, el fuego, el agua y la tierra como princesas bellísimas, y á veces la imaginación del hijuelo completó la de la madre. Cuando un cuento no se concluía la primera tarde, el niño confiaba á su abuela su opinión sobre el modo de terminarlo, y por la abuela lo sabía la madre, que la tarde próxima aprovechaba, cual buena diplomática, aquellas noticias relativas al desenlace del cuento, con júbilo del niño, que saludaba con aplausos entusiastas la descripción detallada de lo que había forjado su propia imaginación.

La madre de Goethe tenía un buen humor que se comunicaba á cualquiera que la visitase, y la inclinación de investigar siempre lo que hubiere de bueno en el carácter de los hombres; sabía la manera de hacerse amable, amada, imprescindible, irreemplazable para los suyos; poseía la gracia inteligente que todo lo embellece y lo suaviza, la liberalidad del corazón que hace todo el bien posible, la solicitud diligente que prevenía las necesidades

MCD 2022-L5

y hasta los deseos de los que vivían con ella; en fin, estas pequeñas pero bellas y delicadas virtudes que — según la bella expresión de María del Pilar Sinués — "son las perlitas que embellecen la cadena de la vida, hecha de tanto hierro, y que reunidas forman también una gran virtud, como es bello y admirable un mosaico compuesto de partículas diminutas y delicadas".

La madre de Goethe sabía también interponerse entre el amor al orden del padre y las excentricidades del hijo. Su vida toda se concretaba en su hijo Juan Wolfgang, ante cuyos ojos brillaba con esplendor el cielo benéfico de la dicha, y en su hija Cornelia, y después de la muerte de ésta, ocurrida en 1777, reflejábase en sus nietos, siendo siempre la madre de inagotable ternura. He aquí el fragmento de una carta que dirigió á su gran hijo, en 1786, á Roma: "Quisiera saltar de gozo por haberse cumplido el deseo que abrigabas, desde la juventud más temprana, de viajar por Italia. A un hombre como tú, con tus conocimientos, con tu gran mirada hacia todo lo grande, lo bueno y lo hermoso, con tus ojos de águila, tal viaje ha de proporcionarte alegría y felicidad durante el resto de tu vida, y no sólo á ti, sino á todos los que tengan la dicha de vivir en tu círculo. Eternamente quedarán en mi memoria las palabras de una amiga mía (la señorita de Klettenberg): "Si tu Wolfgang va sólo á Magun-

MCD 2022-L5

cia, obtiene más conocimientos que otros que vuelven de París y Londres."

Ninguna persona de distinción estuvo en Francfort sin visitar á la madre de Goethe, sin pisar aquella mansión que tenía fama de ser una casa santa. Es imposible figurarse la satisfacción de la buena madre al hospedar, en Septiembre de 1779, al duque de Sajonia-Weimar, Carlos Augusto, y al hijo de sus entrañas. No menor fué su júbilo al recibir en 1792, con motivo de la coronación del emperador Francisco II, á la bella y joven princesa Luisa de Mecklemburgo, que después se desposó con el príncipe heredero de la corona de Prusia, y más tarde fué la malograda reina Luisa, la madre del emperador Guillermo. Esta princesa se complacía en ver, acompañada de su hermana, los sitios en que había jugado el niño Goethe, y ambas jugaban también allí, como niñas, sacando agua, y para que á las princesas no se las interrumpiese en sus juegos infantiles, la madre de Goethe encerró en su cuarto á la camarera mayor.

Como prueba de la viveza de carácter de la madre de Goethe, y de su orgullo maternal, diré que una noche de estío, asistiendo en el teatro de Francfort á la representación de una comedia de su hijo, cuando los palcos estaban casi todos vacíos á causa del excesivo calor, exclamó ella desde su palco, dirigiéndose á uno de los actores que se encontraban en la escena: "Desempeñe usted bien su pa-

pel, estoy aquí yo." Y después de concluída la representación, añadió desde el mismo sitio: "Muy bien, muy bien, doy á usted las gracias, se lo escribiré á mi hijo."

¿Quién podría considerarse más afortunada que ella, que, llamando suyo á tal hijo, caminaba por una senda de rosas casi sin tocar las espinas?

"Nadie—escribió Bettina de Arnim á Goethe,—nadie te ha comprendido mejor que tu madre; mientras sabios, filósofos y críticos se empeñaban en investigarte y en investigar tus obras, ella era ejemplo vivo de cómo debías ser comprendido."

La que dió á luz el niño que ya cuando joven era un grande hombre, la que experimentó júbilo sin par al contemplar el laurel que ceñía la frente de su queridísimo hijo Juan Wolfgang, falleció en la noche del 13 al 14 de Septiembre de 1808. Hasta más allá de su muerte se extendieron sus cuidados cariñosos. Así, poco antes de fallecer dijo á sus criadas: "Cuidado, que no toméis pocas pasas para la torta que se sirva el día de mi entierro."

Ya es hora de hablar del gran hijo de Isabel, de Goethe, en cuya naturaleza se confundían de modo peregrino las cualidades de sus padres. Juan Wolfgang Goethe se llama aquel portentoso poeta, que ya inmediatamente después de sus años estudiantiles aparece cual genio poético de Alemania, cual hijo de las

musas, teniendo su morada en las alturas del Parnaso. Mientras que Schiller conquistaba el sagrario de la hermosura por su energía moral en una lucha de muchos años, despertando nuestra simpatía por la manera de desarrollarse como poeta, alcanzando después de las expresiones geniales, pero aun rudas, de su fuerza natural, con la ayuda del estudio de la Historia y de la Filosofía, así la abundancia y verdad de la vida, como la claridad del espíritu y la perfección formal que le hicieron capaz de escribir aquellas obras clásicas que rivalizaron con las creaciones de Goethe, no hay en éste ningún desarrollo propio, pues en él se hallaba ingénito el arte, y la Naturaleza se le descubría espontáneamente: sus primeras producciones son en su género tan acabadas como las ulteriores, y sus obras maestras constituyen una serie de cumbres singulares. La unidad orgánica de asunto, forma y tono en el *Werther*, tiene el mismo valor artístico que la armonía en la novela *Afinidades electivas (Wahlverwandtschaften)* ó en el poema épico *Herman y Dorotea;* la primera escena entre *Fausto* y *Wagner*, *Mefistófeles y Margarita*, no es menos excelente que *Ifigenia* ó el *Tasso;* las canciones que nacieron en Sesenheim no ceden el puesto al *Diván Oeste-oriental*, y trozos infinitos de *Wehther* y de los más antiguos fragmentos de *Fausto* contienen ya toda la profundidad y toda la altura de la contemplación de Goethe.

Bien dice, pues, Bernays: "Nuevas generaciones nacieron en torno de él, y á cada una le mostraba otro rostro; pero manifestándose en figuras variadas, quedaba siempre el uno."

Nadie descendió con ánimo tan atrevido como el autor de *Fausto* á las profundidades de los dolores eternos de la Humanidad que el tiempo moderno nos hizo sentir y conocer aún más. El asunto propio de las obras de Goethe es el conflicto del hombre consigo mismo, aquel conflicto que procede de las contradicciones que existen en la misma naturaleza humana, de la desproporción entre el querer y el poder, del jamás satisfecho y sin embargo inextinguible é ingénito anhelo hacia un conocimiento ilimitado; del impulso de abrazar el Universo y del penoso sentimiento de la limitación, que nos empuja á la desesperación ó nos lleva á la resignación; en fin, aquel conflicto que resulta de todos los enigmas del ser humano, que proceden de que, según afirma Goethe, somos el producto de dos mundos. Las obras de Goethe nos enseñan que cada día hemos de conquistar la libertad y la vida. Para gozar las maravillosas creaciones de este grandioso espíritu poético es menester pasar de su vida á su poesía y volver de su poesía á su vida, pues en él, que logró insuperablemente absorber la cultura de una edad entera; en él, cuyas creaciones peregrinas arrojaron mil testigos de la pobreza humana, la vida y la poesía corren parejas.

Todas las creaciones de Goethe tienen relación más ó menos estrecha con su vida: así su poesía lírica es espejo á la vez fiel, sencillo, mágico y encantador de los instantes fugitivos de su existencia; como capítulos de su propia vida pueden considerarse también sus composiciones épicas, y hasta sus dramas no encierran sino ideas y sentimientos despertados en él por el trato de los hombres.

Comprenderemos, pues, mejor las creaciones de Goethe conociendo los detalles de su vida, y procuraremos penetrar en ellos, pero con el respeto debido al genio: no para poner al nivel de la bajeza humana lo que él mismo elevó á la altura espléndida de la poesía, sino para conocer y admirar cómo, gracias al arte soberano del vate, su misma vida se convirtió en poesía.

El joven Juan Wolfgang Goethe se asemejó á su madre en los ojos, en los gestos y en la armonía de la sonora voz. Las absortas miradas del niño se fijaron en las láminas de los monumentos romanos, que se encontraban en la antesala de la casa paterna, como recuerdo del viaje de su padre á Italia, el gran museo del mundo, y sus oídos se complacieron en oir las canciones italianas que entonaba su madre, mientras su imaginación se ocupaba del teatro de títeres que le regaló su abuela. Pero viviendo apartado del mundo en su casa, no tenía ocasión de fortalecer su ánimo y de desarrollar su energía. Lo que faltó á su juven-

MCD 2022-L5

tud y á su existencia entera fué el grandioso destino que eleva al hombre al quebrantarle, el destino que hace latir más firme su corazón, que estimula su energía y que le defiende de las impresiones adversas y á veces dolorosas del mundo. Por eso, ¡qué diferencia entre el exceso de energía que se encuentra en *Los bandidos* de Schiller, y el desaliento extremo que ostenta el *Werther* de Goethe, á pesar de toda la belleza del sentimiento con que éste arrebata al lector!

Lo mismo que su padre, fué también el joven Goethe admirador entusiasta, no del noble pueblo prusiano y de su rey, sino de Federico el Grande, pues á éste no le unió un interés patriótico, sino una simpatía meramente humana. Eso hizo ya adivinar que el joven no sería jamás un patriota alemán del temple tenaz de un Lessing ó de un Kant. Cuando los franceses en 1759 ocuparon á Francfort, y el conde de Thorane, perteneciente á una de las más nobles familias francesas, pasó algunos años en casa del consejero Goethe, el joven Wolfgang, que hasta entonces había recibido la enseñanza de su severo y rígido padre, abrió su inflamable imaginación á las influencias del brillante pero ligero y frívolo espíritu francés, que concluyeron conduciéndole á los jardines de Armida y continuaron ejerciendo imperio sobre su alma hasta que en Estrasburgo, gracias á Herder, conoció sus errores y al propio tiempo la conciencia de

MCD 2022-L5

su gran vocación y de su fuerza. Pero antes de que eso sucediese, el joven se complacía en asistir frecuentemente á los espectáculos de los actores franceses de Francfort, Racine era su ídolo, y la índole francesa se arraigaba tanto en su alma, que hasta Federico el Grande cedía el puesto á un mariscal francés, como objeto de su admiración. No contaba todavía diez y seis años cuando se enamoró de una doncella inmaculada, la pobre parienta de una tabernera, la poética Margarita, cuyo amor evocó en el juvenil poeta un nuevo mundo de lo bello.

Goethe, á quien sólo llamaremos Wolfgang hasta que se haya conquistado un nombre como poeta, trató á unos jóvenes de bajo nacimiento, que un día le llevaron á una pobre hostería, donde vió por primera vez á la parienta de la huéspeda, la encantadora, la cándida, la inocente Margarita, que luego despertó en su alma el sentimiento sagrado del primer amor. Desde entonces la imagen de Margarita le persiguió en todas partes: por amor á ella, por ver á la adorada jóven, que le parecía cual blanca paloma cuyo arrullo amoroso había de ser dulcísimo, asistió al oficio divino. ¡Cuánto gozaba al contemplarla en el templo, absorta en la embriaguez del goce inmortal que sentía, elevando su pensamiento al cielo y meciéndose casta y pura en dulce ensueño de paz! No se atrevió á hablarla, no se atrevió á decirle que Dios pide para sí el ángel, no

la mujer; sólo su saludo fugaz le hizo bienaventurado. Después volvió á ver á ese ángel de amor en la humilde hostería, y el fervor del entusiasmo poético, que encontraba su ideal en el mismo objeto en que el corazón veía su más dulce alegría, le obligó á buscar y á tratar á la hermosa doncella, que un día, cuando se hallaban sin testigo alguno, le reconvino cariñosamente, porque él, siendo hijo de una familia respetable, tratase á hombres de costumbres tan ambiguas. En efecto, pronto fueron éstos acusados de falsificación de documentos, y hasta la inocente Margarita, la que Wolfgang había colocado como reina en el trono de su corazón, tuvo que comparecer ante el juez. No es de extrañar que el amante de Margarita, experimentando honda pesadumbre á consecuencia de tal suceso, perdiese la salud. Pero habiendo sabido que en presencia del juez había declarado la doncella que al joven Goethe no le había considerado sino como á un niño, vióse ofendido el orgullo innato de Wolfgang, instantáneamente agotóse el torrente de sus lágrimas, y su mente empezó á despojar á la graciosa virgen de todos sus atractivos, pero en su corazón vivió siempre la amada imagen que le inspiró su más encantadora figura femenina: la *Margarita* de *Fausto*. Jamás volvió á verla, pues la doncella marchóse de Francfort, y del corazón de Wolfgang se arrancó la cándida flor de sus primeros amores.

MCD 2022-L5

En el año de 1765 abandonó Wolfgang el teatro de su felicidad perdida, para estudiar leyes, obedeciendo á la voluntad de su padre, en la Universidad de Leipzig. Pero más que la jurisprudencia le interesaba el arte, y la enseñanza de Adam Federico Oeser, director de la Academia de Pintura de Leipzig, y á la vez maestro y amigo de Winkelmann, fué, sin duda alguna, el beneficio grande que debió á Leipzig, haciéndole conocer la antigüedad clásica. También renovaría en la cueva de Auerbach (1) la memoria de *Fausto,* el héroe del antiguo libro popular alemán. No hablaré de los amores de Wolfgang, en Leipzig, con Käthchen (Catalina), la alegre hija de su tabernero, Schönkopf, ni de los que tuvo con Federica Osser, la hija de su maestro: baste saber que en Agosto de 1768 volvió á su patria sin

(1) La cueva de Auerbach debe su nombre al célebre Dr. Enrique Stromer, natural de Auerbach, que desde 1530 á 1538 edificó en Leipzig una espaciosa casa, una especie de lonja que contiene gran cantidad de tiendas de mercader. La cueva de Auerbach fué teatro de aventuras peregrinas, pues, según dice la crónica, es ella la misma cueva en que el Dr. Fausto—aquel famoso escolástico vagabundo cuya vida escribió Widman en una obra impresa en 1559, en Hamburgo—practicó sus artes mágicas.

Dando un paseo por las calles de Leipzig acompañado de estudiantes naturales de Hungría, Bolonia, Carintia y Austria, vió el Dr. Fausto á algunos cuberos afanándose en vano en sacar de la cueva una cuba que contenía diez y seis ó diez y ocho cubos. "¡Sois hombres para poco—les dijo el doctor en tono de burla,—pues aunque sois tantos no conseguís siquiera extraer una sola cuba, lo que debía verificar un solo hombre!" Y mientras los cuberos, que poseían un bonito repertorio de invectivas, disputaban con Fausto, sobrevino el maestro vinatero, diciendo: "Pues bien, el que de vosotros consiga sacar la cuba de la cueva, la recibirá como premio." Y luego bajó Fausto á la cueva,

MCD 2022-L5

saber mucho de jurisprudencia, y además enfermo de resultas de su vida licenciosa. Entonces sus dolencias le inclinaron á las ideas místicas de una amiga de su madre, la señorita de Klettenberg, y empezó á ocuparse de obras cabalísticas, de estudios alquímicos y de ensayos químicos, sin adivinar á la sazón que estos trabajos habrían de servir de base á su *Fausto* dándole colorido local.

Por fin, en 4 de Abril de 1770 llegó á Estrasburgo para completar sus estudios jurídicos. Pero ¿qué nos importan éstos, si celebró en Estrasburgo, la patria del gran Fischart, la ciudad de la portentosa Catedral, su resurrección espiritual y poética, si el gran Herder derribó con su crítica los ídolos que entonces llenaban el alma del joven, y le levantó después volviéndole la confianza en sí propio, mostrándole el camino en que no hay

---

sentóse sobre la cuba como hubiera podido hacerlo sobre un caballo, y, cabalgando sobre ella, la levantó de la cueva, con gran asombro de los cuberos y del maestro. Este, aunque declaró que tal cosa no podía suceder de un modo natural, cumplió su promesa, y Fausto regaló la cuba á sus compañeros los estudiantes, que pasaron un buen rato vaciándola completamente.

La cueva de Auerbach contiene aún dos cuadros, representando el uno á Fausto echando copas con los estudiantes, el otro á Fausto cabalgando sobre la cuba. Asimismo vese en ella un retrato del Dr. Fausto, y pendiente de una cadena el libro popular del mismo doctor, libro del cual el estudiante Goethe sacó el asunto de su drama. Y con verdadera satisfacción miramos en aquella cueva, que aun hoy día nos abre el reino de Baco, semejándose á un pozo que siempre corre, el hermoso busto de Goethe adornado con una corona de laurel. Sabido es que el poeta nos pinta en su *Fausto* la escena de la cueva de Auerbach como primera expedición que el doctor hace en compañía de Mefistófeles.

MCD 2022-L5

barreras, ni tinieblas, ni cansancio, el camino de la Naturaleza, y enseñándole que la poesía no es patrimonio de unos cuantos hombres cultos, sino herencia inalienable de la Humanidad entera, y que el arte no es invención humana, sino don divino? Por Herder conoció la poesía sublime de la Biblia y el canto de Homero, el padre de la poesía, en cuya epopeya suenan con la misma verdad y hermosura el bramido del mar eterno, el estruendo de la batalla y la dulce palabra de amor que brota de labios humanos. Por Herder conoció la lozana y fragante flor de la cándida poesía popular, y todos los cantos que entonó Goethe durante su estancia en la Alsacia se asemejan á espontáneos cantos populares. Por Herder conoció también la poesía patética de Ossian, y aquella producción de la literatura inglesa, *El vicario de Wakefield,* y sobre todo los dramas de Shakespeare, que, cual otro Prometeo, formaba los hombres, y ante el cual parece pálida hasta la corona de Sófocles. Entonces en el espíritu poético de Goethe alzóse la bella llama resplandeciente, encendida por el aliento de la juventud, de la alegría y de un genio hermano, y llevada por la adhesión entusiasta, por el amor exaltado de apasionados amigos. Entre éstos encontróse también el teólogo Francisco Lerse, á quien dedicó un monumento eterno en la figura del mismo nombre que se halla en su *Goetz de Berlichingen.*

MCD 2022-L5

Al mismo tiempo que á Herder, vió también por vez primera á aquella cándida hija del párroco de Sesenheim (pueblecito que dista seis horas de Estrasburgo), Federica Brion, joven de diez y seis años, adornada con todos los atractivos de la inocencia, esbelta y bella como una flor del campo. Y entonces empezó para Goethe el idilio encantador que duró desde el otoño de 1770 hasta Agosto de 1771, su amor á Federica, que se presenta ante nuestros ojos rodeada de prados florecientes y de frondosos árboles. Ella amaba al poeta como la alondra ama el canto y el ambiente, como la flor matutina ama el perfume del cielo, y el vate, que se vió como en un horizonte de bienaventuranza, la amaba como al ángel feliz de su ternura, como á la blanca diosa de su existencia, como al ídolo de su corazón que le daba alegría é inspiración para nuevos cantos. ¡Cuántas veces, al compás del ardoroso arrullo de tórtolas amantes y parleras, al compás del suspiro de las auras, que requebrando pasan á las flores, besó la ondulante cabellera de la reina querida de su alma enajenada! No pretendía entonces, á no dudarlo, que los lazos que le uniesen á ella fuesen ligeros como un lazo de rosas. Pero Federica, por más noble, pura y buena que fuese, no pudo cautivar siempre á un genio tan poderoso como Goethe; no pudo continuar siendo ilusión hermosa de su vida, ser de su ser, y el vate, que al hablar de Shakespeare hacía el panegírico

de la libertad poética, no ignoraba que el bardo que está destinado á producir efectos más allá de los límites de su existencia y de su tiempo, puede también en la vida pretender más libertad que aquellos cuya existencia se encierra en las barreras determinadas de su vocación y de su estado. Reñían recias batallas en el alma de Goethe su amor y el poder de su temperamento de artista, y el amante concluyó siendo vencido por el poeta. No fué, pues, liviandad lo que le hizo abandonar á la bella y candorosa Federica, sino la conciencia de lo que le mandaba su naturaleza más elevada, su naturaleza de artista. Pero es preciso decir también que no aprendió la noción del deber, que su vida fué regida sólo por el sentimiento, que le gustó sólo lo que conquistaba sin trabajo, y que se había entregado á Federica sin pensar que las alegrías del amor se convertirían en lágrimas de remordimiento, y que, transcurrido el tiempo de rosas, habrían de llegar para aquel amor días de luto en que vería todas las flores marchitas. No hay prueba más evidente de la pureza de alma y del amor desinteresado de la bella hija de Sesenheim que ésta, aunque abandonada por Goethe, no cesaba de pensar sin envidia en el amante de su juventud, y no recordaba que debiese á otro el tiempo más hermoso de su vida. Entretanto Goethe, recordando ese rincón del mundo, no podía menos de sentir un anhelo de enjugar el llanto de los ojos de Fe-

MCD 2022-L5

derica, de recoger en su mejilla las lágrimas que alevemente la arrancaba el dolor, y sólo cuando ocho años después visitó otra vez á la que, según él mismo dijo, le había amado más de lo que merecía y más que otras á quienes había amado con el más vivo afecto; sólo cuando encontraba en casa de Federica amistad muy sincera, sin que su amiga hubiese procurado despertar en su alma los antiguos sentimientos, y cuando veía que su memoria quedaba entre aquella familia tan viva como si desde su despedida no hubiese transcurrido sino medio año, el contento volvió á su corazón, la tranquilidad á su existencia, y desde entonces vivió en paz entre aquellos seres virtuosos. Federica, que inspiró después una profunda pasión á un amigo de Goethe, el malogrado poeta Reinaldo Lenz, cuyo vigoroso talento se perdió por la demencia, nunca contrajo matrimonio, y murió en Noviembre de 1813, en Meissenheim (gran ducado de Baden), siendo universalmente amada como bienhechora de los pobres.

Volvamos á Goethe. Cumpliendo la voluntad de su padre, estableciόse en 1771 en Francfort, como abogado, pero su empleo sólo le ocupaba la más mínima parte del día, pues consagrándose á la poesía desarrolló los gérmenes de las ideas que debió á su trato con Herder durante su estancia en Estrasburgo, y por su *Goetz de Berlichingen* se olvidó del sol, de la luna y de las estrellas. *Goetz* se fun-

dó en una pobre y árida biografía escrita por el año de 1731, y el protagonista del drama debe sólo á Goethe la gloria de su nombre. *Goetz,* el paso primero de Goethe en la escena, es la representación más viva, más verdadera y más rica del siglo XVI; es la producción poética más revolucionaria, pues nos libró como por encanto del imperio del gusto francés, demostrando que una fuerza creadora que echa por tierra los preceptos de los franceses y de los griegos puede alcanzar más que hasta el movimiento más libre y más ingenioso dentro de aquellos preceptos; es el padre de un género entero de dramas caballerescos, que ofrecían de bueno que, librándonos de los modelos extranjeros, nos hacían volver á la Naturaleza, y, por último, es el drama que condujo la poesía alemana á aquel camino de los grandes dramas históricos en que penetró después Schiller con segura planta y con decidida y firme vocación, alcanzando los más brillantes triunfos.

Cediendo al deseo de su padre, ingresó el autor de *Goetz,* en Mayo de 1772, en la Cámara de Justicia del Imperio de Wetzlar, pero la sede del tribunal más alto de Alemania, en que á la sazón se dió el espectáculo extraño de que los mismos jueces fueron acusados de cohecho, no pudo contribuir á aumentar su patriotismo alemán. Si no como mejor patriota, salió de Wetzlar, al menos, como carácter más enérgico. El corazón en

que aun no había cesado de tener morada la encantadora Federica, sintió en la pequeña Wetzlar la fuerza casi ilimitada, y por ello tanto más peligrosa, de una nueva pasión. Poco después de haber conocido al secretario de la embajada de Hannover, Juan Cristiano Kestner, con el que contrajo amistad, conoció también á Carlota, hija del Sr. Buff, administrador de algunos vestigios de la Orden teutónica, sin saber al principio que la joven ya había dado á Kestner el sí de su boca ansiada. Carlota, la doncella de ojos azules y de cabellos rubios, que no había cumplido aún su vigésimo año, tenía la mirada serena como una mañana de primavera, y parecía irresistible por su buen humor y su amor á la hermosa Naturaleza. Goethe, que la contempló primero en el baile, la admiró después en su casa, en medio de sus diez hermanitos, para quienes ella era una segunda madre. Y desde entonces la casa del administrador Buff, llamada "Casa alemana", vió casi diariamente al poeta, y veinte manos de angelitos estrecharon con efusión la del nuevo amigo que narraba cuentos muy bellos á las niñas, que jugaba juegos muy divertidos con los muchachos y que empezaba á hacer de Carlota la garrida y esbelta palma del oasis feliz de su existencia. En compañía de Carlota, y cuando los negocios se lo permitían, también en la del novio pasó todo el verano, ora en la alfombra de la orilla del Lahn, bajo el árbol

que sostenía el blando nido del ave vocinglera, ora en el jardín, escuchando el canto de la alondra y el reclamo de la codorniz. Así aquellas tres personas, al parecer inseparables y formando consorcio peregrino, vivieron juntas la vida idílica de la amistad y del amor, y no se sabe á quién más se debe admirar, si á la novia, que trataba á Goethe con el mayor tacto, no alimentando su esperanza, ó al novio, que, enterado del amor naciente en el alma del que era tan peligroso para las mujeres llenas de sentimiento, en vez de abrigar celos, no tenía sino piedad de los tormentos del amigo que le amaba y, junto con él, amaba la misma dama. Gracias á Dios, otro amigo de Goethe, el tesorero de guerra Merk, residente en Darmstadt, que ya para el poeta era un guía seguro en los días de juventud y de efervescencia, salvó también al hombre del peligro en que se vió por su amor á Carlota, animándole á emprender un viaje por las orillas del Rhin, aquel río hermoso de quien con sobrada razón decía Logau que no debe llamarse Rhenus, sino Venus. El 11 de Septiembre de 1772 abandonó el poeta la residencia de su amada. Todavía la vió la víspera, aun cuando le faltaban fuerzas para despedirse de ella, y en la misma noche del 10 de Septiembre escribió á Kestner: "Cuando reciba usted estas líneas habré marchado ya. Dé usted el papel adjunto á Carlota. ¡Ay de mi pobre cabeza!..." Y el papel decía: "Ya estoy solo y

MCD 2022-15

puedo llorar. Dejo á ustedes felices, y no me aparto de sus corazones... Diga usted á los niños: Ha salido..." A Carlota le asomaban las lágrimas á los ojos, Kestner estaba triste, y los niños de la "Casa alemana" vestían luto.

Pocos días después vió Kestner á Goethe en Francfort, y el poeta abrazó al novio de Carlota con la mayor efusión de su alma. En Noviembre del mismo año entró otra vez en la "Casa alemana" de Wetzlar, y fué acogido por sus amigos con el antiguo afecto. "¡Dios les dé una vida entera semejante á los cuatro días que pasé yo en compañía de ustedes!", escribió á Kestner después de su marcha.

Durante su visita á Wetzlar oyó hablar del trágico fin de un conocido suyo, el secretario de la embajada de Brunswick, Carlos Guillermo Jerusalén, que se suicidó en la noche del 29 al 30 de Octubre de 1772, no sólo porque en su alta ambición se había visto ofendido por el embajador de Brunswick, sino porque amaba á una casada que despreciaba sus galanterías. Kestner complació á Goethe en el deseo de escribir una relación detallada de la muerte de Jerusalén, y el poeta, que ya conoció de qué abismo horrendo le había salvado la mano amiga de Merk, y que, sin embargo, no podía arrojar de su corazón á la bella Carlota, empezó en Junio de 1773 á escribir *Las dolencias del joven Werther,* aquella novela peregrina en la que prestó á la historia del malogrado Jerusalén sus propios senti-

mientos, la intensidad, el fuego de su amor ardiente á la que se había llevado su alma tras sus ojos. Ya en Septiembre de 1774 pudo remitir un ejemplar de *Werther* á Carlota, que el 4 de Abril de 1773 había dado á Kestner el dulce título de esposo, y el poeta consiguió también ahuyentar el mal humor que había de apoderarse de los dos jóvenes esposos al leer la novela en que Goethe había puesto el raudal de su amor á Carlota. Las correspondencias entre el poeta y Kestner duraron casi hasta la muerte del último, acaecida en 1800, y Carlota, que falleció en Hannover el 16 de Enero de 1828, volvió á ver á su antiguo amigo en Weimar, en Octubre de 1816.

Lo mismo que *Goetz,* produjo *Werther* — esa erupción de un volcán—un efecto mágico no sólo en Alemania, sino en el extranjero, pues ambas creaciones son modelos de composición y de estilo, y marcan, juntamente con la poesía lírica de Goethe, el principio de una vida nueva en la literatura patria, volviéndonos la lengua de la Naturaleza y del corazón. Sobre todo *Werther* debía evocar un movimiento inaudito entre los contemporáneos, por expresar lo que se hallaba en la atmósfera de aquel tiempo, y que un decenio después se convertía en hecho en Francia, la idea de la libertad, la aspiración de libertarse de las pesadas cadenas de muchos siglos, el odio contra las formas estrechas de la so-

MCD 2022-L5

ciedad; pero *Werther* no es sólo un monumento interesante del tiempo en que nació, no tiene sólo una gran importancia social, sino que debe su inmortalidad á la fuerza intrínseca del genio, á la verdad en la pintura de los caracteres, á la maestría en el desarrollo, á la expresión ardiente de la pasión, al estilo espontáneo, animado y elevado, en fin, al arte con que Goethe sabía retratar poéticamente la realidad, la verdadera, plena y rica Naturaleza, lo que él mismo había sentido y vivido.

Aquel arte infinito de dar figura poética á un trozo de vida real lo manifestó principalmente en *Werther,* en *Herman y Dorotea,* en *Ifigenia* y en *Tasso,* y lo manifestó con una fuerza que le coloca á la altura de los mayores poetas de todos los pueblos y de todos los tiempos.

Werther es espejo claro y puro de la Naturaleza, y se le podrían aplicar las palabras del mismo Goethe: "Una buena obra de arte puede producir, y producirá, sin duda alguna, resultados morales, pero exigir al artista fines morales es perderle en su oficio." Pues penetrando en el objeto de su inspiración, el artista ha de crear su obra según la índole del asunto, sin cuidarse de fines algunos. No puede, pues, hacerse un cargo al poeta si, como dice madama de Staël en tono de burla: "*Werther* causó más suicidios que la más hermosa mujer", aunque no negaremos que *Werther* es como un veneno ofrecido en vaso transparen-

MCD 2022-L5

te, y en la descripción bella y seductora del camino que llevaba á *Werther* al suicidio hay un gran peligro para los menos entendidos, que podrían considerar también como bueno y digno de imitarse lo que vieron retratado de modo tan hermoso.

Parece que el corazón de Goethe, lleno de amor infinito, hubo de necesitar siempre un afecto, una pasión. Pues apenas había abandonado á Carlota, cuando ya le atraían los negros ojos de Maximiliana, hija de la señora de La Roche, á la cual conoció en Ehrenbreitstein y que continuó siendo el imán de su alma después de haberse fijado en Francfort, siendo esposa del acaudalado comerciante Brentano, y recordando su pasión pasada á Carlota y su afecto presente hacia Maximiliana, escribió Goethe el *Werther*.

En Francfort produjo, en 1774, también su tragedia *Clavijo*, que se debe á una promesa del poeta hecha á una señorita de escribir en el término de ocho días un drama inspirado en un trozo de las *Memorias de Beaumarchais*, que acababa de recitar en una alegre tertulia de jóvenes y de muchachas en que éstas fueron destinadas por la suerte á los jóvenes como esposas.

El joven poeta había atraído ya tanto las miradas de los genios más grandes, que en Octubre de 1774 le visitó Klopstock, de paso para Karlsruhe, pero la personalidad solemne del autor del *Mesías* formaba contraste demasia-

MCD 2022-L5

do grande con la naturaleza libre é ingenua de Goethe, para que el trato de ambos hubiera podido producir una amistad entrañable.

No hablaremos del drama *Stella,* escrito en los primeros meses de 1775, cuyo asunto, peligroso para dejar á salvo el decoro de la escena, no se ha visto libre de motivos de censura, pero sí dedicaremos un recuerdo al amor del poeta á Lili, la bella hija de un rico banquero de Francfort, la que, si era una maja, no era menos una maga que dondequiera llamaba la atención por su alegría, por su donaire, por su elegancia, viéndose rodeada de homenajes y de adoraciones. Pero cuando la pasión del joven Goethe había llegado á su apogeo, las llamas hundiéronse en sí mismas, y los sentimientos se consumieron á sí propios. Eso sucedió así en los días de Sesenheim como en su afecto hacia Lili, y pronto—sin que pueda decirse por qué no recibió con ella la bendición nupcial—se despidió de su novia. Volvió á verla en 1779, en aquella peregrinación que le condujo también al lado de Federica, y fué recibido cariñosamente por Lili, que un año antes había contraído matrimonio con un banquero de Estrasburgo.

Teniendo ya desde hace tiempo en la mente la concepción de *Fausto,* para el cual había hallado ya muchos pormenores en la Naturaleza y en su corazón, y después de haber trazado también la disposición del plan de *Egmont,* apareció el juvenil poeta, á quien todos

debían mirar á través del prisma del amor, y que tenía ya un nombre muy brillante en los fastos de nuestra literatura, en 1775, en la corte de Weimar, naciendo cual estrella en el círculo de Carlos Augusto, é inspirando á Wieland aquellas palabras que no podían brotar sino de un corazón noble y ajeno á la envidia: "Para mí no hay ya vida sin este joven maravilloso, á quien amo como á mi hijo único, y celebro, como cumple á un genuino padre, que crezca tan hermoso por cima de mi cabeza y sea todo lo que yo no he podido ser."

En Weimar se dilató su existencia para hacerse una obra de arte: aquí empieza aquella vida tan rica que concluyó con el hundimiento en el Panteón de los príncipes. Bosquejando aquella vida diré que diez años después de haber llegado á Weimar había de salvarse por la fuga á Italia para volver á encontrarse á sí mismo en aquel suelo clásico y para desarrollar libremente las fuerzas de su genio, y que después de su regreso, formando contraste su ser purificado con el mundo perturbado, refugióse como en una isla bienaventurada en la estrecha unión con un espíritu distinto, pero congenial, el espíritu de Schiller, con el cual laboró en pro de la Humanidad, sin dejarse perturbar en su gran misión por las borrascas de sus contemporáneos, y que, interrumpida aquella actividad común por la muerte del amigo, penetrando el estremecimiento del mundo hasta los círculos tranquilos del ho-

MCD 2022-L5

gar doméstico, Goethe se salvó en el santuario de las ciencias y buscó nuevas fuentes de vida en la literatura universal, hasta que, separándose cada vez más de las aspiraciones de su época, concluyó creándose una poesía que, por su inclinación á lo simbólico y alegórico, era más apta para el estudio de las generaciones futuras que para el goce de las presentes.

Prescindiendo de la poesía lírica (1) de Goe-

(1) He aquí la versión castellana que Teodoro Llorente hizo de una bellísima balada de Goethe escrita en 1778 y titulada *El pescador*. Quien jamás se haya mirado en el espejo del agua cristalina, podrá formarse idea del elemento líquido al leer aquellos versos alemanes, tan armoniosos como el canto:

"EL PESCADOR

La ola sin cesar subía,
La ola sin cesar cantaba,
Y el pescador contemplaba
El anzuelo, que se hundía.
Llenaba dulce alegría
Todo su pálido ser;
De pronto, ignoto poder
Abre á sus plantas el mar,
Y del fondo ve brotar
Diosa, náyade ó mujer.

Y así le dice:—¡Ay de mí!
¿Por qué astuto engañar quieres
A los inocentes seres
A quienes albergue dí?
¿Por qué los llamas así
Al ambiente que los mata?
Si supieras cuánto es grata
Su suerte en mis ondas frías,
Tú mismo venir querrías
A mis palacios de plata.

En mi seno palpitante
Abísmanse Luna y Sol,
Y con más vivo arrebol
Brilla después su semblante.
El firmamento distante

the, que, refiriéndose principalmente á sus relaciones con la señora de Stein, ó al Duque, refleja el instante con la verdad más pura, y, aunque sea del todo individual, produce efecto universal, no puede negarse que los primeros diez años de su estancia en Weimar, aunque le enriquecieron en conocimiento del mundo y en el desarrollo de su naturaleza, fueron casi perdidos para la poesía, pues la prosa de los negocios, la abundancia de tareas y de distracciones, el cargo que le había impuesto la amistad del Duque, y que llevaba consigo deberes cuyo cumplimiento era cosa de honor,

---

Se refleja en mi cristal;
Y á mi regazo inmortal
Te llama la imagen propia,
Cuando en su espejo la copia
Mi inagotable raudal.—

La ola sin cesar subía,
La ola sin cesar cantaba,
Y al pescador, que dudaba,
El pie desnudo lamía.
Afán que al amante guía
Hacia su adorada infiel
Sintió en el momento aquel,
Entre caer y saltar;
Rodó hasta el fondo del mar,
Y nadie supo más de él."

No resisto á la tentación de transcribir otra traducción, hecha por Llorente, de una balada preciosísima de Goethe:

"LA COPA DEL REY DE THULE

Era un rey, fiel y constante;
Murió en sus brazos su amante,
Y, cual su mejor tesoro,
Dióle en el último instante
Una hermosa copa de oro.

consumieron los ríos de su inspiración, impidiéndole llevar á cabo á *Tasso* y *Guillermo Meister* y continuar á *Fausto,* aquellas obras que la nación, que le había proclamado su poeta predilecto antes de que él mismo supiese si la poesía podría ser su vocación principal, tenía derecho á esperar del esclarecido autor de *Goetz* y de *Werther;* y las producciones poéticas que creaba en medio de sus múltiples quehaceres, aunque en su esfera limitada sean obras maestras, son, por su género, indudablemente inferiores á las creaciones que ya cimentaron su reputación cuando jo-

---

El rey, de noche ó de día,
Sólo en la copa bebía,
Y al tocarla el labio ardiente,
El júbilo de repente
Brillaba en su faz sombría.

Mas llegó el día postrero,
Y al hijo su reino entero
Dióle y todo su tesoro:
Sólo negó al heredero
La querida copa de oro.

Hizo á sus grandes llamar,
Y en torno á la regia mesa
Se vinieron á sentar,
En el castillo al que el mar
Las plantas humilde besa.

Allí apuró moribundo
El postrer sorbo el anciano,
Y con enérgica mano
La copa lanzó al profundo
Abismo del Océano.

Con mirada de agonía
Siguió, sin afán ni enojos,
La copa que al mar caía;
Vió cómo el mar la sorbía,
Y entornó muerto los ojos."

ven, pues estos lindos pasatiempos—que contienen rasgos felicísimos de ingenio y detalles de carácter y de colorido local, aproximándolos á la verdad subjetiva que sólo puede reproducir una perpetua observación—no tuvieron otro fin más que satisfacer los placeres de la corte.

Lo verdaderamente grande que salió en aquel período es *Ifigenia,* pero también ésta, escrita sólo en prosa rítmica, no llevaba aún aquella forma completa de poesía clásica en que había de admirarla el mundo.

Además de las tareas que desempeñaba en el servicio de su príncipe y amigo, y además de sus trabajos poéticos, le ocupaban sus inclinaciones artísticas y científicas, pues continuó en Weimar sus ejercicios de dibujo, de pintura al óleo y de grabado en madera, que habían constituído la delicia de su juventud temprana, y dedicóse también á estudiar las ciencias naturales. Pero con todo eso no podía sentirse feliz. La graciosa é ilustrada Carlota de Stein, que poco á poco heredaba el afecto de Goethe á su madre, á su hermana y á las otras mujeres, siendo la dulce compañera de todos sus pensamientos, la guía de su alma, el grato compendio de su destino, de todas sus alegrías y dolores, cuyo amor le parecía la luz de sus días, el talismán de su vida, semejándose al cuento eterno de la célebre Dinarzada en *Mil y una noches,* cuyo hilo, interrumpido por la noche, se reanudaba

MCD 2022-15

con impaciencia por la mañana; esa dama que le animaba á escribir las obras que creó desde su llegada á Weimar hasta su viaje á Italia, y á la cual, en sus cartas, daba cuenta de sus trabajos relativos á *Ifigenia, Tasso, Egmont* y *Guillermo Meister*, era la esposa de otro. Si eso pudo olvidarlo el amante poeta en los días de hirviente juventud, más tarde hubo de causar tormentos y penas al que un día exclamó: "¡Ojalá que la idea de lo puro, que se extiende hasta el bocado que tomo en la boca, se haga en mí siempre cada vez más lúcida!"

También al dirigir su mirada hacia la literatura no vió sino imitaciones bastardas de *Goetz* y de *Werther;* de modo que no es de extrañar que, para salvar el simulacro que guardaba en su alma se libertase de repente de todo lo que le oprimía, así de su servicio como de su amor, y que, limitándose á anunciar al Duque su propósito por escrito, sin comunicar nada á su amada hasta que ya estuvo lejos, dirigiera el 3 de Septiembre de 1786 su rumbo desde Carlsbad hacia el país que hacía años era el anhelo de sus días, el sueño de sus noches, la bella Italia, cuyo templado cielo infunde alegría en los ánimos y convida á la calma y á la moderación.

Desde que Goethe vió á Roma, donde suena perpetuamente el eco de los pasos de los grandes hombres que allí anduvieron; á Roma, que parece dotada de la cualidad mágica de excitar el anhelo del hombre de tener en ella

morada y tumba; á Roma, donde los grandiosos retratos de lo pasado penetran en el alma dejando en ella su rastro y produciendo una independencia y libertad que se eleva sobre los acontecimientos, la llama de su genio brilló desde la altura de un faro ardiendo de modo más concentrado y tranquilo. En Roma, ante las creaciones de Miguel Angel en la Capilla Sixtina y de Rafael en el Vaticano, conoció que había nacido artista y que debía ser poeta para vivir en armonía consigo mismo. En Roma volvió á dedicarse á la más sublime, á su verdadera vocación, á lo que constituye la más alta actividad humana y el único principio animador: el Arte. Y en Roma conoció que todo arte ha de realizar el idealismo de la antigüedad clásica, y desde entonces empezó á arrojar de su naturaleza lo que no era del todo armonioso, á hacer su vida misma un objeto de arte, y á aspirar hacia el perfeccionamiento de la Humanidad al perfeccionarse á sí propio. El país que efectuó aquella maravilla, Italia, ese jardín de Dios que produce flores divinas, ese suelo clásico en que el mayor poeta alemán celebró su renacimiento y cuyos tesoros artísticos nos dió á conocer Winkelmann; esa tierra que formó á Cornelius y á Schinkel y donde resonaron los cantos de Platen; ese país en cuya capital brotó la nueva flor de la filología alemana y en que Guillermo de Humboldt aumentó su elevada noción de la dignidad del arte; en fin, esa pri-

MCD 2022-L5

vilegiada región de cuyo Capitolio hicieron Niebuhr y Bunsen el emporio de la ilustración, encuéntrase retratada en estilo tan luminoso y transparente como el puro ambiente del Sur, que da á conocer todas las cosas pura y claramente, en aquella descripción de su viaje que Goethe hizo en 1813 y los años siguientes, utilizando las cartas dirigidas desde aquel país á sus amigos y amigas en la patria, principalmente las que escribió á Herder y á Carlota de Stein, pintándose ora en el círculo de artistas alemanes é italianos, de los cuales él mismo era centro, ora en el fondo aromático de la naturaleza meridional, ante las obras de los maestros ó en medio de la variada vida del pueblo.

El viaje de Goethe á Italia marca el deslinde entre su juventud y su edad madura. Antes de aquella peregrinación fué el joven y casi mítico Goethe, sobre cuya figura se ha extendido ya un leve crepúsculo, y después de ella es el Goethe del nuevo tiempo, el Goethe que vive vida eterna en aquellas obras que parecen escritas en la actualidad. Después de su regreso á Alemania dió Goethe impulso poderoso al movimiento de los espíritus que se sentían atraídos hacia Italia y hacia la antigüedad, y sobre todo hacia Roma, como escuela en que un espíritu varonil puede perfeccionar su cultura del modo más hermoso, y hasta sus postreros días no cesó de ser el mediador entre Alemania é Italia, agui-

MCD 2022-L5

joneando á sus compatriotas para que tradujesen las tragedias de Alfieri y estudiasen á Alejandro Manzoni.

El 18 de Junio de 1788 volvió á Weimar, ocupando desde entonces sólo la libre posición de un amigo del Duque, sin más deberes que los que él mismo quiso imponerse.

Los sabrosos frutos que se llevó de Italia fueron *Egmont, Tasso* y aquel modelo de composiciones clásicas, la forma segunda de *Ifigenia,* ejecutada y elevada á la perfección más brillante y armónica en Roma el 6 de Enero de 1787. En *Ifigenia* respiramos el aliento de la belleza encantadora y de aquel sentimiento delicado y profundo que es una herencia alemana por excelencia. *Ifigenia* transporta la gloria toda de la antigüedad al elevado pedestal alemán, y confunde la majestad, la claridad y la dignidad de la forma clásica con el espíritu germano, con la humanidad más pura, que es á la vez la moralidad más alta. *Ifigenia* es por la gracia, la pureza y la dignidad de su estilo, un manantial rejuvenecedor de poesía; es una estrella eterna en el cielo de la poesía alemana. Verdaderamente nacional, verdaderamente helénica fué la *Ifigenia* de Eurípides, donde la heroína triunfa de los bárbaros por un medio nacional, el fraude aprobado por el mandato de los dioses, y verdaderamente nacional, verdaderamente alemana es también la *Ifigenia* de Goethe, donde el poeta germano consiguió animar

MCD 2022-L5

un asunto extranjero en el espíritu de su pueblo, representándonos en *Ifigenia* la pureza de un alma noble que derrama la bendición de la Humanidad sobre la áspera costa de Tauris y que, alcanzando la victoria sobre sí misma, merced al espíritu de la verdad, gracias á una hazaña moral á la cual llamaremos una hazaña alemana, alcanza también la victoria sobre el destino. Si la *Ifigenia* de Goethe, que por su carácter y su índole no aspira al éxito, sino por la alteza de los pensamientos y las galas de la versificación, es, pues, del todo alemana, está escrita, sin embargo, con el criterio de la antigüedad que trataba los asuntos siempre inspirándose en el espíritu nacional. La *Ifigenia* de Goethe ha merecido no sólo los aplausos del público, sino que ha alcanzado también la aprobación unánime de los críticos: he ahí el privilegio de la verdadera belleza, que atrae y cautiva todas las miradas, y confunde y asimila todas las opiniones.

Hemos de hablar también de *Tasso* y de *Egmont*. Carlota de Stein ha contraído gran mérito por haber excitado y aguijoneado al poeta para que continuase á *Tasso*, aquel drama que Goethe, á semejanza del pelícano, alimentaba con su propia sangre. En el *Tasso*, que pinta la desproporción entre el talento del poeta y la vida palaciega, y que se impone al público con aquella idealidad clásica que se admira en *Ifigenia*, refléjase la vida de Goe-

the en la corte de Weimar, pues él experimentó, al concebir la idea de su drama, la desproporción entre el talento y la vida, aunque no de un modo tan funesto como Tasso en la corte de Ferrara. Este magnífico drama en que el bardo, reuniendo ya en su persona las experiencias del poeta y las del hombre de mundo, elevaba la realidad casual á la verdad poética, era antídoto de Goethe para consolarle, cuando regresando de Italia apenas podía acostumbrarse de nuevo á las estrechas relaciones de Weimar. Al *Tasso* que empezó á escribir en prosa, en su casita situada en el parque de Weimar, le dió la magia del estilo, las galas de la versificación, en los deliciosos y encantados jardines de Florencia, y, en efecto, dijérase que el cielo azulado de Italia con su iluminación mágica, descansa sobre aquel drama que exhibe ante los ojos del espectador una pintura de dibujo correcto y de figuras bien delineadas.

No pueden tributarse tantos elogios á *Egmont,* que quedó terminado el 5 de Septiembre de 1787. Como cuadro vivo del carácter neerlandés, con el cual Goethe tanto simpatizaba, es excelente: las escenas populares se hallan pintadas con inimitable maestría; la figura de Clärchen (Clarita) nos muestra la fuerza del amor con verdad irresistible; pero al protagonista—que, en su epicurismo bello, como representante del amor á los goces armoniosos de la vida, refleja el carácter de su

nación—le falta la grandeza moral, y le vemos siempre pasivo, sin elevarse jamás á la energía de una hazaña. El poeta que creó un carácter como Egmont fué asimismo un representante de aquel egoísmo hermoso que procura guardar la bella armonía de su personalidad, y las obras de Goethe las llamaremos, con Rodolfo Gottschall, "el evangelio de la vida hermosa" y del idealismo estético, para el cual el universo no está hecho sino para servir á su amor del goce y á su afán de perfeccionar su cultura. Goethe era una naturaleza estética que al fin y al cabo buscaba su cultura propia, y que en sus obras reflejaba su "yo", mientras Schiller se inflamaba en sagrado fuego para proclamar todas las grandes ideas de virtud, de libertad y de dicha universal. Por eso Schiller, que traspasó aquel círculo armónico del idealismo estético con la fuerza de la energía moral, y que cual héroe dramático levantó la nación alemana, era el complemento necesario de Goethe, y sin Schiller, que encendió el amor á la familia, á la comunidad, á la patria, la nación se hubiera enervado.

Al volver Goethe á Weimar se había totalmente convertido: ya era un hombre más activo, y se encerraba en sí mismo, sobre todo, después de haber contraído, el 13 de Julio de 1788, lo que los alemanes llamamos *Gewissensehe* (un matrimonio de conciencia) con la sencilla y graciosa Cristiana Vulpius, á la cual

consideró siempre cual esposa suya, y con quien se enlazó en 1806, agradeciéndole así el valor con que el mismo año le había defendido de los ataques de saqueadores franceses. Ella le inspiró también sus *Elegías romanas,* aquellos cantos eróticos que ostentan una plástica desnuda, la sensualidad del amor unida á los recuerdos elegíacos de las glorias pasadas y de la brevedad de la dicha. La fiel y modesta compañera de Goethe falleció el 6 de Junio de 1816, dejando á su esposo en el más profundo dolor, que le hizo exclamar: "En vano te empeñas ¡oh sol! en brillar entre las nubes obscuras; el lucro todo de mi vida está en llorar su pérdida."

A causa de las relaciones del poeta con Cristiana—que por tantos años, aun teniendo que sufrir muchas humillaciones de parte de los weimaranos, se contentó con una posición modesta en casa de Goethe en vez de ambicionar el título de esposa, vistiendo el traje blanco sacramental con la corona de azahar,—rompió con él en 1789 su antigua amiga Carlota de Stein, cuyo hijo Federico había sido educado por el mismo Goethe, y no se reconciliaron sino cuando el poeta en 1801 cayó enfermo.

Continuemos escribiendo la vida del vate, que, como Lessing y Kant, trataba de alcanzar por su beneficencia oculta la corona más hermosa, la corona de la humanidad.

El 1.° de Mayo de 1791 encargóse de la

MCD 2022-L5

dirección del teatro de Weimar, y acompañó en 1792 al Duque á la campaña francesa, ocupándose al mismo tiempo en adaptar al ritmo homérico de fáciles hexámetros la antigua epopeya popular llamada *Reineke el zorro,* la cual nos presenta en la vida alegre y animada del mundo de los animales, en que hasta los dolores nos parecen cómicos, un espejo claro de la vida humana con todas sus intrigas y pasiones.

En el verano de 1794 empezó al fin aquel comercio inmortal de Goethe con Schiller, siendo éste el huésped de aquél en Weimar, y aquél el huésped de éste en Jena, hasta que Schiller, en 4 de Diciembre de 1799, fijó su residencia en Weimar, quedando los dos unidos por la unión más bella, más entrañable, más ideal, hasta el funesto 9 de Mayo de 1805, en que murió Schiller, el ídolo de la nación alemana, el poeta más noble de su tiempo y el más digno de la amistad de Goethe. ¡Qué sin par unión la de estos dos genios! Fué como si dos planetas se encontrasen en su camino y continuasen su rumbo rodando en torno del sol y formando una sola estrella. Para Goethe principió á florecer una segunda primavera, en la que todo brotó y germinó saliendo de semillas y de ramas.

Desde entonces deliberaron sobre sus obras como sobre hazañas comunes, y Schiller consideró, según escribió á Goethe, como una especie de religión el hacer suyos los asuntos

de su amigo. Escribiendo los *xenios* (1), aquellos epigramas punzantes, modelos de agudeza y de bien decir, en que á veces el uno añadió el pentámetro al hexámetro del otro, empezaron juntos á abrillantar el templo del arte, y, sorprendiéndose mutuamente con preciosísimos romances y baladas (2), volvieron á inaugurarle como sagrario de un culto más puro, más bello y más alto.

El 12 de Octubre de 1798 inauguróse el nuevo teatro de Weimar, que, gracias á las aspiraciones comunes de Schiller y de Goethe, fué la cuna del drama ideal, presentando un repertorio modelo de obras clásicas. Goethe arregló á la escena alemana el *Mahoma* y el *Tancredo,* de Voltaire, escribió la tragedia titulada *La hija natural,* que se distingue por la magia del estilo, por la trama bien concebida y desarrollada y por el desenlace propio y dramático, y, animado por su amigo, continuó el *Fausto.* Desde 1777 á 1796 escribió su novela *Aprendizaje de Guillermo Meister,* por la cual Schiller había demostrado mucho interés. ¡Qué de veces, en los días de mercado, tuvo que salir la mensajera de Weimar para Jena llevando trozos del *Gui-*

(1) Sabido es que *xenios* significaron entre los griegos regalos para huéspedes, y que Marcial eligió aquella palabra por epígrafe del libro XIII de sus epigramas, por tratar éste de objetos que se acostumbraba á ofrecer á los huéspedes.

(2) Entre las baladas de Goethe citaremos como modelos de su género *El dios y la bayadera* y *La desposada de Corinto,* vertidas al castellano por Teodoro Llorente.

llermo Meister de Goethe, y de Jena para Weimar con fragmentos del *Wallenstein* de Schiller!

Guillermo Meister es una obra donde se halla retratado el egoísta perteneciente á la limitada esfera ciudadana, mientras que *Fausto* es el egoísta titánico, y *Tasso* representa al egoísta fantástico; nos encanta *Guillermo Meister* por la gracia de la forma, por la abundancia de reflexiones ingeniosas y por los caracteres bien delineados, sobre todo los de las mujeres, entre las cuales se encuentra la poética figura de Mignon.

Mientras Schiller se dedicaba con toda su alma á *Wallenstein,* escribió Goethe en 1797 su encantador idilio épico *Herman y Dorotea,* aquel delicioso poema que revela una nueva faz en el talento del poeta, aquel lindísimo cuadro de la vida de los habitantes de una pequeña ciudad y de una existencia armoniosa y plácida que se levanta sobre las ruinas y los escombros de la revolución.

Aun he de decir algo acerca de la vida y de las obras de Goethe después de la muerte de Schiller. Goethe, que en Abril de 1805 cayó enfermo al dedicarse á erigir un bellísimo monumento á Winkelmann y al renacimiento del espíritu helénico en la edad moderna, no pudo asistir al entierro del amigo con el cual perdió la mitad de su existencia; en cambio honró su memoria con la más sentida poesía que se ha dedicado á un grande

hombre: el *Epílogo de la campana de Schiller,* que fué una verdadera solemnidad de la función del teatro de Weimar, celebrada, en honor del eminente poeta alemán en 10 de Agosto de 1805.

Desde entonces la vida de Goethe se hizo solitaria. No hablaré de su *Teoría de los colores* que lo tuvo ocupado por espacio de muchos años, pero que la ciencia no recuerda sino como un error del poeta y naturalista. Sólo diré que el emperador Napoleón lo recibió en audiencia particular el 2 de Octubre de 1808, sorprendiéndole por su perspicaz juicio crítico acerca de *Werther* é invitándole á ir á París, donde alcanzaría una contemplación mayor del mundo. *"Voilà un homme!"*, dijo el Emperador lleno de admiración al despedirse del poeta, en cuyo ánimo, extasiado también, dejó el Emperador impresión grata y profunda. Como alemán no tengo motivos para tributar alabanzas á Goethe por su conducta durante la guerra de la independencia germana, pues prefirió dedicarse al estudio de la lengua china, mejor que á interesarse por el levantamiento del pueblo alemán, y á sus círculos los perturbó tanto la batalla de Leipzig, esa victoria de los alemanes, como la batalla de Jena, aquel triunfo de los franceses. No eran de esperar cantos guerreros de él, que hallaba la delicia de su existencia entera ocupándose en artes y ciencias, y que trataba de evitar toda agitación

violenta del espíritu, y sólo cuando en Berlín opinaron que él era el único vate apto para celebrar los grandes acontecimientos de 1813 y 1814, cumplió lo que él mismo llamó un cargo inmenso, escribiendo la obra escénica titulada *El despertar de Epiménides,* que abunda en aquellas alegorías que se encuentran también en la parte segunda de *Fausto,* y que, no obstante, por sus pormenores y por su multitud de frases oportunas, subyugó y embelesó de tal modo al espectador, que sólo le dejó tiempo para tributar aplausos.

Como hispanófilo compláceme que el poeta tomase gran interés por Calderón, que conoció merced á A. Guillermo de Schlegel, estrenándose en el teatro de Weimar *El príncipe constante* y *La gran Zenobia.* La poesía española era apta para conducirle en el mundo del Oriente, de donde más tarde nos debía traer flores muy lozanas.

Estimulado por Sulpicio Boisserée, que se había dedicado á estudiar los monumentos del antiguo arte alemán, y que le habló con entusiasmo ardiente de la Catedral de Colonia, pisó Goethe en 1814 y 1815 otra vez las orillas del Rhin; estudió en Colonia los tesoros artísticos recogidos por Wallraf, y concluyó conociendo cuánto había perdido por haberse limitado hasta entonces á conocer una pequeña parte de la patria. Como bellísimo monumento de aquel viaje nos queda la descripción que hizo Goethe de la fiesta de San Ro-

que cerca de Bingen, celebrada en Agosto de 1814, y sin duda alguna nadie ha pintado las comarcas del Rhin con tanta verdad como nuestro poeta.

Las obras de Goethe son una serie de confesiones, y mientras su estilo tiene una claridad objetiva, el poeta mismo es subjetivo respecto al asunto, y sólo lo que se le acercaba en vida dió impulso tanto á sus poesías como á sus dramas y epopeyas. Por eso su biografía es un comentario preciso para comprender sus creaciones. El mismo trazó su vida en aquella pintura medio poética, medio histórica, titulada *Ficción y Verdad,* que salió á luz en cuatro partes: la primera en 1811, la última después de la muerte del autor. Como joya de aquella biografía y como fuente de la más pura poesía, que con fuerza juvenil brota aún del corazón del anciano al recordar el amor de su juventud, recordaremos la primorosa descripción del idilio de Sesenheim. Pero ya el título de la biografía indica que ésta no ha de servirnos de única fuente para conocer la verdad acerca de la vida de Goethe.

Este, según queda dicho, recibió las bendiciones, uniéndose á su amiga Cristiana con vínculos eternos; pero las graciosas apariciones del mundo de las mujeres no habían cesado de cautivar su corazón, ó al menos de atraer sus miradas y de excitar su fantasía. Así nacieron sus sonetos dedicados á Mina

Herzlieb, ahijada del librero de Jena, Fromann; y su novela titulada *Wahlverwandtschaften (Afinidades electivas)* demuestra que por la mente del poeta cruzaron también aquellas ideas inmorales de su tiempo, según las cuales podrían contraerse matrimonios por tiempo limitado. Pero ni en la vida ni en la poesía se dejó el vate arrastrar por aquella teoría funesta, y en la citada novela no ha hecho más que aplicar á la esfera del mundo moral una ley química, según la cual dos materias distintas tienen, al unirse, la capacidad de formar una materia nueva que posee otras cualidades que las dos materias, de modo que parece que aquí una relación fué preferida á otra y podría decirse que había nacido una relación como por elección. Al poner en paralelo simbólico con aquella ley química la aspiración creciente de dos parejas distintas de disolver su matrimonio para formar una unión nueva, el poeta no ha querido justificarla sino en el ánimo del vate, que nos pinta aquella aspiración con serenidad verdaderamente artística; el matrimonio ha de ser indisoluble, como principio y cumbre de toda cultura.

Entretanto pudo quebrantarse fácilmente la cariñosa y estrecha amistad que al poeta le ligaba con el Gran Duque, el amigo de toda su vida, nada más que por un perro de aguas, pues los adversarios de Goethe, entre los cuales se encontraba también la actriz Ca-

MCD 2022-L5

rolina Jagemann, á la cual Carlos Augusto había hecho noble y además favorita suya, llamándola señora de Heygendorf, lograron en 1817, por dicha señora, que un perro de aguas saliese á la escena, á la cual Goethe durante tantos años dedicó sus energías y su talento, é indignado depuso éste su empleo como director del teatro de Weimar, y desde aquel tiempo no se cuidó más del teatro, dedicándose á las literaturas extranjeras, manteniendo relaciones con Manzoni, Walter Scott y Byron.

Pero su obra predilecta, la creación gigante que le tuvo ocupado durante el largo espacio de casi sesenta años, fué el *Fausto*, pues la primera idea de esta obra, que es también la más subjetiva composición del poeta, y que abraza épocas tan diversas, la concibió ya en Estrasburgo, mientras amaba á Federica Brion, saliendo la primera parte en 1808, y la segunda en 1832, después de la muerte de Goethe. ¡Cosa extraña! Hallándose, bajo el hermoso cielo de Italia, en el jardín de la villa Borghese de Roma, abismábase el vate en la esencia simbólica de la magia, escribiendo la escena de la llamada "Cocina de brujas". El cuento de *Fausto* pertenece al tiempo de la Reforma, y el *Fausto* de Goethe, esa obra verdaderamente nacional, no sólo por su índole, por su naturaleza eminentemente alemana, sino por el verso formado según el ritmo de las antiguas poesías populares; el

Fausto, cuyo primer monólogo ocupará siempre lugar privilegiado en la poesía de todos los tiempos; el *Fausto,* que contiene una serie de fragmentos brillantes y de cuadros acabados y poéticos, refleja las aspiraciones del poeta, las de su época y las de la Humanidad entera, describiendo como ninguna otra obra del arte las profundidades secretas del espíritu y del corazón humano.

Como representante de la aspiración metafísica, dice el idealista "Fausto" al pedantesco "Wagner", el representante de las ciencias históricas y empíricas:

"¡Feliz quien logre valiente (1)
Flotar sobre la profunda
Mar de tinieblas que inunda
Nuestra obscurecida mente!
¡Ley del hombre triste y grave!
Estudia, lucha, se agita,
Y lo que más necesita,
Siempre es lo que menos sabe.
Mas tan negros pensamientos
No empañen, turbando el alma,
La melancólica calma
De estos tranquilos momentos.
Al último resplandor
De la tarde, en las colinas,
Blancas chozas campesinas
Resaltan entre el verdor.
Sus destellos moribundos
El sol tras la tierra esconde,
Y vuela á otros cielos donde
Vida presta á nuevos mundos.

(1) Versión castellana de Teodoro Llorente.

MCD 2022-L5

¡Ah! ¡Si con audaces alas
Seguir su curso pudiera,
Viendo su inmortal carrera
Brillar eternas sus galas!
Contemplara á la luz pura
Del crepúsculo doquier
Las cumbres resplandecer,
Enlutarse las llanuras.
Y argentinos arroyuelos
Morir en olas doradas:
¡Ni las cúspides nevadas
Vallas fueran á mis vuelos!
Sus ventas sirtes después,
Resplandeciente ó sombría,
Clamorosa extendería
La mar inmensa á mis pies.
Y si en su seno á morir
Iba el luminoso Dios,
¡Volando, volando en pos
Viéralo otra vez surgir!
Ante mis ojos brillar
El día su eterno oriente,
El cielo sobre mi frente,
Bajo mis plantas el mar...
¡Noble y engañoso anhelo!
Al cuerpo suerte enemiga
Alas negó con que siga
Del alma el sublime vuelo,
Y agitándose impotente,
Una vana aspiración
De volar á otra región
El ansioso mortal siente
Cuando su agudo silbido,
Perdida en el firmamento,
Lanza la alondra, ó el viento
Cortan, con vuelo atrevido,
El águila de los montes
Que sus cúspides domina,
O la grulla peregrina
Que busca otros horizontes."

"Wagner" contesta:

"También tengo yo mis días
De caprichosos anhelos;
Pero jamás esos vuelos
Tomaron mis fantasías.
Sus alas guarde el halcón;
Monte y campo me empalagan;
¡Cuánto más al alma halagan
Los goces de la razón!
¿Hay algo en el mundo como
Ir, sin afán ni congoja,
Devorando, hoja por hoja,
Un tomo tras otro tomo?
Al calor del fuego interno
Que vivo fluye en mis venas,
Tranquilas gozo y serenas
Las largas noches de invierno;
Y cuando mi diestra extiende
Arrollado pergamino,
Siento un hálito divino,
Y el cielo hasta mí desciende."

Y "Fausto" exclama:

"Vas de un bien único en pos:
¡El solo sorbe tu calma!
¡Tú no más tienes un alma,
Y en mi pecho laten dos!
Por separarse, entre sí
Trabaron lucha reñida:
La una, que de ardiente vida
Siente el loco frenesí,
Desesperada al placer
Se agarra con vivo anhelo;
La otra, rasgado ya el velo,
Quiere á su patria volver.
Espíritus, si es verdad
Que en las alas del ambiente

Tranquila y calladamente
Reináis en la inmensidad,
De las tenues nubes de oro
Que os dan oculta guarida
Bajad, y la nueva vida
Dadme que sediento imploro.
¡Ah, si pudiera yo asir
Aquel prodigioso manto
Que en las alas del encanto
Nos lleva do ansiamos ir,
Avaro de tal favor,
No lo trocara, siquiera
Su púrpura me ofreciera
En cambio el Emperador!"

"Fausto" celebra un pacto con "Mefistófeles", el espíritu de la negación, la encarnación del elemento sensual de la naturaleza humana, la antítesis del elemento espiritual y divino, y dice el pacto que "Fausto" pertenecerá á "Mefistófeles" si puede ahogar en la sensualidad su naturaleza ideal. La figura de "Margarita" es uno de los medios que emplea el poder sensual para que "Fausto" aniquile su naturaleza divina. La idea del drama está en que "Fausto", con sus aspiraciones confusas, no vencido por la bajeza, ha de ser conducido á la claridad. La parte primera no resuelve el problema; pero había de encender los ánimos de la nación, por contener todos los elementos que se hallaban en la fermentación de aquel tiempo.

Fuera tarea demasiado extensa la de tratar de la multitud de alegorías que se encuentran en la parte segunda de *Fausto,* aquel ti-

tán del pensamiento, que concluye considerando como término en este mundo la actividad práctica y en el otro mundo la gracia divina.

El 20 de Julio de 1831 concluyó el anciano Goethe su *Fausto* inmortal, y después de haber dado al mundo su ofrenda postrera, dijo á su amigo Eckerman: "Ya puedo considerar mi vida ulterior meramente como un regalo: ya no importa que haga yo algo más y cuál cosa sea."

Acompañando á Goethe todavía en las composiciones anteriores á la parte segunda de *Fausto,* vemos á ese veterano del amor quemar aún oloroso incienso á la hermosura y gentileza, y ceñir su frente cana de frescas rosas de vivos colores, emblemas del amor. Pues en 1820 salió á luz su *Diván Oeste-oriental,* que, bajo la máscara oriental, contiene cantos eróticos alemanes llenos de alegría, de vida y de pasión, y que dió poderoso impulso á Rückert y á Platen para introducir en la poesía alemana las genuinas formas orientales. Consagró aquellas canciones amorosas á las diosas del amor, que flotaban aún en torno de su ancianidad.

En 1829 publicóse la conclusión de *Guillermo Meister,* titulada *Wanderjahre (Peregrinaciones de Guillermo Meister),* que tiene las bellezas y también los defectos de la parte segunda de *Fausto.*

Nadie fué honrado tanto como el sabio de

MCD 2022-L5

Weimar: príncipes y reyes peregrinaron á su casa, y la nación le apreció como su adorno más alto.

Ya no me quedan que consignar sino datos tristes: el 6 de Enero de 1827 murió la señora de Stein; el 14 de Junio de 1828 falleció el gran duque Carlos Augusto, que á Goethe le había dado todo lo que los grandes conceden sólo raras veces: amistad, confianza, campos, jardín y morada. El 8 de Febrero de 1830 bajó á la tumba la gran duquesa Luisa, y como si el destino creyese que el hombre no tiene nervios, sino hilos de alambre, Goethe tuvo que llorar también la muerte de su único hijo, Augusto, acaecida en Roma el 27 de Octubre de 1830. Augusto, que nació en Weimar, siendo hijo de Goethe y de Cristiana, el 25 de Diciembre de 1788, fué enterrado al lado de la pirámide de Cestio, donde su padre, hace años, en hora triste, había trazado una tumba para sí mismo.

En 1831 visitó Goethe, por última vez, á Ilmenau, pensando en el compañero de su juventud, el querido Gran Duque, y subió á la casita situada en la frondosa cumbre llamada Gickelhahn, donde encontró aquellas sentidas líneas que había escrito años pasados en la pared de la casita: "Sobre las cumbres todas reina calma profunda; en las copas todas sientes apenas un aliento; las aves callan en el bosque. Espera, que pronto descansarás tú también." Mientras leía aquellas

MCD 2022

palabras, que en alemán forman una preciosa poesía, corrieron lágrimas por sus mejillas y repitió las palabras últimas: "Espera, que pronto descansarás tú también."

En efecto, pronto había de descansar el gran poeta. La Naturaleza, que le había dado todo, concedió también á su hijo favorito el beneficio de una muerte suave. El 22 de Marzo de 1832, hallándose rodeado de su nuera y de sus nietos, pronunció sus postreras palabras, "*¡Más luz!*", y reclinándose en su sillón se entregó al sueño eterno.

Jamás la tijera de las Parcas segó un laurel más brillante; jamás los anales mortuorios contaron un finado más ilustre, más egregio. En el rostro, que la muerte no se atrevió á desfigurar, se observaba aún aquella majestad y dignidad que le distinguió en vida.

Aflictivo es ver desaparecer de la tierra á un hombre tan extraordinario, que fué maravilla de su siglo y ha de ser asombro de los siguientes, al hombre de quien afirmó el inglés Tomás Carlyle: "Su vida y sus obras nos quedan como patrimonio eterno, cual voz de mil lenguas de sabiduría que debe oir quien tenga oídos para oir. Muchas generaciones aprenderán de él con arreglo á su necesidad, y la que no necesite oirle ni aprender de él, puede llamarse dichosa." Y Knebel tenía razón en decir al amigo: "Tú no tienes que temer nada del tiempo. Los tesoros de tu sabiduría han de dar, en época más temprana

ó más tarde, á cualquier hombre pensador, luz y verdad." Nadie expresó en palabras más elocuentes el dolor que experimentaba Alemania que Schelling, exclamando en una sesión de la Academia de Ciencias de Munich: "Hay tiempos en que hombres de grandiosa experiencia, de inalterable y sana razón y de una pureza de alma que está por cima de toda duda, producen efecto benéfico solamente por su existencia. En semejante tiempo experimenta, no sólo la literatura alemana, sino Alemania, la pérdida más dolorosa, viéndose privada de aquel hombre que, en todas las aberraciones, así interiores como exteriores, se elevaba cual columna en que todos se elevaban, cual faro que iluminaba todas las sendas del espíritu, y que, siendo por su naturaleza enemigo de toda anarquía, quería deber el imperio que ejerció sobre los espíritus, sólo á la verdad y á la moderación que había encontrado en sí propio, y en cuyo espíritu, y puedo añadir también en cuyo corazón, Alemania estaba segura de que hallaría para todo aquello que la conmoviese en arte y en ciencia, en la poesía y en la vida, el juicio de una sabiduría paternal y una definitiva decisión conciliadora. Alemania no era huérfana ni pobre, pues en medio de toda debilidad y descomposición interior era grande, rica y poderosa de espíritu mientras Goethe viviese."

Weimar tributó al gran poeta su postrer homenaje, y el 26 de Marzo lo recibió el Pan-

MCD 2022-L5

teón de los príncipes, donde descansa al lado de Schiller. A la izquierda de la escalera de piedra que conduce al panteón, se encuentran los dos sencillos féretros, fabricados de roble, hallándose escritos en el lado superior, en letras de oro, los nombres de los dos poetas, sin título alguno, así como la nación llama juntas á estas estrellas gemelas, que brillarán aún en los tiempos más remotos: Goethe y Schiller. Sobre el sarcófago de Goethe encuéntrase un papel con los versos de Schiller, que dice: "Aquí está juventud eterna y copia inagotable, y junto con la flor rompes el fruto de oro."

¡Ay! A él que, al sentir aproximarse las sombras de la muerte, pronunciaba con ademán imperioso la misma palabra *Luz* que el Creador dijo al crear el mundo; á él, á quien en la hora postrera parecía obscura hasta la luz del espléndido sol, le han de bastar ahora las escasas velas que el custodio enciende en la bóveda sombría.

Pero ¡alejaos de mi alma, pensamientos fúnebres! Goethe, que, cual águila, subió al sol, que con su energía libertó al arte de la cadena de falsos preceptos y que, con paso más libre, alcanzó el término más alto, pudo decir por boca de su *Fausto:* "El rastro de mis días terrestres no puede perecer siquiera en eternidades." Y en el mismo panteón que encierra los restos mortales de los dos hombres más grandes del siglo, la memoria de su nom-

MCD 2022-L5

bre inmortal evoca en nuestro espíritu, con redoblada fuerza, la infinidad y eternidad de su vida.

Después de muerto renació Goethe, cual joven, en su pueblo. De cada una de sus creaciones brotó una literatura entera, y, mientras exista el mundo, la Humanidad saboreará las bellezas infinitas de las obras del poeta, y recordará los consejos del hombre que le dijo: "*Vivere memento!*"

1876.

MCD 2022-L5

SCHILLER

Todo el que sienta latir en su pecho un corazón ardiente, todo el que rinda culto á las glorias nacionales, pisará con respeto y con veneración el pueblo en que nació el fúlgido sol del arte, el poeta profundo que tan altas victorias ha logrado en la escena alemana, y que labró monumentos eternos tanto á la fuerza de los hombres como al honor de las mujeres, despertando un solo sentimiento lo mismo en la juventud que en la ancianidad; el que derribó los muros que aprisionan el libre pensamiento; el bardo que por su aspiración hacia la fuerza y la perfección, hacia la pureza y la libertad, es para los alemanes hijo admirable, ejemplo de sus propios deseos y esperanzas, objeto de amor universal y fervoroso; el vate que hasta un literato extranjero, Carlyle, consideraba como el ideal más alto de virtud humana. El que tal mérito abona, el genio cuyo nombre se convirtió en símbolo de grandeza nacional y cuyo

MCD 2022-L5

numen prepotente aplaude y admira el mundo, es Federico Schiller, el hijo tres veces excelente de Marbach: como poeta, como autor dramático y como hombre.

Los alemanes no tenemos tierra más privilegiada que la Suabia: desde el Staufen habla el espíritu trágico de la más ilustre estirpe de emperadores germánicos, y por los campos del valle del Neckar vibra el canto sonoro del viejo Rauschebart. Pero más que el canto de éste y de Staufen suena en los oídos de la Humanidad el nombre de Schiller, el gran Federico de Suabia. Si Marbach, la patria del poeta más nacional de Alemania, no puede vanagloriarse de ser también la cuna de su genio, como Stuttgart—que se encuentra en el valle de Nesenbach cual preciosa piedra encerrada en un anillo,—ni de ser el foco de su actividad inmensa, la patria de sus obras más brillantes, como Jena y Weimar, tiene en cambio la gloria de poseer el punto de donde lució la estrella de su vida, la casa en que nació este poeta popular, la mansión donde nuestra admiración por el hombre se confunde con el amor hacia el niño, la morada que, gracias al que allí vió la primera luz, pertenece á la Historia universal, siendo un monumento nacional tan inolvidable y glorioso como la cuna de las glorias de Atenas y de Roma, en fin, la choza en que los germanos hemos de conocer con gratitud que disfrutamos una parte del honor y del

orgullo que desde Schiller se derramaron sobre el nombre alemán.

La figura de un héroe grandioso se destaca con más pureza sobre un fondo sencillo, por eso la tranquila orilla del Neckar, aquel río consagrado por las musas, y la pequeña población de Marbach—donde el corazón de los niños crece en armonía con los árboles y con las flores, y donde se encuentra la reducida casa de la cual salió el genio magno que avanzaba con paso firme y singular bizarría por la ancha senda del arte,—ejercen encanto especial. Lo mismo que Hipocrene, cuyas ondas infunden el entusiasmo poético, goza Marbach el favor de Febo, pues para nosotros las ondas del entusiasmo brotan perpetuamente del canto de Schiller, y diremos con el poeta Mauricio Bachmann, que, bien encaminada la etimología de Hipocrene, no significa otra cosa que Marbach. Esta pequeña ciudad provinciana, rodeada de muros, está situada en el Sudoeste de Ludwigsburgo (Wurtemberg), en el extremo de la curva del Neckar, con cuyas peñascosas orillas linda aquí el valle del arroyo llamado Strenzelbach. Desde Ludwigsburgo se llega cómodamente hasta la ciudad natal de Schiller, que en 1546 vió las tropas españolas de Carlos V, y donde, según dice la tradición, moraba en su castillo colosal un tremendo gigante. El soberbio castillo ha desaparecido de la tierra, pero aun está en pie la chocita donde nació aquel niño maravilloso que, si no fué un

MCD 2022-L5

gigante por la estatura, fué un gigante peregrino por su espíritu, como si la vieja estirpe de héroes hubiese arrojado un vástago tierno. Encuéntrase la chocita más arriba de la puerta de Nicolás, donde la calle se agranda formando un pequeño rectángulo que junto con su pozo parece una plazuela. En el cuartito bajo de la choza nació el gran Schiller, que allí balbució sus palabras primeras, que allí pasó su infancia poética, que desde allí visitó los vecinos campos y viñas y vió los barquitos cruzar las aguas del Neckar, dando al paisaje mayor animación, que allí rezó elevando los ojos azules hacia el cielo, cruzando las manitas y dejando flotar los cabellos semirrubios sobre la despejada frente. Y cuando el poeta pasó á mejor vida, la pequeña Marbach, la tierra que le vió nacer, fué la primera que precedió á la nación alemana en honrar el genio brillantísimo, cuya luz fulgurará siempre en todas las generaciones venideras, y se apresuró á poner el sello á la fama del muerto ilustre, si no estuviese ésta ya consagrada por el fallo de sus contemporáneos, que eran á la sazón para él la posteridad.

En 1812, gracias á la iniciativa de un amante de las glorias de su país, el talabartero Franke, residente en Marbach, se determinó la casa en que nació hijo tan ilustre, ese hijo que, orlado con el laurel del genio, había de hacerse el héroe espiritual de Weimar, y el mismo Franke emitió también antes que to-

MCD 2022-15

dos el pensamiento de erigir una lápida conmemorativa al que fué una lumbrera de la literatura alemana y uno de los más grandes poetas de todos los tiempos. Pero la feliz idea encontró siempre robusto muro en el camino de los hechos, y quedó como velada entre el catálogo de las dificultades. Muchas fueron las tentativas que se hicieron para llevarla á cabo, y no pocos los esfuerzos de voluntad para consagrar un recuerdo de gratitud á tan portentoso talento. Pero todo había sido en vano, y el tiempo corría, hasta que en 1836 empezaron á efectuar en un alto yermo situado en el Sur de Marbach grandes plantaciones de árboles para hacerlo frondoso y ameno, rivalizando los compatriotas de Schiller en dedicarse gratuitamente á aquella hermosa obra para que en aquel sitio, desde el cual se divisa el valle del Neckar, la cumbre del Hohenasperg, prisión del vate Schubart, y Ludwigsburgo, la escuela primera del niño Schiller, se elevase un monumento en honor del gran poeta. Por fin, en 1858 pudo el Ayuntamiento de Marbach—merced á una suscripción, á la que contribuyeron, sobre todo, los colegiales alemanes — comprar el bien más apreciado de los buenos germanos, la casa de Schiller, la cuna del genio, que por espacio de tantos años había sido profanada por la prosa de la vida, y cuando en el inolvidable 11 de Noviembre de 1859, con motivo del primer centenario del natalicio de Schiller,

MCD 2022-L5

se celebró una de esas solemnidades que forman época en la historia moral é intelectual de los pueblos, resonando un clamor universal por Alemania toda, despertando los sentimientos de índole y de grandeza teutónica; cuando las principales ciudades germanas ansiaron poseer un retrato plástico de Schiller, como ya lo tienen Stuttgart, Weimar, Francfort, Maguncia, Munich y — gracias á un admirador entusiasta del poeta—también Salzburgo, y cuando los amigos del bardo recordaron, llenos de piedad, á su madre, plantando un tilo en su tumba en Cleversulzbach, inauguróse en Marbach la casa de Schiller, como templo del recuerdo, y fué entregada á la veneración de la patria, al mismo tiempo que allí en el alto de Schiller se colocaba la primera piedra de su monumento, para que éste brille cual columna de Memnón para Germania toda. Ya tiene la chocita que fué restaurada por los amantes de Schiller su forma primitiva, ya es la casa de donde salió un fulgor divino y sobre cuyo suelo imprimió el genio del pueblo alemán el beso de amor ardiente, propiedad de la nación entera, como las ideas del bardo. Ya nos saluda en ella su busto colosal, labrado por el cincel de Dannecker; ya nos miran desde la pared de aquel cuartito, que para el niño abarcaba el mundo, los retratos de sus padres; ya podemos los amantes del ideal abismarnos tranquilos en la contemplación de lo eterno mirando en el

piso alto algunas reliquias del difunto que despiertan en nuestro ánimo el anhelo de penetrar también en el espíritu del vate y de apropiarnos una parte de su alma, de su grandeza, de su perfección. ¡Gloria á los escolares de Hanau que encomendaron á los de Marbach el que coronasen anualmente el busto del poeta con laurel! ¡Gloria eterna á los alemanes residentes en Moscú, que en 1859 se proponían tributar el homenaje más tierno, más ingenioso, más poético, al bardo que en su canto á la *Campana* enlazó con la sencilla fundición de ésta una imagen de la vida como no puede presentarla ninguna literatura extranjera! Los que acabo de celebrar, los alemanes de Moscú, fundieron una campana adornada con el busto-retrato de Schiller, destinándola para una iglesia del pueblo natal del poeta, y esta campana, en la que campean aquellos versos del hijo de Marbach, vertidos al castellano por Juan Eugenio Hartzenbusch:

"Para amarnos al mundo vinimos,
Y es la unión la ventura del hombre;
Con su voz la campana y su nombre,
De esa unión pregonera será";

esta campana es ya una voz divina más que alterna con las estrellas: el 11 de Noviembre de 1860 sonó por primera vez desde la hermosa torre de la iglesia de Alejandro, de Marbach, elevándose sobre el valle de la vida te-

MCD 2022-L5

rrenal, como los ideales de Schiller, consagrándose su lengua de metal á las cosas austeras y eternas como la musa del poeta.

A Marbach—adonde peregrinan anualmente más de mil personas deseosas de ofrecer un homenaje de respeto y admiración á la memoria de una de las mayores ilustraciones de Alemania, al inspirado cantor de la libertad, á quien rinden tributo más los pequeños que los altos, más los desvalidos que los poderosos, más el pueblo que los reyes—llegó el 14 de Marzo de 1749 el joven militar y cirujano Juan Gaspar Schiller para visitar á su hermana, y se hospedó en el albergue *El león de oro*. Pronto se enamoró de la hija de su huésped, la joven Isabel Dorotea Kodweiss, que era esbelta y ondulante cual la palma, rosada cual el nácar, y ya en 22 de Julio de 1749 contrajo matrimonio con ella, que era tan bondadosa como linda. Mientras él, en clase de teniente, hallábase ausente de Marbach, verificóse en esta población un acontecimiento que dió al pueblo alemán su poeta predilecto, á la Humanidad un campeón incomparable en pro de los bienes más grandes: el 10 de Noviembre de 1759 nació Juan Cristóbal Federico Schiller. "Ser de todos los seres—escribió más tarde el padre de nuestro Schiller,—á ti te he rogado, después del nacimiento de mi único hijo, le des tanta mayor fuerza de espíritu cuanto yo la había de echar de menos por falta de enseñanza, y tú

me has oído favorablemente." En efecto, la bendición del padre, como dice con acierto el profesor Aloisio Egger en su folleto *Schiller en Marbach,* ha edificado al niño una mansión incomparable: el templo de la inmortalidad. Y ya al dar el primer paso escaló el joven el alcázar de la gloria.

Así como la perfumada rosa no nace en la roca desnuda, también el árbol genealógico de Schiller cuenta con raíces nobles: el poeta cuya vida toda era una aspiración hacia el ideal, la perfección y la luz, á pesar de la adversidad de su destino y de la debilidad de su cuerpo, tuvo por padre á un hombre que en su esfera limitada ansiaba también la perfección. Y de su virtuosa madre, la profundamente religiosa Isabel, la amante de las poesías de Gellert y de Uz, la que se sentía atraída por la Biblia, la mujer cuya nobleza de alma se reflejaba en su semblante, en la mirada dulce y mansa de sus ojos azules, en la sonrisa benévola y cándida, ¿qué podría decir en su honor sino que por su hermosura modesta, que es la mejor hermosura, parecía una violeta? Fueron rubias la Fornarina, modelo de las vírgenes de Rafael; Beatriz, el ángel de Dante; Armida, Herminia y Clorinda, creaciones de Tasso; Angélica, cantada por Ariosto; Laura, de Petrarca, y rubia fué también la madre de Schiller.

A Isabel y Colón les debe el mundo otro mundo, y á otras dos Isabeles les debe la Hu-

MCD 2022-L5

manidad un Goethe y un Schiller. La madre de Schiller guardaba para los suyos rico tesoro de amores, siendo á la par la mejor de las hijas, la más amante de las esposas, la más tierna de las madres. No hubo amor filial más apasionado que el de Federico Schiller y el de sus hermanas Cristobalina y Luisa.

La madre de Schiller, cuyos pasos habían dejado en el sendero de su vida profundísimos surcos de dolor; la que había visto las luchas de la existencia y de la miseria de su padre, la muerte de su esposo y de hijas queridísimas, pretendiendo en vano hacerles olvidar un paraíso por el embeleso de su dichoso amor; la que experimentaba penas inmensas al saber las constantes dolencias físicas de su hijo, el gran poeta, y que, sin embargo, hallaba todavía motivos infinitos para agradecer la bondad de Dios, falleció el 29 de Abril de 1802, á la edad de sesenta y ocho años. Pasó el postrer año de su existencia en casa de su hija Luisa, esposa del párroco de Cleversulzbach (Wurtemberg). Esta escribió á su hermano Federico acerca de los últimos días de su madre: "De ti, hermano mío, hablaba ella á menudo, y, llena de agradecimiento, bendecía todas tus producciones literarias. Dos días antes de su muerte tuve que llevarle tu retrato; lo oprimió contra su corazón y dió las gracias á Dios por su hijo queridísimo. ¡Ay! Hermano mío, ¿qué premio, qué sosiego mayor podríamos esperar en este mundo, que

la bendición de adorados padres?... ¡Qué lección tan grande estar ante el lecho mortuorio de un buen cristiano!... Fué enterrada con los honores y homenajes más solemnes que se han tributado en este pueblecito, y sus restos mortales encuéntranse tan cerca de mi jardín, que en cualquier instante puedo ver su túmulo."

La tumba de la madre de Schiller la celebró en 1839 en una sentida poesía un ferviente admirador del vate, el poeta de Suabia y párroco de Cleversulzbach Eduardo Moerike. "Allí — decía el piadoso bardo, — allí, donde un decrépito seto encierra tumbas rústicas, doy con frecuencia un paseo solitario. ¡Ved el túmulo hundido! Apenas le conocen algunos ancianos, y nadie adivina allí un sagrario. Le falta todo adorno, y no hay señal que proclame su valor; sólo un pobre árbol extiende en derredor sus brazos protectores. Rosa silvestre, sólo á ti te encuentro en vez de otras flores. ¡Avergüénzalas, pues, y brota cual maravilla! ¡Abre tu corazón y enciéndelo lozana en el perfume que extraes de la profundidad! Aquí está enterrada la madre de un inmortal á quien los hombres y las mujeres de Alemania van á erigir un monumento de mármol." No se contentó Moerike con cantar á la tumba de la madre de su gran compatriota, sino que colocó sobre ella una sencilla cruz de piedra.

No encontraré palma bastante para el dig-

MCD 2022-L5

no hijo de tal madre, para Federico Schiller, aquel mago de la poesía, que consideraba á los artistas y á los poetas como educadores de la Humanidad; aquel campeón del arte, en cuyo ánimo puro se reflejaba el mundo eterno, uno de los genios más preclaros que han brillado en el país alemán. Es característico para el que encontrando estrecha la tierra halló en su inspiración alas con que remontarse al cielo, un romance que Schiller escribió en 1795 y que vertió al castellano Teodoro Llorente. He aquí la traducción:

"EL REPARTO DEL MUNDO

—El globo es vuestro—á los hombres
Desde el encumbrado trono
Grita Júpiter un día;—
Tomadlo, vuestro es el globo.
Por los siglos de los siglos
Gozad de tal patrimonio;
Mas, como buenos hermanos,
Repartidlo entre vosotros—
Dice, y con ligera planta
Acuden viejos y mozos,
Y á lo que más les conviene
Echan mano, á cuál más pronto.
De su heredad el villano
Traza el ceñido contorno,
El magnate en vasto parque
Encierra los bosques lóbregos,
A granel llena el marino
De la nave el vientre cóncavo,
Y el tonel de vino añejo
Hasta el tope el abad sobrio;
Y, por fin, llega el monarca,

MCD 2022-L5

Y á los unos y á los otros,
Puente y camino cerrando,
Dice:—El diezmo á mi tesoro.

Ya tienen todos hacienda,
Ya hicieron todos negocio.
En esto llega el poeta:
¿De dónde vendrá ese loco?
Ni la parte más pequeña
Resta del botín cuantioso,
Pues nada queda en el mundo
Que no sea de algún prójimo.
—¡Al más fiel de vuestros hijos
Desheredasteis tan sólo!—
Dice á Júpiter el vate,
Cayendo á sus pies de hinojos.
—No me acuses—le replica
El dios, algo pesaroso.—
Van siempre tras de las nubes
Tu pensamiento y tus ojos:
Cuando al general reparto
Solícitos iban todos,
¿Dónde estabas?—A tu lado—
Responde el hijo de Apolo.—
Deleite era de mi oído
De esferas y astros el coro,
Y mi pupila sedienta
Bebía luz en tu rostro.
¿Me castigas porque pío
Bienes del mundo pospongo
Al éxtasis que me postra
En las gradas de tu solio?—
Júpiter meditabundo,
—El compromiso no es flojo—
Murmura,—pues ya, de nada,
Hijo, en el mundo dispongo;
Mas si vivir en mi casa
Te place, sus puertas de oro
Estarán á todas horas
Abiertas para ti solo."

MCD 2022-L5

No podríamos penetrar en la vida íntima de otro hombre con más amor que en la de aquel hijo de Apolo que se llama Federico Schiller. ¡Qué maltratado fué éste por el destino, mientras el genio de Goethe se vió mimado por la fortuna! ¡Qué diferencia hay ya entre la casa paterna de ambos poetas! Goethe no experimentó violencia alguna en punto á escuela, mientras Schiller sufrió la pesadilla de una academia militar.

Goethe halló desde edad temprana amigos ilustrados, como Herder y Merk, mientras Schiller encontró á Koerner y á Goethe sólo después de muchos extravíos. El tuvo que vivir durante algunos años la vida triste de un fugitivo, mientras que Goethe disfrutaba por doquier de relaciones muy agradables. A Goethe nunca se acercó la necesidad; Schiller hubo de luchar con ella aun siendo profesor en Jena. Goethe no tuvo que escribir para asegurar su existencia; Schiller se vió precisado casi siempre á trabajar para ganar su pan. Goethe ocupó una posición que le permitía mirar libremente al mundo, mientras que Schiller jamás alcanzó un empleo que le introdujese en la esfera inmediata. Goethe gozó casi siempre de excelente salud; Schiller se vió atacado muchas veces por las enfermedades. Pero quien como él, á pesar de obstáculos tan inmensos y de contrariedades tan infinitas, consiguió elevarse á la misma altura de Goethe sólo por la energía y fuerza

MCD 2022-L5

de espíritu y por un trabajo constante y asiduo; quien como él hizo de su vida una hazaña verdaderamente moral, ha merecido la simpatía y la admiración de todos los tiempos, la corona de toda la aspiración humana.

Al nacer en 10 de Noviembre de 1759 (no, como antes se opinaba, en 11 de Noviembre), Federico Schiller, el poeta que no pidió á Dios sino cantos, vistió sus galas Talía. Hallándose ausente el padre, como teniente del ejército wurtembergués, ocupóse la madre en la educación del niño. Cuando el padre en 1765 fué enviado como oficial reclutador á Lorch (Wurtemberg), su familia le siguió á aquel pueblo tranquilo, que llama la atención por el convento situado en una colina, ostentando en su bóveda las tumbas de los Hohenstaufen, mientras fuera un añoso tilo extiende sus ramas. Por el digno párroco de Lorch, el maestro Moser, recibió el joven Federico su primera enseñanza, y después le levantó el escolar agradecido un monumento, llamando Moser al enérgico párroco que figura en *Los bandidos*. La compañera de Federico — que entonces abrigaba el deseo de hacerse párroco, como su querido maestro—era su hermana Cristobalina; con ella compartió sus juegos y sus trabajos, sus dolencias y sus alegrías infantiles. En 1768, el ya capitán Schiller abandonó con su familia los solitarios bosques de Lorch para fijar su residencia en Ludwigsburgo, que con su corte pequeña era

á la sazón una miniatura de Versalles. Allí ingresó Federico en la escuela latina, y al mismo tiempo recibió un caudal de nuevas y mágicas impresiones por la primera vista del teatro, de modo que pronto con su afición á la teología se confundió su amor á las figuras dramáticas.

Entretanto, el duque Carlos Eugenio de Wurtemberg había edificado, desde el año 1763 al 1767, sobre la altura del frondoso monte llamado Hasenberg, un palacio de recreo que dista de Stuttgart unas tres horas, y al cual dió el nombre de "Solitud". En el palacio instituyó en 1770 un seminario militar, que en 1772 fué llamado Academia, y por el halago y aun por la violencia, trató de reclutar alumnos de talento para su escuela favorita. Para no incurrir en el enojo del Duque, también el capitán Schiller, que desde 1770 vivió en la hermosa "Solitud", se vió obligado á aceptar la oferta de éste de recibir gratis al joven Federico en aquella Academia, aunque en ella no pudiese dedicarse á sus amados estudios teológicos. Federico entró, pues, en Enero de 1773, en la Academia militar como estudiante de jurisprudencia.

A la Academia le consagró el Duque su amor y su trabajo, y ésta se convirtió en lazo estrecho entre él y su pueblo. Inmenso fué el júbilo cuando el Duque, en Noviembre de 1775, trasladando la Academia desde la "Solitud" á Stuttgart — la ciudad encantadora de las

MCD 2022-L5

uvas,—á un cuartel que se encontraba fuera de la ciudad, detrás del palacio ducal, salió al encuentro de los escolares, y, poniéndose al frente de ellos, entró á caballo en la capital alborozada.

En aquella Academia, que en 1781 se convirtió en Universidad y al mismo tiempo fué bautizada con el nombre de Academia de Carlos, estudiaban los jóvenes para jurisconsultos, médicos, comerciantes, arquitectos, pintores, escultores, músicos, actores y bailarines. Reinaba una disciplina rígida, estricta, constante, pero ésta no impidió que á veces se registrase una broma, que quedaba sin castigo con tal que fuese ingeniosa. Así el Duque, que solía tratar á los alumnos de su Academia, llegó un día á ésta con su amante, la hermosa condesa Francisca de Hohenheim, con la cual contrajo matrimonio en 1786, después de la muerte de su esposa, Isabel Sofía Federica de Bayreuth, y que era su buen genio y el ángel salvador del país, aunque la había conquistado violentamente, robándola á su marido el barón de Leutrum. Presentóse al Duque uno de los alumnos, entregándole su registro de faltas y culpas, que era bastante largo. "¿Qué harías — le preguntó el Duque en tono severo, después de leído el registro—si te encontrases en mi lugar?" Sin vacilar un momento el atrevido joven asió del brazo á la Condesa é imprimió un beso sobre los labios de la que era un dechado de gracia

y de hermosura. Y al mismo tiempo que la besaba, dijo, como si él mismo fuese el Duque: "Vamos, Paquita mía, dejemos á este inocente niño." Al Duque, que lo oía entre asombrado y risueño, no le quedó más recurso que poner buena cara.

Es innegable que la Academia de Carlos, donde tenían representación todos los estados, desde el príncipe hasta el mozo de caballos, y no sólo todos los países de Europa, sino América y las Indias orientales, fué una escuela excelente, aunque al genial Schiller le pareciera una cárcel. ¿Quién sabe si la disciplina de la Academia no fué una de las raíces en que se desarrolló el carácter varonil de nuestro poeta?

En 1775 pasó Federico de la Jurisprudencia á la Medicina, creyendo hallar en ésta más afinidad con la poesía, que en el árido estudio de las leyes. Pero tampoco el arte de Galeno pudo bastar al ingenio del que ya en la Academia se encendía en aquel fuego del entusiasmo que traspasa los límites de la forma cual torrente de lava. Formóse secretamente en el seno de la Academia un círculo poético cuyo centro era Schiller, siendo los otros miembros Guillermo de Hoven, Juan Guillermo Petersen y Jorge Federico Scharffenstein. Los cuatro amigos se entusiasmaron, sobre todo por *Las dolencias de Werther*, por el *Mesías* de Klopstock, por Rousseau y Plutarco y por el mundo melancólico de Os-

MCD 2022-L5

sian, y Schiller cedió con sumo gusto á su amigo Hoven sus manjares favoritos para recibir en cambio un ejemplar de los *Dramas* de Shakespeare. Estos y los de Klinger y el *Julio de Tarento,* por Antonio Leisewitz, produjeron en el joven impresión mágica.

Al círculo de los poetas de la Academia, que durante las veladas leían poesías y componían versos, se unieron también el músico Juan Rodolfo Zumsteeg, hijo de un lacayo ducal, que ponía en música las composiciones de Schiller, y Dannecker, hijo de un establero ducal, que después labró el magnífico busto de nuestro vate.

La buena hada de Suabia, la Egeria de excelente consejo para el Duque, la hermosa Francisca de Bernardin, nombrada por su amante condesa de Hohenheim, la que calificaremos de sirena arrebatadora que, aunque nacida á orillas del Roth, en la pequeña villa de Adelmannsfelden (cerca de Ellwangen), lanzaba de su persona los ardientes efluvios del mar Tirreno, fué la única mujer ante la cual se abrió la Academia de Carlos, y ella se hizo la musa del alumno Schiller, pareciéndole ideal de toda virtud femenina, ángel de bendición. El le entregó, á nombre de la Academia, en 10 de Enero de 1778, con motivo de su cumpleaños, una sentida poesía, y la celebró en Enero del año siguiente en un entusiasta discurso que pronunció en la Academia. Todavía en el mismo año escribió su

disertación médica, en la cual asombró á los profesores, que, no sin enfado, le vieron emprender alto y majestuoso vuelo, perdiéndose en las regiones etéreas, y para que se calmase el fuego del joven genial y se hiciese un buen médico se le ordenó, por mandato de Carlos Eugenio, permanecer un año más en la Academia. Pero la resolución del Duque produjo un efecto contrario: viéndose humillado ante sus compañeros, apartóse el joven más aún de la Medicina, se encendió cada vez más el fuego ardiente de su alma, y ya la Academia se convirtió para él verdaderamente en una cárcel.

En 1777 había empezado á concebir el drama *Los bandidos*, que estriba en una historia publicada en 1775 en el *Almacén de Suabia*, y Schiller—que en 1780 tenía que celebrar, cual orador de la Academia, el cumpleaños de Francisca, y que en 14 de Diciembre de 1779 disfrutó la satisfacción de recibir un premio cuando el duque Carlos Augusto de Sajonia-Weimar y el mismo Goethe honraron la Academia con su visita—concluyó aquel drama revolucionario en el último año de su estancia en la Academia, escribiéndolo escondidamente en la enfermería. Cuando terminaba una escena, la recitaba ante sus amigos — en cualquier rincón del espacioso edificio, donde los encontraba—con el mismo ardor con que acababa de escribirla.

Por fin, en Diciembre de 1780 abandonó la

Academia y entró cual médico en el regimiento de granaderos. No encontrando editor, dió en 1781 á la estampa, á sus expensas, *Los bandidos,* y aunque los pocos ejemplares que en el estío de 1781 penetraron en el mundo produjeron agitación inmensa, el modesto cuarto del poeta-médico estaba lleno de *Bandidos,* pues los tenía empaquetados á millares. Entretanto el drama no dejó de repercutir otra vez en el recinto de la Academia en que nació, y á él le debió el poeta el conocimiento del alumno Guillermo de Wolzogen, que le introdujo en la casa de su madre, la viuda del consejero íntimo de la legación, el barón Luis de Wolzogen. Otra señora, Luisa Dorotea Vischer, viuda de un capitán, una dama rubia de treinta años de edad, en cuya casa vivió Schiller, le inspiró sus odas, siendo la "Laura" de sus cantos entusiastas.

Todo lo que escribió Schiller lo dió á conocer primero á su madre amantísima y á su hermana Cristobalina, residentes á la sazón en la "Solitud". En 1782 salió la segunda edición de *Los bandidos,* ostentando en la portada un león con la garra levantada y la inscripción: *In tirannos.* A ruegos del director del Teatro Nacional de Mannheim, el barón de Dalberg, arregló el poeta *Los bandidos* á la escena, y, saliendo secretamente de Stuttgart, asistió á la representación de su drama en Mannheim el 13 de Enero de 1782. ¡Qué día tan memorable! Iffland, que entonces tenía

veintitrés años de edad y empuñaba ya con mano firme y segura el cetro como rey de la escena, desempeñó el papel de "Francisco Moor", uno de aquellos en que el público puede apreciar los quilates del talento artístico del actor. Naturaleza privilegiada, poseía Iffland los secretos más recónditos del arte de Roscio, y, entre ellos, el de imponerse al espectador, y sabía encerrar el hirviente metal de su inspiración en el molde del arte. El público aplaudió con frenesí el drama en que se revela ya el poeta en toda la grandeza de su genio maravilloso, aunque más cual Hércules de músculos gigantescos, que cual Apolo con las líneas de hermosura templada. Las situaciones, de fuerza tal que arrastran súbitamente al auditorio en masa, los arranques de la pasión, que sólo brotan de superior talento, la grandeza moral, la fuerza del sentimiento y el poder artístico que se encuentra en la aparición de "Carlos Moor", el pecador sublime, el majestuoso criminal, el ángel caído, que lucha contra las leyes sociales y contra las leyes eternas del destino, y á quien acompañan nuestras simpatías, nuestro amor, nuestras lágrimas, hasta en los bosques, en los páramos, á la cumbre de sus extravíos, porque se levantan en su abono las causas que los subliman, siendo sus mismos delitos hijos de su idealismo, y su figura nos encanta más en aquel cuadro sombrío que lleva el espanto al ánimo del espectador, así como una sola rosa

MCD 2022-L5

que miramos en el desierto arenoso nos cautiva más que todo un jardín de rosales en los jardines de Hesperia; en fin, la vida escénica, la composición briosa y enérgica, el desenlace feliz del conflicto trágico, los soberanos pensamientos y la pintura de los caracteres asignan á *Los bandidos* por legítimo fuero un lugar distinguido en nuestro teatro indígena, colocando á su autor á la altura de Shakespeare. Hallamos además en *Los bandidos*—que no son ladrones, sino revolucionarios que hacen la guerra, no á la Humanidad, sino á sus privilegios—un prodigioso instinto histórico, un presentimiento de la Revolución francesa, que no fué otra cosa más que la sublevación de la Humanidad oprimida, de modo que el drama con que Schiller en sus mocedades obtuvo su patente de autor dramático, aunque no se hubiesen enlazado todavía en su inteligencia el vuelo arrebatado de la fantasía y el reposado caminar del arte, ha de considerarse no sólo como obra artística, sino como señal del progreso de la noble Humanidad.

A *Los bandidos* les debió en 1792 un honor particular: el de ser nombrado ciudadano por la República francesa. He visto el diploma en que le fué conferida aquella dignidad, en la biblioteca de Weimar, y allí pude notar también la característica exactitud con que los franceses escribían el apellido de Schiller: *A Mr. Gille, publicista alemán.*

MCD 2022-L5

De cuantas críticas se han hecho sobre aquella obra, que ostenta carácter tan apasionado como dramático, la más ingeniosa la escribió el joven poeta que la concibió, esto es, el mismo Schiller. Después publicó, en unión de algunos amigos, un tomo de galanas y majestuosas poesías, titulado *Antología*, en que resalta y brilla el sentimiento de libertad, y que inspiraron al cautivo poeta Schubart una oda entusiasta pintando el goce con que tras de los muros de su cárcel bebía el néctar de la poesía ardiente, fogosa, apasionadísima, de Schiller.

Pero después de haber aparecido por vez primera sobre el tablado escénico y abordado de frente y con singular osadía en *Los bandidos* el azar de un éxito dramático, el poeta, enaltecido ya por la gloria y arrullado por el aplauso, cimentó su modo de ser y su crédito y fama en la carrera de autor dramático, ocupándose en escribir *Fiesco*. Entretanto, nuestro vate había excitado por sus poesías la ira del Duque, que empezaba ya á temer á quien antes había amado, y Schiller, que acompañado de sus amigas las señoras de Wolzogen y Vischer, asistió otra vez, sin haber pedido licencia, á la representación de *Los bandidos* en Mannheim, fué condenado por el Duque á quince días de arresto.

También á la cárcel le siguió la poesía: en la prisión ideó el plan de su producción *Intriga y amor*, y allí maduró asimismo la re-

solución de sustraerse á la autoridad del Duque por la fuga y de salvarse para la poesía, pues el Duque, irritado aún más contra el poeta por una reclamación formulada por la República de los Grisones, á causa de una frase de *Los bandidos* ofensiva para ella, le había, so pena de ser encarcelado, prohibido escribir más comedias. En vano trató Schiller, cuyas obras valían un mundo, de obtener permiso para dedicarse á sus trabajos literarios: no le restó, pues, sino la fuga, é inició en su plan á su hermana mayor y entusiasta amiga Cristobalina. Antes de huir dedicóse en su celda solitaria, con todas sus fuerzas, á continuar á *Fiesco*, viviendo en medio de tan triste suceso como en una poética isla del espíritu. Después se despidió de su madre en la "Solitud". ¿Quién podría describir aquella escena conmovedora, quién podría expresar los sentimientos dolorosos de la madre que, viendo partir á su hijo para evitar su encarcelamiento inmerecido, temía perder por siempre á su único hijo, el que era como imagen de sí misma, el que parecía haber bebido en su seno maternal la mansedumbre de su ánimo, y que estaba dotado con todas las prendas que para él había pedido tantas veces y con tanta efusión á la Divinidad?

En la tarde del 17 de Septiembre de 1782 huyó Schiller á Mannheim acompañado de su amigo el joven músico Streicher y confiando en las promesas y palabras lisonjeras del barón

de Dalberg, á quien creyó su amigo y protector. No hablaré de los detalles de su fuga, ni de la carta que escribió al Duque pidiéndole otra vez en vano que le permitiese dedicarse á sus trabajos literarios, ni de la epístola que dirigió al barón de Dalberg rogándole le anticipase doscientos florines hasta que hubiese terminado su *Fiesco*, ni de la negativa del Barón, cuyo corazón no se dejó ablandar siquiera por la necesidad estrecha del poeta, añadiendo que *Fiesco*, en su forma actual, no era adecuado para la escena. El pobre vate, que había adoptado un seudónimo para escapar á las persecuciones del Duque, se hospedó con su leal amigo Streicher en una posada de Oggersheim, cerca de Mannheim, donde empezó á escribir el drama *Luisa Miller*, que después fué titulado *Intriga y amor*, y á rehacer *Fiesco*. Pero tampoco después de reformado fué aceptado éste por el barón de Dalberg, sin que se hubiese dignado indicar el motivo de su negativa y sin prestar oído á Iffland, que ya entonces apreciaba las bellezas de *Fiesco*, donde muestra su garra el león, y que le decía que, considerada la triste posición del autor, tanto genio y tanto celo merecían un socorro. Demasiado orgulloso para expresar su sentimiento por conducta tan incalificable, que será vergüenza eterna para el señor de Dalberg, y que no nos explicamos sino porque éste no quería disgustar al duque Carlos Eugenio, abandonó el desgraciado poeta, el vate

más noble de Alemania, á Mannheim, donde dejó, con sentimiento suyo, á su amigo Streicher, y salió en 30 de Noviembre de 1782 para Bauerbach (cerca de Meiningen), donde la señora de Wolzogen le ofreció asilo, como si el mismo destino hubiese querido de intento poner al lado del cobarde egoísmo del barón de Dalberg la abnegación de una mujer. Antes de llegar á Bauerbach conoció á un amigo de la señora de Wolzogen, el jurisconsulto y poeta Herman Reinwald, que en Meiningen desempeñaba el empleo de bibliotecario, y trabó amistad con éste, que en 1786 contrajo matrimonio con la simpática hermana de Schiller, aquella Cristobalina que tantos puntos de semejanza tenía con nuestro poeta, poseyendo, lo mismo que él, un ánimo capaz de entusiasmarse por todo lo eminente, así en la esfera espiritual como en la esfera moral, y ostentando en su estilo idéntica dignidad del lenguaje. La reina Victoria de Inglaterra honró con su visita á la hermana del rey de nuestros vates, la venerable anciana que falleció el 31 de Agosto de 1847, próxima á la edad de noventa años.

Volvamos á nuestro héroe, que, cual un náufrago salvado de las ondas, pudo en la solitaria aldea de Bauerbach satisfacer su amor á la soledad campestre. Allí terminó, en Febrero de 1783, á *Luisa Miller,* y, después de haber recibido por conducto de su amigo Reinwald la *Historia de Felipe II* por Brantome,

y la novela de St. Real titulada *Don Carlos*, ocupóse en el estudio del carácter de aquel desgraciado Infante de España con el mismo ardor con que el amante tiene en el corazón á su amada, y representando la Inquisición se propuso vengar á la Humanidad prostituída.

Era menester que el destino le deparase al fin el trato de hombres nobles, pues abrazando con la efusión de su alma al mundo entero, había creído hasta entonces que éste era un trozo de hielo. Gozó, pues, de la visita de la señora de Wolzogen y de su bellísima hija Carlota, y la joven, tan pura é inocente como si acabase de salir de las manos del Creador, despertó en su corazón una inclinación verdadera, pero, penetrado del sentimiento de su dependencia, no se atrevió á declararle su afecto. Lo que el poeta, ignorando aún que su amada amaba ya á otro, no expresaba con palabras, lo conocieron los ojos perspicaces de la madre, y él mismo lo dijo con sus señales de alegría, erigiendo un arco triunfal de ramos de abetos cuando en Mayo de 1783 llegó otra vez Carlota con su madre. Pero, ¡ay!, la primavera de amor en el corazón del poeta no debía madurar hasta la alegre cosecha. La madre le hizo ver el diario de Carlota en que ésta confesaba su amor al señor de Winkelmann, y para que quedase comprometido también el honor de Schiller, su amigo Guillermo de Wolzogen, hermano de Carlota, le pidió su

opinión acerca de aquel señor, á quien Schiller no profesaba afecto. La grandeza de alma, la fuerza varonil del poeta, manifestóse en la respuesta á Guillermo, en que retrataba el corazón noble de Carlota y el carácter del señor de Winkelmann como digno de tal tesoro. Así el alma del poeta elevóse sobre su pasión, y su energía contuvo en sus orillas el caudaloso torrente para que no inundase los florecientes campos. Pero al saber que el señor de Winkelmann se había permitido palabras poco amables acerca de Carlota, el amor apenas velado del bardo volvióse más ardiente, y, sin duda alguna, sus mejores fuerzas se hubieran consumido si la madre de Carlota no le hubiese aconsejado emprender un viaje para recobrar la calma. Afortunadamente, hacía algún tiempo que el barón de Dalberg, viendo que el duque Carlos Eugenio no pensaba ya en perseguir ni en desterrar al poeta, y que no había, pues, peligro alguno en tratarle, había reanudado relaciones con Schiller, pidiéndole le entregase su tragedia *Luisa Miller*. Cedió por fin el vate á las reiteradas instancias del Barón, y en Julio de 1783 abandonó el tranquilo puerto de Bauerbach, donde había cobrado nuevas fuerzas para dirigir otra vez su gallardo bajel hacia la alta mar. Esa maravilla la habían producido dos mujeres: la señora de Wolzogen, que al fugitivo sin patria le dió asilo seguro en aquella Bauerbach que fué el oasis de su vida, y

la condesa Francisca de Hohenheim (1), que con sus ruegos había ablandado la ira del Duque. Por eso no extrañamos que Schiller, agradecido, haya entonado después su himno entusiasta *¡Honor á las mujeres!*

El poeta, que no cesaba de tener en su corazón á la señora de Wolzogen, su segunda madre y madre de Carlota, aquella cuya amistad le sirvió de antídoto contra toda seducción, salió otra vez para Mannheim, donde volvió á ver á su amigo Streicher. Ahora Dalberg le trató con la mayor consideración y se ofreció á estrenar *Fiesco* y á darle trescientos florines por éste, por *Luisa Miller* y por un tercer drama que había de escribir. Schiller aceptó la oferta, aun no siendo generosa, y se vió obligado á fijar, al menos por una temporada, su residencia en Mannheim. Pero lo que le desgarró el corazón fué el saber por su hermana Cristobalina que su madre había envejecido notablemente por la pena que sufría con la ausencia de su hijo amado. No obstante, creyó que el honor le vedaba, aunque el Duque se lo permitiese, volver á Wurtemberg hasta que hubiese logrado una posición honorífica.

Ya es hora de hablar de las creaciones dra-

(1) Una distinguida escritora alemana, la Sra. Vely, ha publicado las biografías del duque Carlos de Wurtemberg y de Francisca de Hohenheim, y estas figuras, enlazadas estrechamente con la vida de Schiller, interesan al lector alemán de suerte que le obligan á no dejar el libro hasta terminar la lectura.

MCD 2022-L5

máticas de Schiller, *Fiesco, Intriga y amor* y *Don Carlos,* que forman, como si dijéramos, un solo grandioso retrato de la época del poeta. No cabe en los límites del presente estudio entrar en un detenido examen de dichas composiciones. Sólo diré que en *Fiesco,* que con voz de profeta anuncia á Napoleón, así como *Los bandidos* anunciaban la Revolución, circula la ardiente sangre revolucionaria, y que es la tragedia en la cual el vate prestó rasgos ideales á los caracteres de su tiempo, convirtiéndolos en tipos, es el primer ensayo de Schiller en la tragedia histórica en que después recogió laureles brillantísimos. ¡Con qué fuego tan enérgico sabe animar los caracteres, con qué maestría y con qué color tan vívido nos pinta las escenas todas hasta la catástrofe! En el carácter del moro encuéntrase aquella vena humorística de que más tarde no dió pruebas sino en su *Campamento de Wallenstein.* Sólo las figuras femeninas acusan alguna incorrección y confusión en sus contornos.

¡Lástima que el famoso poeta se viese obligado por Dalberg á consagrar sus fuerzas, debilitadas entonces por una larga enfermedad, de resultas del clima malísimo de Mannheim, á tareas tan ingratas como la de rehacer sus dramas arreglándolos á la escena! Pues el drama impreso que tiene por asunto á *Fiesco* vale mucho más que el mismo drama arreglado por el autor á la escena, según

las observaciones de Dalberg, y cuya representación escénica se efectuó en Mannheim el 11 de Enero de 1784.

En 15 de Abril del mismo año estrenóse allí también con extraordinario aplauso *Intriga y amor*, drama que, á pesar de los lunares que deslucen en parte su semblante, ha de ser siempre memorable como retrato fiel y conmovedor de las costumbres de aquel tiempo perverso, como producto del idealismo moral del poeta, y producirá siempre efecto mágico por los arranques de gran fuego, por las frases de gran brío, por las situaciones de gran vigor, por el odio del bardo contra los opresores y los tiranos, odio que se expresa en cada renglón. Con estas cualidades y bellezas se excusan sus defectos, que consisten en que á veces lo burlesco se mezcla á lo trágico, en que el poeta olvida dibujar sus figuras con líneas correctas y firmes, y en que los personajes de los malvados no ofrecen rasgo alguno que los haga menos repulsivos, mientras los caracteres nobles se nos presentan de antemano con cierta excitación morbosa, y las figuras cómicas no son sino caricaturas.

Nadie ha hablado del teatro con mayor entusiasmo que Schiller, llamándolo institución moral donde el placer se enlaza con la instrucción, el reposo con el esfuerzo, el recreo con la ilustración; donde ninguna facultad del alma se ejercita en detrimento de otra, y donde ningún goce se experimenta á costa de otro;

MCD 2022-L5

un mundo artificial, un mundo ideal en que pasiones saludables conmueven nuestra naturaleza adormecida, haciendo circular nuestra sangre de modo más vivo, y en que hombres de todas las esferas, de todas las zonas, de todas las condiciones, se hermanan por una simpatía universal, se olvidan de sí mismos y del mundo y se acercan á su origen divino, gozando cada uno con los goces de todos y llevando en su pecho sólo un sentimiento: el de ser hombre.

Pero, á pesar de los triunfos que Schiller alcanzaba en la escena, ¡qué triste era su suerte! Le atormentaban incesantemente las deudas que contrajo en Stuttgart para publicar *Los bandidos,* y vió con dolor que no podía asegurar su existencia como autor dramático. Pero hombres verdaderamente grandes son los que, como él, en medio de todas las dolencias y miserias, peregrinan por la vida llenos de noble y tranquila grandeza no dejando de combatir por el ideal. ¡Honor á los que sentían la sin par grandeza de Schiller y se apresuraban á estrechar su mano y á hacerle ver lágrimas de alegría y de entusiasmo! ¡Honor, pues, al distinguido jurisconsulto, al amante de la poesía, al hombre ideal, Cristián Godofredo Koerner, que, en unión de su novia y de la hermana de ésta expresaba al divino poeta, en una carta elocuente fechada en Leipzig á principios de Junio de 1784, la impresión mágica que causó en sus almas. Las pala-

MCD 2022-L5

bras de Koerner y los delicados homenajes de su novia, fueron para Schiller una inesperada satisfacción, y le resultaron tanto más agradables cuanto que se hallaban exentos de todo interés, siendo hijos de la simpatía de las almas y del sentimiento purísimo. "Tal homenaje — escribió Schiller á su maternal amiga la señora de Wolzogen,—tal homenaje de manos desconocidas, producido sólo por la consideración más pura, y que no tiene otro motivo más que el de la gratitud por las horas placenteras pasadas al leer mis producciones, es para mí un premio más grande que el aplauso del mundo, y la única dulce compensación de mil minutos tristes, y si me figuro que quizás hay en el mundo otros círculos donde me aman aunque no me conozcan, y que quizás en cien y más años, cuando se haya dispersado mi polvo, se bendecirá mi memoria y se derramarán en mi tumba lágrimas de admiración, entonces, amiga queridísima, celebro mi vocación de poeta, me reconcilio con Dios y con mi destino, á veces muy duro."

Homenajes como el de Koerner eran la sangre vital que hacía capaz al poeta de nuevos y aun mayores esfuerzos, y gracias á él dedicóse con celo á continuar el *Don Carlos,* el hijo favorito de su espíritu, aquella producción peregrina que, como todas las grandiosas creaciones del siglo XVIII, *Nathan el Sabio, Fausto, Los bandidos* y *Las ideas* de Her-

der, nos señalan el camino hacia el término indicado por la divisa de Herder: *¡Luz, amor, vida! Don Carlos* maduró con el mismo Schiller, siendo en el primer plan que concibió en las selvas de Bauerbach, bajo el peso de una pasión cada vez más creciente, sólo un cuadro de familia la tragedia que se desarrollaba en el seno de una familia de príncipes, pero concluyendo, gracias al trato con Koerner, siendo la representación de un grandioso episodio del combate de la Humanidad por su existencia espiritual, el evangelio inspirado de una nueva primavera de los pueblos. Es verdad que estos dos planes, el primitivo y el ulterior, se entorpecen mutuamente en el *Don Carlos* de Schiller. Quizá no haya drama con más irregular estructura, y, sin embargo, es la obra que ejerce efecto sin par por la fuerza grandiosa de sus ideas morales, la que más revela el idealismo de su autor, la que más pone en evidencia sus grandes cualidades de poeta y de filósofo.

En *Don Carlos* se presentan ante nuestros ojos el hijo de Felipe II y el marqués de Posa, aquellas estrellas gemelas, aquellas dos figuras simpáticas que retratan la juventud, el uno en las pasiones del corazón, el otro en la pasión sublime de salvar al mundo dando á la sociedad humana el estado más feliz posible.

Jamás el lenguaje del amor y de la amistad ha encontrado un ímpetu más arrebata-

MCD 2022-L5

dor que en *Don Carlos,* jamás el tribunal de la Humanidad ha hallado representación más ingeniosa y más inspirada que en la famosa escena entre Felipe II, el representante del despotismo doméstico, político y espiritual, y el marqués de Posa, la encarnación de la poesía del idealismo político. En *Don Carlos,* vestido con las galas de una versificación fluida y lozana, saboreó Schiller por vez primera en el drama el inefable encanto que tiene la forma bella, y con la varita mágica de la poesía trocó sus propias ideas humanas, que eran también las de Herder, en pensamientos divinos; convirtió en brillantes pulimentados con el ritmo los diamantes en bruto de la prosa.

Pero antes de haber concluído el *Don Carlos* vióse precisado el poeta á trabajar para vivir, y trabajó en Mannheim como periodista, y fundó en 11 de Noviembre de 1784 una revista titulada *Talía rhiniana,* en la que dijo: "Escribo cual cosmopolita que no sirve á ningún príncipe. Sólo al público pertenezco. El es mi estudio, mi soberano, mi confidente. No me presentaré ante ningún otro tribunal. Sólo á ése le temo y le adoro. Y algo de grandioso se presenta á mi mente al pensar que no llevaré otras cadenas sino el fallo del mundo, ni apelaré á ningún trono sino al alma humana."

No obstante este lenguaje atrevido del poeta, su situación siguió siendo triste en Man-

nheim, donde aumentaban sus deudas y donde tenía que robar horas á la noche para dedicarse á los trabajos que le imponía la necesidad. Sin duda alguna, hubiera abandonado aquella ciudad si no le hubiese encadenado una señora fantástica é ingeniosa, la sensible cuanto desventurada Carlota de Ostheimb, que al quedar huérfana contrajo matrimonio, sin cariño, con un primo suyo, el inteligente y amable oficial Enrique de Kalb. ¡Ay! Carlota amó á Schiller, que se le presentó en la flor de su vida, al vate en cuyas palabras alternó la violencia con la blandura femenina. Y, según más tarde dijo el mismo poeta, ejerció ella sobre él influjo profundo, pero no benéfico. Pues el genio le impelía á salir de Mannheim para seguir en una esfera nueva, en el círculo de hombres cariñosos, los senderos de la gloria, y ella le retenía haciéndole olvidar la miseria de su posición y sus propias resoluciones.

No trataré de limpiar á Schiller de la culpa en que incurrió por sus relaciones con Carlota de Kalb, que por cierto traspasaban los límites de la moral civil. Pero no quiero tampoco, á semejanza del "diablo cojuelo" de Vélez de Guevara, levantar todos los techos para espiar lo recóndito. Respetemos el velo piadoso que envuelve los amores de Schiller, mientras el culto que Goethe tributó al amor ha provocado tantos comentarios.

A una recomendación de Carlota de Kalb

y del barón de Dalberg debió el poeta el permiso de leer el primer acto de su *Don Carlos* en Darmstadt, en presencia de la corte de Hesse y del duque Carlos Augusto de Weimar. Y el último, el celebrado protector de los bardos, honró al autor de *Don Carlos* nombrándole en 27 de Diciembre de 1784 "consejero de Weimar". Ese título, debido sólo á la poesía, hubiera justificado al fugitivo de Stuttgart ante los ojos del mundo y ante su padre, si no lo hubiesen justificado ya sus obras brillantísimas.

Cansado ya del trato de los actores de Mannheim, y contemplando el abismo que se abrió bajo sus plantas por el afecto demoniaco de Carlota de Kalb, ansiaba Schiller ver otro terreno, otro cielo, otros hombres mejores: su alma flotaba en torno de Koerner, que le había ofrecido su amistad, y para que su vena poética se inflamase de nuevo y para que en la unión entrañable de un verdadero amigo volviese á gozar de su propio corazón, salió al fin para Leipzig en la primera mitad de Abril de 1785, después de haberse despedido, no sólo de Carlota, sino de Streicher, cuya amistad era pura como el sol y firme como la roca. Jamás olvidó este leal amigo los días tan lúgubres que Schiller pasó con él en Mannheim, y tan grande fué la emoción producida por aquellas amarguras, que aun más adelante no tuvo fuerzas para asistir á la representación de aquellos tres primeros dra-

MCD 2022-L5

mas de Schiller nacidos ante sus ojos. A los que se interesen por los destinos del fiel amigo del vate, les diremos que Streicher se enlazó después en Augsburgo con una joven bien acomodada, y que falleció en 1832 en Viena, donde había fundado una fábrica de fortepianos.

Schiller alquiló un cuarto en el pueblo de Gohlis, próximo á Leipzig, y como antes apreció y amó el corazón de Koerner, empezó á admirar también el espíritu de su nuevo amigo. Koerner el jurisconsulto y Schiller el poeta representan la amistad más pura, animándose el uno al otro y rivalizando los dos en aspirar hacia el ideal más sublime. Koerner, que encontró la amistad cuando ya el amor comenzaba á brindarle sus alegrías, fué el más firme sostén de Schiller, acompañándole en su viaje romántico hacia la verdad, la gloria y la bienaventuranza; y al socorrer al poeta también materialmente pagó, según él mismo decía, una parte de la deuda contraída por su fortuna por haberle proporcionado bastantes bienes terrestres. ¡Qué divino espectáculo ofrecen dos almas que se encuentran en su camino hacia la Divinidad, que por su consorcio íntimo se hacen grandes, buenas, felices y que consideran la perfección que alcanzan juntas sólo como apoyada sobre el pedestal de su santa amistad! La vida del poeta tiene sus raíces más profundas en el mundo de aquella santa amistad, y hasta el genio

MCD 2022-L5

más grande no puede desarrollar su fuerza divina cuando se encuentra aislado. ¡Qué júbilo debía, pues, llenar el alma de Schiller al pasar horas tan dulces en compañía de la familia de Koerner. Este escribió al vate: "Concédeme la satisfacción de libertarte por un año de la necesidad de ganar tu pan." Y Schiller contestó: "Tu bondad me abre los Campos Elíseos. Por ti, mi querido Koerner, podré quizás hacer aún lo que ya nunca creí que podría intentar. Mi bienaventuranza crecerá con la perfección de mis fuerzas, y á tu lado y por ti tendré el ánimo de formarlas. Las lágrimas que vierto á la entrada de mi nueva carrera en agradecimiento y honor tuyo, esas lágrimas volverán después de llevada á cabo aquella carrera. Cuando se realice mi sueño, ¿quién ha de ser más feliz que tú? No rompas esta carta. Quizás después de diez años la leerás con un sentimiento peregrino, y también en la tumba descansarás suavemente sobre ella."

Como monumento bellísimo y eterno nos recuerda la dicha del poeta en aquellos días de Leipzig y de Gohlis pasados en compañía de Koerner, de su novia Mina y de la hermana de ésta Dora, el himno *A la alegría,* del cual dice la tradición que Schiller lo cantó después de haber salvado del suicidio á un pobre estudiante, recogiendo para él una suma de dinero en la fiesta nupcial de Koerner. En Septiembre de 1785 acompañó al joven ma-

trimonio á Dresde y á la viña y casa de campo de su amigo en el pueblo de Loschwitz, situada en la margen izquierda del Elba. El poeta habitó la casita del viticultor, y allí siguió dedicándose á terminar *Don Carlos*. El 19 de Julio de 1787 pudo leer á sus amigos de Dresde el drama entero, que se estrenó en Hamburgo, con éxito brillantísimo, en 30 de Agosto de 1787, y con los honorarios que le anticipó el director de aquel teatro, el célebre actor Schroeder, salió el 20 de Julio de 1787 para Weimar, donde pensaba escalar las cumbres de la gloria como Goethe, Herder y Wieland, y donde entonces moraba la mujer con quien había mantenido correspondencia viva y continua: Carlota de Kalb, que era amiga de Wieland y de Herder, de las duquesas Ana Amelia y Luisa y de la señora de Stein.

He de mencionar también que durante su estancia en Loschwitz y Dresde se ocupó en el estudio de la Historia, proponiéndose representar las revoluciones más memorables, y que ya entonces empezó á escribir la *Historia del levantamiento de los Países Bajos*.

Entre los amores de Schiller figura la hija de un propietario de Blasewitz, cerca de Loschwitz, sin que ésta produjera una impresión profunda en el corazón del bardo. Aquella doncella se llamaba Augusta, y el poeta, que da la inmortalidad á cuanto toca, la recuerda en su *Campamento de Wallenstein* cual "Gustel (Augusta) de Blasewitz".

MCD 2022-L5

El 21 de Julio de 1787 llegó Schiller á Weimar, hospedándose en el hotel *El Erbprinz*, donde recientemente, los que asistimos á la inauguración de la estatua en honor del duque Carlos Augusto, extrañábamos que nadie conociera el cuarto que albergó al príncipe de los autores dramáticos alemanes. Cuando éste llegó á Weimar sólo para conocer el terreno, la ciudad estaba más solitaria que nunca, pues le faltaban Goethe, el Duque y la duquesa Luisa. En cambio estaba Herder, que leyó el bellísimo poema dramático *Don Carlos*, y, encontrando en las ideas del marqués de Posa las suyas, apreció seguramente las bellezas y los primores del drama. Dicho queda en otro capítulo que Schiller no se sintió atraído hacia la duquesa Ana Amelia, que no era amante de sus dramas, mientras que simpatizó con Corona Schroeter, la rara, la maravillosa actriz que con igual facilidad encontró la nota grave que la nota cómica; que tan bien calzó el zueco, como el coturno; que dió singular atractivo á sus papeles y á todas las comedias de Goethe, cuyas escenas eran en sus manos como grupo de flores en manos de hábil ramilletera (1).

Más que todas las mujeres cautivó al poeta

(1) ¿Cómo podría explicarse que Corona, que sabía encantar por la plástica de su hermoso cuerpo, se extinguiera para Goethe como Venus, como amada, siendo vencida por la refinada coquetería de la señora de Stein, sino porque le faltaba el atractivo de lo picante, lo encantador de una pasión que aparece diariamente revestida de forma nueva?

MCD 2022-L5

en Weimar su apasionada amiga Carlota de Kalb, cuyo borrascoso afecto había de consumirle; pero el buen genio de Schiller le había preparado ya una nueva dirección de su existencia, haciéndola girar sobre el eje de la esperanza. Nada perjudica más al vate que el estancamiento: nueva sangre ha de llenar su corazón, nuevo calor ha de inflamar sus venas, y la fortuna le condujo del modo más gracioso en el rápido torrente de lozana vida. La hermana de Schiller, Cristobalina, que había contraído matrimonio con Reinwald, le invitó á visitarla en Meiningen, y también la señora de Wolzogen quiso hospedarle en Bauerbach. Así volvió á ver los sitios en que había tratado á Carlota de Wolzogen; pero ya los lugares testigos de su amor, los bosques, los árboles, las fuentes, habían perdido para él su lenguaje mágico; halló que el fuego de su amor se había convertido en ceniza. En cambio el 6 de Diciembre de 1787 conoció, merced á su amigo Guillermo de Wolzogen, en una excursión que hicieron á caballo á Rudolstadt, á la familia de Lengefeld, emparentada con la de Wolzogen. Conoció á las que los alemanes llamamos las bellas hermanas de Rudolstadt, á Carlota de Lengefeld y á Carolina, que se había enlazado con su primo el barón de Beulwitz, viviendo con él en matrimonio desdichado en casa de su madre, la viuda del montero mayor señor de Lengefeld. Ambas hermanas se dedicaron á leer á

MCD 2022-L5

Plutarco, y amenizaron su vida monótona de Rudolstadt con excursiones á Weimar, donde trataron á los duques, á Goethe y Knebel y á la señora de Stein; y era tal la gracia de su rostro y su persona, tal la viveza y agrado de su conversación, que cuantos las trataban las estimaban, y cuantos las estimaban las querían. Breves horas bastaron para que excitasen en Schiller el deseo de volver el verano siguiente al hermoso valle de Rudolstadt, á las orillas del Saale. Cuando el 7 de Diciembre tornó á Weimar y encontró allí también al consorte de Carlota de Kalb, entró en el santuario de su corazón y vió que su borrascosa pasión á ésta se había extinguido: un ensueño puro de su alma presentóse á su mente, el recuerdo de las dos hermanas, el recuerdo de Carlota de Lengefeld, la virgen de ojos azules, de áureos cabellos, de estatura graciosa, la que escribía bellas poesías y traducía composiciones de Ossian. Pero aun más que Carlota de Lengefeld le encantaba Carolina, que era, sin duda, la más ingeniosa de las dos hermanas. El poeta, que más tarde nos pintó en su *Campana* tan poéticamente el hogar doméstico, ansiaba el asilo en que todas las borrascas de la vida pierden su fuerza, el santuario cuyo altar impone al hombre los sacrificios más nobles, prestándole en compensación poder invencible desde las alturas. Para poder realizar su ensueño, para conseguir fundar su felicidad, que se cifraba en el

MCD 2022-L5

enlace con un ser que le amase, que consagrase á él su pasado, su porvenir, su vida toda, que hiciese de él el único dueño de su albedrío, trató de conquistar una posición segura como profesor, y dedicóse á trabajos históricos, porque hasta entonces se había visto abrumado por la maldición que la opinión pública lanza contra el libertinaje del espíritu: la poesía.

A principios del año 1788 vió otra vez á Carlota de Lengefeld en Weimar, y la musa, que por largo tiempo le había abandonado, se le aproximó de nuevo, ofreciéndole la bellísima poesía *Los dioses de la Grecia*. En Mayo del mismo año salió para Rudolstadt, como lo había prometido á las dos hermanas, y eligió por residencia el vecino pueblo de Volkstedt, desde donde se goza bellísima vista panorámica del castillo y de la ciudad de Rudolstadt. En Volkstedt ocupóse en su novela *El visionario*, y escribió la *Rebelión de los Países Bajos*, que ocupa lugar distinguido entre los escritos históricos, porque en ella se hermanan la solidez científica con el donaire y la gracia. ¡Qué días tan poéticos pasó en compañía de las dos hermanas, que, hablando con el divino poeta—en cuyo ánimo puro se confundían la severidad sublime y la serenidad graciosa,—parecían caminar como entre las estrellas eternas y las lozanas flores de la tierra! En Agosto mudó la residencia de Volkstedt, que había sido su Pathmos, por

la de Rudolstadt, encontrando allí, en el trato de Carolina y de Carlota, lo que Orestes, el protagonista de la *Ifigenia* de Goethe, hallaba en el bosque de Diana. Ellas eran sus dioses benéficos. Con ellas leyó la traducción de Homero hecha por Voss, penetró en las creaciones de los trágicos griegos, y su vida de entonces hubiera sido una guirnalda de flores si en medio de aquellos días hermosos no le hubiera entristecido la nueva de haber muerto su amiga la señora de Wolzogen.

En casa de la señora de Lengefeld se vieron el 9 de Agosto de dicho año Goethe y Schiller, sin que por entonces se realizase el deseo de ambas hermanas de que los dos grandes poetas se amasen como amigos, como hermanos. Goethe, que hasta aquella fecha no conocía obra alguna de Schiller, á excepción de *Los bandidos,* vivía entonces en sus recuerdos de Italia, el país en que sus ideales habían crecido lozanos, y no veía en Schiller sino al poeta que volvería á hollar con sus plantas lo que él había sembrado después de tantas luchas. Por eso tardó tanto en unirse con Schiller, y más tarde, cuando éste cerró sus ojos para siempre, decía á un amigo suyo que durante el espacio de largos años evitó de intento el trato con el autor de *Los bandidos,* y al hablar así no pudo retener las lágrimas.

Schiller continuó tratando á las hermanas de Rudolstadt, y si no amaba á las dos á la

MCD 2022-L5

par, como Bürger amaba á Dora y á Molly, las abrazaba á las dos igualmente con el idealismo de su amor, y su amor á Carlota no se alimentaba sino por su afecto á Carolina, que tenía, según él mismo dijo, más semejanza con él en cuanto á sentimientos y pensamientos que la misma Carlota. El poeta, para quien el nombre de Carlota parecía encerrar un encanto singular, pues ya se había enamorado de otras dos Carlotas, volvió el 12 de Noviembre de 1788 á Weimar, donde en 3 de Febrero de 1789 terminó su admirable composición *Los artistas,* comenzada en Volkstedt, celebrando la santa magia de la poesía que sirve á un sabio plan universal. Aquellos notabilísimos versos en que Schiller canta la misión de los artistas, el sacerdocio de los poetas, que han de tener en sus manos la dignidad de la Humanidad, son un ala de ángel para el genuino artista, un diamantino escudo en que se estrellan las resistencias todas de lo vulgar y los ataques de lo bajo; aquellos versos entrañan tal entusiasmo, rebosan de entonación y vigor tales, que verdaderamente merecen ser leídos y saboreados por todos aquellos que aun sientan latir en su pecho el fuego santo de la poesía. Jamás decaen, ni se agostan, ni se marchitan poesías como ésta; antes bien se aquilatan y avaloran, creciendo en consonancia con el desenvolvimiento del siglo en que vivimos.

El que cual artista verdadero se sentaba

MCD 2022-L5

en el consejo más íntimo de los dioses, alcanzó por fin, gracias á la señora de Stein, un profesorado, es decir, un empleo sin retribución alguna. El 11 de Mayo de 1789 llegó á Jena como profesor de Filosofía, y pronto sus lecciones académicas relativas á la Historia obtuvieron éxito brillante.

Poco después cumplióse en Lauchstedt el ensueño del poeta: Carolina le manifestó que su hermana Carlota le amaba. Indudablemente era Schiller también el ideal del alma de Carolina, así como ésta fué objeto de la pasión ideal del vate; pero ella tuvo la generosidad de sacrificarse á la dicha de su hermana.

En el otoño de 1789 volvió Schiller otra vez á Volkstedt para tratar á la que ya podía considerar como suya, y á Carolina, que después se divorció y contrajo, en 1794, matrimonio con su primo Guillermo de Wolzogen, el amigo de Schiller. También Carlota de Kalb se divorció, pero la desgracia continuó persiguiéndola hasta su muerte, acaecida en 1843.

Cuando Schiller consiguió del duque de Sajonia-Weimar, merced á la señora de Stein, un sueldo anual de doscientos thalers, y cuando después fué agraciado por el duque de Meiningen con el título de Consejero áulico, no tuvo más anhelo que conducir al altar á Carlota de Lengefeld, cuyo amor había de prestar á su espíritu fuego y vida, y cuya pureza de alma había de derramar sobre su existen-

MCD 2022-L5

cia la quietud y la armonía. "Hasta al encontrarme separado de ti—escribió el poeta á su novia,—mi entusiasmo más alto se hace amor, y hasta las creaciones de mi espíritu no me encantan sin el pensamiento en ti."

En 22 de Febrero de 1790 se desposaron en el pueblecito de Wenigenjena, cerca de Jena, y, consagrándose á la par al amor y á los trabajos poéticos, realizó el vate en su matrimonio feliz su ideal de enlazar la cantidad más alta del goce artístico con el goce actual del corazón.

En el primer año de su matrimonio desplegó actividad prodigiosa, escribiendo la *Historia de la guerra de los Treinta Años,* que despertó en su alma el deseo de calzar otra vez el coturno para dar al mundo la tragedia de *Wallenstein.* Pero aun no había transcurrido el primer año de su dicha al lado de Carlota, cuando el poeta cayó enfermo, encontrándose al borde de la tumba. Entonces conoció que una dulce esposa es madre y alma, vida y calor; que el corazón de Koerner era de oro, y que en todos los tiempos hay hombres generosos; vió que dos hidalgos que no tenían más orgullo que el de ser hombres, ciudadanos de aquella gran república que abraza el universo entero, el duque Cristián Federico de Holstein-Augustenburgo y el conde Ernesto de Schimmelmann, queriendo conservar una de las lumbreras de la literatura alemana, uno de los maestros de la Humanidad,

MCD 2022-L5

le ofrecían, durante tres años consecutivos, la suma de mil thalers. De ese modo pudo Schiller, que, por desgracia, jamás recobró la salud, consagrarse á los proyectos de su espíritu sin que le estorbase el cuidado de las necesidades de la vida.

En 1792 visitó á Koerner en Dresde, y para que fuese más dulce su ventura, volvió á ver en el mismo año á su madre del alma, que le visitó después de transcurridos diez años llenos de dolores continuos. Y el que, cual fugitivo, sin despedirse, había abandonado á su padre, volvió en el verano de 1793, cual poeta coronado y acompañado de su Carlota, á la "Solitud", y escribió desde Heilbronn al duque Carlos Eugenio una carta atenta, como alumno agradecido. Y aunque el Duque no contestó al poeta, supo éste que Carlos Eugenio dijo: "Schiller llegará á Stuttgart, y yo no se lo impediré." El 24 de Octubre de 1793 falleció el Duque, y Schiller lo sintió como si hubiese perdido un amigo, y ante la tumba del soberano pronunció las palabras: "Aquí descansa, pues, aquel hombre tan laborioso. Tenía grandes defectos como regente, mayores aún como hombre; pero los primeros los excedieron extremadamente sus grandes cualidades, y el recuerdo de los últimos ha de ser enterrado con la muerte; por eso, quien hablase mal del que aquí yace no sería bueno, al menos no sería noble."

Schiller pasó dos meses en Stuttgart é hizo

MCD 2022-L5

ver á su mujer, que había dado á luz en Ludwigsburgo á su primer hijo, la Academia de Carlos, que no sobrevivió á su fundador, siendo suprimida por su sucesor á principios del año 1794. En Stuttgart modeló el busto del poeta el compañero de su juventud, el famoso Dannecker, honra de su época. Lleno de recuerdos dulcísimos por el trato entrañable de sus padres, volvió el vate, en 15 de Mayo de 1794, con su familia, á Jena, tras una ausencia de nueve meses, y poco después inauguróse el período más importante de su vida y de sus poesías con el trato de Goethe. Pero antes cumple hablar aún de sus ocupaciones filosóficas. Schiller es el único en nuestra literatura que ha sido á la par poeta y filósofo en el sentido eminente de la palabra. Ya en edad temprana conoció los escritos de Rousseau, que le inspiraron la idea de combatir, en los dramas de su juventud, las relaciones sociales existentes. Los materialistas franceses, á los cuales estudió también, según demuestran sus tratados médicos, contribuyeron á destruir la fe infantil que debía á su familia, y ya cuando niño empezó á luchar con las dudas, que jamás le abandonaban. Pero si hubiese tenido por maestros sólo á Rousseau y á los materialistas franceses, nunca hubiera sido el gran poeta que veneramos. Como Goethe encontró su perfección artística bajo el cielo sereno y transparente de Italia en la contemplación cotidiana de las gran-

MCD 2022-L5

des obras del arte de la antigüedad, así Schiller se hizo un gran poeta por el estudio de la filosofía de Kant. Esta es tan ideal como la esencia de Schiller, y tiene un sello tan moral y tan austero como el carácter de nuestro poeta, que parecía ya adivinar esta filosofía antes de haberla conocido. Y dice bien Rodolfo Gottschall cuando afirma que Schiller, el idealista ético, hubiera sido el Kant de la poesía aunque no hubiese leído obra alguna del filósofo de Koenigsberg.

El mérito imperecedero de Koerner es haber madurado la resolución de Schiller de estudiar esta filosofía para aprovecharla á su perfección. Desde 1792 ocupóse el poeta en la filosofía de Kant, y concluyó elevándose por encima de la estrecha contemplación estética del filósofo de Koenigsberg, pues mientras éste refería lo bello en el arte sólo á un gusto subjetivo, conoció Schiller, gracias á su innato talento para las artes y á su estudio de los antiguos y de los escritos de Lessing y de Winkelmann, la objetividad: la realidad de lo bello. Y en su notabilísima obra *Cartas relativas á la educación estética* representó la belleza como condición necesaria de la Humanidad y encontró el ideal más alto de lo bello en el equilibrio de la realidad y de la forma, en la unidad de lo racional y de lo sensual.

En el verano de 1794 entró en relaciones estrechas con Guillermo de Humboldt y con

MCD 2022-L5

Fichte, que continuaron, respecto á nuestro bardo, la obra benéfica empezada por Koerner, animándole el uno á penetrar en el espíritu de los antiguos, y conduciéndole el otro cada vez más en el mundo grandioso de Kant.

Pero los estudios filosóficos como los históricos de Schiller no fueron sino la preparación para una época nueva en la que nacieron las flores más bellas de la poesía. Esa época empezó también en el memorable verano de 1794, en que Schiller y Goethe, aquellos dos rivales, aquellos dos gigantes, nuestros dos poetas más eminentes, se hicieron amigos verdaderos, cumpliendo por el hecho la bellísima frase de Goethe: "Contra las grandes preferencias del próximo no hay otro remedio más que el amor." La amistad de Goethe y de Schiller, no me cansaré de repetirlo, es la flor más pura de la Humanidad, y si de los dos amigos no tuviéramos más noticia que la de su amistad, bastaría para que debiésemos apreciarlos como á los hombres más perfectos. Esta amistad es como una obra artística de la Providencia: ambos se encontraron cuando su actividad poética parecía *dormida,* cuando Goethe, después de su vuelta de Italia, se veía como extranjero en su patria; cuando, en torno de la hermosa fuente de su poesía, la envidia había levantado un muro impidiendo que derramase sus aguas, y cuando Schiller, después de extinguida aquella pasión juvenil que engendró sus poesías líricas y des-

MCD 2022-L5

pués de pasado aquel entusiasmo político del cual brotaron *Los bandidos, Intriga y amor, Fiesco* y *Don Carlos,* se ocupaba sólo en trabajos históricos. Pero al unir los dos sus fuerzas desplegóse un mundo nuevo: ambos renacieron como poetas, ambos se colocaron á la misma altura, animándose el uno al otro. Schiller prestaba vida á la semilla romana que durante seis largos años yacía como muerta en el espíritu de Goethe, y éste daba al amigo su opinión acerca de cada escena de *Wallenstein* y de *Tell.* Es como si cada uno hubiese sentido cuanto había echado de menos hasta entonces, y, beneficiándose el uno al otro, creaban aquellos tesoros que vemos nacer ante nuestros ojos en la correspondencia de ambos poetas. Esta correspondencia es el legado más rico de los dos ingenios más eminentes de Alemania, y sólo quien haya leído ese epistolario, que contiene una estética completa de la poesía dramática, podrá comprender enteramente los dramas de Schiller. Encontráronse los dos vates como dos torrentes que, aspirando á apartarse el uno del otro, concluyen siendo impelidos al mismo lecho, dirigiendo sus aguas, cual un solo río, aunque en corrientes de color distinto, hacia el Océano.

La amistad de ambos fué como una fuerza del destino: pues de otro modo jamás se hubieran encontrado, porque Goethe estaba para volver á Italia, el cielo del sol latino. La

MCD 2022-L5

amistad de los dos bardos carece del encanto juvenil de una pasión entusiasta, siendo la alianza estrecha de dos hombres formales y severos que se unían para ser el uno el público del otro, para comunicarse mutuamente sus íntimas ideas, para formar un mundo en sí mismos. Así los contemplaba de repente el pueblo, despertado de su sueño por aquel fulgor peregrino, y seguía mirándolos con admiración y con asombro hasta que súbitamente, en medio de aquella vida que á ambos los llenaba de satisfacción igual, el uno moría y el otro se veía otra vez solo, solitario, como jamás había estado, careciendo hasta su muerte de un amigo congenial que le amase y comprendiese tanto como el finado y persiguiese el mismo término que él.

Es tan interesante comparar á estos dos poetas, que no puedo resistir á la tentación de publicar lo que dijo Jorge Enrique Lewes: "Mirar á estos grandes rivales, era advertir desde luego su profunda desemejanza. La hermosa cabeza de Goethe tenía la tranquila victoriosa grandeza del ideal griego; la de Schiller ostentaba la ardiente belleza de un cristiano que mira á lo porvenir. La frente maciza, los ojos de ancha pupila, como aquellos que dió Rafael al Niño Jesús en la sin rival Madonna de San Sixto; las facciones acentuadas y de buenas proporciones, trazadas, en verdad, por el pensamiento y por el dolor, pero mostrando que el pensamiento y el do-

lor habían turbado, mas no vencido, al hombre fuerte; cierto saludable vigor en la morena tez, hacen que Goethe contraste notablemente con Schiller, el de los ojos vivos, la frente no espaciosa, las irregulares facciones, gastadas por el pensamiento y el dolor, debilitadas por las dolencias. La una mira, la otra vigila. Ambas son majestuosas; pero una tiene la majestad del reposo y otra la del conflicto. La estructura de Goethe es robusta, imponente; parece más alto de lo que es en realidad. La estructura de Schiller es desproporcionada; parece más pequeño de lo que es realmente. El pecho de Goethe es como el torso de Teseo; el de Schiller, que ha perdido un pulmón, presenta una curva."

Parece imposible que de la vida de un solo hombre hayan podido salir tantas figuras como *Ifigenia, Tasso* y *Fausto,* que son como astillas de la vida de Goethe, así como los planetas son astillas del sol. El no tuvo que abandonarse á su instinto: como caídos del cielo, los pensamientos se presentaban á su fantasía, y el poeta producía una obra, que una vez terminada, á él mismo le asombraba tanto como á aquellos á quienes la comunicaba. En cambio Schiller, que escribió para el pueblo, al cual deseaba entusiasmar, dramas que no contenían su historia propia, sino hazañas extranjeras, solía proponerse un trabajo poético, y entonces lo realizaba á pesar de todos los obstáculos; pero no es más que una

fábula el que, como dice Lewes, "estimulase su lánguido cerebro con Champaña". Schiller subió lleno de brío á la cumbre del Olimpo escondida en las nubes, logrando por sus esfuerzos colosales que se le abriesen las puertas olímpicas, y conoció la superioridad de Goethe, que estaba sentado tranquilo al pie del monte, mientras los dioses todos se inclinaban sobre él.

La amistad de ambos poetas se debe á un impulso exterior: Schiller rogó á Goethe el 13 de Junio de 1794 que colaborase en su revista *Las Horas,* en la que trataba de reunir los nombres más ilustres de Alemania, y con mucho gusto prometió éste su colaboración. Ya cuando Schiller, en Mayo del mismo año, volvía á Jena, Goethe le encontró en el paseo, y viendo el rostro pálido del poeta enfermo, se figuró que aparecía ante él la imagen del Crucificado. En Julio de 1794 celebraron ambos poetas una larga entrevista, y como eco de ésta escribió Schiller á Goethe en 23 de Agosto aquella célebre, aquella admirable carta en la que expresó en el lenguaje más hermoso la belleza más íntima de Goethe, diciendo: "Las recientes conversaciones con usted han movido toda la masa de mis ideas. Sobre muchos puntos respecto á los cuales yo mismo no podía ponerme de acuerdo, la contemplación de su espíritu de usted — pues así debo llamar á la impresión total que causaron en mí sus ideas—ha encendido en mí una

luz inesperada. A mí me faltaba el objeto, el cuerpo, para muchas ideas especulativas, y usted me abrió camino. La mirada observadora de usted, que descansa tan pura como tranquila sobre las cosas, no pone á usted en ocasión de extraviarse, como sucede tan fácilmente á la filosofía especulativa y á la imaginación arbitraria y obediente sólo á sí propia, etc."

Esta carta, que contiene el alma entera de Schiller, podría llamarse el preliminar de las futuras relaciones entre los dos poetas; y desde aquel tiempo tuvieron éstos enlazadas sus manos hasta que la muerte las separó. Con la mayor liberalidad ofreció Goethe á Schiller un caudal de asuntos, y éste los hizo suyos por el ritmo, que—según dice bien Campoamor—"es la espada de Alejandro, que hace propios y sagrados todos los terrenos que conquista... La idea prosaica es un mármol informe al cual el ritmo le añade las líneas, convirtiéndole en verdadera obra de arte, en escultura... Una idea en prosa es un expósito á quien todo poeta honra dándole su nombre".

Aunque jamás celebraremos bastante la utilidad infinita que una amistad tan estrecha proporcionó á ambos poetas, no negaremos que Schiller, cuyas obras hasta entonces habían nacido de una necesidad interior, perdió en el trato de Goethe su espontaneidad candorosa, asociándose á su arte una gran dosis

MCD 2022-L5

de ciencia, y convirtiéndose las bellezas poéticas de su estilo, á veces, en bellezas retóricas.

No hay modestia más generosa que la de Schiller. ¿Quién no derramará lágrimas de enternecimiento al leer las palabras que el poeta, presintiendo la brevedad de su vida, escribió en 1794 á su gran amigo: "No espere usted de mí ningún gran caudal de ideas. Eso lo encontrará usted en sí propio... Usted trata de simplificar su gran mundo de ideas, yo busco variedad para mis posesiones pequeñas. Usted tiene que regir un reino; yo no tengo más que una familia bastante numerosa de nociones, que quisiera agrandar hasta convertir en un mundo pequeño... Yo fuí poeta cuando debía filosofar, y el espíritu filosófico me asaltaba cuando quería hacer versos. Todavía ahora me sucede con frecuencia que la imaginación estorba mis abstracciones, y que la mente fría estorba mis poesías... Difícilmente tendré tiempo para realizar en mí una grande y universal revolución del espíritu, pero haré todo lo que pueda, y cuando al fin se hunda el edificio, habrá, sin embargo, quizás salvado del incendio lo que más fué digno de ser conservado."

La laboriosidad de Schiller era inmensa: en el verano de 1795 escribió aquellas ideales poesías líricas que no sólo acrisolan la elevación de su talento, sino la elevación de sus aspiraciones, formando una guirnalda tan

MCD 2022-L5

rica que ya por sí sola le aseguraría la inmortalidad. Mientras en la poesía *Los ideales* suspiraba por el tiempo de oro de su juventud y buscaba compensación sólo en la actividad moral, le encontramos en la bellísima poesía *El ideal y la vida* en posesión ya de la armonía del ideal estético, y aunque sus poesías que nos encantan tanto por la profundidad de los pensamientos como por el vigor del estilo, estriban á veces en ideas helénicas y mitológicas, no podemos menos de reconocer la afinidad de éstas con las ideas más altas del Cristianismo á quien él mismo llama en una carta á Goethe "la representación de la moralidad bella ó de la encarnación de lo santo, y, en este sentido, la única religión estética". Una de las poesías más grandiosas y más admirables es también la titulada *El paseo,* en que el bardo pinta el contraste entre la Naturaleza y las creaciones de la libertad humana y nos aconseja volver á la Naturaleza y poner en concordancia con ella nuestro instinto y nuestra conciencia. Poesías como ésta, además de recrear el ánimo, refrescan y purifican el alma.

No se contentó Schiller con ser director de *Las Horas,* sino que dió á luz en 1796 también el *Almanaque de las Musas.* En Mayo del mismo año vió en Jena á su amigo Koerner y al hijo de éste, Teodoro, y así como Schiller fué á veces por luengas semanas huésped de Goethe en Weimar, pasó éste para

tratar á su amigo muchos meses del año en Jena, la miniatura de la bella Florencia, que cual rosa de piedra se refleja en las ondas del Arno. El 2 de Mayo de 1797 entró Schiller en una solitaria y linda casa de Jena, rodeada de jardines, que había adquirido por mil ciento cincuenta thalers. En el ángulo meridional de su hermoso y elevado jardín mandó construir un pabellón con una terraza almenada, desde donde pudo dirigir la mirada hacia el verde valle del pequeño Leutra, el magnífico valle del Saale, que serpentea por los matorrales, y hacia las rocas blancas y desnudas que se elevan enfrente. En aquel pabellón celebró innumerables entrevistas con Goethe, hablando acerca de *Guillermo Meister* y de los *Xenios;* en aquella casita trabajó, durante el verano, hasta de noche, y allí nacieron en 1797 sus más celebrados romances y baladas: *El buzo (Der Taucher), El caballero de Togenburgo* (1), *El guante, El anillo de Polícrates, Las grullas de Ibico, El paseo hacia la herrería (Der Gang nach dem Eisenhammer),* á los cuales en 1798 siguieron *El combate con el dragón* y *La fianza (Die Bürgschaft).* Allí escribió también buena parte de su *Wallenstein,* el más grandioso de aquellos dramas que han de ser perpetua-

(1) *El caballero de Togenburgo, El guante, El anillo de Polícrates y El combate con el dragón* fueron vertidos al castellano por Teodoro Llorente. Véase el precioso tomo titulado *Leyendas de oro.*

MCD 2022-L5

mente manantial rejuvenecedor para el pueblo alemán, por las ideas grandes y nobles, por el idealismo, que era el más potente móvil en el alma del vate. Hundióse el pabellón, pero en su sitio miramos hoy una gran piedra tosca en que campea la inscripción: *Aquí escribió Schiller el "Wallenstein" en 1798.*

El 10 de Noviembre de 1859 fué colocado junto á esta piedra un busto colosal del poeta, y cerca se encuentra una enramada con la mesa de piedra ante la cual solían sentarse los dos bardos inmortales. Allí respiré yo hace algunos años el perfume más puro de la poesía, celebrando que en el mismo lugar donde Schiller se dedicó á estudios astrológicos para caracterizar la creencia de *Wallenstein* en la verdad de los astros, los astrónomos de Jena, los maestros de la ciencia más sublime, observen hoy las estrellas y sus leyes eternas.

Antes de escribir su mejor drama histórico, el *Wallenstein,* visitó Schiller en 1791 el teatro de aquella tragedia, la ciudad de Eger, donde Wallenstein fué asesinado el 25 de Febrero de 1634, en el cuarto que forma la esquina del primer piso del Ayuntamiento, mirando hacia el mercado.

Es aquella casa un hermoso edificio de dos pisos, estilo Renacimiento, y desde 1872 se encuentra en él el Museo interesantísimo de Eger. ¡Cosa extraña! Mientras hasta 1850 se mostraba á los extranjeros aquel cuarto como teatro de dicha tragedia, empezó desde en-

MCD 2022-L5

tonces á mostrárseles otro aposento que da hacia el corral, sólo porque el verdadero cuarto servía de despacho al alcalde.

Gracias al influjo de Goethe trocó Schiller la prosa en que había ya empezado á escribir el *Wallenstein,* por el ritmo, y aunque al protagonista de su drama, á aquel héroe cuyo carácter no fué noble ni pudo serlo, siendo terrible, sí, pero no verdaderamente grande, no le amase, según él mismo dijo, sino con el amor del artista, concluyó creando una sin par tragedia, una trilogía colosal que llevó á feliz remate después de trabajos infinitos, venciendo todos los obstáculos y consiguiendo, como Kant, por la energía de su voluntad, sujetar el cuerpo resistente al espíritu. ¡Qué prodigioso fué el instinto, el genio del poeta, que al retratarnos el fin trágico de *Wallenstein,* de aquel soldado atrevido y feliz, de aquel representante de la ambición militar, hizo adivinar la perdición de otro héroe imponente, de otro genio egoísta, "el Capitán del siglo", que es, respecto á la Revolución, lo mismo que *Wallenstein* fué respecto á la Reforma! ¡Qué espíritu tan enérgico reina en aquella tragedia, haciéndose el guerrero canto *¡Sus, camaradas! ¡Al caballo, al caballo!,* el grito de la libertad alemana en la guerra de nuestra independencia en 1813! Muéstrase la unidad profunda de la tragedia en que casi todos los caracteres pasan por el mismo conflicto entre el deber y la ambición militar,

MCD 2022-L5

conflicto que en el héroe principal se eleva á verdadera grandeza trágica, y que en los otros personajes se exterioriza en las más distintas relaciones humanas, reflejándose en los dos Piccolomini en la familia, en el amor paternal y filial, en Maximiliano Piccolomini, en la amistad y el amor. El poeta enlazó con la tragedia el episodio de los amores elegiacos de Maximiliano Piccolomini y de Tecla como contraste contra la severa acción de la Historia, é, indudablemente, inventó aquel episodio para mostrarnos también la fuerza destructora de ésta en los ánimos que por ella ven hundirse su felicidad. ¡Qué de bellezas mágicas en el estilo dramático, que seducen, arrebatan y embelesan! ¡Qué lenguaje tan brillante y peculiar, ora sentencioso, ora epigramático, ora patético! Verdaderamente que el numen encontró interpretación hábil y acertada por la facilidad con que el poeta manejaba el idioma: en el *Wallenstein*, su dicción gramática ha hallado ya su expresión típica, que después se encuentra en todas sus producciones. *El campamento de Wallenstein* demuestra que Schiller, cuyas ideas eran siempre elevadas, y cuyas imágenes grandiosas y bellos pensamientos tomaban siempre forma digna y conveniente, era también, á veces, un gran poeta humorístico. La marcha y desenvolvimiento dramático de la última parte, titulada *La muerte de Wallenstein*, es digna de los mayores elogios. Tributando, pues, vivas, ardien-

MCD 2022-L5

tes, entusiastas alabanzas á *Wallenstein*, Goethe no hizo sino sancionar el fallo en extremo favorable que dieron á la obra, primeramente la pequeña Weimar y después el mundo. Estrenóse *El campamento* en Weimar el 18 de Octubre de 1798, *Los Piccolomini* el 30 de Enero de 1799, y *La muerte de Wallenstein* en 20 de Abril del mismo año. En Berlín dió el gran Fleck á la figura de Wallenstein forma corporal y tangible, animando é inflamando la obra del arte con el fuego de la inspiración, y en Julio de 1800 llegaron los reyes de Prusia á Weimar para asistir á la representación de este drama acogido con señalado favor, tributando la reina Luisa al poeta elogios muy calurosos. Y nosotros, al ver en la Walhalla los bustos de Wallenstein y de Schiller, no vacilamos un instante en dar la corona al vate.

En Septiembre de 1799 terminó Schiller su divina composición, su sin par poesía *La campana*, de la cual concibió la idea primera en Rudolstadt, en donde tuvo ocasión de visitar una fundición de campanas. En Diciembre de dicho año fijó su residencia en Weimar, donde hubiera encontrado todo lo que podría ansiar un corazón de poeta si hubiese tenido un cuerpo más vigoroso y una vida más larga.

Ya era Schiller un maestro consumado en el arte dramático, y á éste le dedicó también los seis últimos años de su vida. Apenas habían transcurrido seis semanas después de ter-

minado el *Wallenstein,* cuando ya se ocupó en otro drama, *María Stuardo,* cuyo primer acto había trazado en Bauerbach. En su pabellón de Jena empezó á escribir aquel drama, cuyo último acto compuso en el solitario castillo de Ettersburgo (cerca de Weimar) en Mayo de 1800.

Mientras estaba aún trabajando en *María Stuardo,* arregló á la escena alemana á *Macbeth,* de Shakespeare, representándose este drama en Weimar el 14 de Mayo de 1800, y el 11 de Junio del mismo año estrenóse en el mismo teatro *María Stuardo,* cuya patética historia hizo derramar abundantes lágrimas al auditorio. Lo que Schiller nos presenta es más el final de una tragedia que una tragedia entera y completa, pues no vemos la culpa de la heroína, sino su penitencia. Pero en manos de la desdichada reina ha puesto el poeta los acordes más delicados y melodiosos de su lira. No importa que nunca se celebrase la entrevista entre las dos reinas: esta escena, inventada por Schiller, es excelente en todos conceptos, y nos hace penetrar en la profundidad de las ideas que impulsan al poeta. *María Stuardo* es el sano y sabroso fruto del estudio de la dramaturgia de Lessing.

Ya en los últimos días de Julio de 1800 trazó el incansable Schiller el plan de *La virgen de Orleans* (Juana de Arco), que terminó en 15 de Abril de 1801. Iffland tiene el mérito de haber sido el primero que la puso en es-

MCD 2022-L5

cena, en Berlín, el 23 de Noviembre de 1801, mientras el duque de Weimar retrocedía aún ante motivos meramente personales. Por fin, en 23 de Abril de 1803, la empresa del teatro de Weimar la presentó al público. *Juana de Arco,* esa personificación del entusiasmo nacional contra los opresores de la patria, alcanzó, por el lujo de las imágenes, por la magia del estilo, triunfos tan sólidos y duraderos como *María Stuardo,* y si el autor otorgó en medio de situaciones dramáticas preponderancia al elemento lírico, no condenaremos nosotros por excesivo el lirismo que da vida á tantos y tales primores, nutre y sustenta tan galanas frases y tan soberanos pensamientos, pues ese lirismo nació del mismo argumento, y sabemos que también Goethe y Koerner tributaron á Schiller homenajes de admiración por su *Juana de Arco.*

En el nuevo siglo escribió el poeta sus últimas baladas, aquellas preciosísimas poesías, *Casandra, Hero y Leandro* (1) y *El conde de Habsburgo.* En Agosto de 1801 visitó con su familia á su leal amigo Koerner, en Dresde; y en el pabellón en que habían nacido tantas escenas de *Don Carlos* habló de los planes dramáticos que le tenían ocupado, y, sobre todo, de *La desposada de Messina.* En 27 de Diciembre siguiente terminó la versión de *Tu-*

(1) La poesía *Hero y Leandro* ha sido traducida al castellano por Teodoro Llorente.

randot, obra del autor dramático italiano Carlos Gozzi, y para complacer al duque Carlos Augusto, que era aficionado á la tragedia francesa, tradujo la *Fedra,* de Racine.

El delicado Schiller necesitaba una casa tranquila para dedicarse á sus trabajos poéticos. Por eso en 29 de Abril de 1802 trocó la habitación que tenía en medio del ruido de la ciudad por una linda casa situada en la explanada, que á la sazón era un sitio poblado de árboles y es hoy la más magnífica de las calles modernas de Weimar. A esta casa, que fué propiedad de Schiller, y que hoy pertenece á la misma ciudad de Weimar, peregrinan los amantes de nuestro poeta nacional. ¡Con qué respeto, con qué enternecimiento he pisado yo aquel lugar consagrado por las musas, aquella casa en que el poeta inmortal entró por vez primera en el mismo día en que su madre trocaba su mansión terrenal por la morada celeste, en el mismo día en que tres años después, ante la puerta de su casa, despidióse Schiller de Goethe para no volver á verle jamás! El santuario de la casa es aquel aposento saledizo donde vivió, trabajó y murió el vate. La antecámara del gabinete que mira hacia la calle, se ha convertido en un salón hermoso, gracias á las damas de Weimar, que regalaron una magnífica alfombra, y gracias á otras admiradoras entusiastas del inspirado cantor de la dignidad femenina, que bordaron las sillas. Entrando en el verdadero

santuario, el escritorio del bardo, que por su tapiz verde ofrece un aspecto alegre, no vemos adorno alguno, ninguna magnífica obra del arte, sino una espineta y la guitarra de Carlota de Schiller, indicando que en este pobre estudio, que fué testigo de tantos celestiales momentos de hermosa exaltación y de tantas dolencias del bardo, se tributó culto también á Euterpe y á Melpómene. Allí miramos la mesa de trabajo sobre la cual solía inclinarse el que jamás se inclinó ante los poderosos de la tierra, y sobre la cual yacen aún rizos de Schiller y de Goethe y dos cartas del primero ostentando rígido carácter de letra. Allí miramos también su lecho mortuorio cubierto de guirnaldas, encontrándose en él un vaciado de su cerebro. Allí el grande hombre se despidió de la vida, que hubiera sido sólo trabajos y penas si no hubiese brillado en él la luz clara del ideal, y si desde su mesa de trabajo no se hubiese elevado al Olimpo cual hijo de los dioses, cual amigo de las musas, de modo tal que en medio de sus trabajos y miserias pudo cantar la alegría como el más dichoso de los hombres. Por encima de la cama mortuoria se hallan dos retratos del poeta, el uno pintado con sujeción al busto de Dannecker, el otro hecho en sepia, por Jagemann, ante el cadáver de Schiller. Junto al lecho se encuentra una mesita sobre la cual está la caja de tabaco y una taza del poeta.

MCD 2022-L5

En aquella casa experimentó el autor de tantas obras inmortales uno de esos dolores que no se refrescan nunca, porque son eternos, el dolor de perder á su madre.

¡Ay! Nadie mejor que yo puede comprender el dolor de Schiller; yo, que esta Nochebuena, en que "el ángel está cantando y el agua se va riendo", estoy por vez primera sin mi madre del alma, sin la que me recordaba mi edén de niño, horas muy felices, muy tranquilas, muy seductoras...

"Ya de rumores los campos llena;
Con ella el mundo de fiesta está.
¡Ay, que ya vuelve la Nochebuena!
¡Ay, que mi madre no vuelve ya!

Llanto de fuego mi rostro abrasa;
Huérfano lloro mi bien perdido;
Ya está desierta mi pobre casa;
¡Todos se han muerto! ¡Todos se han ido!

¡Madre! Las gotas del llanto mío
Riegan mis noches, ¡yo te perdí!
¡Los que sucumben muertos de frío
Son más dichosos que yo sin tí!

¡Ay! ¡Quién pudiera romper tu huesa!
¡Tu amante vida lograr de Dios!
Sentarte al borde de nuestra mesa...,
Mirarte, y luego... ¡morir los dos!" (1).

Perdóneme el lector por haber enlazado á Schiller el recuerdo de mi madre amantísima,

(1) Antonio F. Grilo.

cuya voz no suena ya entre tantas como se alzan en esta noche de bendición.

"¡Ay! ¡Ya tus ojos no son testigos
De aquella dicha que muerta está!
Se van las cosas y los amigos,
Se van las madres..., ¡todo se va!" (1).

Al fallecer la madre de Schiller se rompió el vínculo más antiguo que le enlazaba á la vida. Pidió consuelo á los dramas grandiosos de Esquilo, leyéndolos en la excelente versión de Stolberg. Y al leerlos despertó de nuevo su genio poético, y ya á fines de Enero de 1803 terminó *La desposada de Messina,* aquella tragedia que tiene por idea fundamental la tesis de que "la vida no es el mayor de los bienes, y que el más grande de los males es la culpa" (2). Estrenóse el drama, en el cual Schiller trató de resucitar el coro helénico en el teatro de Weimar, en 19 de Marzo de 1803, con el éxito más brillante, siendo, sobre todo, los magníficos versos del coro objeto de admi-

(1) Antonio F. Grilo.
(2) El mismo Schiller nos advierte en la "poesía de la vida" que no tratemos de mirar la verdad desnuda, pues cuando el velo de color de rosa del sueño poético se levantase del rostro pálido de la vida, se nos presentaría el mundo sólo cual lo que es realmente, cual una tumba. Pero en la composición *Ideal y vida* elévase el poeta al reino del ideal, al reino de la belleza, á las regiones serenas donde cesa de bramar la tempestad de la miseria, y en el destino de Hércules, que después de luchas y miserias de todo género sube á la sala de Kronion, siendo saludado por las armonías del Olimpo, presentáse al vate el universal mito humano.

MCD 2022-L5

ración lo mismo para el vulgo que para los inteligentes.

Ya en el verano de 1803 acometió otra empresa, la de dramatizar á Guillermo Tell, ese personaje al cual la crítica moderna ha desterrado de la Historia al reino del mito. Al ver que no obstante se repiten aún las fábulas de Guillermo Tell, podría decirse que Napoleón tuvo razón en llamar á la Historia *une fable convenue*. Pero aunque jamás haya existido un Guillermo Tell que, según dice la tradición, hizo con su flecha á la Helvecia antemural de tres naciones, siempre vivirá el *Guillermo Tell* de Schiller como apoteosis brillantísima de aquella insurrección á la vista de los Alpes y de las estrellas. ¿Quién nos ha pintado, como Schiller, los Alpes—esos pedestales inmensos del moribundo sol, esas soberbias escalinatas del gran templo de Dios—sin haber visto la Suiza, sin haber contemplado la magnificencia de las montañas helvéticas? El, sin embargo, fué el águila de aquellas cumbres, él sintió la pulsación del águila que tiende el vuelo vencedor. Y, después de eso, ¿qué le quedaba al poeta sino tender los ardientes ojos tras mundos más hermosos y remontarse á la esfera celeste, á la misteriosa patria de su alta vocación? El *Guillermo Tell* de Schiller, que se concluyó en 19 de Febrero de 1804, estrenándose en Weimar con aplausos estrepitosos el 17 de Marzo del mismo año, es su canto de cisne, su legado, su

testamento para el pueblo alemán, su profecía para el porvenir de la patria, nuestra luz en los días lóbregos, y objeto de nuestra adoración desde que en 1870 y 1871 vimos nacer el sol de la alegría germana. No cabe imaginar monumento más bello ni más grandioso que el que los suizos dedicaron en 1860 al autor del *Guillermo Tell:* descuella en el lago de los Cuatro Cantones el "Mythenstein", una peña que parece una columna gigante, ostentando la inscripción: *Al cantor de Tell, Federico Schiller, los Cuatro Cantones en 1860.*

Apenas terminado *Guillermo Tell,* consagróse nuestro vate á otro drama, *Demetrio,* pero ya presintió que pronto se le abrirían las puertas de la noche eterna, así como los cielos del Occidente se abren, como pórticos de un colosal panteón, al sol.

En la primavera de 1804 le dispensó Berlín espléndida acogida; Iffland rivalizó con los reyes en agasajarle, y la estancia del poeta en la capital de Prusia contribuyó á que el duque de Sajonia-Weimar le aumentase sus honorarios para fijarle para siempre en Weimar. Allí nació en 25 de Julio de 1804 su hija menor, Emilia, que contrajo matrimonio con el barón de Gleichen-Russwurm, y que en 1867 publicó los *Proyectos dramáticos de Schiller,* introduciéndonos en el estudio del gran dramaturgo. Este escribió en cuatro días la magnífica obra *Homenaje de las Artes,* con la cual, en el teatro de Weimar, fué saludada

el 12 de Noviembre de 1804 la joven esposa del Príncipe heredero de Weimar, la princesa María Paulowna, que se hizo digna de los versos del vate.

Derramóse ya la paz de Dios sobre el ánimo de Schiller, una indecible languidez penetró en su esencia toda, y, el 8 de Mayo de 1805, el poeta que dió bella forma y tono potente al móvil santo que impulsó su alma, vió por última vez

El sol de primavera
Que da en la tarde á la apacible esfera
Tantos tesoros de belleza y luz.

La hermosa Naturaleza recibió el adiós del vate moribundo, que desapareció cual cometa. Durante la noche habló aún de su *Demetrio*, y el 9 de Mayo elevóse su alma al cielo, cual la flor de perfumado aliento, mientras el cuerpo acababa aquí, como el ramaje. Para que su espíritu viva siempre en el pueblo germano, su cuerpo había de pudrirse en el sarcófago.

Los ángeles de luz habrán circundado con flores de la altura la lira de marfil del trovador, mientras en el suelo donde la había pulsado se ofrecía un espectáculo triste: en el silencio de la noche del 11 al 12 de Mayo de 1805, llevaron, gracias á la iniciativa de Schwabe, que vivía en la misma casa de Schiller, doce hombres, profesores, doctores y escultores, el cadáver de Schiller, el esplendor

de Weimar, la gloria de Alemania, al cementerio de San Jacobo, situado ante la iglesia del mismo nombre de la parte más vieja de la ciudad. ¿Quién podría creerlo? Ningún hombre se vió ante la casa del esclarecido poeta, ni en las calles; el silencio más profundo reinaba en la corte. ¡Sólo una campana lloraba por su cantor! Y, tremolando en la tempestad, iluminaban dos antorchas el camino. Las pausas de descanso las aprovechaban los portadores del cadáver para enjugar los ojos, arrasados en lágrimas. Cuando el cortejo fúnebre llegó al cementerio, la luna, el sol de la noche, el sol de los tristes, penetró por las nubes y derramó un rayo sobre el féretro del poeta, como si ella, en vez de los hijos de Weimar, quisiera darle el postrer adiós. Abrieron la puerta de la bóveda sombría llamada el "Kassengewölbe", que se encuentra en la entrada del cementerio, y colocaron al muerto en el sepulcro. Después volvieron á cerrar la húmeda cámara de la muerte. Ningún canto, ninguna palabra se alzó en honor del difunto. Sólo el astro que rutila en la noche con mágica beldad coronó súbitamente la tumba con rayos amantes.

Sin aquellos doce hombres que condujeron al poeta á su última morada, el príncipe de los dramaturgos alemanes, cuyas obras se encuentran así en las cabañas como en los palacios, hubiera sido enterrado por obreros asalariados. A aquellos doce hombres les debe

gracias la posteridad, y también al poeta le dará ella por completo lo que la vida le dió sólo á medias.

Por fin, en 12 de Mayo despertó Weimar, recordando que se había extinguido uno de los mayores ingenios, y la muchedumbre acudió en la tarde de aquel día á la solemnidad que en honor del célebre difunto se celebró en la iglesia de San Jacobo, donde la capilla ducal ejecutó el *Requiem* de Mozart, pronunciando el superintendente general, Vogt, el discurso fúnebre.

Cuando en 1826 hubo que evacuar el "Kassengewölbe", mandó Schwabe, que entonces desempeñaba el empleo de alcalde de Weimar, abrir la bóveda para sacar una sagrada reliquia, el cráneo de Schiller. Pero ¡qué terrible espectáculo se presentó ante sus ojos! Los veintitrés sarcófagos que se encontraban en la bóveda donde fué sepultado el poeta, se habían hecho pedazos, y su contenido no formaba sino un montón de osamentas desnudas. Schwabe colocó los veintitrés cráneos en su casa, é, invitados por él á formular su opinión, reconocieron todos, así los anatomistas como los weimaranos, y especialmente los amigos de Schiller, por unanimidad, las formas nobles del maravilloso cráneo del poeta, aquel tesoro que la piedad sacaba de la podredumbre á la luz del sol, aquel vaso secreto del que en otro tiempo — según dijo Goethe en su sentido canto dedicado al cráneo de Schi-

MCD 2022-L5

ller — habían brotado oráculos divinos. Merced á un anatomista de Jena, halláronse también los huesos de Schiller. El cráneo fué encerrado el 17 de Septiembre de 1826 en la Biblioteca de Weimar, en el pedestal del célebre busto del vate — cincelado por Danneker, — y con motivo de aquella solemnidad se ejecutó un himno escrito por Riemer y con música de Hummel, y, entre otros oradores, pronunció un discurso el hijo de Goethe. Pero cuando el rey Luis I de Baviera vió el cráneo peregrino separado del esqueleto, consideró aquello como una profanación, y, honrando los sentimientos del Rey, mandó Carlos Augusto unir el cráneo con los demás despojos mortales, y desde el 17 de Noviembre de 1827 descansan los restos de Schiller en el Panteón de Príncipes. Allí están reunidos los tres amigos: Schiller, que al notar la palidez de la muerte exclamó: *¡Me siento mejor!;* el Gran Duque, que murió diciendo: *¡Más aire!,* y Goethe, cuyas últimas palabras fueron: *¡Más luz!* Pero no descansa el Gran Duque—como afirma la tradición — inmediatamente entre sus dos poetas, sino que el sarcófago de bronce que encierra los restos mortales de Carlos Augusto se encuentra en el fondo del panteón, teniendo la inscripción merecida: *Justo y clemente, sabio y valiente.* Y en el sarcófago menor que se halla á su lado descansa su esposa, Luisa.

Ya he consagrado un recuerdo á las glorias

de Weimar, á esos nombres que son los más populares, los más dulces, los más mágicos de todos los nombres alemanes; ya he terminado la biografía de aquellos autores de infinitas y selectas obras que han realzado el brillo del habla germana, de aquellos ilustres vates que vertieron por la patria alemana la semilla de oro de la humanidad noble. Si grande fué la empresa, grande ha sido también mi voluntad, aunque pequeñas mis fuerzas. Pero por poco que sea lo que conseguí, conservaré recuerdo eterno de las dulces horas que he pasado en el trato espiritual de estos genios inmortales. Y he experimentado singular satisfacción en hablar á los españoles de la ciudad en cuyo teatro vieron los alemanes estrenarse las obras del príncipe de los dramaturgos españoles, D. Pedro Calderón de la Barca, aquella Weimar cuyo príncipe Carlos Federico honró con su aprobación y aplauso la nueva edición que el doctor alemán Juan Jorge Keil hizo en 1827 de las comedias del insigne literato madrileño, el autor inmortal del drama histórico-bíblico *El mágico prodigioso,* que contiene ya el germen del *Fausto* de Goethe. He sentido como los héroes á quienes estudiaba, porque la imaginación es como la cera, donde se imprimen todos los objetos á poco que se la oprima. Y no sin dolor suelto la pluma con que he escrito las glorias de los que pertenecen, no sólo á Weimar, no sólo á Alemania, sino al mundo. Pero antes quiero

dedicar una frase á la que vió desaparecer á todos los que fueron objeto de su afecto y de su admiración.

La que había tenido la fortuna de ser objeto del amor ideal de Schiller; la que fué estimada por los mejores de su tiempo; la que se unió con amistad estrecha á los hombres más dignos y más grandes de sus contemporáneos; la que era feliz admirando la aureola de gloria que ciñó la frente de su amado Schiller; la que en 1810 nos retrató con mano cariñosa á aquel genio con cuya memoria quedará indisolublemente enlazada la suya: Carolina de Wolzogen, miró destruirse su felicidad bajo el martillo de bronce del destino, viendo bajar á la tumba á su esposo, Guillermo de Wolzogen, el leal amigo de Schiller, á su único hijo, á su adorado Schiller y á Stolberg, á su querida hermana Carlota, la esposa de Schiller, que falleció en Bonn el 9 de Julio de 1826, á su nieto, al mismo Goethe y á Knebel, á Carlos Augusto y á Luisa, en fin, á todos los compañeros de su juventud y de su dicha, antes de que ella misma, la digna anciana, pudiese seguirles finalmente.

Como prueba de la inefable delicadeza de Carolina, diré que en las cartas que Schiller, sintiendo un amor indiviso aún y doble á Carolina y á Carlota, dirigió desde 1788 á 1790 á las dos hermanas, convirtió ella, antes de entregar aquellas epístolas á la posteridad, el nombre de Carolina, el nombre suyo, en el

MCD 2022-L5

de Carlota, en aquellos párrafos que contenían una efusión del alma apasionada del poeta. Así quiso dejar á su hermana, que ya se preciaba de ser la esposa de Schiller, un puesto privilegiado en las cartas amatorias. Carolina de Wolzogen, la amiga del gran vate, murió en 11 de Enero de 1847, en Jena, á la edad de ochenta y cuatro años, y duerme el sueño eterno en el ángulo septentrional del nuevo cementerio de aquella población. En la sencilla cruz de mármol que adorna su tumba, elevándose sobre pedestal de blanca piedra arenisca, léese la siguiente inscripción, elegida por ella misma:

HA ERRADO, SUFRIDO, AMADO,
FALLECIÓ
EN LA FE DE CRISTO, EL AMOR MISERICORDIOSO.
1876

***

Voy á hablar de dos fiestas en honor de un poeta que, luchando siempre, logró remontarse desde el caos de titánica rebelión á las alturas etéreas de la belleza purísima; que después de haber unido á su genio la dignidad de profeta y maestro de los pueblos, llegó al capitolio de la universal fama; hablaré de dos fiestas en obsequio de un bardo en el cual los alemanes vemos como el prototipo de nuestro ser, como la apoteosis de nuestra naturaleza, nuestro vate por excelencia.

Federico Schiller — pues él es el poeta á quien se refieren estas alabanzas—tenía en su *María Stuardo* acentos sublimes para enaltecer la sagrada poesía de la Eucaristía, y en su *Doncella de Orleans* sonidos melódicos para celebrar las maravillas del Catolicismo, y la que el Damasceno llamaba "Abismo de la Gracia", la que San Agustín denominaba "Obra del Eterno Consejo", la que San Bernardo apellidaba "Milagro de la Creación", cuyo nombre resuena como el más dulce de las lenguas, cuyo mes se ofrece como el más risueño de las estaciones. Schiller tenía para cada hueco de nuestro pensar un pensamiento, una frase sublime; él nos enseñó á los alemanes modernos lo que es un poeta. A él puede aplicarse lo que él dijo de Klopstock, el primero que en la Alemania del nuevo tiempo había convertido la poesía desde un juego de la mente en un objeto del entusiasmo: "Su esfera es siempre el reino de las ideas, y todo lo que toca sabe llevarlo hacia lo infinito. Casi cada gozo que experimentamos al leer sus poesías debe ser alcanzado por un ejercicio de la inteligencia; todos los sentimientos que nos despierta brotan de fuentes sobrenaturales. Así aquella severidad, aquel vigor, aquella fuerza, aquella profundidad que caracterizan todo lo que de él sale; y así también aquel perenne movimiento del ánimo de que nos sentimos poseídos al leerle." Pero Schiller posee mayor fuerza sensual que Klops-

MCD 2022-L5

tock, y también cuando como poeta se agita en la región de los pensamientos, sabe templar casi siempre su pensar apasionado para que éste se convierta en pensamientos plásticos. Esa fuerza de dar forma á las ideas brilla en las poesías líricas de Schiller con esplendor peregrino. Aquí se ocupa de los problemas más grandes del pensar y de la vida: el asunto parece que se resiste á la forma poética; pero el vate lo toma con mano vigorosa y lo obliga á acomodarse á la forma. Entonces experimentamos la satisfacción rara de ver adquirir cuerpo aquellos pensamientos que se presentaban ante nuestra vista envueltos en los velos del crepúsculo. La idea se hace ideal, el pensador se hace poeta. ¡Con qué grandeza, con qué magia aparecen sus pensamientos! La lengua alemana lleva en los versos de Schiller una corona y viste púrpura. Pero detrás de aquella aparición magnífica y embriagadora hay aún algo más grande que nos atrae irresistiblemente: la personalidad del poeta. Schiller no es tanto como Goethe una naturaleza cuyo obrar consideramos casi sin juicio moral: en él está trabajando una energía moral que nos arranca aplausos y admiración. Quizá ese predominante rasgo ético que no ha entrado del todo, como debe ser, en obras verdaderamente plásticas, en la quietud bienaventurada de la belleza, podría llamarse un defecto poético de Schiller; pero hasta ese sobrante, ese exceso de lo ético, es

lo que más amamos en él, pues está en consonancia con el carácter alemán, que considera la vida, no como un juego, sino como una cosa seria, conmoviendo el ánimo hasta las raíces más profundas. Por esa dirección de su espíritu, Schiller fué gran maestro de la Historia y eminente autor dramático. Por esa dirección de su espíritu se entusiasmó con las luchas de los príncipes y de los pueblos que conmovieron el mundo, y simpatizó con los movimientos de libertad en la esfera civil y religiosa.

Podría decirse que su único compañero, Goethe, empuñó de modo aun más poderoso el arco de Apolo; pero ¿dónde está el alma heroica que ardía, como la suya, en sacro fuego por la Humanidad? ¿Dónde brotan torrentes de fuego como los que derramó sobre nosotros aquel mensajero del Olimpo? ¿Quién ha ennoblecido más que él el gozo de la vida y de las aspiraciones? ¿Quién ha luchado con más nobleza en pro de los mayores bienes? ¿Quién no ceñiría de lauro aquella frente inclinada por los tormentos, y, sin embargo, brillante, hasta el fin, de célico entusiasmo? ¿Quién no se inclinaría con respeto ante este héroe espiritual de la nación á quien los grados más diversos del pensar y del conocer tienen por consejero y heraldo; ante él, cuyo numen conquistó para su poesía países y mares que jamás había visto; ante él, á quien veremos siempre joven cual Aquiles, y que,

cual Homero alemán, produce y producirá siempre varoniles hazañas por sus obras inmortales?...

También en el levantamiento alemán contra la esclavitud, con que nos amenazaba el cesarismo, creemos ver la centella de Schiller, el poeta cuyo nombre brillará siempre en los fastos de la Historia germana cuando suceda algo grande.

¡Qué mudanza tan peregrina del tiempo mudable! El que cuando joven huyó de la patria querida para esconder su dormida cabeza en el seno del amigo, descansó, cuando la muerte cerró los cansados ojos del hombre, en el Panteón de los Príncipes, ansiando el polvo ducal la gloria de pudrirse con él.

Con motivo del primer centenario de su natalicio, el 10 de Noviembre de 1859—que pregonó la gloria de Schiller hasta en los lugares más remotos del globo, haciendo brotar el torrente del sentimiento nacional — colocóse en el mundo germánico la primera piedra de muchos monumentos del gran vate, entre los cuales citaré dos, uno en Marbach (Wurtemberg), otro en Viena.

El que le dedicó la capital de Austria se inauguró el 10 de Noviembre de 1876 con toda solemnidad y con asistencia de S. M. el Emperador de Austria, los Archiduques, los representantes del Imperio y de la capital, millares de estudiantes y el nieto de Schiller, el barón de Gleichen-Russwurm. Al monu-

mento de Schiller lo llaman bien venido los vieneses, porque ellos, como los alemanes todos, le aman también en la figura en que peregrinó por la tierra, y que era la copia de su ser. Y su figura, á la vez conmovedora é imponente, la miran con respeto y veneración.

"Cuando el nombre de Schiller suena—decía el poeta austriaco Frankl, encargado de pronunciar el discurso,—un acento melodioso se derrama en todos los corazones y espíritus del gran mundo germano, y un aliento de amor llena los corazones y espíritus de Austria, cuyos pueblos y príncipes desde tiempos antiguos amaban y honraban la poesía. Y poseyendo hoy á Schiller, á quien desde hace tantos años poseímos sólo espiritualmente, también en efigie, podemos exclamar, no como su compañero inmortal: ¡Era nuestro!, sino con júbilo inmenso y con orgullo: ¡Es nuestro!"

El magnífico monumento que, saludado por el emperador Francisco José, brilla en la mayor plaza de la antigua ciudad de Viena, cual columna de gloria, cual reloj solar del mundo, es obra del estatuario y profesor Juan Schilling, residente en Dresde. El día de la inauguración, el invierno cruel se alzó contra la estatua: la nieve cubría la noble cabeza del poeta, la nieve se extendía sobre su rostro, la nieve penetraba en los pliegues de su vestidura y pesaba sobre las gradas del monumento, donde se amontonaban coronas y guirnal-

MCD 2022-L5

das. Pero entre la cubierta blanca de invierno brillaban las rosas y camelias depositadas á los pies del poeta, y desde la misma nieve saludaba sereno el laurel como símbolo del esplendor festivo que en el día de Schiller llenaba la ciudad entera. La festividad en honor de nuestro vate más popular derramó sus rayos hasta en las casas más modestas, despertando con poder más vivo el amor que profesan á Schiller todos los corazones alemanes. En la tarde la fiesta salió á la calle: la juventud académica tributó su homenaje al poeta paseando con antorchas en torno de su monumento.

El bardo austriaco Anastasio Grün escribió en 1859—cuando surgió la idea del monumento en honor del vate á quien Alemania y el mundo tributan gloria tanta y aun mayor cariño:—"Hay quien dice que es una enfermedad de nuestro tiempo y que es iconolatría ese culto de los grandes genios. Pero á eso contesta nuestro mismo poeta, diciendo: "El alma bella no conoce dicha más dulce que ver realizado exteriormente cuanto noble y hermoso lleva en sí propia." Esa verdad la pronunció Schiller, y tenía razón. Pues mirad alrededor de vosotros: desde las flores nos saluda lo que en nosotros florece; en el rayo de luz habla lo que en nosotros está brillando y ardiendo; desde la cumbre de los Alpes, lo que en nosotros aspira á las regiones etéreas; en las nubes tempestuosas, lo que en nosotros

brama, y desde el río fugitivo se derrama en el alma el acento triste de lo pasajero, de lo perecedero en la existencia. El arte que anhela lo imperecedero toma amoroso ese místico lazo que une al alma y á la creación, y al colocar la encumbrada imagen de Schiller en medio del bullicio del pueblo, sabe que de ella sale un poder misterioso en el corazón del pueblo, y que todo lo puro, lo bueno, lo sano y lo hermoso que en él vive, germina y crece subiendo á lo alto, enredándose en la imagen del gran poeta. ¡Ojalá que lo que él cantaba y vivía, lo que á él le hacía tan grande é inmortal, fuese patrimonio fecundo de nuestro pueblo, á saber: la conciencia severa de la vida y del derecho, el conocimiento claro de lo hermoso y bueno, el pensamiento glorioso de libertad y de patria, la creencia en una Humanidad noble, la juventud eterna del espíritu, y, sobre todo, el ardiente corazón alemán!"

Mientras se descorrió el velo del monumento que adorna la capital de Austria, el día en que se cumplían ciento diez y siete años del nacimiento de Schiller, la estatua del poeta, que se levanta á las escarpadas orillas del Neckar, en el pueblo de Marbach, que le vió nacer, presentóse por primera vez á los ojos de sus admiradores, en 9 de Mayo de 1876, aniversario del día en que Schiller exhaló su último aliento. Para aquella fiesta de carácter nacional, que interesaba á todos los ale-

manes, eligieron el día de su muerte, como para simbolizar que sólo se inmortaliza para la Humanidad quien para ella resucita siempre de nuevo. Pero el que hubiera tenido derecho á disfrutar del triunfo de haber creado con mano maestra la vigorosa estatua del vate, había ido ya al ignorado asilo de los muertos para no volver á mirar lo que había formado en la tierra. El joven artista Ernesto Federico Rau, que de vidriero se hizo cincelador en madera y modelador estatuario, y que creció siempre con sus fines, labró en Stuttgart la estatua de Schiller, y apenas la había terminado le acogió el frío ataúd.

Suya es la lágrima que vertemos; pero en ella brilla la gloria que él propio alcanzó legándonos la bellísima imagen del genio poderoso que estaba tomando el vuelo más raudo. Miramos el noble rostro de Schiller en la forma típica que le dió el mágico cincel de Dannecker. En una mano lleva el poeta un papel, en otra un lápiz como levantado para trasladar al papel una idea que había madurado en su cabeza.

La figura de bronce, que mide once pies de alto, levántase sobre rojiza piedra arenisca; cuatro máscaras trágicas entrelazadas con guirnaldas adornan la corona del zócalo, y los nombres de Marbach y Stuttgart, de Mannheim y Weimar, recuerdan los cuatro puntos de salida de su vida y de su poesía. A la erección de aquel monumento en la cuna del

bardo contribuyeron los reyes de Wurtemberg y de Baviera; el jefe del gran Imperio germánico abrió sus manos generosas; la ciudad de Weimar tomó parte en lo que era una verdadera hazaña nacional; la capital de Austria, que acaba de embellecerse con un monumento de Schiller, manifestó también de modo elocuente sus simpatías por los intereses del poeta en Marbach, y en todos los puntos de Alemania se allegaron recursos para realizar el proyecto que ya vemos felizmente terminado.

La venturosa y privilegiada Germania, grande por su historia y por su patriotismo, se enorgullece de poseer un bosque sagrado de estatuas dedicadas á sus hombres esclarecidos: ¡á sus joyas preciadas, á sus glorias nacionales!

1879

***

Las letras castellanas, tan ricas en obras maestras, se precian de dos dramas inmortales y democráticos por excelencia: el de Calderón, *El Alcalde de Zalamea,* ese drama del honor, en el cual dice el viejo labrador Pedro Crespo: "Villanos fueron mis abuelos y mis padres, sean villanos mis hijos", y pronuncia estas famosas palabras:

"Al Rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor

Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios";

y el drama de Lope, *Fuente Ovejuna*.

Ya cuando yo era novicio en las letras castellanas me conmovió el romance celebrando el heroísmo de los villanos que á la pregunta del juez, "¿Quién mató al Comendador?", contestaron, aunque les diesen tormento: "Fuente Ovejuna, señor."

Los alemanes tenemos también dos dramas populares y democráticos pertenecientes á la edad de oro de nuestra literatura, *Los bandidos* y *Guillermo Tell*, de Federico de Schiller, siendo aquélla la primera y ésta la última obra del gran dramaturgo alemán, ante el cual se abrió el reino ilimitado de la libertad mientras á sus pies estaba el pueblo encadenado.

Ya ha transcurrido una centuria desde que el que merece ser llamado tan atrevido poeta como personalidad ética, dramatizó la tradición suiza de Guillermo Tell, transmitiendo á todos los pueblos sedientos de libertad un legado patriótico, y ofreciendo á los hijos de Helvecia su drama nacional, en el cual se conservaron los rasgos candorosos de la leyenda, y que, durante los últimos años, tres compañías suizas se han complacido en representar en Brugg, Hochsdorf y Altdorf (Suiza).

No tiene el Guillermo Tell de la leyenda los brillantes atributos propios del héroe dra-

MCD 2022-L5

mático; no se nos presenta su destino con el exceso de la pasión, ni con la aspiración ardiente á la gloria, ni con el poder del amor, sino que Guillermo Tell es el hombre modesto del pueblo, que ostenta los rasgos de las figuras que Schiller había creado ya en su entusiasmo juvenil: Carlos Moor, Verrina y el músico Miller.

Lo mismo que en *Fuente Ovejuna,* el protagonista del último drama del autor de *Los bandidos* es el pueblo. ¿Qué hizo de Schiller, el vate favorito del pueblo alemán, y, sobre todo, de la juventud, sino su drama *Guillermo Tell,* el más popular que hay en lengua germana, el que despertó poderosamente el patriotismo alemán y tomó carta de naturaleza en el alma de nuestra nación?

En 1803 corrió el rumor de que Schiller se había dedicado á escribir el drama *Guillermo Tell.* Ese rumor se confirmó, consagrando el poeta la mejor parte de las fuerzas que le concedía aún el parco destino, á aquel drama, que había de conmover el alma popular, pues brillan en él la idea de la libertad, el carácter heroico de la naturaleza helvética, la incomparable majestad de los Alpes cubiertos de nieve eterna, dando á sus humildes moradores vigor inmenso. Mientras Shakespeare en su *Julio César* y Goethe en *Egmont* eran menospreciadores de la gente baja, cuyas figuras nos pintan como tipos ridículos ó despreciables, Schiller representa en su *Tell* los hombres del pueblo

cándidos y verdaderos, trazando en Melchthal, Stauffacher y Walter Fürst, las tres edades: la juventud, la virilidad y la ancianidad. *Tell* es el cazador de los Alpes, parco en palabras, consciente de su fuerza, amante de la soledad y de la lucha con los elementos de las alturas, pero pacífico y humilde en los valles, como los otros aldeanos.

Era un hermoso día de Mayo de 1803 cuando Schiller escribió en la primera página de un librejo: "Acto primero. Escena primera. Ribera alta del lago de los Cuatro Cantones, frente á Schwyz." En el otoño del mismo año escribió el poeta á su amigo Körner:

"Si los dioses me son propicios, concediéndome que realice las ideas que llenan mi cerebro, mi obra ha de conmover los teatros de Alemania."

El día 16 de Febrero de 1804 invitó Goethe á Schiller, diciéndole que sentaría á su mesa también á la señora de Stäel y al señor de Constant. Pero Schiller contestó: "Perdone usted que no vaya, porque me acerco al término de mi trabajo y no quisiera privarme de la última disposición que aun necesito." Por fin, el 18 de Febrero de 1804 puso el punto final á su obra asombrosa, el drama de la libertad, *Guillermo Tell,* siendo felicitado por Goethe, á quien, con su hermosa actividad, había proporcionado un nuevo interés de vida. Ya después de haber leído el primer acto escribió Iffland, el director del teatro Nacional

MCD 2022-L5

de Berlín: "He leído, devorado, inclinado mi rodilla; mi corazón, mis lágrimas, mi sangre, han tributado homenajes al genio y al corazón del poeta. ¡Qué obra! ¡Qué abundancia, fuerza, florecimiento y omnipotencia! ¡Dios conserve al autor! Amén."

El teatro de Weimar, dirigido por Goethe, era para Schiller el tribunal supremo, y en él alcanzó el poeta su triunfo más brillante, estrenándose *Tell* la noche del 17 de Marzo de 1804. Duró la representación desde las cinco y media de la tarde hasta las once de la noche.

Goethe besó á la joven y bellísima actriz encargada del papel de Walter Tell, Corona Becker, hija angelical de la inolvidable Neumann, y Schiller le acarició los rizos rubios, diciendo en su dialecto patrio: "*So ischt's recht, mei Mädle!*" (¡Muy bien, hija mía!)

El pueblo alemán reconoció en *Guillermo Tell* al glorioso autor de *Don Carlos,* que hizo en su última obra escénica alarde gallardo de poesía. Sin embargo, mezcláronse en las explosiones del entusiasmo las censuras. Para Boerne era un enigma el tiro de la manzana, pues, en su concepto, Tell no debía tirar contra su hijo aunque se hubiese perdido la libertad suiza. Y Mauricio Busch nos refiere que Bismarck odiaba ya, siendo niño, á Tell porque disparó contra su hijo y porque acechaba á Gessler para asesinarle. "Hubiera sido más natural y noble—decía el gran Canciller—si en vez de tirar contra el muchacho, á quien

hasta el mejor tirador hubiese podido herir en lugar de la manzana, hubiese herido al Senescal. Esconderse y estar acechando no me gusta, no es propio de un héroe." Es verdad; pero Tell no tiene naturaleza heroica, sino que es un hombre del pueblo, según le pinta la crónica de Tschudi, en el lenguaje popular del siglo XVI, felizmente imitado por Schiller en su drama, saturado de realismo y elevado á las alturas de lo ideal.

El entusiasmo del pueblo suizo raya siempre en delirio al dispararse el tiro fatal desde la emboscada, aprobando de esta manera el asesinato del tirano.

La primitiva forma del drama de *Tell*, que se ha conservado, salió en Basilea en 1579. Pero nunca electrizó tanto la leyenda del héroe de Bürglen (Suiza), como en el drama de Schiller, estrenándose *Guillermo Tell* el día 21 de Febrero de 1828, en Küssnacht, á las orillas del lago del mismo nombre. Los espectadores acompañaron á los actores á todos los lugares donde pasaba la acción, y en el momento en que cayó mortalmente herido Gessler, todos, confundiendo realidad y fantasía, gritaron llenos de júbilo, y el mismo Gessler, olvidando su papel, entonó cantos patrióticos.

Cuando Napoleón el Grande se hizo temer por doquier, *Tell* fué prohibido en Viena, hasta que Schreyvogel, el célebre traductor de *La vida es sueño*, le hizo representar en 1827.

MCD 2022-L5

Alemania ha festejado á Schiller en todos los teatros con motivo del centenario del estreno de *Guillermo Tell*.

Un día antes de esa fiesta alemana, grata para todos los amantes de la poesía y de la libertad, el 16 de Marzo, el emperador Guillermo II estrechó la mano del joven Monarca español, hacia el cual siente, según ha dicho, predilección y simpatías. En el puerto de Vigo celebróse, con regocijo de España y de Alemania, la entrevista entre el hijo de Federico III y el de Alfonso XII, ese rey educado en Viena, que sabía de memoria el *Don Carlos* de Schiller.

1904

***

El día 7 del próximo mes de Mayo celebraremos en Colonia, por séptima vez, los Juegos Florales para bien de los vates de toda Alemania; y al día siguiente conmemoraremos el Centenario del fallecimiento del sin par campeón alemán de la libertad, Federico Schiller, ese gran dramaturgo á quien su prematura muerte impidió realizar la mayor de sus obras—su vida,—que había formado su voluntad según los ideales de su alma; esa vida que había sido una lucha constante contra cualquier tiranía, contra la fuerza del sino, contra la resistencia del mundo torpe, contra la enfermedad y las miserias terrenales, os-

MCD 2022-L5

tentando ya su primera obra dramática, *Los bandidos*, el lema *In tyrannos*.

En la fiesta coloñesa del Gay Saber rendiré homenajes á dos gigantes, dos genios excepcionales, dos pontífices del idealismo, dos tribunos de la Humanidad, dos lumbreras del orbe, dos conquistadores del mundo, Cervantes y Schiller, coincidiendo el Centenario de este último con el tercer Centenario de la publicación del *Quijote*.

Para trazar la perennal grandeza de Cervantes, cuyo excelso nombre basta para hacer inmortal á su patria, evocaré el recuerdo de Luis Braunfels, que hizo del ilustre manco el culto de su vida, y las páginas del libro de León y Máinez.

Y para caracterizar al vate de Weimar, cuya memoria festejó el pueblo alemán con explosión inicial inmensa de júbilo el día 10 de Noviembre de 1859, con motivo del Centenario del nacimiento de su poeta nacional, diré que las sentencias sublimes de Schiller llevaban un sello patético, profético, bíblico; diré que en él se confundían el filósofo y el apasionado del romanticismo místico católico, según demostró en sus dramas *Don Carlos, María Stuardo, La doncella de Orleans*, y en sus baladas; diré que en el fugitivo de la Academia de Carlos se confundían el revolucionario y el que se sentía atraído hacia la nobleza de la sangre, siendo las mujeres de su predilección señoritas y señoras aristocráticas

tales como Carlota Wolzogen en Bauerbach, Carlota de Kalb en Munich y Weimar, la señorita de Arnim en Dresde y Carlota de Lengefeld en Rudolstadt; diré que Schiller podría compararse á sus favoritos, los antiguos romanos, por la pompa altiva de su lenguaje, mientras que Goethe parecía un heleno; y recordaré el lamento sombrío que el tiempo fué incapaz de mitigar: el duelo infinito producido por la desaparición de ese poeta amante de lo trágico.

En testimonio de la impresión dolorosísima que en los ánimos alemanes produjo la muerte de aquel con cuya muerte el mismo Goethe perdió la mitad de sus fuerzas, recordaré la carta que el célebre Guillermo de Humboldt dirigió en Roma, el 25 de Mayo de 1805, á la señora de Staël, al saber la fúnebre nueva.

Dice aquella carta, que se conservaba en el archivo de dicha señora, y acaba de publicarse en el *Libro conmemorativo de Schiller*, editado en Marbach: "Le escribo, señora mía, en un instante de pena profundísima. Figúrese usted, ¡Schiller ha muerto! Acabo de recibir la noticia. Era el único hombre sobre la tierra á quien he querido de veras; hacia quien sin cesar se dirigían todos mis pensamientos; con quien he pasado años enteros de dulcísima intimidad; con quien departía incesantemente sobre lo más sublime y más profundo en la esfera de las ideas; quizás el

único hombre que haya sentido la necesidad de vivir conmigo... No tenía, como Goethe, esa fuerza que abarca al mundo, comprendiendo al mismo tiempo todas las artes, la pintura, la música, la poesía; su fuerza consistía en las ideas y en la elocuencia. La palabra era el único instrumento con que le había brindado Naturaleza: en ella vivía, é indudablemente ningún hombre lo ha empleado tanto como él, dándole esplendor asombroso.

"No hubo nunca varón cual él, alimentándose sólo con lo más noble y lo más sublime, y teniendo siempre á larga distancia lo mezquino y lo vulgar. Hasta la gloria no ejercía ningún influjo visible sobre él. Esa actividad eterna, ese santo ardor, esa constante aspiración de profundizar con el pensamiento los abismos de la existencia humana y de adornarlos con todos los colores de la fantasía; ese perseguir siempre el mismo camino sin mirar nunca hacia atrás; esa existencia henchida sólo en ideas y sentimientos ajenos de pasiones torpes y de gustos bajos... "todo esto hundióse en la noche de la nada."

Sigue resonando y siempre resonará en Alemania aquel lamento conmovedor, como si hoy hubiese expirado el gran poeta ideal.

1904

***

"*Onorate l'altissimo poeta!*" Ese grito, que vibra en el Infierno de Dante al acercarse Virgilio, vibra también en este año de 1905.

No habrá ciudad alemana que no conmemore la fecha del 9 de Mayo próximo con manifestaciones elocuentes de gratitud nacional, tratándose del poeta de los ideales, de las hazañas, del patriotismo, de la libertad; del que era un admirable carácter varonil, y que, cual campeón denodado y nobilísimo de todo grandioso propósito, había de morir pronto, como Aquiles y Sigfredo.

En Weimar, Stuttgart, Brema, Francfort, Colonia, Viena y en la misma Suiza, han comenzado ya los preparativos para la conmemoración del Centenario de Schiller, reinando en las sesiones de las Juntas gran entusiasmo, y estando dispuestas las corporaciones municipales á prestar su concurso para coadyuvar al enaltecimiento de las letras patrias.

En Weimar, el Instituto Schiller, existente desde el año de 1859, celebrará el Centenario el 14 de Mayo, proponiéndose que los festejos revistan la mayor solemnidad posible. El 8 de Mayo se verificará una función musical en el teatro Granducal con la ejecución de *La campana* ó la *Novena sinfonía*, y al día siguiente, un numerosísimo cortejo desfilará ante el sepulcro de Schiller, y después se tributarán homenajes ante el monumento de Schiller y Goethe. La casa humilde que habitó el inmor-

tal poeta estará decorada. En todas las escuelas habrá solemnidades patrióticas.

En Suabia plantarán tilos, y todos los escolares que hayan cumplido catorce años recibirán un ejemplar de las obras de Schiller.

En Berlín hállase constituída una Junta bajo los auspicios del Canciller, el cultísimo conde de Bülow, de las autoridades de la capital del Imperio y de algunos catedráticos; estando todos conformes en que las solemnidades no sean puramente académicas ni palaciegas, sino populares.

En Brema, el cura Burggraf hará de las obras de Schiller, tan llenas de cultura estética y de pensamientos divinos, objeto de sermones que pronunciará desde el púlpito.

En Francfort se verificarán festejos ante la estatua del autor de *Don Carlos*.

En Colonia se explican gratuitamente al elemento obrero, reunido en el histórico "Gürzenich", cuantos dramas de Schiller se representen en el teatro este año.

Todos nos preparamos, como un solo individuo, como un solo hombre, para conmemorar á la vez el Centenario del gran dramaturgo alemán y el Centenario de la aparición del *Quijote*.

Y me he complacido en ofrecer premios á los que con más alta inspiración acierten á cantar las glorias de Cervantes y de Schiller.

En Viena han dado el primer paso para conmemorarlo, merced al presidente de la su-

MCD 2022-L5

cursal vienesa del Instituto Schiller, señor Lobmeyr.

El ilustrado duque Jorge de Meiningen ha otorgado la cantidad de veinte mil marcos para dramaturgos alemanes. Y se ha acordado constituir en honor de Schiller un premio denominado "Premio del pueblo alemán".

Mencionaré también el notable libro publicado por la Asociación de Schiller, residente en Suabia, en honor del esclarecido hijo de Marbach, conteniendo la publicación láminas referentes al poeta, á su esposa Carlota, á sus deudos, patronos y compañeros, cartas inéditas y excelentes artículos relativos á Schiller en todos los aspectos y situaciones de su vida, ya como escolar y discípulo de la Academia de Carlos, ya como poeta de las ideas, dramaturgo y autor de baladas, ora como heraldo del pensamiento alemán en América, ora cual campeón decidido de todas las causas nobles.

En Suiza, donde la gratitud debida al autor de la independencia helvética ha encontrado expresión monumental en la roca que se levanta de las ondas verdes del lago de los Cuatro Cantones, frente á Brunnen y Axenstein, el reconocimiento está grabado en todos los corazones, peregrinando el pueblo anualmente al sagrado Rütli y representándose á menudo en funciones populares el *Guillermo Tell*.

Se proyecta una edición popular de aquel

drama, ostentando la cubierta el busto de Schiller labrado por el célebre Dannecker, y se repartirán ciento noventa y cuatro mil ejemplares entre la juventud helvética, para alentar y fortalecer las ideas de libertad y patriotismo.

1905

***

La fiesta de la intelectualidad que acaba de celebrarse en Colonia resultó más bella que todas las anteriores, estando dedicada á dos poetas que vivieron en la estrechez, pero cuya frente ciñe el lauro inmortal: Cervantes y Schiller.

Colonia los hermanó con motivo del tercer Centenario del incomparable *Quijote* y del primer Centenario de la muerte del más popular y más querido vate alemán, siendo el romántico "Gürzenich" el Ateneo donde se rindió culto al rey del habla castellana, que purificaba la sangre turbulenta de sus compatriotas de insanas quimeras y extravagancias, y al más noble de los bardos de que se precia Alemania, el poeta batallador y victorioso, el cantor de la libertad y de todo lo grande, á quien animaba una fe sin par en lo verdadero, en lo sublime, en lo bueno y hermoso, y que iluminó lo porvenir de su pueblo con el fuego de su idealismo.

Si no me hubiese encargado de organizar

MCD 2022-L5

las fiestas de Colonia en honor de Cervantes y de Schiller, hubiera volado á España para ver á un Rey joven y entusiasta celebrando con los sabios y su pueblo la apoteosis del taumaturgo prodigioso que sabía infundir el soplo de la vida en sus creaciones, para gloria imperecedera de España.

El pueblo español ha comprendido la grandeza del Centenario, y Alemania ha demostrado con sus festejos que mereció la honra de engendrar maestros de la Humanidad como Federico Schiller, y ha aclamado una vez más al autor del *Quijote* como genio esencialmente universal.

¡Loor al rey Guillermo II de Wurtemberg, que hizo conducir, á sus expensas, á los alumnos de las escuelas populares de Stuttgart á Marbach, patria de Schiller, donde se les dió de comer bajo los árboles sombrosos de la cumbre de Schiller, y donde la Asociación que lleva el nombre del autor de *Don Carlos* les regaló la biografía del poeta, escrita por su hermana política, Carolina de Wolzogen!

En muchas ciudades, de cinco á seis de la tarde del día 9 de Mayo, las campanas se hicieron heraldos del Centenario de la muerte de Schiller, y en la noche del mismo día se encendieron hogueras en la cumbre del Hohenstaufen (Suabia). Parecía que un cortejo de dioses germánicos subía al monte. La tierra alemana se había convertido en árbol gigante de Nochebuena. Nadie pronunció dis-

MCD 2022-L5

cursos: hablaban sólo las lenguas del fuego, como si hubiesen de cumplir una misión sagrada.

La metrópoli del Rhin abrazó á Marbach y á Alcalá de Henares, como cunas de los grandes poetas cuyos Centenarios se celebraban.

Los entusiasmos patrióticos palpitaban en el fondo del pueblo alemán.

En Colonia nos habló el genio de Schiller por boca de su bisnieto el barón Carlos Alejandro Schiller de Gleichen-Russwurm, pasmándonos á todos por la semejanza que tiene con el ilustre vate teutón, el de la nariz aguileña. Habló como un verdadero sacerdote. Decía: "Al leer á Schiller, parece que en una tarde de verano traspasamos un centenal bendito lleno de espigas de oro, y que el perfume de pan, de santo pan, sale del campo. Schiller, ese hombre enfermizo, luchando siempre con las dolencias, era sano en espíritu y alma; era más sano que todos nosotros."

Un paisano de Enrique Heine, el poeta de singular valía Maximiliano Bewer, mereció un busto de Schiller con versos esculpidos en bronce; obteniendo otros premios la señora Carlota Roesing de Francke con sus fragantes rosas para la tumba de Schiller, y la señorita Isabel de Weitra con su poético sueño, que bastaría para formar el pedestal de su gloria si no tuviera muchos títulos conquistados para ese puesto.

Notabilísimas fueron también las composi-

MCD 2022-L5

ciones de un hijo de Bonn de merecido renombre, el poeta Juan Eschelbach, y de un distinguido bardo natural de Worms, el egregio cantor de *El jardín de rosas,* el joven Jorge Ricardo Roess.

Las aventuras y desventuras del andante caballero no nos mueven á burlas, sino á amor. Tuve singular satisfacción en entregar el libro inmortal, el *Quijote,* como premio merecido, á nueve poetas germánicos.

1905

HANS CRISTIAN ANDERSEN

En el país de los hermanos Grimm, Hauff y Musaeus, los narradores de cuentos, ¿qué poeta podría ser más simpático para los niños y para las mujeres que el vate danés Hans Cristián Andersen, aquel niño grande que cándidamente, pero no sin profundidad de ingenio, jugaba con el mundo como con lozanas flores, que lo veía todo de color de rosa, que dejaba volar la imaginación sólo hacia objetos é impresiones agradables y que no tenía otro rival más que el pueblo inventando cuentos?

Fué nuestro hermano por haber amado á Germania, donde pasó tres años de su vida desde 1844 á 1846, y cuyos poetas Chamisso y Tieck eran amigos suyos, que le recomendaban al público alemán, y porque escribió en el idioma de Goethe su libro titulado *En España,* publicado en 1863, y su autobiografía, á la cual llamaba *El cuento de mi vida.*

Sin conocer su nombre le amaban los niños como su mejor amigo y su hermano mayor,

MCD 2022-L5

al oir aquellos cuentos tan deliciosos, tan cándidos, tan sencillos, tan ingeniosos, tan profundos, á veces llenos de malicia y siempre henchidos de aroma peregrino. El niño mide á palmos el mundo, como si fuese una mesa redonda; el niño tiende sus manecitas á la luna y á las estrellas como á los ojos de su madre; el niño oprime el espacio en una cáscara de nuez y hace rodar el día como un torno de hilar. Cual pequeño dios, el niño inspira á cualquier objeto que toque y da habla á lo mudo y vista á lo ciego. Inspirado por la madre, aquella gran poetisa del cuarto de niños, el niño pone simpatía y antipatía en las cosas que parecen muertas para la contemplación prosaica, y crea una psicología de lo inanimado, un reino de maravillas y de prodigios. Y lo que hace el niño, ¿no lo hace también el poeta? A él le habla todo, y las cosas le dicen lo que son. En las creaciones de Andersen, el mundo entero está repleto de seres vivos, amantes y no amantes. Y al tratar de él, no estoy seguro de que mi tintero empiece á hablar para censurarme á causa de lo mucho que escribo. Para Andersen, el soldado de plomo tiene su historia de amor; la aguja de zurcir, sus aventuras; los avíos de encender lumbre, su epopeya. En los cuentos puede el poeta, más y mejor que en el drama y en la novela, poner su alma propia en las cosas, puede hacerlas hablar según su propia boca; en fin, puede ser él mismo. Y de

MCD 2022-L5

que no se salga jamás del tono infantil, lo impide su propia naturaleza de niño. Pero ¡qué variedad tan grande hay en sus cuentos! Hasta los adultos se admirarán de que una forma tan estrecha como el cuento pueda encerrar una substancia tan rica. Ningún poeta nació para ser narrador de cuentos como Andersen, cuya mágica pluma lo doraba todo y para quien la misma vida se convertía en un cuento. El cuarto de niños está lleno de optimismo, los niños tienen un talento natural para ser felices; ha de encantarlos, pues, con sus cuentos, quien como Andersen, sin temer la envidia de los dioses, confesaba ser afortunado. Sobre él no tenía poder alguno el destino grande que eleva y abate así á los individuos como á los pueblos: él estaba bajo el encanto de la suerte de niños á quienes enjuga las lágrimas con blanda mano de madre, y que cura hasta los dolores más rudos con el bálsamo del sueño. Tales hombres no tienen ningún desarrollo, ninguna historia; no se hicieron, sino fueron; pero su existencia fué una dicha para ellos y para el mundo. "Mi vida — escribió Andersen en su autobiografía—es un cuento bello, tan rico como feliz. Si una hada poderosa me hubiese encontrado cuando pobre y solo entré en el mundo, y me hubiese dicho: "Elige tu carrera y tu fin, y entonces, según el desarrollo de tu espíritu y según manda la razón, te ampararé y te guiaré", mi destino no hubiera podido ver-

se guiado de un modo más feliz, más prudente... El cuento de mi vida hasta el momento actual se presenta á mis ojos más rico y hermoso de lo que yo mismo hubiera podido imaginar. Siento que soy el hijo mimado de la fortuna; casi todos salen á mi encuentro con los brazos abiertos; raras veces se vió burlada mi confianza en los hombres. Así en el príncipe como en el pordiosero, he sentido latir el generoso corazón de hombre. Es un regocijo vivir y creer en Dios y en los hombres. Un estrellón brilla sobre mí; millares de seres lo merecieron indudablemente mejor que yo; á veces no comprendo por qué á mí me ha correspondido tanta alegría antes que á tantos otros. ¡Que brille, pues, mi astro bienhechor!"

Estas palabras las hubiera podido repetir también en el mismo momento en que la parca iba á borrarlo de la lista de los vivos, y en que se preparaba á emprender aquel viaje postrero del que jamás dará cuenta á sus amigos los niños.

Hans Cristián Andersen nació el 2 de Abril de 1805 en Odense (pueblecito situado en Fionia, isla de Dinamarca), siendo hijo de un zapatero y de una lavandera. Su infancia feliz fué rico tesoro del cual vivió hasta la senectud, y del que brindó á numerosos niños joyas preciosas. Niño tranquilo, abandonado casi á sí mismo, se formó en sus juegos y sueños un mundo propio, que regía con gravedad suma. Su padre le inició en las comedias de

MCD 2022-L5

Holberg y en los cuentos de *Las mil y una noches,* dándole á conocer en aquéllas el realismo del Norte, y en éstas las producciones fantásticas del Oriente, extremos ambos que se unían en la imaginación del niño, excitando el sentimiento vivo de una realidad fantástica. El teatro era el sueño del niño, el encanto del joven, la pasión del adulto, aunque fuese para él la cueva en que bramasen las tempestades más recias. Escribir para la escena es una tentación en que por lo menos una vez en la vida cae cada gran poeta, pues el efecto que el vate ejerce desde las tablas, que significan el mundo, es el más inmediato, el más eficaz, el más universal. Tampoco Andersen pudo resistir á esa seducción de la escena. Apenas sabía leer y escribir, cuando ya bosquejó comedias. Pero ni aun las que escribió en la madurez de su gran talento penetraron profundamente en el pueblo, porque le faltaba la potencia creadora de figuras con existencia real. También en sus novelas *El improvisador,* que apareció en 1835, y *Sólo un guitarrero,* publicada en 1837, la composición deja mucho que desear, pero nos indemniza la variedad de las escenas, y, ante todo, la presencia del amable poeta, que se siente por doquier. El campo en que había de recoger el laurel más espléndido, lo descubrió en 1835 publicando sus primeros cuentos, que desde aquel tiempo empezaron á peregrinar por el mundo, como su autor.

MCD 2022-L5

Huérfano de padre en edad temprana, Andersen entró en casa de un hilador, y viéndose allí el blando y poético niño ofendido por la burla de sus compañeros, abandonó aquel oficio para aprender el de sastre, porque así esperaba hacer vestidos bellísimos para los muñecos de su teatro doméstico. En 1819, el joven de los pies grandes tomó el camino de Copenhague, llevando en el bolsillo sus ahorros, que eran trece duros, y aspirando á la gloria, pensó en hacerse actor. Pero su figura talluda, y quizá también su falta de talento para el arte de Máiquez y de Romea, le cerraron las puertas del Teatro Real. En cambio la fortuna le proporcionó protectores que le suministraron medios para estudiar. Y pronto en el joven despertó el poeta. Su primer ensayo, publicado en 1829, fué una novela humorística titulada *Viaje á pie á Amager,* con la cual introdujo el tono y la manera de Heine en la literatura danesa. Desde aquel tiempo empezaron sus peregrinaciones, que no terminaron sino con su muerte. Siendo un verdadero Ashavero, no buscó reina para su hogar, ni compañera para su vida. Peregrinó con la alegría y la curiosidad de un niño que se complace en narrar lo que ha visto. Visitó á España, á Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, Suecia, Grecia y la costa de Asia Menor. Describió sus recuerdos de viaje en libros gallardos y primorosos, titulados: *Sombras de viaje, Bazar de un poeta, Ilustración sin lá-*

minas (Bilderbuch ohne Bilder), En Suecia, En España, y se preparó á la muerte con el último viaje de recreo que un año antes de fallecer emprendió á su querida Alemania. Es verdad que celebró su gloria con vanidad infantil, pero la celebró también porque aumentaba la de la literatura danesa, que cuenta con nombres tan ilustres como los de Baggesen, Oehlenschlaeger, Hertz y Oerstedt.

Su septuagésimo cumpleaños la valió ovaciones muy entusiastas. Cuatro meses después, el 4 de Agosto de 1875, cayó en los brazos de la muerte en una casa de campo de Copenhague llamada "El Descanso". Su entierro, que no podría compararse sino con el de Lope de Vega, el padre del teatro español, fué suntuoso, como grande fué la pérdida que experimentó el Parnaso danés y alemán. El mismo rey de Dinamarca le tributó honores, siguiendo al féretro en señal de duelo. Los daneses honraron la memoria del grande hombre, como adivinando que no hay, después de Dios, más gloria que la producida por el trabajo y la virtud. La Asociación de escritores "Prensa berlinesa", remitió una corona de laurel con lazo blanco, en el que se leía la inscripción: "No has muerto: aunque se cerraron tus ojos, vives perpetuamente en el corazón de los niños." Las coronas más bellas que ornan su fresca tumba son sus *Cuentos.*

1876

MCD 2022-L5

JORGE HERWEGH

Con el desesperado grito de "¡Los dioses se van!", lloraba el malogrado Luis Eguílaz, ya amagado de la muerte, la pérdida de Bretón de los Herreros. Un semidiós parecía también al empezar su carrera el poeta político que acaba de morir en estos tiempos de lucha, de los cuales dice Núñez de Arce, poeta político de primera fuerza entre todos los que vierten torrentes de inspiración por Europa:

"Y son, en el furor que nos agita,
Trueno y rayo la voz; el arte, espada;
La ciencia, ariete; tempestad, la idea."

El 7 de Abril de 1875 falleció en Baden-Baden el autor de las *Poesías de un viviente*, Jorge Herwegh, el padre de la poesía política de Fernando Freiligrath, Hoffmann de Fallersleben, Godofredo Kinkel y Roberto Prutz, el Bruto lírico, que en 1841 despertó varonilmente á la aletargada musa alemana y arras-

MCD 2022-L5

tró á nuestra generación al frenesí revolucionario. Se meció su cuna en la antigua Suabia, "esa región deliciosísima, quebrada en sus terrenos, varia en sus paisajes, humedecida y regada por claros arroyos y profundos ríos, cubierta de bosques cultivadísimos y de agrestes selvas; con rientes colinas y sublimes montañas; rica en praderas donde se alimentan incomparables ganados, y en viñedos donde se cogen suaves vinos; hermosa por la fecundidad de su naturaleza y hermoseada aún más por la virtud del trabajo" (1). Allí, en la encantadora Stuttgart, nació el vate en 31 de Mayo de 1817. Cursó los estudios teológicos en Maulbronn (Wurtemberg) y Tubinga, pero no queriendo reducirse al servicio de los altares, se hizo periodista.

Las *Poesías de un viviente,* esos batalladores cantos de una alondra de hierro, esos "gritos del combate", inspirados por la calurosa pasión del hombre de partido, glorificaciones de la hazaña varonil y de la libertad, nuncios de lo porvenir, mensajeros de la revolución de 1848, cortantes como espadas y sonoros como campanas, que hieren nuestro oído como si hubiese salido de la tumba un antiguo rey de los bardos, eran las producciones bellísimas de un joven de veinticuatro años. En 1842, un año después de publicado su libro mágico en Zurich, se presentó el autor en Alema-

(1) Emilio Castelar.

nia, siendo por doquier objeto de admiración, así por aquellos irresistibles cantos, cuyos ritmos parecían formar como una sonante danza de espadas, como por su persona. Hasta el rey de Prusia, Federico Guillermo IV, participando del entusiasmo universal, recibió al bardo diciéndole: "Debemos respetarnos cual enemigos sinceros." La aristocracia de la sangre siguió el ejemplo del Rey, y rindió culto al vate, y en una de las fiestas con que fué obsequiado en la corte de Prusia, trazó una dama joven y bella, con un lápiz, sobre el papel su perfil clásico, sus cabellos largos y negros. Esta dama, Ema Sigmund, se enlazó con el poeta, cuya naturaleza apacible y tranquila formaba contraste con los acentos bélicos y revolucionarios de su musa, así como también Bruto, según dice Shakespeare en su *Julio César* por boca de Antonio, tenía un carácter parecido.

Los triunfos de Herwegh no duraron sino breves días: una carta dirigida al rey de Prusia en un tono bastante estudiantil, ocasionó su destierro, y el bardo, cuyo espíritu culpan nuestros críticos con sobrada razón de excesivamente apegado á determinada dirección de partido, tuvo que contentarse con el laurel que le dispensaba su partido: la democracia cosmopolita.

Algunos años después ocurrió algo que contribuyó á obscurecer la gloria del poeta. Este, el Tirteo de la revolución, había dicho con ins-

MCD 2022-L5

pirada grandilocuencia: "También la espada tiene sus sacerdotes, y queremos ser sacerdotes", y en otros versos había expresado su deseo: "Quisiera ser aquel caballero que moría con el grito atronador: "¡Paso á la libertad!" Y, sin embargo, cuando en 1848 ciñó la espada invasora en Baden, con una columna de obreros alemanes y franceses, el que había arrojado el peso de sus cantos en la lid sangrienta de la política no se acordó de aquellos versos, sino que imitó el ejemplo de Horacio, que dijo también: "*Dulce et decorum est pro patria mori*", y que, no obstante, en Filipos arrojó el escudo.

Después de la derrota de Schopfheim (Baden), en 27 de Abril de 1848, en la que Herwegh, con el auxilio de su esposa, se salvó por la fuga, enmudeció el bardo, que pasaba por nuestra literatura cual brillante meteoro, y pareció que había descendido al sepulcro antes de morir.

No evocó ningún acorde de su robusta lira la guerra de 1870, aunque, gracias al emperador Guillermo y á Bismarck, se cumplió al pie de la letra lo que pidió al rey Federico Guillermo IV, diciéndole: "Mira cómo la juventud se consume ansiando luchas y hazañas. Pon una espada en sus manos y guárdanos del francés."

¡Ojalá que se hubieran realizado también las palabras de aquella tierna elegía de Herwegh, que respira dulce melancolía: "¡Quisie-

ra bajar al sepulcro como el arrebol y como el día, con sus últimos ardores, desangrándome en el seno de lo eterno!"

Acaso la más bella de sus composiciones se la llevó consigo á la tumba. ¡Ay! El destierro es como una jaula donde canta el ruiseñor ciego, soñando todavía con la primavera; pero nosotros no creemos en su sueño ni en su canto. Así los proscritos continúan soñando aún con aquella vida que les quitó el destierro, y lo que dicen en sus cantos es un sonido imperceptible. El destierro suele ser el verdugo del genio, y mató también el genio del poeta en el cual había algo del vuelo patético de sus compatriotas Schiller y Hoelderlin, del gracejo musical del francés Beranger y de la perfección formal de Platen. Y tanto más tenemos que lamentar la pérdida de aquel cantor, cuanto que hervían en sus versos los pensamientos y las imágenes poéticas como en los de Góngora, mientras que en aquellos bardos que no tienen en su lira más que un bordón, desde Tirteo y Lucano hasta Leopardi y Quintana, se hallan las imágenes como—según el mismo Quintana — estaban las barbas en el rostro del rey Felipe II.

1876

FERNANDO FREILIGRATH

Saludemos á Freiligrath, al pintor entre los poetas, al vate de esplendorosa fantasía y de entonación robusta, que daba lujo y elocuencia á su estilo, y cuya inspiración volcánica y gigantesca fuerza poética contrastan con su naturaleza sencilla; saludemos al que se elevaba en alas del genio á remotas regiones y habitaba mundos desconocidos; al que hizo alarde de sus opiniones democráticas y que, excitado por Hoffmann de Fallersleben, ese Bertrán de Born, escribió en su bandera el lema: "El poeta ha de estar con el pueblo." Vió la luz del mundo el 17 de Junio de 1810 en Detmold.

Escribió sus primeros versos en una especería, en Soest (Westfalia), entre un tonel de jabón y un barril de arenques salados.

Cuando en una noche de Diciembre de 1839 se derrumbó el viejo arco de Roldán, último resto de una ruina situada á las márgenes del Rhin, Freiligrath, apasionado de nuestras leyendas fantásticas, escribió aquellas inspi-

MCD 2022-L5

radas poesías con cuyo producto fué reconstruído el famoso arco por el arquitecto de la Catedral de Colonia.

Grandes triunfos ha visto nuestro esclarecido poeta: en 1845 escribió, á orillas del lago de Zurich, su célebre canción en honor del sudor generoso que impuso Dios al hombre como ley general y común de la existencia, en honor de los hijos de la gran familia del trabajo, en honor de los que llevan la sencilla chaqueta ó la azulada blusa. "¿Quién vibra — decía el vate popular — el pesado martillo; quién siega las espigas en el campo; quién penetra en el seno de la tierra para alimentar á su mujer y á sus hijos; quién trae la barca río arriba; quién se esfuerza detrás del telar con cáñamo, estopa y lino? ¡Honor á cada cual, prez á cada uno! ¡Honor á cada mano callosa! ¡Honor á cada gota de sudor que cae en cabañas y molinos!"

¡Efecto maravilloso del poder de la poesía! En el extremo occidental de América, cerca de la frontera de los indios, trocó una aldeana su último traje en buen uso por las poesías de Freiligrath, sólo para poseer aquella preciosa composición dedicada al trabajo. Quizá este rasgo ha encantado al poeta tanto como aquel acto generoso de la nación alemana, que le otorgó en 1868 una gran pensión, asegurando su residencia fija en la patria después de haber comido largo tiempo el pan de los desheredados en Inglaterra.

MCD 2022-L5

Envidiamos al bardo que alcanzó triunfos tan grandes, y que tiene en su hija mayor la mejor traductora de sus poesías al inglés. Los unos admiran sus pinturas de zonas extrañas y del rey del desierto; los otros se entusiasman con sus cantos políticos; yo vierto lágrimas al leer su canto que comienza: "¡Oh, ama mientras puedas amar! ¡Oh, ama mientras quieras amar! ¡Llegará la hora, llegará la hora en que llorarás ante una tumba!"

1876

***

La tierra de los Jeruscos, ese suelo que en la fuerza y sencillez primitivas de sus habitantes, en el verdor de sus robles y en la soledad de sus alquerías, situadas cerca de una fuente ó de un arroyo cristalino, recuerda aún la descripción que Tácito hace de él en su *Germania;* ese suelo que tiene por símbolo el caballo saltador, el corcel brioso de Wittekindo, y que se gloría de la bandera tricolor, la bandera verde, blanca y negra, simbolizando el verdor de sus bosques, la plata de sus torrentes y el color de su tierra, viste luto por una encina majestuosa que hirió el rayo de la muerte.

Murió el cantor del desierto y de la libertad, el que acababa de enviar una corona de siemprevivas para que fuese depositada sobre la tumba de su maestro, Clostermeier, á cu-

MCD 2022-L5

yas doctas investigaciones debe el principado de Lippe el estar reconocido como teatro de la batalla arminiana; murió el vate que poseía imaginación fogosa y poética, tan meridional, que parecía tarifeña (1), no obstante su verdadera naturaleza teutónica; murió, es decir, dejó de ser mortal, el bardo que por la novedad de sus imágenes, por las flores de su estilo oriental, por la música de su dulce lenguaje, por los arranques sublimes de su imaginación llena de frescura, podemos llamar el Castelar de la poesía alemana.

El 18 de Marzo de 1876 falleció en Cannstatt, á orillas del Neckar, Fernando Freiligrath. Creemos aún verle ostentando en cada línea de su rostro la majestad del rey del desierto. Y hoy duerme en su féretro de roble, entre violetas y camelias, y al pie de su sepulcro yace muda la lira de oro, encanto de su patria.

El cuarto en que exhaló su último suspiro se asemeja á un huerto de laureles, arrayanes, rosas y cipreses. Los que se encuentran en él tienen razón para llorar: la Westfalia perdió su hijo más ilustre que tenía el amor á la independencia de los Jeruscos; el pueblo

(1) El decano de la prensa española, el fundador del primer periódico político que hubo en España después de la muerte de Fernando VII, Fermín Caballero, fué el primero que usó este adjetivo gentil, no porque los de Tarifa tengan mayor viveza imaginativa que otros andaluces, sino por ser Tarifa la punta más meridional del Continente.

MCD 2022-L5

perdió su tribuno más fiel; Alemania, su Orfeo, su vate predilecto, cuya inspiración fué tan alta y generosa como escogida y cincelada y pura era la forma que daba á sus versos; el cantor cuya memoria vivirá mientras vivan la lengua y la raza germanas, mientras el viento hiera las hojas de los robles y de las hayas en la selva teutoburguesa, mientras el Rhin pase al pie de colinas coronadas de vides, bajo el arco de Orlando, junto á castillos y á catedrales.

Aun cuando ya he hablado de Fernando Freiligrath, que sucumbió á un mal de corazón, la enfermedad de los poetas, quiero añadir una palabra más acerca de tan eminente poeta, esa ave viajera que aprendió á cantar en Amsterdam, la Venecia del Norte, canto mágico mezclado de agua y tierra, de niebla y tempestad, y que después de haber emprendido desde las rejas de Barmen su vuelo hacia una rama verde del bosque de los poetas alemanes, empezó á labrarse un nido, como suelen hacerlo las aves canoras, en la proximidad del agua, á orillas del Rhin, para trasladarlo después al Támesis umbrío, "cuya revuelta linfa el sol no dora", y donde le rodeó por espacio de muchos años la aureola de la desgracia, dándole ese prestigio misterioso que aquélla ejerce en los sentimientos más hidalgos.

Dice un antiguo proverbio: *Poeta nascitur, non fit.* (El poeta nace, no se hace.) Pero de-

biera decirse: *Poeta nascitur et fit.* (El poeta nace y se hace.) Viéndose transportado desde su patria á un puerto de mar, Freiligrath volvió sus ojos hacia la lejanía, y su musa cultivó plantas exóticas, pero con tan entrañable ardor, que en lustre y perfume equivalen á plantas naturales. Cual pintadas mariposas que se embriagan en el aroma de flores fantásticas, rimas exóticas se mecen en el ritmo de sus versos.

Si la poesía lírica es una gran orquesta, cada poeta privilegiado será en ella un instrumento dotado de un sonido particular, que estará en acorde tanto más completo con los otros cuanto más puro suene por sí mismo. Freiligrath era más que un instrumento parecido á los demás: era un nuevo instrumento con nuevos acentos, que aumentaban el reino de los sonidos. No cantó al vino, ni al amor, ni á los pálidos reflejos del rayo de la casta luna, ni al tiempo romántico de los caballeros, y, sin embargo, los acentos de su lira cautivaron el corazón y los sentidos. Navegaba en sus poesías alrededor del mundo, haciendo tributario al orbe entero.

Pero la Westfalia, que era la delicia del niño y del joven, no dejó de ser su ídolo, y la Westfalia tiende también sus amantes y hospitalarios brazos hacia los restos mortales del anciano. Así como las ciudades de Grecia se disputaron el honor de haber sido la cuna de Homero, dos ciudades alemanas se dispu-

MCD 2022-L5

taron la tumba de Freiligrath: Detmold, donde se elevan los árboles que dieron sombra á su niñez, y Cannstatt, su última residencia. Detmold quería preparar á su hijo una bellísima tumba al pie de la Grotenburg, en la selva teutoburguesa; pero la modestia de la familia del cantor se negó á la traslación solemne de sus restos mortales á aquel rincón tan distante de Cannstatt, y la población donde pasó sus últimos años, donde entonó sus postreros cantos, albergó á Freiligrath en el sitio más elevado de su Campo Santo. En Cannstatt descansa, pues, su noble corazón de poeta: allí le enterraron el primer día de primavera; pero la selva teutoburguesa, en cuyo seno obscuro Arminio libertó á los germanos hace mil ochocientos años, podría dedicarle el monumento más original del mundo. En la margen de aquella selva elévase emergiendo de la llanura, cerca de la población de Horn, un grupo peregrino de rocas de piedra arenisca, llamadas Externsteine, figuras gigantescas que con sus cuevas forman un adorno fantástico de aquel paisaje severo y casi desierto. Los benedictinos del convento de Abbinghof adornaron, á principio del siglo XII, la más alta y más voluminosa de aquellas rocas con relieves representando el Descendimiento de la Cruz. Estos, que llamaron también la atención de Rauch y de Goethe, pueden considerarse como el monumento más antiguo de la escultura alemana.

MCD 2022-L5

Dos de aquellas trece rocas se levantan, cual germanas columnas de Hércules, formando la puerta que conduce desde Lippe á Paderborn, y ellas deberían—según propone el poeta Dingelstedt — ser bautizadas con los nombres de los dos geniales vates hijos de Detmold, Grabbe y Freiligrath, que son también como dos rocas aisladas, dos Externsteine, sin conexión alguna con otra cadena de montañas, estando de pie y manteniéndose en equilibrio por su fuerza propia. En las cumbres de aquellas rocas colocaría Dingelstedt el busto colosal de los dos poetas cuya frente se hundió en la noche del ataúd. Veríase, pues, en aquella puerta westfálica la figura severa de Grabbe, estrella cadente que se apagó sin dejar rastro alguno, y la figura simpática de Freiligrath, planeta firme y luminoso que se hundió despacio en el mar, siendo llorado de ambos lados del Océano como consolador y guía del pueblo alemán en época turbulenta y lóbrega.

No sé si se realizará aquel sueño de poeta, como ya se cumplió, gracias á Dios, aquel ardiente deseo de los corazones españoles y del mío, de que el iris espléndido fulgure y la santa oliva extienda sus ramas de eternal verdura sobre nuestra amada España.

1876

***

MCD 2022-L5

Escribo bajo la impresión de una nueva dolorosa que despertará duelo muy profundo dondequiera que resuene la lengua germana, que ha de resonar también entre las peñas de Inglaterra y ha de atravesar el Atlántico, anunciando al Nuevo Mundo, como al Antiguo, que, herida por las tempestades de Marzo, cayó la más soberbia encina de la selva de la poesía alemana, cayó la más noble encina teutoburguesa, en cuya copa anidaban millares de pintadas aves cantando las maravillas del Oriente, y en la que anidaba también la alondra de la libertad.

Escribo en los solemnes momentos que separan con valladar insuperable los días del mundo de los días de Dios, en la hora fatal en que murió Fernando Freiligrath, el que fué á la vez un héroe y un cantor, un reformador y un profeta.

Murió el que entonaba los acordes purísimos del cántico sublime de la libertad de los pueblos; pasó á la región de los muertos, en cuyo nombre lanzaba hace años el canto más grandioso, un canto de ira á los vivos; pasó á la región de los muertos, de los héroes finados de la libertad, en el quincuagésimo aniversario de su primera poesía, aquella composición en la que, á los diez y seis años de edad, comparaba el fuego de su alma con los volcanes de Islandia. Entregóse Freiligrath al sueño eterno el mismo día que, en 1848, con ímpetu sin segundo tocaba á rebato, sa-

ludando con júbilo inmenso la naciente aurora del 18 de Marzo, la revolución de Berlín.

Hace un año que descansa en el seno de la muerte Jorge Herwegh, esa alondra de hierro, y en la triste noche del 18 de Marzo, el mismo día que, hace años, le inspiró su *Canto de los muertos á los vivos*, le siguió á la tumba el que le había llorado como á amigo fiel, el que le había tributado el postrer honor, Fernando Freiligrath, ese ruiseñor de la primera lucha de la libertad alemana. Cerráronse para siempre los labios que derramaban dulces armonías y que, por su arte peregrino, hizo nuestros los tesoros espirituales de otras naciones.

"¡Oh, ama mientras que puedas amar! ¡Oh, ama mientras que quieras amar! Llega la hora, llega la hora en que llorando has de estar ante las tumbas", dice Freiligrath en una de sus más sentidas canciones, y ya ha llegado la hora en que la patria está llorando ante la tumba de su mejor hijo, aquel á quien sólo la muerte pudo separarlo de las filas de la libertad. La patria, que vuelve sus ojos al féretro que ha de encerrar los restos mortales de Freiligrath, no dejará de amar, mientras que pueda amar, al que acaba de transponer resignado y alegre el límite invisible del tiempo y de la inmortalidad, al que aun en su ancianidad consagraba su amor y sus esperanzas todas á la Alemania unida por la libertad, no de otra suerte que había luchado y

MCD 2022-L5

sufrido el destierro en sus mejores años. La patria le dedicará el adorno de los hijos de su predilección: la corona de roble.

Freiligrath, cuyas poesías todas penetraron en la sangre alemana, mereció el amor ardiente de su pueblo como poeta y como hombre: como poeta, porque no era de aquellos imitadores que se nutrían de las migas de la musa inmortal de Goethe ni de las golosinas de Heine, y siendo sin rival ni sucesor, parecía un oasis exuberante, un meteoro refulgente, una estrella brillantísima, cantando con la misma verdad la vida lozana y rica de colores del mundo tropical, la patria y la santa libertad y las satisfacciones dulcísimas del hogar alemán; como hombre, porque levantaba la bandera de la nación, y, cual Tirteo de la libertad, recordaba á los poderosos su misión olvidada.

Freiligrath era un pintor, no con el pincel y la paleta, sino con la palabra viva, con el ritmo y la rima. Y quizá el mismo Lessing, que reprobaba lo descriptivo en la poesía y que despreciaba el alejandrino, hubiera aplaudido las composiciones de Freiligrath, que brillan por sus vivos colores. Su metro predilecto, el alejandrino, no era el caballo domado por los franceses y enfrenado por Boileau, sino un caballo del desierto, negro como la noche sin luna y libre como el pensamiento. Su gigantesca fantasía era un fogoso caballo árabe que, suelto como el raudo viento, vuela

por el desierto africano: un rayo, un volcán, una tempestad. Hijo de un maestro de escuela que residía en Westfalia, vigoroso y atlético, pero no rudo y demoniaco, como su paisano el desdichado poeta Grabbe, nunca pisó el árido desierto, ni cruzó el mar helado, ni paseó entre las altas palmeras del Oriente, que imitan el dulce ruido con que los céfiros festejan á las olas, y, sin embargo, su musa era oriental y se complacía en pintarnos la estepa y la lucha, y en cantar — como dice Castelar en sus *Perfiles de personajes y bocetos de ideas*—"el león, rey de la soledad; los días de la Arabia, en que las arenas, encendidas por el sol, brillan como la Vía láctea en el cielo", y el poeta miraba, cual visionario, los hombres y los animales, el paisaje y el destino, como se manifiesta en el Sur y en el Norte más lejanos, al pie del Sinaí y del Himalaya, bajo el Ecuador y entre los horrores de los volcanes de Islandia. Encontrándose entre los productos de todas las partes del globo, soñaba mundos lejanos y peregrinaba con paso seguro por el mundo tropical, desplegando soberano é impetuoso sus dotes poéticas en la escuela de los franceses é ingleses. Volvió después sus ojos ardientes á la patria, á los destinos de su pueblo, y precipitóse, con la bandera enhiesta, en el torbellino de la lucha de la libertad, siendo, como él mismo dijo, "otro y, no obstante, el mismo".

MCD 2022-L5

"¡Otro y, no obstante, el mismo!" ¡Cuán reducido es el número de aquellos en cuya lápida sepulcral pueden escribirse estas palabras de Freiligrath!

Nació éste en 17 de Junio de 1810 en Detmold. Su madre murió cuando el niño tenía apenas siete años. La necesidad anidaba en su hogar paterno; pero acariciaba la esperanza de entrar en la casa de comercio de un tío suyo que era muy rico y residía en Edimburgo, y de ver la patria de sus poetas favoritos, Walter Scott y Roberto Burns. Entró en el comercio, y es de suponer que la actividad que desplegó en él contribuyera á formar el equilibrio que necesitaba su fantasía volcánica. Ya á los diez y seis años de edad escribió una poesía al te de Islandia. Encontrándose enfermo, hubo de beber el te procedente de esa isla del Norte rodeada de hielo y que tantos volcanes encierra. Diríase, al leer su poesía, que deseaba asimilarse á Islandia para que la nieve de su senectud se asemejase á la de aquella isla vesubiana. Acerca de Freiligrath, como comerciante, diré que sucedía á veces que, en vez de un obscuro Cornelio X., anotó en el libro mayor el ilustre nombre de Cornelio Nepote, y en vez de un humilde Roberto Z., el de Roberto Burns. Hizo su aprendizaje en Soest, que de una importante ciudad anseática se había convertido en una pequeña ciudad de provincia. Sólo Amsterdam, este emporio con su puerto, con sus buques

de todas las partes del mundo, con sus distintos marineros, pudo evocar en su ánimo poético sueños vagos más allá del Océano, hacia esos vírgenes mundos de lo porvenir que descubrió Colón para España. Viendo defraudadas sus esperanzas por la bancarrota de su tío, ingresó el joven, huérfano ya de madre y padre, en 1834, en una casa de cambio de Amsterdam, y allí el trato de atrevidos navegantes y la lectura de relaciones de viajes despertaron su genio poético, y su fantasía vistió los colores del Oriente.

¡Cosa extraña! Un joven comerciante introdujo un elemento nuevo en la poesía alemana, y el que en 1837 había entrado en Barmen como simple dependiente, concluyó residiendo allí como celebrado poeta. En 1838 publicáronse sus poesías, llenas de vida tan rica y lozana, que conquistaron la admiración del pueblo—cansado ya de la envejecida poesía romántica,—y, sobre todo, la admiración del gran navegante y explorador Alejandro de Humboldt.

Cuán grande fué la impresión que produjeron las composiciones de Freiligrath, dígalo una anécdota. Encontrándose en un puerto de mar, visitó el poeta, con un amigo suyo, un magnífico buque destinado á Cantón. El contramaestre les mostró todos los departamentos del buque, excepto la cámara del capitán, porque éste daba á sus amigos una fiesta de despedida. Pero de repente abrióse la

MCD 2022-L5

puerta de la cámara, dejando ver los restos de una espléndida comida; alzóse de la mesa el anfitrión, y, después de haber sabido el deseo de los dos caballeros, de visitar el buque, el mismo capitán les invitó á que pasasen á su armería y viesen su biblioteca. Allí el amigo de Freiligrath se halló sorprendido al ver las obras de éste, y, dirigiéndose al poeta, dijo: "¿No te gusta que tus poesías vayan á Cantón?" "¿Cómo puede ser eso?", preguntó á su vez el capitán. "Este señor es Freiligrath." "¿Freiligrath? ¿El poeta Freiligrath?", exclamó el marino con exaltación. "Sí, el mismo." Y como un rayo precipitóse el capitán hacia la bocina, y exclamó: "¡Izad las banderas! ¡Todos á bordo! ¡Champaña acá!" Y estrechó al poeta contra su corazón, diciendo: "¡Dios bendiga á usted, que me ha abreviado tantos días calurosos en el anchuroso Océano!" Y, después de llenos los vasos de Champaña, dirigióse á los otros: "Ustedes, amigos míos, no pueden imaginar qué compañero tan fiel es el verdadero poeta alemán para el solitario navegante. ¡He aquí el poeta de mis ilusiones! ¡Viva Freiligrath!" Y todos le vitorearon con grandes aclamaciones, y en el fervor del entusiasmo se le prodigaron todo linaje de frases de respeto y cariño. En aquel momento el vate se consideró más feliz que el monarca más poderoso de la tierra, y cuando abandonó el buque, todos á bordo formaron dos filas, se repitieron los aplau-

MCD 2022-L5

sos y los vivas, y las banderas enhiestas le saludaron como si fuese un rey.

El poeta se fijó en 1839 en el pueblo de Unkel, cerca del Rhin, donde trató á los vates rhinianos y conoció á la joven preceptora Ida Melos, bella hija de Turingia, que había jugado cuando niña ante los ojos de Goethe. Secretamente, como suele hacerlo, penetró el amor en el corazón del joven poeta, y éste entró con su queridísima Ida en el puerto del matrimonio. El Rhin ha de darle las gracias por su *Album de Orlando,* cuyo producto empleó Freiligrath en reconstruir, cual otro Anfión, el caduco arco de Orlando, situado en un monte inmediato á las orillas del Rhin.

Anunciando á un amigo su enlace, en letras de molde escribió el poeta: "Eso es lo mejor que he dado á la estampa."

Entretanto, el rey de Prusia, impulsado por Alejandro de Humboldt, concedió á Freiligrath una pensión de trescientos thalers—que recibió también Geibel,—y Freiligrath la aceptó, sin hacerse por eso un quietista político ni un esclavo de los príncipes. A Jorge Herwegh, que en 1840 publicó sus *Cantos de un vivo,* le contestó: "El poeta ha de estar colocado en una atalaya más alta que las almenas de un partido." Pero á él le esperaba también la almena de un partido, la del partido democrático, y pronto conoció que el poeta ha de estar al lado del pueblo; y, después de haber pasado con Hoffmann de Fallersle-

MCD 2022-L5

ben aquella noche memorable en el hotel de Coblenza "El Gigante", arrojó la pensión á los pies del rey, ciñéndose la armadura para luchar en pro de los mayores bienes de la Humanidad, y en la fonda de Assmannshausen "La Corona", en un cuarto situado enfrente del castillo de Rheinstein, escribió en 1844, viendo en torno de su casa pámpanos y jugosas cepas, su famoso libro dirigido contra una corona, contra la diadema del absolutismo. Las poesías políticas, el credo de Freiligrath, se fundaron en la verdad, lo mismo que sus composiciones anteriores; había cambiado sólo de asunto: la forma y el carácter de su musa continuaron siendo idénticos. Pero al entonar por primera vez el canto de la libertad presagió mil luchas, y, perseguido á causa de su radicalismo, salió en 1845 para Suiza, y desterrado también desde allí á causa de su *Ça ira*, pidió en 1846 un asilo á Londres. Su atrevido *Ça ira* (1), que en 1846 voló desde el destierro por los campos alemanes, podría llamarse la campana de rebato de la revolución, el grito del cuarto estado, el grito de los proletarios: los hombres "de la ira de Dios". En Londres, donde el poeta fué corresponsal de una casa de comercio, la miseria de los obreros arrancó á su arpa sentidos

(1) *Ça ira* llamaba Freiligrath á seis composiciones suyas, en recuerdo del famoso canto de la revolución francesa del mismo nombre, en que se encuentra el estribillo: "*Ah! Ça ira, ça ira, les aristocrats à la lanterne!*"

MCD 2022-L5

acordes. ¡Con qué entusiasmo saludó á la revolución que desde Francia se precipitaba en 1848 sobre Alemania! Y la revolución le devolvió su saludo, llamándolo á la patria y haciéndolo su campeón. Regresó el poeta, cuyo nombre era ya una bandera, y fijóse en Düsseldorf. Hervía entusiasta el desbordado mar de sus sentimientos, y en Julio de 1848 entonó su grandiosa elegía revolucionaria *Los muertos á los vivos*. A causa de esto fué reducido á prisión en 29 de Agosto, pero delicadas manos femeniles, las vírgenes de Düsseldorf, arrojaron flores para alfombrar su carrera desde la cárcel hasta el tribunal, y esas coronas de verde follaje, de dorado tejido, que poblaron los aires, eran agüero feliz de que le absolvería el Jurado. Fué absuelto, efectivamente, en 3 de Octubre. Pero cuando hizo la guerra á la reacción amenazadora, como colaborador de la *Nueva Gaceta Rhiniana*, que se publicaba en Colonia, fué otra vez denunciado, y el poeta, que en 1849 había publicado una colección de nuevas poesías titulada *Entre los manojos de espigas (Unter den Garben)*, se vió obligado en 1852 á refugiarse otra vez en Londres, que le dió abrigo como antes, pero donde sus fuerzas tenían que consumirse bajo la pesadilla de las cifras comerciales. ¡El autor de la *Cabalgata del león* y del *Cheique de Sinaí* (1), el autor

(1) *Cheique* se llama el jefe de una tribu árabe.

de la *Venganza de las flores* y de los *Emigrantes*, vivió en la nebulosa Londres la vida estrecha y miserable del comerciante pobre, y, como un jornalero del espíritu, tuvo que pasar desde el alba hasta la noche en el despacho de una casa de comercio sucursal del Banco de Suiza! Durante quince años comió el pan del destierro; pero una aureola purísima rodeaba su cabeza, y la patria le bendecía como á su mayor poeta político, cuyo corazón valiente era templo de la fe. No hay palabras con qué expresar cuánto debía de sufrir el bardo ante la indecisión y el abatimiento de su pueblo, ese Hamlet de las naciones. Sin embargo, no perdió la esperanza de que el pueblo alemán había de ganar la palma entre las naciones más viriles, y adivinando con orgullo patriótico el porvenir radiante de Alemania, exclamó: "¡Oh, aliento de la primavera, que despliegas las flores todas, abre también la flor de Alemania! ¡Oh, aliento de la libertad, que abres los capullos santos de los pueblos, sopla también en torno del capullo de Alemania! ¡Bésale en su santuario más profundo y más tranquilo, para que brille y exhale olores suavísimos! ¡Oh, Dios eterno, qué flor tan maravillosa ha de ser algún día ante las flores todas esa Alemania!"

Pero en el ostracismo enmudeció la lira del vate: ¿cómo hubiera podido cantar el ave canora con sonorosa acorde melodía lejos de

las encinas patrias? ¿Cómo en alas del hercúleo viento hubiera podido remontarse fugaz la fantasía cuando vivía lejos de la patria?

Dos ó tres veces remitió á Alemania una hoja volante en prueba de que nada podía domeñar su esfuerzo varonil y de que había cambiado de suelo, pero no de ánimo. Así con motivo del centenario del nacimiento de Schiller, escribió aquella poesía que le habían pedido los alemanes residentes en América, y que se cantó en toda la colonia alemana de los Estados Unidos el mismo día, á la misma hora y con la misma melodía. Otra poesía suya fué la que dedicó á la memoria de la poetisa alemana Juana Kinkel. En 1857 apareció su traducción del célebre *Canto de Hiawatha*, original del poeta norteamericano Longfellow. Y, como antes había vertido odas de Víctor Hugo, trasplantó también muchas flores del Parnaso inglés á los pensiles alemanes, y si se leyeran, suprimiendo el nombre de los autores extranjeros de donde proceden, las poesías de Roberto Burns, Coleridge, Campbell, Felicia de Hemans, Tennyson, vertidas por Freiligrath, pasarían sin dificultad por armoniosas y bellas poesías alemanas.

En 1867 se vió el pobre vate perseguido como nunca por los rigores del destino: disolvióse la casa de comercio donde estaba empleado. Entonces en Alemania toda resonó un grito universal, y un inspirado poeta, un

MCD 2022-L5

amigo de Freiligrath—y ¿qué poeta alemán no era amigo suyo?,—se puso al frente de un comité para pedir que se revocase la orden de proscripción de Freiligrath, y para libertar la tarde de su existencia de los cuidados de la vida cotidiana. "Volvedle á la patria — decía mi distinguido amigo el elocuente poeta de Barmen,—salvad al que ha luchado tanto tiempo en los arroyos de Babilonia; salvadle antes de que los años le rompan el vigor y la fuerza." Y cuando Freiligrath tornó del destierro y sacudió de sus pies el polvo del extranjero, encontró abiertos los amorosos brazos de su pueblo, que le dispensó la más entusiasta acogida. La patria colocó bajo la cabeza cana de su poeta una blanda almohada de amor, la patria alejó de su frente los antiguos pesares y ofreció más de cincuenta mil thalers al vate idolatrado, pues el soberano fuego de la gratitud arde siempre en los honrados lares del generoso suelo alemán. Y el poeta, que fijó su residencia primero en Stuttgart y después en Cannstatt, que hoy es la ciudad de su muerte, respondió á tantas manifestaciones de amor celebrando la hazaña nacional de 1870 con palabras vigorosas, que aun resuenan en nuestros oídos como música de las esferas. En los días en que Francia nos declaró la guerra, produciendo en nuestros ánimos una explosión de ira patriótica, lanzó Freiligrath un anatema contra "el zuavo vestido de púrpu-

ra" (1), y estuvo pronto á dar las primicias de su sangre en holocausto á la patria. No pudo el hijo mayor del poeta satisfacer su noble anhelo de pelear en las filas de los que sufren y luchan, y vencen y callan; pero llevando en el brazo la cruz roja y formando parte como enfermero de los voluntarios de Bonn, aprendió en los campos de Sedán y de Metz y ante los muros de París—según dijo su padre en una sentida poesía, — que vale más curar las heridas que hacerlas. Después de alcanzada la victoria, cuando el rey Guillermo ciñó la imperial corona, cuando el viento atronaba el redoblado "¡viva!", Freiligrath sólo se dirigió á Germania, la pálida vencedora que lloraba por sus hijos perdidos. ¡Y hoy, la Germania agradecida ha de dar un adiós santo á su hijo predilecto, á su fiel trovador!

El poeta, que después de su regreso á la patria se ocupó en traducir á Shakespeare en unión de Bodenstedt y de Gildemeister, dirigió desde 1875 una Ilustración inglesa, *Illustrated Magazine,* en Stuttgart.

Dos hijos y dos hijas casadas en la hospitalaria Inglaterra lloran la muerte del tierno padre. Encuéntrase entre ellos la poética Catalina, que rivalizó con Bayard Taylor en traducir al inglés las poesías de su padre, y que aun ha poco le remitió desde las márgenes del Támesis un saludo poético á las ori-

(1) Napoleón III.

MCD 2022-L5

llas del Neckar. Las ondas de este río, que besaron la cuna de Schiller, acaban de ver la tumba de Freiligrath.

En la tarde del 21 de Marzo, un inmenso cortejo fúnebre condujo el cadáver del poeta á su última morada, en el cementerio de Cannstatt, situado en una colina á la margen derecha del Neckar. Encuéntrase la tumba, rodeada de árboles, en el muro septentrional del cementerio, cerca de una antiquísima capilla de donde se mira hacia las cumbres azules del Alb de Suabia. Verdaderamente esta tumba es digna de un poeta, es digna del que fué un héroe, fuerte como los robles de su patria, la tierra de los Jeruscos, un maestro de la lengua, un conquistador de nuevas zonas para la poesía. El pueblo honró á su poeta, cuyo laurel no está manchado por sangre; pero los palaciegos no figuraron en el cortejo fúnebre.

El pastor protestante y dos escritores alemanes pronunciaron ante la tumba sentidas palabras, mientras la nieve deshojaba sus copos sobre las flores que cubrían el féretro.

Hacemos nuestras las siguientes palabras, pronunciadas en el triste acto por Carlos Mayer: "¡Ojalá que una primavera de los pueblos florezca sobre la tumba del poeta de la libertad! Mientras haya alemanes en la tierra y mientras existan almas libres, la sombra de Freiligrath ha de ser sagrada, aun en los tiempos más remotos."

MCD 2022-L5

En la tumba fueron depositadas muchísimas coronas procedentes de Mannheim, Francfort, Leipzig, Viena y Colonia, al tiempo que, tras el castillo de "La Soledad", patria de la juventud de Schiller, expiraba la luz.

Ya se entregó el cadáver del bardo germano á nuestra madre común: la tierra; ya descansa el cantor de la libertad en su amadísimo suelo alemán.

***

Una gran felicidad hubo en la existencia de Fernando Freiligrath: la de ver lucir el sol de la independencia de la patria.

Freiligrath se apartó de la miseria alemana satisfaciendo la sed de su fantasía en campos lejanos, extranjeros, entre los moros y los indios, en el desierto donde reina el león, en el mar entre los piratas; él se salvó en el libre suelo de Inglaterra cuando murió la libertad, y él cubrió de siemprevivas la tumba de aquella muerta bien amada; en fin, él logró ver la gloria de Germania, y la vió desde una atalaya más alta que la almena de un partido: la vió como poeta predilecto del pueblo entero, como patriarca de Alemania.

El día 4 de Abril del presente año celebróse en Barmen una solemnidad consagrada á la memoria de Freiligrath, del cual dijo Chamisso: "Desde que él comenzó á cantar, nosotros no somos sino humildes gorriones."

MCD 2022-L5

Ante un catafalco y ante el retrato del poeta, iluminado por velas, habló su amigo Emilio Rittershaus acerca del que fué tribuno popular, artista, luchador, poeta y maestro sin segundo en la canción; acerca del que tuvo siempre su corazón en su canto y el amor por esencia de su alma.

En Londres celebróse otra solemnidad análoga, pronunciando Carlos Blind un discurso en honor del finado.

Se ha dicho que Freiligrath, en la vida, en la prosa, careció de facilidad de expresión. ¡No importa! La elocuencia de sus poesías ha sido y es soberanamente insuperable.

1876

CARLOS SIMROCK

Pocos sabios y poetas han realizado un viaje tan laborioso por el mundo como Carlos Simrock. Este es el poeta del Rhin, el vate patriótico, el bardo sano, sereno, alegre y lozano. Siendo discípulo de Augusto Guillermo de Schlegel, encontró el centro de sus poesías y sus trabajos en el renacimiento de la poesía germana de la Edad Media y de los antiguos cuentos y tradiciones de Alemania. Merced á él viven en admirables versiones modernas los heroicos Nibelungos, los sentidos cantos de Walther von der Vogelweide, los poemas épicos *Parcival y Titurel,* por el profundo Wolfram de Eschenbach; la *Gudrun;* el poema *Tristán é Isolda,* por Godofredo de Strasburgo; *La guerra de Wartburg.* Si ya estas traducciones son dignas de los mayores elogios, que el mismo Goethe no titubeó en dispensar á la versión de *Los Nibelungos,* publicada en 1827, excita aún más nuestra admiración

MCD 2022-L5

la maestría con que el poeta, escribiendo en el estilo del poema de *Los Nibelungos,* creó de breves fragmentos de tradiciones germánicas el poema de *Los Amelungos,* ese poema de los héroes alemanes, con el mismo arte con que un mosaísta eminente compone de nuevo las piedrecitas separadas y dispersas de un mosaico. Las obras de Simrock forman una biblioteca entera. Encuéntranse entre ellas la versión de los sonetos de Shakespeare y traducciones de Isaías Tégner, de *El Heliand,* de *La Modestia,* de Fridank; de *La nave de los locos,* por Sebastián Brand; del poema épico de los anglosajones, titulado *Beowulf;* de *El Orendel,* de *La Edda,* y de cantos religiosos latinos. Como sabio autor de *La mitología germana,* siguió las huellas de Jacobo Grimm.

El Nestor de los poetas rhinianos, el que tiene sangre germana como ningún otro bardo moderno, el que es el archivo vivo de las glorias alemanas, el que cantó las leyendas, las tradiciones y la vida alegre del río patrio—donde los hombres parecen libres como si fuesen hidalgos, donde nos saludan los castillos y la ciudad de la Catedral eterna, donde resuena la canción mágica de la pálida Lorelei, donde florecen las vides y donde el vino produce pensamientos de fuego,—Carlos Simrock, nació el 28 de Agosto de 1802 en Bonn, donde aun vive, siendo una de las reputaciones más legítimas con que cuenta nues-

MCD 2022-L5

tro profesorado, cuyo nombre registra con orgullo la historia literaria germánica. A Simrock le presenté mi primer romance sobre asuntos españoles. Sean estas líneas recuerdo de respetuoso cariño y de gratitud.

1876

*
* *

Cumplo una triste misión haciendo las exequias biográficas de un ilustre veterano de la ciencia y de las letras, de un vástago robusto y sano de la hermosa tierra que el Rhin baña, de un genuino hijo del pueblo alemán, de un maestro de la filología germana: Carlos Simrock. Germánico, germánico por su índole, su esencia, su tono, fué todo lo que produjo hasta la última hora de su vida laboriosa. Sus poesías épicas, sus baladas y sus traducciones inimitables de nuestras grandiosas epopeyas, resuenan y resonarán siempre en todos los corazones alemanes, porque son el oro puro de nuestra propia esencia, y en ellas, como en los romances de Uhland, la juventud alemana beberá incesantemente vigor y fuerza. Y la corona de laurel que el príncipe heredero del Imperio alemán mandó que depositasen sobre su tumba, simboliza la gratitud de la patria germánica y el duelo de nuestro pueblo al ver inerte y fría aquella mano tan diligente. Germano era en sus obras, germano en su carácter y germano también en la

hospitalidad con que acogió á sus numerosos amigos en su viña de Menzenberg, cerca de Bonn.

A esta ciudad debió su cuna en 28 de Agosto de 1802, y su tumba en 18 de Julio de 1876. Su afición á los cuentos y á las leyendas, á la poesía del pueblo y á los libros populares, no la tenía desde que en Diciembre de 1818 visitó la Universidad de Bonn para dedicarse al estudio del Derecho, sino que la sentía desde la infancia, en el hogar paterno, cuando un amigo de su juventud dirigía la atención del niño hacia aquellas ediciones de los libros populares alemanes, impresos en papel casi de estraza, que se venden en las ferias. Desde entonces continuó deleitándose con asuntos populares, que le tenían ocupado también cuando, henchido de esperanzas y de ambiciones, salió al mundo, y cuando partió para Berlín, donde entró en relaciones íntimas con Chamisso, y donde en 1826 fué referendario. Ya en 1825 acompañó al *Diván Occidente-oriental,* de Goethe, con las explicaciones tituladas *Extractos del libro de Kabo.* El ilustre Niebuhr—que al regresar de Roma en 1823 ocupó una cátedra en la Universidad literaria de Bonn—le alentó á ensayar su talento en traducir al alemán moderno el poema viejo alemán de *Los Nibelungos,* aquella fábula del Norte, pagana en sus motivos principales, aquella epopeya en que la Germania del Norte y la del Sur, la del Oriente y del Occi-

dente, se encuentra ligada en un gran destino común. Desde el alto Norte se levantan las sombras sublimes de los Nibelungos, y, caminando hacia el Sur, tropiezan en el bajo Rhin con figuras semejantes: descendiendo desde las nubes y nieblas del cielo de los dioses, pisan la tierra, donde alcanzan una figura más firme; en el suelo germano penetra sus huesos el meollo de la Historia, y sus venas, en las que ya se habrá agotado el zumo divino, llénanse con la sangre ardiente de las tradiciones de los héroes alemanes. Así Sigfredo, siendo una figura aún medio mítica, cabalgaba desde el suelo mítico al país de los burgundos, y al encontrar en Worms del Rhin, en la corte del rey Guntero, á la hermana de éste, Chriemhilde, vuelve á alcanzar la verdadera y bellísima figura de hombre que, amando y luchando, victorioso así en los juegos del amor, como en la pelea de las espadas, recorre una carrera tan brillante como breve, hasta que sucumbe, en el bosque llamado Wasgenwald, á la lanza del asesino. Entonces la poesía toma su vuelo más elevado, y el paso gigante del destino penetra desde el Rhin hasta el Danubio, y llega á los castillos del rey de los hunnos. Todos los nombres de las grandes estirpes del pueblo germano, los francos y los burgundos, los sajones, turingios y bávaros, se juntan, cual nubes tempestuosas, y hasta del olvido lejano del Sur vuelven á la vida las antiguas figuras del reino de los go-

dos, las sombras de la tradición se hacen caballeros armados, y toman parte en las batallas de la posteridad bajo los nombres de Hildebrando y de Diterico de Berna. En aquel combate de los hunnos y burgundos pugnan dos mundos distintos: el ejército de los espíritus míticos y, á su lado, los héroes reales de la Historia. Es como aquella tradición, tan terrible como poética, según la cual en la tierra están peleando las huestes de los hombres, perdiéndose en batalla muy sangrienta, mientras arriba, en los aires, las Walkirias, con caballos y lanzas, continúan la lucha. Con un estrago general, con una perdición universal y con un duelo inmenso, concluyen la batalla y el poema, y nada queda sino un sonido eterno de tristeza y de luto que aun conmueve nuestros corazones.

Desde 1757 se habían publicado varias ediciones del texto primitivo de los Nibelungos. Siguiéronse desde 1807 á 1816 las traducciones de von der Hagen, Zeune y Büsching. Pero sólo cuando en 1827 salió á luz la traducción hecha por Simrock, después de haberse publicado en 1826, por Lachmann una edición crítica, el viejo canto de los Nibelungos halló en Alemania eco poderoso, y el nombre de Simrock queda indisolublemente unido á los Nibelungos, no sólo como traductor, sino también como crítico, que en 1858 escribió acerca de *La estrofa de los Nibelungos y su origen*. El mismo Goethe, á quien en 1807

MCD 2022-L5

Bodmer y Cristóbal Müller dieron á conocer el poema de los Nibelungos, escribió acerca de la versión de Simrock: "He aquí los viejos cuadros, sí, pero iluminados. Es como si hubiesen quitado del lienzo el barniz que le empañaba, y como si los colores apareciesen en su frescor primitivo."

Pero los jefes del referendario no vieron con ojos favorables la gloria del joven poeta, y cuando éste, después de la revolución de Julio, se atrevió á publicar una poesía en honor de la bandera tricolor, fué separado de la carrera jurídica y abandonado á su suerte. Pero destino gloriosísimo se preparaba el poeta, que desde aquel tiempo vivió en Bonn, haciéndose el intérprete de los tesoros de la Edad Media, y que en 1850 ocupó, cual profesor de número, la cátedra de Filología teutónica en la Universidad de su ciudad natal.

En 1830 modernizó al *Pobre Enrique,* de Hartmann von der Aue; en 1833 siguió su traducción del gran lírico de la Edad Media, Walther von der Vogelweide, y en 1835 salió su *Wieland el Herrero,* como complemento del círculo de héroes alemanes que empieza con Sigfredo. Desde aquel tiempo, los campos y bosques de Alemania resonaron con los martillazos con que Simrock "el Herrero" forzó el metal rudo de la vieja lengua germánica á acomodarse á las formas más suaves del tiempo moderno. En 1842 apareció su traducción del *Parcival y Titurel,* poema del pro-

MCD 2022-L5

fundo Wolfram de Eschenbach, y en 1843 vió la luz *La Gudrun*, esa peregrina hermana de *Los Nibelungos*. Siguió el canto *Los Amelungos*, que no es una traducción de Simrock, como *Los Nibelungos* y *La Gudrun*, sino una poesía original formada por el poeta y el sabio, de numerosos átomos de tradiciones. En 1855 salió *Tristán é Isolda*, por Godofredo de Strasburgo; en 1857, las canciones de los *Minnesinger*, y en 1867, *La guerra de Wartburgo y La modestia de Fridank*.

Con estas traducciones se agotaron las producciones más notables de nuestro primer período clásico de literatura; pero no se agotó con ellas la fuerza del maestro y su anhelo de blandir de nuevo su martillo. Viviendo desde hace años en las bóvedas de la literatura viejo-alemana, publicó en 1851 una selección de sus tesoros en su *Altdeutsches Lesebuch*. Profundizó también en el Niederdeutsch (bajo alemán), publicando en 1856 el *Heliand;* y sabiendo que en los siglos pasados los pensamientos de muchos alemanes se habían refugiado en las formas de la majestuosa lengua del Lacio, tradujo una colección de himnos latinos en que se confunde la piedad cristiana con la delicadeza poética, y que, bajo el título de *Lauda Sion*, publicó en 1850.

Penetrando en esfera más amplia que la de la vida germánica, dió á la estampa, en 1851, *La Edda*, traducida é interpretada por él. En

relación íntima con ella está su *Manual de la mitología germánica,* publicado en 1853.

El, á quien la poesía popular debe la traducción de *Los Nibelungos,* de *La Gudrun* y de *El Heliand,* prosiguió siempre la senda de las tradiciones populares; así, publicó en 1836 *Las leyendas del Rhin,* y en 1835, bajo el título de *Malerisches und romantisches Rheinland,* una descripción completa del Rhin, en todo lo que se refiere á su naturaleza, á sus costumbres y tradiciones; publicó además en 1844 el *Kerlingisches Heldenbuch;* en 1848, el *Deutsches Kinderbuch* (El libro de los niños alemanes); en el mismo año, *Cantos de Martín;* en 1850, el *Libro de los enigmas alemanes;* en 1855, *Leyendas;* en 1859, *Cantos alemanes de Nochebuena,* y en 1864, *Cuentos alemanes.*

Desde 1831 á 1832 publicó *Las fuentes de Shakespeare,* y en 1867, una traducción de los dramas y poesías del mismo poeta, el príncipe de los vates ingleses. En 1863 dió á la estampa su traducción de *La Frithiofssaga,* original del célebre poeta sueco Isaías Tégner, y en 1859 la de *Beowulf,* la epopeya más antigua de los alemanes. ¡Qué inmensa serie de trabajos creados por la fuerza de voluntad y el espíritu de un solo hombre! La benéfica Naturaleza debía imponer una pausa á tan infatigable poeta. La calma y el descanso le hicieron bien y restablecieron por completo la armonía de su espíritu. Y con ánimo se-

MCD 2022-L5

reno, con aquel humor que no le abandonó hasta su muerte, volvió á sus queridas tareas literarias. Publicó en 1872 su traducción de *La nave de los locos,* por Sebastián Brand; dió á luz una colección de los *Epigramas,* de Logau, é hizo resonar en acordes modernos las dulcísimas melodías que en el siglo XVII cantó en su *Trutznachtigall* el piadoso y profundo Federico de Spee.

No omitimos hablar de las poesías originales de Simrock, cuya primera edición salió en 1844, ni de sus cantos patrióticos en memoria de la batalla de Leipzig, ni de las victorias alemanas alcanzadas en 1870 y 71.

Simrock, como traductor, no lisonjea ni á su original, ni á sus contemporáneos, ni á la lengua moderna, y demanda á su lector abnegación y severidad, requiriendo estudio ya la manera con que debe leerse la estrofa de *Los Nibelungos.* Simrock, como traductor, es en la esfera germánica lo que Voss es en el suelo clásico de Homero, lo que Schlegel es en el mundo shakespeariano, lo que Rückert es en el Oriente. El idioma teutónico se parece al hierro duro con que el artífice Simrock fabricó yelmos y lanzas, espadas brillantes y poderosos escudos; y gracias á él brilla con nueva corona nupcial la bellísima Chriemhilde y fulgura con nuevo esplendor el valeroso Sigfredo.

Lamentaremos siempre que haya bajado á la tumba aquel hombre bueno, sereno, ama-

MCD 2022-L5

ble; aquel vate laboriosísimo, que hace ya medio siglo mereció su primera corona de poeta; aquel alemán inspirado, el primero en conciliar la ciencia con la vida nacional, en presentarnos de nuevo en su totalidad y magnificencia nuestra epopeya, la época de mil años del pueblo germano, en evocar las figuras sublimes de los héroes de nuestros patrios cantos; aquel rhiniano entusiasta que cantó la gloria de nuestro bellísimo río y de nuestra patria rhiniana.

Así como el nombre de Simrock está eulazado con *Los Nibelungos*, está unido también al Rhin, y celebrar á éste equivale á honrar á Simrock.

Como hijo del Rhin, dedicaré esta apoteosis al río favorito de los alemanes, al hijo predilecto de los Alpes, que lleva las aguas del San Gotardo al mar del Norte, al que no tiene rival en nuestro amor, mientras las claras olas que arrastra el Betis de cristal sereno comparten la veneración de los españoles con el Tajo y con el Ebro, con el Tormes y con el Genil y el Darro. Amamos al Rhin, el más noble de los ríos alemanes, porque le hemos salvado del extranjero; le amamos como la madre que ha salvado á su hijo de la muerte amenazadora; le amamos porque poseerlo era para Alemania cuestión de honra nacional, y más aún, de existencia nacional; le amamos porque ya le tenemos entero, con su corona de Estrasburgo, la ciudad de

Godofredo y de Tauler, de Sebastián Brand y de Geiler de Kaisersberg; la ciudad donde Gutenberg, el conquistador de la tipografía, fabricó la primera prensa, y donde Goethe dirigió los cantos de su juventud á la encantadora Federica. Amamos al Rhin porque ya corre libre en el mar de Dios, como viene libre de las rocas, y porque ya se cumplieron los deseos ardientes de Ernesto Mauricio Arndt y de Maximiliano de Schenkendorf, que encendieron en los corazones alemanes el culto del Rhin. Le amamos porque su suelo es la cuna del Imperio alemán, porque en su valle se levantan las más soberbias catedrales del arte gótico, las de Friburgo y de Estrasburgo, las de Oppenheim y de Colonia, y porque las ciudades más viejas de su territorio, Espira y Worms, Maguncia y Bamberg, tienen los domos más hermosos del estilo romano. Le amamos porque su suelo participó tanto como el que más del movimiento espiritual de la Edad Media; le amamos porque en el nuevo tiempo fué cuna de aquella legión de hombres ilustres entre los cuales citaremos: á los hijos de la Helvecia alemana, Zwingli y Haller, Lavater y Pestalozzi; á los hijos del valle del Neckar, Keplero, Wieland y Schiller, Schubart y Uhland, Hegel y Schelling; al hijo de Francfort, el coloso Goethe; al de Bonn, Beethoven, y á los hijos del bajo Rhin, Pedro de Cornelius y Enrique Heine. Amamos al Rhin porque posee el tesoro más rico

de tradiciones y leyendas, conocidas por todos los hombres cultos y embellecidas por la poesía, las tradiciones universales de los Nibelungos y de la Lorelei; le amamos porque guarda en sus recuerdos históricos una belleza espiritual que aumenta el encanto pintoresco de sus montes y rocas, de sus viñas y de sus ciudades, de sus castillos é iglesias. Le amamos porque en sus orillas nos saludan los escombros de lo pasado, los espíritus de los caballeros y la vida alegre de la Edad presente. Le amamos porque su vino de oro es sol fundido y es fuente de poesía y de piedad, de patriotismo y de humanidad bella. Y bebiendo el vino del Rhin pensamos en días llenos de sol, en castillos y en almendros, en las bellezas del patrio río, en su historia y sus tradiciones, en Sigfredo y en el tesoro de los Nibelungos, en la Lorelei y en Orlando, en Carlomagno, el amigo de la vid, y en Carlos Simrock, el cantor de la gloria, de las tradiciones y del vino del Rhin.

1879

GUILLERMO MÜLLER
JUAN JACOBO CRISTIAN DONNER

Entre los que elevaron cantos á Grecia, sobresale el poeta alemán Guillermo Müller, en cuya frente generosa ardía el fuego de la santa inspiración. Vió la luz primera en 7 de Octubre de 1794 en Dessau, siendo hijo de un acomodado obrero. Joven, apasionado, entusiasta de la patria, dejó en 1813 el aula de Berlín para alistarse como voluntario de la libertad en el ejército prusiano, tomando parte en las batallas de Lützen, Bautzen, Hanau y Culm. Penetró así en el mundo helénico, que le abrió su maestro, el más ingenioso filólogo del siglo, F. A. Wolf, como en el mundo italiano, que nos abrieron Goethe y Winkelmann, y cuyas bellezas, después de concluídos sus estudios académicos, conoció en un viaje que le inspiró su obra *Roma, los romanos y las romanas*. Era no menos aficionado á la literatura alemana de la Edad Media,

MCD 2022-L5

con cuyos cantos, recogidos entre las mejores poesías de los *Minnesinger*, formó un precioso ramillete que presentó al público alemán. Fué en 1819 maestro de las lenguas latina y griega en el gimnasio de Dessau. Sus cantos, tiernos y sencillos, lozanos y serenos, se asemejan á los cadenciosos trinos del ave, y viven, gracias á las melodías encantadoras de Schubert, en los labios de los molineros, cazadores, zagales, músicos y caminantes, cuyos sentimientos nadie acertó á expresar mejor que él. Abundan en sus composiciones las bellezas líricas de primer orden, expresadas en lenguaje terso, sobrio y castizo. Notables son también sus epigramas que nos causan tanta mayor admiración, cuanto que aquellas áticas estrofas las escribió siendo muy joven. Pero las joyas más valiosas y características de su musa, las poesías que apasionan á todas las almas generosas y que revelan una imaginación rica, un talento sólido, un numen ardiente y poderoso, son sus cantos dedicados á los helenos en la guerra de la Independencia. En aquellas composiciones da prueba del patriotismo que estaba grabado en su corazón: podrían llamarse la explosión del dolor que sentía el magnánimo luchador al ver frustradas las esperanzas de los patriotas alemanes en aquel período triste en que la censura ahogaba á la libertad germánica.

La vida del hombre se desvanece como el

humo y la flor de cortas auroras. Poco después de haber visitado á sus queridos amigos los poetas de Suabia, Uhland, Kerner y Schwab, le sorprendió la muerte, le arrancó de su tallo sin apiadarse de su edad temprana y le sepultó para siempre en el abismo de la eternidad. Dejó de escribir en Dessau el 30 de Septiembre de 1827. La patria perdió en él, como en los bardos Hoelty, Koerner y Novalis, uno de sus mejores hijos, una de sus más gratas esperanzas. Las obras armoniosas de su genio resistirán el poder de la muerte.

Me complazco en colocar sobre la tumba de Guillermo Müller una corona formada con las palabras que le escribió Enrique Heine el 7 de Junio de 1826: "Soy bastante grande para confesar con franqueza que el metro empleado en mi *Intermezzo* no tiene una semejanza accidental con el que suele usar usted, sino que debe su cadencia más secreta á los cantos de usted, que conocí al escribir el *Intermezzo*. Me parece que he hallado sólo en los cantos de usted el acento puro y la verdadera sencillez." Eso lo escribió el vate en cuya poesía lírica hay un encanto indefinible, tan imposible de analizar como el perfume de la rosa, y en que, sin embargo, encontramos una ley fundamental que podría formularse así: El ritmo característico es lo que en las poesías de Heine anima la acción de un modo dramático y pone visiblemente ante nuestros

MCD 2022-L5

ojos el movimiento del que ejecuta, pues el alemán ha de ver, ha de tener ante sí mismo plásticamente lo que produce su idioma (1).

Lo mismo que el de Guillermo Müller, está enlazado á Grecia el nombre de Juan Jacobo Cristián Donner, cuya admirable versión de las tragedias de Sófocles, que apareció en 1839, superando á las traducciones anteriores de Cristián Stolberg, Solger y otros, y superando también á la coetánea de Minckwitz y á las producciones ulteriores de Schoell y de Hartung, ocupa en la historia de la literatura alemana el mismo puesto que la traducción de Homero hecha por Voss. La versión de Donner, llena de nobleza y armonía y libre de falsedades modernas, respira enteramente el espíritu clásico. Y el trágico Sófocles se popularizó en tal grado en la escena moderna, que en el nuevo palacio de Potsdam se estrenó por primera vez, en Octubre de 1841, ante el rey Federico Guillermo IV y una sociedad escogida, *La Antígona*, de Sófocles, enriquecida con música por Félix Mendelssohn.

---

(1) Ya que el nombre de Enrique Heine ha surgido de nuevo en mis escritos, diré que los italianos se vanaglorían de amar y apreciar á *quel povero Enrico Eine* más que los alemanes, como éstos aman y aprecian á Guillermo Shakespeare más que los mismos ingleses. En efecto: lo que no hicieron los paisanos de Heine, lo emprendieron sus admiradores italianos, estrenando con aplauso el 10 de Marzo de 1875 en el teatro de Milán su tragedia *William Ratcliff*, arreglada al italiano por el genial traductor de *Wallenstein*, *María Stuart* y *Herman y Dorotea*, Andrés Maffei.

Un aplauso inmenso coronó la representación: hasta el ilustrado Boekh decía que la música de Mendelssohn estaba en armonía con su contemplación de la naturaleza del drama griego, y especialmente de la musa de Sófocles. Pero cuando el entusiasmo cedió el puesto á la razón fría, hubo que confesar el haber sufrido el influjo de una alucinación clásica, y hubo que reconocer que el consorcio entre la música moderna y el drama griego no era un acto natural, sino que Hegel tenía razón diciendo: "Yo he comprendido muchas cosas, pero no puedo comprender cómo los matices de la música armonicen bien con lo plástico de la poesía helénica." En efecto, la música de los coros, por magnífica que sea, no consigue ablandar el duro mármol del texto. Los cuartetos de hombres, los acentos sentimentales que el compositor no pudo evitar, respiran el aroma silvestre del romanticismo que repugna al drama antiguo. Sólo en los pasajes melodramáticos, que forman la perla de la partitura, hay ciertos rasgos que nos recuerdan la Edad Periclea. En todo caso la música de Mendelssohn era un ensayo ingenioso, y gracias á ella pasó por la escena moderna una fresca brisa de los Alpes.

Con el mismo éxito que *Antígona*, y acompañados también de música de Mendelssohn, se estrenaron en el Teatro Real de Berlín *El rey Edipo* y *Edipo en Colona*.

Pronto los demás teatros alemanes se apo-

deraron de las tragedias de Sófocles para enriquecer su repertorio. Pero también la ciencia se inspiró en la traducción de Donner para estudiar con detenimiento las antigüedades escénicas. Aquella traducción constituye el apogeo de los trabajos de Donner. Siguieron las versiones de Eurípides, Esquilo, Homero, Píndaro, Aristófanes, Terencio, Plauto y Quinto Smirneo. El hábil traductor no se limitó pura y exclusivamente á trasladar á nuestro idioma en los metros del original las palabras, las imágenes, los conceptos: hizo eso y mucho más; respetó el tipo, la individualidad, el temperamento de los respectivos autores; supo conservarles su fisonomía propia y especial. Hay muchos en Alemania que practican trabajos de adaptación; pero nadie, incluso el mismo Voss, ha consagrado al arte de la traducción su vida entera como Donner, que desde su juventud hizo profundo estudio de la literatura extranjera, colocándose entre los más insignes cultivadores de las letras por sus primeros ensayos, la traducción de Juvenal, publicada en 1821, y la de Persio, que salió en 1822, y que á aquellos trabajos les dedicó no sólo las horas que le dejaba libres su actividad cual profesor, sino el ocaso de su existencia, hasta que una penosa enfermedad, que duró tres años, obscureció su peregrino ingenio.

Nació en Crefeld el 10 de Octubre de 1799, de padres naturales de Suabia, que le traje-

MCD 2022-L5

ron á Stuttgart en 1807. El joven estudió allí y en Tubinga, desde donde hizo repetidas excursiones en vacaciones á Heidelberg para visitar á Voss. Dedicóse á la enseñanza pública, siendo maestro en el Seminario protestante de Urach y después profesor en el Gimnasio de Ellwangen, y concluyó desempeñando, desde 1843 á 1852, el cargo de catedrático en Stuttgart, donde falleció el 29 de Marzo de 1875.

En 1826 publicó el primer canto de *Las Luisiadas*, cuya versión completa apareció en 1833. Siendo de quien es la traducción, casi huelga afirmar que acredita la extraordinaria y pasmosa facilidad de Donner en interpretar fielmente las bellezas del original, conservando el carácter peculiar del poeta. Por cierto que no puede aplicársele la opinión de Cervantes, puesta en boca de Don Quijote: "El traducir de una lengua en otra, cuando sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos... y el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución."

1876

MCD 2022-L5

MANUEL GEIBEL

Al recordar á los muertos, el poeta Guillermo Müller y el traductor Juan Jacobo Cristián Donner, no olvidemos al vivo, al poeta Manuel Geibel, que debió lo que era y sabía al inteligente y discreto Norte, pero el secreto de la forma transparente, clara y armoniosa, al Sur; que se siente rodeado como de un coro gratísimo de los vates antiguos; el anciano Homero, que en la lucha de los héroes enseña el arbitrio eterno de los dioses; Píndaro, que arrastra al oyente con el ímpetu de la tempestad; Horacio, con su leve burla; Juvenal, que robaba el relámpago á Júpiter Tonante, y Tíbulo, que arranca de la cítara cantos llenos de melancolía cuando nace el lucero de la tarde; hablemos del vate que se siente encantado por la grandeza de Sófocles—que le produce el mismo efecto que la clara mañana,—por los cuentos de Ariosto y por el mundo fantástico de Calderón, que le

parecen mágicos como el crepúsculo. Hablemos del bardo que conoce el mundo con sus historias, pero sobre todo el corazón con su alegría y su dolor; que descifra lo que le encanta en columnas y cuadros, y que expresa con palabras los deliciosos murmullos del bosque. Hablemos del trovador que quiere, como Klopstock, que los bardos sean sacerdotes del arte, y que lleven, á semejanza de los custodios del místico Graal—de los cuales habla Wolfram de Eschenbach,—á través del tiempo de hierro la luz de la belleza y el tesoro del espíritu, no inclinándose ante los tronos ni arrodillándose ante el populacho. Geibel no pertenece á partido alguno. "Al Dios en mi pecho—dice—no le debe turbar un lema de partido: yo sigo mi estrella y voy solo." Lo que nos encanta en sus poesías no es sólo la música de los versos, sino la templanza. En las islas helénicas, cantadas por Byron, la patria de los cantos y de las artes, formóse el estilo poético de Geibel: en aquel reino hermoso de las islas y de la alegría nació su convicción de que la verdadera poesía no es un dolor profundo, como decía Justino Kerner, y como lo expresaba también en verso el malogrado Nicolás Lenau, sino un guía sereno que conduce á todo lo grande y bello, que levanta el corazón en vez de abatirlo, que amansa hasta el dolor y hace del grito del corazón una música para los oídos.

Reproduzco una de las poesías de Geibel,

que no es la más característica para nuestro vate, pero que publico con tanto mayor gusto, cuanto que el traductor es mi amigo Juan Valera.

Hela aquí:

"EL PAJECITO

Las trompas de caza suenan
Y los caballos relinchan,
Los perros ladran alegres,
Libres ya de la traílla.
El buen Rey está en el bosque,
Hoy tiene gran montería;
El sol al cenit se eleva,
Es hora de mediodía.
Entre la densa enramada,
Del Rey la gallarda hija,
Sin saber cómo ni cuándo,
La senda lleva perdida.
Paje de rubios cabellos
Solo á su lado camina;
A no ser ella la infanta,
Pareja hermosa sería.
Ya por sitios más frondosos
Juntos cabalgando iban.
El pecho del pajecito
Late, sus ojos la miran,
Y de púrpura se tiñen
Sus juveniles mejillas.
De esta suerte, al fin la dice,
Con la color encendida:
—No puedo callar más tiempo,
Hermosa princesa mía;
De amor mi pecho se abrasa,
Tuya es el alma y la vida.
Si á darte yo me atreviera
Un beso en la boca linda,
Aunque después me mataran,

Dichosa muerte tendría.
Sin decir que sí ni no,
Ella recogió la brida,
Y él le sostuvo el estribo
Cuando saltó de la silla.
En lo profundo se internan
De la espesura sombría;
Allí cantan ruiseñores,
Allí gimen tortolillas
Y nacen rosas silvestres
Que amor y fragancia espiran.
El césped verde á la sombra
Un fresco tálamo brinda;
Paje y princesa descansan
Sobre la hierba florida.
Sueltos pacen los caballos,
En balde las aves trinan,
En balde suenan distantes
Trompas de caza y bocinas.
¡Hola, buen Rey! No te pares,
Acude, porque tu hija,
En brazos del pajecito,
De ti, del mundo se olvida."

Manuel Geibel, séptimo hijo de un pastor protestante, nació el 18 de Octubre de 1815 en la vetusta ciudad de Lübeck, cuyas altas casas se asemejan, por su estructura interior, á buques mercantes. Aquella población, con sus viejas puertas, con sus vallas y sus cercas sombreadas por frondosos árboles, con su grandiosa perspectiva sobre el azulado mar, infundió al alma del niño á la par aquel incansable afán de peregrinar por el mundo y aquel goce tranquilo en la patria. La madre de Geibel pertenecía á una familia de emigra-

MCD 2022-L5

dos franceses que tuvo su patria cerca del país de los trovadores, y quizá la sangre de su madre contribuyó á hacerlo trovador. Lo que Geibel, en su bellísima poesía *El joven gitano en el Norte,* pone en los labios del gitano que ansía volver á la hermosa España—donde los almendros florecen encendidos, donde brinda la vid caliente, donde con gala más fecunda relucen las rosas y más dorado brilla el astro de la noche, — expresa el propio anhelo del poeta.

Sus primeras poesías fueron imitaciones de Heine, pero no del Heine irónico, sino del Heine sentimental. Bettina de Arnim le dijo un día: "La mayor parte de los hombres es como el musgo en el bosque: se extiende cada vez más sobre la tierra; recoge, crea y aprende siempre dilatándose superficialmente, sin pensar que hemos de ser también como los árboles, cuyas copas tienden á elevarse al cielo." Bettina le mostró también el modelo de arcilla del monumento de Goethe, que ella misma había labrado. "¡Qué bello! ¿No es verdad?—exclamaba Bettina.—Y lo digo sin orgullo, pues sé que no es obra de mi propio talento, sino que ha bajado desde las alturas, así como también á los poetas les vienen del cielo á los labios las poesías más bellas."

En las composiciones que el joven estudiante escribió en Berlín, se manifiesta el influjo de José de Eichendorff, cuyos cantos respi-

ran las frescas auras silvestres. En la capital de Prusia nacieron también aquellas poesías que le conquistaron el favor del público alemán, las canciones tan sencillas como tiernas en las que, disputando la palma á Uhland y Rückert, celebra la alegría y la felicidad del amor.

A Bettina le debió la realización de su ardiente deseo de ver á Grecia, deseo que también Chamisso excitaba en él, diciendo: "El poeta tiene que cosechar muchos asuntos, y para ello ha de recorrer el mundo." Tres años, desde 1838 á 1840, pasó Geibel en Atenas como preceptor de los hijos del Embajador ruso, y respirando la atmósfera helénica, contemplando á diario aquellos monumentos grandiosos, aquellos templos desmoronados, en torno de los cuales florecen las vides, alcanzó el mejor conocimiento de la antigüedad, penetró lleno de entusiasmo en el arte verdadero, parangonó las obras de la arquitectura con las de la poesía y extendió su horizonte poético. Al pasear por el viejo huerto de olivos de la Academia al Parnaso, ó por las orillas del Iliso, sentía en el alma serenidad clásica y comprendía la disposición de ánimo en que Sófocles escribió sus tragedias y Platón su *Fedro*. Y al subir á la cumbre del Partenón, soñaba con aquel tiempo en que Pericles estaba en el mismo sitio admirando la ciudad mágica colmada de fortunas, el puerto lleno de navíos prontos para hacerse á la vela, y en torno de

sí todas las obras del arte que han de asegurar á su nombre la inmortalidad. ¡Ay! Entonces, llevando en su alma una imagen encantadora de lo porvenir de Atenas, no adivinaba Pericles que tan cercana estaba ya la perdición de aquella ciudad de los dioses. Llegaron la peste y los tiranos, después de ellos, los macedonios, y por último los romanos, los hombres de hierro, que hicieron su entrada marcial bajo Sila. Pero Atenas continuó siendo la morada de las musas, quedaron en pie los templos y las columnas de los dioses. Después llegó un pueblo fanático de guerreros, á quienes las artes parecían una blasfemia, y cayeron á la vez la cruz de la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla y las columnas del Partenón; hundiéronse en el polvo los simulacros de mármol, sobre los cuales se extendió la hierba, y el rudo musulmán dió de beber á sus caballos en los capiteles primorosos que antes habían sostenido la rica techumbre del templo. Desde aquel tiempo, el Acrópolis respira profunda melancolía, y Atenas no es sino una gran tumba que encierra un pasado glorioso, y si el tiempo moderno edifica allí sus casas pequeñas y vuelve á reirse, eso produjo en el poeta el mismo efecto que si una dorada mariposa revolotease sobre una tumba abierta.

Los frutos de las peregrinaciones de Geibel por Grecia fueron sus *Estudios clásicos*, traducidos de pasajes de autores helénicos. Ora

hojeando los antiguos, ora meditando sobre propios cantos, se asemejaba á la abeja, que ya bebe en la rosa, ya convierte el licor libado en delicada miel.

La vida de un preceptor abunda en dolores; pero al contemplar el Acrópolis debió el poeta, sonriéndose, ahogar en el pecho su propia pena, comparándola con la triste historia que habla de aquellas piedras.

Antes de abandonar Grecia visitó Geibel, acompañado de su antiguo camarada de Lübeck, el distinguido filólogo Ernesto Curtius, las islas helénicas, cuyas mujeres sobrepujan aún por su hermosura á sus hermanas las helenas del Continente. Era ya firme la resolución del vate de no ser más que poeta: mientras los otros buscaron dinero, él quiso buscar sólo consonantes; los cantos eran para él el cielo, la atmósfera de la vida, su primavera hasta en el invierno. En 1840 salieron sus *Poesías,* que hasta 1869 alcanzaron sesenta y cuatro ediciones, y fueron puestas en música otras tantas veces, como las de Goethe y de Heine.

En 1841, después de la muerte de su madre, aceptó la invitación de un amigo de su padre, el barón von der Malsburg, de pasar una temporada en su castillo de Escheberg, cerca de Cassel. En casa de aquel caballero, que había tomado parte en las campañas españolas, se ocupó en la literatura española, y la lectura de romances castellanos le inspiró su trage-

MCD 2022-L5

dia *El rey Rodrigo*. En 1843 salió á luz un tomito de *Traducciones de romances españoles*, á los cuales siguió, en 1851, *El libro de los cantos españoles*, que publicó en unión de Pablo Heyse, y en 1860, *El Romancero de los españoles y portugueses*, publicado en colaboración con Adolfo Federico de Schack.

El rey de Prusia, Federico Guillermo IV, que contrajo mérito grande llamando á Berlín á Schelling, Rückert y Tieck, y protegiendo á los hermanos Grimm, concedió á Geibel una pensión. En 1843 visitó éste á Freiligrath, en San Goar, y en las orillas del Rhin nacieron sus cantos bellísimos *El despertar de Barbarroja* y *Sanssouci*. Pero mientras que Freiligrath fué arrastrado por Hoffman de Fallersleben al campo de la política en la memorable noche del 16 al 17 de Agosto de 1843, que los dos amigos pasaron en la fonda de Coblenza "El Gigante", el apacible Geibel, en vez de precipitarse en el torbellino de la vida de oposición, buscó asilo en la soledad del bosque. Nadie le cautivó tanto como Justino Kerner, el poeta profundo y lleno de candor infantil, que había ido también á San Goar, y á quien Geibel devolvió la visita en Weinsberg, en el mismo año de 1843.

En 1846 escribió doce sonetos patrióticos en favor de Schleswig-Holstein, y en 1847 publicó sus *Cantos de Junio*, que tituló así por anunciar que nacieron cuando para él ya desapareció Mayo con sus lozanas flores. Sin em-

MCD 2022-L5

bargo, las poesías del bardo favorito de las damas alemanas no dejaban de ser armoniosas y delicadas, y además estaban saturadas de patriotismo verdaderamente germánico después de la guerra de 1866, y no menos en 1870, cuando las estirpes alemanas se confundieron como los siete colores del arco celeste, y sonaron acordes como las cuerdas del arpa. Nombrado en 1852 profesor de la universidad de Munich por el rey Maximiliano II de Baviera, no vaciló en 1866 en saludar al rey de Prusia como patrono de Alemania, con motivo de su entrada en Lübeck. ¡Qué diferencia tan grande en el modo de pensar de las estirpes alemanas en 1866 y hoy! A causa de aquella poesía en que Geibel daba las gracias al rey de Prusia por habernos inspirado la creencia en la patria, y en que expresaba su deseo de que el águila de Guillermo volase por el Imperio alemán desde la peña hasta el mar, se vió en 1866 sin su pensión de Baviera, pero el rey de Prusia le otorgó otra aún mayor.

No hay quien á Manuel Geibel pueda negarle la gloria de haber sido ya en 1845 el heraldo del nuevo Imperio alemán, diciendo: "Germania, la novia ataviada, duerme ya, pero ligeramente. ¿Cuándo la despertarás en son de guerra, cuándo te enlazarás con ella, mi Emperador?"

Como última ofrenda poética del vate alemán, mencionamos las traducciones de líricos

helénicos y de poesías latinas que bajo el título *El libro de cantos clásicos* dió á luz en 1876, empleando los acordes de oro de su arpa en hacer revivir en la tierra hiperbórea las armonías de Safo y de Anacreonte, de Catulo y de Tíbulo. Respiramos en aquel libro el poético ambiente del Iliso, y creemos ver el vellocino de oro brillando en la nebulosa Cólquide. El trasplante de flores de los Parnasos griego y latino está hecho con tal maestría, que creyéranse plantas sembradas y nacidas en terreno propio. Consiste el método de traducir de nuestro poeta en conservar de la composición original lo que él llama las piedras cuadradas del edificio de la poesía, añadiendo por cuenta propia, caso que lo necesiten, el ritmo y la rima, sólo el mortero.

1876

***

"¡Una corona ha caído de la cabeza de un rey! ¡Una espada está rota en la mano de un caudillo! ¡Un gran sacerdote, un pontífice ha muerto!"

Las anteriores palabras las escribió Boerne cuando cayó sobre Juan Pablo Richter, con el triste sudario de la muerte, la gratitud de su patria y el tributo de sus admiradores, llorando á una eminencia del Parnaso alemán, que iluminan tantos príncipes de la sangre, tantos reyes del ingenio, tantos triunfa-

dores de lo porvenir, y esas mismas palabras hemos de repetirlas, en justicia, con motivo de la muerte del gran sacerdote de lo bello, cuya pérdida anuncia la campana de San Jacobo, clamando las campanas de todas las iglesias de la venerable ciudad del Trave, la antigua Lübeck: "Manuel Geibel ha muerto"; el heraldo, así del Señor de los señores, como del emperador, el pontífice de la Humanidad, el que tenía á Dios por remate de sus pensamientos y afecciones, el ídolo de las mujeres, el héroe de los estudiantes y de los enamorados, el encanto de las niñas entusiastas y de las doncellas sensibles, la delicia de los hombres patrióticos, el que jamás vió un estorbo entre su grandeza y nuestro amor, el poeta en cuyas trovas armoniosas todo pensamiento nacional durante los últimos cuarenta años, encontró expresión monumental, y cuyas obras maestras arden, como el hogar de Vesta, donde no había que echar combustible que no fuera puro.

La voz de bronce de la campana de San Jacobo es hoy la voz dolorida de Alemania entera, que llora la muerte del que logró convertir la materia blanda y dulce, de que al principio se componía su poesía, en joyas deslumbradoras, en mármol brillante, en bronce eterno, y que transformó su cayado en cetro real. A él, que, como Sófocles, sabía con palabras de oro derramar en nuestras almas ilustración alta, le parecía cuando cantaba

MCD 2022-L5

que oía en su canto un susurro de alas y que le guiaba un ángel, como al emperador Maximiliano de Alemania, y ciertamente que ese ángel era la fe en su patria, no queriendo su musa destruir, sino inaugurar con sonidos solemnes de órganos y campanas la época grande de nuestra Historia. ¡Ya enmudeció su lira, ya descansa su arpa por siempre! Pero al pronunciar su nombre nos sentimos transportados como por una fuerza suave é irresistible á una esfera de pensamientos elevados y de sentimientos bellos. Pensamos en su sentida composición en que confundía en armonía conciliadora el sueño y la muerte, diciendo: "Aquél es un baño santo y lleno de vigor, y un baño es también ésta; pero en la otra orilla hemos de encontrar un nuevo vestido."

Geibel fué un héroe, y los héroes no mueren: Barbarroja descansa en el Kyffhäuser, y Geibel descansa sobre sus obras, que vivirán siempre. La mortaja que le cubre ha de ser púrpura que nadie se atreva á profanar. Ese pedazo de tierra que ayer bendijo la piedad del sacerdote y que hoy regarán las lágrimas de todos los alemanes, guarda la materia inerte que un día iluminó nuestro camino, llenando á Alemania con los tesoros más ricos del espíritu y del corazón. Las estaciones de su vida, desde la idílica casa parroquial de Lübeck, hasta la hermosa Grecia, donde á la sombra del olivo y del laurel, en los pinares del Iliso, fué consagrado como poeta, apren-

diendo el secreto de la forma bella, no contentándose nunca hasta dar á sus poesías la pureza y el brillo del mármol; las estaciones de su existencia, desde las orillas del Iliso hasta la ciudad de Isar y de las Musas, donde en la mesa del rey Maximiliano de Baviera sazonó sus frutos más sabrosos, y, al fin, desde allí hasta su ciudad natal, donde iba á descansar al lado de sus padres, eran otros tantos campos para cosechas espirituales, pues para el genio, todo suelo que pisa produce nuevos frutos.

Era poeta nobilísimo y custodio fiel de la disciplina artística, pero le faltaba una individualidad caracterizada, excluyendo en él lo académico á lo elemental y primitivo. Era un ecléctico clásico, nutrido de la savia del helenismo. Sus ocho volúmenes, cuya edición completa salió en la Nochebuena de 1883, representan una escala grandiosa de desarrollo artístico. Si sus primeras poesías sólo tuvieron valor reproductivo, imitando las composiciones de Goethe y de Heine, de Uhland y de Platen, se ensanchó su horizonte y se profundizó su sentimiento en sus *Poesías de Junio;* pero el escalón lírico más alto del siglo lo subió, con Goethe y Heine, en sus *Nuevas poesías,* y con sus composiciones patrióticas alcanzó el lauro político que agrega á la gloria del bardo los timbres del profeta.

La librería de Cotta se había propuesto sorprender al vate, la Pascua de Resurrec-

ción, con la centésima edición de sus primeras poesías, que le debía entregar su nieto mayor como ofrenda de Pascua, habiendo escrito un bello prólogo en verso el amigo de Geibel, Pablo Heyse, recordándole aquel tiempo feliz en que el poeta, soñando con el trono del Emperador, recitaba los nuevos versos que le había deparado el día é improvisaba antes de separarse del que fué su discípulo y compañero, una serie de armoniosos sonetos y octavas, excitando los acentos sonoros del bardo la curiosidad y la admiración del tardío caminante que pasaba por la calle. Pero antes de que la mirada del vate, residente en la casa tranquila de Lübeck, se fijase en la dedicatoria de su compañero, Geibel entró mudo en la mansión más tranquila, en la cual no penetra ninguna palabra de amor: el Domingo de Ramos falleció el gran poeta, cuyas *Nuevas poesías*, que se asemejan á las pasionarias, tienen en la frente la nobleza del dolor. Falleció en la ciudad que vió sus juegos infantiles, en la ciudad á la cual amó con toda intensidad, con todo su corazón, sintiéndose en Lübeck en conexión continua con las impresiones de su juventud é inspirado por la musa. Pero ¡qué desventura tan grande! Su enfermedad le impidió tomar la pluma durante el último año de su vida, que fué como un sueño poético interrumpido por dolores insoportables, y el ángel de la muerte fué su salvador.

MCD 2022-L5

Su entierro, celebrado el 12 de Abril á expensas de la ciudad de Lübeck, fué una manifestación imponente de duelo. La hermana del Emperador, la gran duquesa madre Alexandrina de Mecklemburgo, el príncipe heredero de la Corona de Alemania y el príncipe de Bismarck creyeron justo rendir á su memoria un tributo de consideración y simpatía, remitiendo coronas; la noble Emperatriz envió, por conducto del Dr. Ernesto Curtius, su pésame á la familia del poeta, diciendo: "Alemania ha de estar orgullosa de su Geibel", y el pueblo, un verdadero pueblo, con todas sus profesiones y categorías sociales, formaba calle desde la casa mortuoria del querido profesor, desde la Koenigstrasse, 696, hasta el Cementerio.

Entremos en el estudio del poeta, para quien el amor era el único éxtasis y el lecho nupcial un rayo de luz en medio de las tinieblas. Allí se ve el ataúd, cuya parte superior se encuentra, en la mitad que á la cabeza corresponde, cubierta con un cristal, cuya transparencia permite á los amigos del difunto contemplar una vez más sus respetables facciones, á las cuales la muerte ha consumido su severa majestad, sin hacerlas perder nada de la placidez y de la afabilidad que las distinguían durante la vida. El Jueves Santo el pueblo de Lübeck pudo ver por última vez el rostro del vate, y después un monte de coronas, entre las cuales citaremos las

del Senado y de las jóvenes de Lübeck y de los poetas Pablo Heyse, Hans Hopfen, Pablo Lindau y Emilio Rittershaus, escondió la forma horrible del ataúd. Los embriagadores aromas de mil flores llenan el cuarto. Por encima del escritorio encuéntrase el retrato de Ada, la esposa angelical de Geibel, que desapareció repentinamente arrebatada por el sombrío y misterioso torbellino de la muerte, en el momento en que, como la misma Ofelia, se inclinaba en la orilla para coger las primeras flores de la vida.

El Viernes Santo por la tarde celebróse una solemnidad religiosa en el seno de la familia del finado, ante su féretro, pronunciando el cuñado de Geibel, el anciano párroco Lindenberg, un sentido discurso. Después el cadáver fué trasladado á la iglesia de Santa María, cuyas sonoras campanas habían despertado tantas veces el saludo poético del inspirado vate. Al día siguiente se efectuó en dicha iglesia la solemnidad pública: pronunció el discurso fúnebre el hermano de Ada, el párroco Trummer, diciendo: "Ayer conmemoramos el día en que murió el hombre cuyo nombre brilla más claro que todas las coronas de la gloria terrestre. Sus promesas se cumplirán también en nuestro Manuel, á quien podrían aplicarse estas palabras de San Pablo: "*Soy por la gracia de Dios, y su gracia no ha sido en vano en mí.*" Y la víspera de Pascua no podemos menos de dar expresión á

nuestra esperanza alegre con las palabras de nuestro poeta querido: "El aliento de Dios hunde las tumbas. ¡Despertad! Ya ha llegado la Pascua."

Mientras resonaba el órgano, el féretro, colocado en la nave central de la iglesia, ante el púlpito, fué llevado al carro fúnebre, arrastrado por cuatro caballos, y formóse la comitiva, cumpliéndose el deseo de Manuel, de que en la hora de su entierro resonasen las campanas de Santa María. Quien haya oído sólo una vez aquellas campanas, comprenderá el deseo del finado. Cuando resuenan, parece que se abre el cielo para recoger sus inefables armonías. Inmensa fué la comitiva, digna de la ciudad y de su hijo más ilustre. Cuando el cortejo entró en el Cementerio, el féretro fué llevado por miembros de las asociaciones militares, teniendo los cabos del paño funeral los poetas Claus Groth, Hans Hopfen, Pablo Lindau y el yerno de Geibel, el Dr. Tehbing. Y el féretro descendió á la tumba al son del canto de Silcher: "Mudo duerme el cantor." Después, el sobrino de Manuel, el pastor menor Lindenberg, recordó á la asamblea que los sonidos de campanas de la Pascua de Resurrección se confunden con nuestro duelo, y concluyó con la frase de su ilustre tío: "¡Ha de llegar la primavera!"

Ya no pueden los moradores de Lübeck, con justo orgullo, mostrar á los extranjeros á su gran hijo, diciendo: "He aquí nuestro

Geibel"; pero Alemania dirá siempre: "¡El es mío!" Su hermoso genio dejará ráfagas de luz para iluminar nuestro camino.

1884

*
* *

Dadme todas las flores de la primavera y los lauros todos de las béticas orillas para que en vistosos ramos ornen la tumba del cantor alemán, cuya resonante lira era dulce como la de Apolo; cuya dicción tenía la pureza de la campana y la claridad del cristal, y cuya rima producía música peregrina en las cuerdas del arpa de nuestro idioma.

El Domingo de Ramos de 1884—según queda dicho anteriormente—falleció en Lübeck, su patria, víctima de penosa enfermedad que durante diez años minó su robusta naturaleza, el poeta más apasionado de un Padre bondadoso, sentado en las alturas en un trono eterno; el vate que, por lo tanto, jamás se sentía abrumado por el peso de las grandes cuestiones que asaltan á los pensadores y poetas, y cuya solución insuficiente obscurece sus ánimos; el cantor más dulce y tierno de la primavera y del amor; el heraldo de la unidad de Alemania y del nuevo Imperio germánico; el que perteneció á la patria, como la hoja pertenece al árbol; el mayor lírico alemán después de Goethe y de Heine, y el mayor épico lírico de los últimos cincuenta años; el

rival de Platen en la belleza de la forma, la cual, para él, no era sino la gala para el cuerpo de sentimientos nobles y llenos de santa castidad; el que en el castillo de Escheberg, próximo á Kassel, se inspiraba en el sol de las historias y en la luna que engendra las tradiciones, escribiendo baladas y traduciendo romances españoles; el que, cantando al amor y á la patria, se asemejaba á los *minnesinger* de la Edad Media; pero que, siendo hijo genuino de su tiempo, que se inflama con sus ideales, se entristece con sus desengaños y se regocija con sus triunfos, como Herwegh, Freiligrath, Kinkel, Prutz y Hoffmann de Fallersleben, los superó, porque se sentía como un sacerdote que no puede odiar, sino sólo exhalar quejas, mientras ellos, llamando á la lucha, no querían ser más que batalladores. Por eso la imagen de Manuel Geibel vive plácidamente en el alma del pueblo alemán.

Este ha recompensado con creces el amor del poeta como á su vate predilecto, que quería poco de los grandes de la tierra, y de los pequeños, sólo el amor á su choza, amor que se llama Belleza y Fe, y que contemplaba á la Naturaleza como la revelación de lo divino, y el amor como una gracia de Dios, de la cual debe apartarse todo lo innoble.

Ningún poeta alemán ha alcanzado celebridad popular semejante á la de Geibel, cuyas canciones, difundiéndose por doquier en alas de la melodía, como las canciones populares

MCD 2022-L5

más lozanas, gracias á Mendelssohn, Schumann y Schubert, son fuente inagotable, venero perenne para la composición musical. El y la primavera parecían sinónimos: no podemos evocarlo sino como figura ideal, rodeada de los esplendores de juventud imperecedera. Sin embargo, era un anciano á quien una dolencia sobrellevada con resignación cristiana llevó al sepulcro; y el conocido literato Pablo Lindau le pinta como hombre de cabeza enérgica, prudente y pensadora, y de barba arrogante; como un hombre lleno de franqueza y á la vez vehemente y patriarcal.

Sólo la muerte pudo arrebatarle el trono que ocupaba como príncipe de nuestros líricos, como el clásico de los vates modernos.

A pesar de que se quejaba del cansancio y de la fatiga, signos característicos de la dolencia que iba apoderándose de su organismo, dió testimonio de su afición al trabajo hasta en el último decenio de su vida, escribiendo las poesías que llevan por título el de *Spaetherbstblaetter (Hojas de otoño tardío)*, y la comedia *Oro genuino se pone claro en el fuego*, y murió tan tranquilo y sereno como si el espíritu pacífico de la casa del párroco que le amparó cuando niño no se hubiese apartado jamás de su alma.

La fortuna le brindó con sus sonrisas y derramó sobre él todos sus bienes. Después de haber cursado sus estudios en la Universidad de Bonn, el joven gallardo y alegre pasó á la

de Berlín, viviendo en un cuarto alto de la casa del gran literato Wilibaldo Alexis, y tratando á Eichendorff, Raupach, Chamisso y Ernesto Curtius.

Vuelto á Alemania en 1840, después de su estancia en Grecia, dió á la estampa sus poesías, llenas de un calor de sentimiento entrañable que había de hablar al corazón. Citaremos entre ellas la canción tan alegre y amada de los estudiantes desde hace cuarenta años: *Ya ha llegado el Mayo.*

En San Goar compuso aquella canción divina que empieza: *Donde un corazón tranquilo se encienda de amor.* Después conoció en el castillo de Escheberg, que las selvas rodean, y que perteneció al barón von der Malsburg, las apasionadas poesías políticas de Herwegh. Ya acabó el idilio de nuestro vate, aunque éste tenía miedo de la política, y su musa era demasiado casta para las pasiones de partido, exclamando el poeta: "Lejos de la turba que derriba los altares y los corazones, brota para mí la fuente sagrada de la poesía en la peña que lleva la iglesia." Pero el que había dicho ya cuando joven: "Hay que crear aún más que un Mayo de amor", y que otro día pronunció estas gráficas palabras: "No quiero ser el esclavo de la libertad", hubo de alzar también su voz y de dirigirse á los poderosos sentados en el trono, luchando con inspiración ardiente en pro de Schleswig-Holstein.

MCD 2022-L5

En Munich residió temporalmente y en unión de Bodenstedt y de Riehl, de Heyse, Liebig y Dingelstedt, proporcionó á la ciudad del Isar gran brillo literario.

Allí la implacable muerte le arrebató su esposa, la Ada de sus cantos, aquella mujer angelical de la cual dijo el ilustre Schwind, después de haber tratado en vano de dibujar su rostro: "Aquel ángel no lo dibuja ninguna mano humana."

Ya en Munich soñaba el bardo con la magnificencia de la unidad alemana, resonando como el grito de un corazón herido su pregunta: "¿Cuándo, ¡oh! cuándo aparece el maestro que te edifique, ¡oh Alemania?" Pero lo mismo que Freiligrath entonó sus himnos más ardientes y llenos de elocuencia arrebatadora en el año del gran levantamiento nacional, en la guerra de 1870, cuando el nieto de los Nibelungos, el gigante Bismarck, nos llevó al Imperio. Y olvidando sus dolencias, el poeta se consideró feliz por haber visto las victorias del pueblo alemán y por haber depositado la corona de hojas de encina, que acabaron de conquistar los héroes, en la cuna de un nieto.

En 1868 saludó desde Munich—según queda dicho—al rey Guillermo I de Prusia, con motivo de su visita á Lübeck, con estas palabras proféticas: "¡Ojalá que vean mis ojos que tu águila vuele incesantemente por el Imperio alemán, desde la peña hasta el mar!" Pero

MCD 2022-L5

habiéndose inaugurado ya en Munich, bajo los auspicios del rey Luis II, la era musical que puso término á la era poética de Maximiliano II, el particularismo bávaro le obligó á abandonar á Baviera.

Renunciando á la pensión que le había concedido el padre del joven rey Luis II, retiróse á la soledad antigua de su patria, abrazando al mundo entero con una mirada hacia el Trave y la iglesia de Santa María, sin enojarse contra el país que le hirió en el corazón. Entretanto, el Rey de Prusia le triplicó la pensión que había perdido en Baviera, y el vate tuvo la satisfacción de alcanzar el premio de tres mil thalers con su drama titulado *Sofonisbe*. Pero ni éste, ni *Brunhilda,* ni la comedia *El maestro Andrea,* ni la tragedia *El rey Rodrigo,* obtuvieron los aplausos del público, aunque *Brunhilda* contiene bellezas grandiosas. Pero comparada con *Los Nibelungos* de Hebbel pareció pálida, y fué condenada al olvido. Para entonar canciones bastan la floresta y la selva, pero para escribir tragedias es preciso tratar el mundo y se necesita escenario. Faltaban, pues, al poeta en la soledad de Lübeck los impulsos para producir obras dramáticas. En cambio, el libreto de ópera que lleva el título de *Lorelei,* y que escribió para Mendelssohn-Bartholdy, es considerado como el más poético conocido.

No hay traductor más excelente que él: con el mismo arte acabado tradujo canciones y

MCD 2022-L5

romances españoles, poesías francesas, griegas y latinas, dando un mentís á sus propias palabras: "Lo lírico me parece intraducible."

Si hay algo que pudiéramos echar de menos en sus composiciones, es la espontaneidad primitiva y vigorosa, porque en él todo es armonioso y correcto, castizo y pálido, faltándole el sentimiento de la belleza artística de la aspereza, y, como Tannhauser, podríamos exclamar: "¡Qué exceso de dulzura en los cantos!"

El público alemán ha celebrado más las poesías del joven que las del hombre de edad madura, pero el vate creció aprendiendo, y por eso preferimos sus *Canciones de Junio,* que publicó en 1848, y, sobre todo, sus *Poesías nuevas,* que aparecieron en 1857. La expresión más perfecta de su contemplación del arte se encuentra en su poesía *El estatuario de Adriano,* y su contemplación del mundo se refleja en la visión grandiosa *La muerte de Tiberio.*

Ha poco aparecieron las obras completas del insigne trovador, siendo saludadas con entusiasmo unánime por la crítica alemana.

Manuel Geibel se asemejó al protagonista de una composición suya, *El violín,* que después de haber encantado á la muchedumbre, se retira lejos de los aplausos del mundo á la soledad, donde, llorando, hace vibrar para sí propio el instrumento amado, arrancándo-

le sonidos tristes que hablan de aspiraciones desvanecidas y de dichas perdidas.

La ciudad republicana de Lübeck ha dispensado á su gran hijo la distinción más señalada, nombrándole su hijo predilecto, y se propone dar al vate que fué el verbo de Alemania la sepultura más solemne que haya recibido poeta tudesco.

1884

MCD 2022-L5

GOTOLDO EFRAIM LESSING

El poeta alemán que se penetró del espíritu de realidad emanado de la personalidad y de las hazañas del gran Federico, dejándonos por herencia la poesía de las acciones y de los caracteres tomados de la vida real; aquel cuyo pensamiento y cuya acción giraban sobre los ejes de la verdad y de la libertad, y que fué modelo de virtudes cívicas y el carácter más varonil de la historia de nuestra literatura; el que poseía saber vastísimo, comparable al de Leibnitz; el vate que en la esfera literaria fué un reformador como Lutero en la eclesiástica, y que, en su anhelo de limpiar el establo de Augias de la literatura, llevando á él ríos de nueva vida espiritual, se parece á Hércules; el bardo que, al acometer la empresa de que su pueblo tornara al país bendito del arte, mostrándole los tipos eternos de todas las producciones poéticas y artísticas, se asemejaba á los varones ilustres

de la antigüedad, que dictaban las leyes en el reino del buen gusto; el poeta que, cifrando el mayor gozo de la existencia en el ejercicio de todas sus facultades, en la investigación incansable, en la lucha por los mayores bienes de la vida, prefirió, cual Aquiles, una carrera breve, pero activa, á una carrera larga, pero sin gloria, y que parece, cual otro Winckelmann, un joven en situación de perpetuo aspirante; ese vate que fué á la par el padre de la crítica moderna y después de Lutero el segundo creador de la prosa alemana, se llama Gotoldo Efraim Lessing. Dijo de sí mismo en su *Dramaturgia,* quizá en un momento de hipocondría: "No soy actor ni poeta. A veces se me tributa el honor de considerarme como poeta, pero sólo porque se me desconoce. Algunos ensayos dramáticos que me he atrevido á hacer, no merecen ser juzgados con tanta benevolencia. No siento en mí la fuente viva que brota por fuerza propia, lanzando al aire sus raudales abundantes, frescos y puros; tengo que extraerlo todo de mí mismo con violencia, por medio de la meditación. Yo sería muy pobre, muy frío y muy miope si no hubiese aprendido algo á tomar prestados, lleno de humildad, tesoros extranjeros, á calentarme con fuego extranjero y á fortalecer mis ojos con los quevedos del arte." Pero nosotros diremos con Goethe: "El poeta quería declinar el título altivo de genio, pero sus obras se levantan contra él mismo."

MCD 2022-L5

Sus obras, tan pensadas como sentidas, son á la par estudio é inspiración, y poseen esa lozanía que difícilmente existe en los autores que conocen los artificios de la ciencia.

"La energía de su mente—afirma Rodolfo Gottschall — era tan grande, que producía hasta creaciones poéticas, que generalmente, sólo nacen por el instinto libre de la fantasía genial."

Nada caracteriza á Lessing mejor que sus propias palabras: "No la verdad que un hombre posee ó cree poseer, sino el esfuerzo sincero que ha empleado para alcanzarla, constituye el valor del hombre. Pues no por la posesión, sino por la investigación de la verdad, se ensanchan sus fuerzas, lo que constituye su perfección, siempre creciente. La posesión hace indolente, perezoso, soberbio. Si Dios llevase en su diestra la verdad, y en su izquierda sólo el vivo anhelo de la verdad, aunque con la añadidura de errar perpetuamente, y me dijese: "¡Elige!", yo me precipitaría humildemente á su izquierda, diciendo: ¡Dame, padre mío! Pues la verdad pura es sólo para ti."

El que investigando siempre trataba de acercarse á la verdad, hasta que hubo alcanzado el escalón más alto posible, se hizo venerar como autor de *Nathan,* el poema clásico de la tolerancia, tanto que muchos judíos de Berlín y de Breslau, cuando el edicto del 11 de Marzo de 1812 les impuso la obliga-

ción de tomar un nombre cristiano, eligieron por suyo el nombre glorioso de Lessing.

Nació éste en Camenz (Lasacia) el 22 de Enero de 1729, siendo su padre un ilustrado párroco luterano.

En la familia lessingiana la tolerancia era tradicional, y en un tiempo en que ésta era todavía cosa rara, escribió el abuelo de nuestro poeta, Teófilo Lessing, una disertación acerca de *La tolerancia de las religiones.*

Educado en la pequeña ciudad de Camenz, que por lo reducido de sus relaciones y por su pedantería aumentaba su instinto natural de contradicción y de sátira, llevó Lessing en 1741 á la escuela de Misnia un amor á Plauto y á Terencio y una gran afición al teatro, que su primer maestro, el rector de la escuela de Camenz, llamaba "una escuela de elocuencia", mientras los teólogos no vieron en él sino una fuente de desmoralización profunda. Se comprende, pues, fácilmente que al joven, que en 1746 pasó á la Universidad de Leipzig para estudiar la Teología, no le interesase ésta tanto como la realidad y la vida que conoció en el trato de la gente teatral, á la cual su madre, participando de las preocupaciones de los teólogos, llamaba gente perdida. Y puede decirse que estudió en Leipzig el arte teatral con tanto celo como si fuera á crearse para él en aquella Universidad una cátedra consagrada expresamente al arte de la declamación. Teniendo una naturaleza dia-

léctica por excelencia, se dedicó con predilección á la poesía dramática, que en cierto sentido no es sino el desenlace dialéctico de una acción trágica ó cómica. Y si después se hizo gran dramaturgo y gran poeta dramático, creando aquellas obras maestras que se llaman *Mina de Barnhelm, Emilia Galotti* y *Nathan el Sabio,* buena parte de ello se debe á su trato con los actores y al impulso que le dió el buen resultado de su primera comedia sátirica, estrenada en Leipzig en 1748 por la compañía de la célebre Neuber, y titulada *El joven sabio,* fundándose solamente en sus observaciones del mundo pequeño de escuela que hasta entonces le había rodeado. La Neuber le pidió más obras teatrales, pero comprendiendo con su buen instinto que antes debía ensanchar el horizonte de su conocimiento del mundo y de los hombres, salió á fines de 1748 para Berlín, donde á la sazón, á pesar de la predilección del gran rey de Prusia por la literatura francesa, había despertado la vida literaria alemana.

En la ciudad donde antes resonaba sólo el ruido del tambor y que ya era la residencia del que fué llamado el filósofo sentado en el trono, vivió Lessing la vida de literato ocioso, tratando á actores y á otros artistas y debiéndolo todo á sus propios esfuerzos, á la energía de su carácter. Y quizá á los franceses que encontró en la corte les debió algo de la agudeza y de la claridad de su estilo.

MCD 2022-L5

En 1749 publicó, en unión de un pariente suyo, su camarada de Leipzig, Mylius, una colección de piezas teatrales acompañada de una disertación acerca de Plauto. Aunque entonces miraba todavía al teatro desde el punto de vista del clasicismo francés, aconsejó á los alemanes que no imitasen sólo á los franceses, sino que estudiasen también los clásicos antiguos y el teatro inglés y español, y les hizo presente que el espíritu alemán ofrecía mayor semejanza con el inglés que con el francés, y que, por lo tanto, el drama alemán debía formarse más con arreglo al drama inglés, que al francés.

En Berlín, en 1749, escribió también sus dos comedias *El espíritu fuerte* y *Los judíos,* proponiéndose en ambas expresar en forma poética una idea social y dándonos en *Los judíos* el resultado de sus graves reflexiones al contemplar la opresión vergonzosa de un pueblo que, según él mismo dijo, ningún cristiano debe mirar sin sentir cierto respeto, porque de él han salido muchísimos héroes y profetas. *Los judíos,* que concluyen con las palabras que un noble barón dirige á un judío generoso: "¡Qué respetables serían todos los judíos si se pareciesen á usted!", y con la contestación del judío: "¡Qué amables serían los cristianos si tuviesen las cualidades de usted!", son como un preludio de la frase de *Nathan el Sabio,* aquel testamento dramático de Lessing: "Lo que á mí me hace cris-

tiano para usted, hace á usted judío para mí." En efecto, *Los judíos* son como el huevo del cual más tarde salió *Nathan,* mientras *El espíritu fuerte* es aquella pieza á que se refieren las palabras que Lessing escribió á su padre: "¿Qué diría usted si le prometiese escribir una comedia que los mismos teólogos no sólo leyeran, sino que la alabaran?"

El poeta, encargándose del *Apéndice literario* del periódico berlinés la *Gaceta de Voss,* se presentó también como crítico, y ya sus artículos primeros revelaron su juicio acertado y seguro. De repente trocó en 1752 su residencia de Berlín por la de Wittenberg, donde escribió sus *Defensas de literatos desconocidos.* Pero después de transcurrido un año regresó á Berlín, entrando de nuevo en la redacción de la parte literaria de la *Gaceta de Voss,* y en 1755 escribió su tragedia *Sara Sampson,* que obtuvo una acogida entusiasta, cual representación de verdaderos afectos y pasiones. Desde 1755 á 1756 le encontramos, en compañía de un rico joven de Leipzig, viajando por el Norte de Alemania hasta Amsterdam, visitando las galerías; y en Leipzig, adonde volvió en 1756, halló en el autor del poema *La Primavera,* el mayor prusiano Evaldo de Kleist, un tipo de hermosa virilidad, que le sirvió de modelo para su figura dramática del mayor Tellheim.

La naturaleza dialéctica de Lessing—para el cual la quietud era la muerte, el silencio

MCD 2022-L5

un tormento, y el solitario retiro un sacrificio extremo—necesitaba siempre á hombres con quienes sostener polémicas literarias, y por ello mantuvo correspondencia muy animada con dos ilustrados jóvenes residentes en Berlín, el escritor judío Moisés Mendelssohn, en el cual adivinaba un segundo Benito Espinosa, y el librero y autor de las *Cartas sobre el estado actual de las buenas letras de Alemania*, Nicolai, á quien—según ha probado Carlos Biedermann—corresponde la gloria de habernos, aun antes de Lessing, presentado al gran Shakespeare como modelo en desarrollar los caracteres de la manera más profunda. El asunto de las correspondencias de Lessing con dichos amigos era lo que ocupaba por entero su pensamiento, el drama, pero no consiguió todavía entonces penetrar hasta la noción más alta de la belleza trágica, sino que en 1758, cuando sintiéndose atraído hacia la ciudad del gran Rey de Prusia, que era aún más rico de hazañas en la paz que en la guerra, hacia la ciudad en la que el espíritu de observación, de progreso práctico y de utilidad pública, desde el Rey se transmitía á todos los que le rodeaban, volvió otra vez á Berlín, uniéndose con sus amigos Nicolai y Moisés Mendelssohn para publicar *Cartas relativas á la literatura*, apareció en la gloria de su talento crítico.

Las *Cartas sobre la literatura*, dirigidas á un oficial herido—el mayor Evaldo de Kleist,—

brotaron del entusiasmo que encendió en los ánimos la guerra de los siete años y su héroe el rey de Prusia. En ellas las bellas letras descendieron desde el mundo de lo ideal y desde los libros, hasta el suelo firme de la realidad, desde la esfera estrecha de sentimientos individuales hasta el mercado de la vida. La célebre *Carta décimoséptima* tiene por autor á Lessing, que de repente y como por encanto se muestra conocedor profundo y admirador entusiasta de Shakespeare, aquel genio que, según dijo Lessing, lo debía todo á la Naturaleza, y que con Lear y Hamlet ejerce sin igual fuerza sobre nuestras pasiones. En la *Carta décimoséptima* rompió enteramente con el drama francés, y de la fecha en que la escribió data el período de su plena independencia y de su madurez varonil como crítico y poeta.

Después de haber estudiado á Shakespeare y á los antiguos, y de haber escrito en 1760 la *Vida de Sófocles*, no le faltaba sino estudiar aún más la vida práctica. "Quiero vivir más entre hombres que entre libros", escribió á un amigo suyo, el poeta Ramler. Por eso aceptó, á fines de 1760, el empleo de secretario del general de Tauenzien, á la sazón gobernador de Breslau, y pasó sin transición desde sus ocupaciones literarias á la escena de los mayores acontecimientos políticos. Los resultados de su residencia en Breslau fueron quejas y lamentos á causa de los oficios mo-

MCD 2022-L5

nótonos y triviales que tenía que desempeñar, y su inclinación hacia el juego de suerte que le servía de emoción agradable; pero también nacieron en aquella residencia su excelente comedia *Mina de Barnhelm* y su obra monumental, *Laocoonte,* en la que parecen haber trabajado á la vez la musa de la filosofía, la de la poesía y la del arte de lo bello. Su *Mina de Barnhelm,* que tiene por fondo histórico de la acción la guerra de los siete años y las relaciones por ella creadas, la obtuvo de la observación directa de la realidad, de la vida inmediata, haciendo de la figura de Tellheim un monumento imperecedero para su amigo el mayor de Kleist, que murió en 1759 de resultas de las heridas que recibió en la batalla de Kunersdorf. Goethe llamaba á *Mina de Barnhelm* la hija más genuina de la gloriosa guerra de los siete años, y tenía razón en el sentido de que — valiéndome de una frase del Franklin alemán, el socio de la Walhalla, Justo Möser — "grandes acontecimientos producen también grandes sentimientos". Aquel tiempo lleno de hazañas formaba caracteres individualizados; y Lessing — cuyos mejores años de virilidad coincidieron con aquella nueva, con aquella gran época creada por el rey, que con sus dotes hacía felices á los pueblos sometidos á su paternal gobierno, ilustres y memorables sus días, permanente y querido su recuerdo, no pudiendo menos de merecer tributo universal de ad-

MCD 2022-L5

miración y de gratitud — sentía con todo su corazón los poderosos impulsos de aquel tiempo, y sabía aprovecharse como poeta dramático de los motivos fecundos que le ofrecía. Pero estaba lejos de su ánimo aludir directamente en *Mina de Barnhelm* á sentimientos políticos ó nacionales, y celebrar en la poesía la Historia contemporánea. Lo que sí encontramos en su drama es el efecto inevitable que una época tan rica en esfuerzos había de ejercer sobre los espíritus vigorosos. Goethe llamaba también á *Mina de Barnhelm* una comedia de esencia nacional, de esencia propia del Norte de Alemania. Y, en efecto, los caracteres de la comedia y las relaciones que representa, se fundan en la esencia alemana, especialmente en la prusiana, regenerada por el gran Federico; pero el elemento nacional de *Mina de Barnhelm*—del que hablan algunos críticos, apoyándose en la autoridad de Goethe — puede referirse sólo á la sencilla verdad de las figuras á quienes el poeta prestó los mejores rasgos de nuestro carácter: la naturalidad, la verdad, el sentimiento profundo. Lessing, sajón, admiraba la energía de Federico, y tenía que excusarse de su admiración en Sajonia, porque el rey de Prusia era el enemigo de aquel país; Lessing, sajón, felicitaba al rey prusiano, con motivo de sus cumpleaños, en poesías entusiastas que se publicaron en la *Gaceta de Voss*, sin que, á pesar de ello, participase

del entusiasmo singularmente prusiano de su amigo el poeta Gleim; Lessing, que por su nacimiento pertenecía á un país donde reinaba la divisa del despotismo: "El Estado es el príncipe", no vacilaba en decir: "Yo no comprendo el amor á la patria", pues la patria alemana aun no existía, y sólo los que nacidos en Prusia vieron las brillantes hazañas y la justicia de su rey, pudieron verdaderamente entusiasmarse con la grandeza de su monarca y de su patria.

Mina de Barnhelm es una comedia sana desde la escena primera hasta la última; la acción se desarrolla en el suelo seguro de un firme orden moral, y el desenlace se verifica por un acto de justicia del gran soberano, que no quería ser sino el ejecutor supremo de la ley. Así la comedia entera nos eleva á una atmósfera alta y pura.

Debía obtener esa obra los triunfos más brillantes en Berlín, donde como por instinto se comprendió la afinidad entre el espíritu de Federico y el genio de Lessing. Sin embargo, no parece sino una anécdota lo que dice Fink en su *Historia de la Música:* que el rey de Prusia se interesó tanto por *Mina de Barnhelm,* que compuso para ella una música militar.

Así como Lessing durante su estancia en Breslau subió cual poeta creador una escala más alta de contemplación artística, lo hizo también cual estético y crítico en su *Lao-*

MCD 2022-L5

coonte en el cual descubrió las leyes psicológicas de las creaciones poéticas y deslindó la poesía de las otras artes, llamando poesía preferente á la de las acciones, á la de la realidad.

El que fué reformador en la esfera del arte, como Lessing en la de la literatura, Winckelmann, había dicho en 1755 en su obra *Pensamientos acerca de la imitación de obras helénicas en la Pintura y en la Escultura:* "Los griegos, que así en la vida como en el arte, tenían carácter de indefinible grandeza, trataron de evitar la representación de pasiones que traspasasen los límites de la belleza; y por ello, en el grupo de Laocoonte, el que fué mortalmente herido por la mordedura de la serpiente, no tiene la boca abierta como si gritase, sino que su boca medio abierta indica que sólo exhala gemidos, mientras que el poeta romano, demostrando así la larga distancia que existe entre el arte modelo de los griegos y el arte romano, deja en su *Eneida* gritar á Laocoonte." A eso contesta Lessing en la célebre obra que tiene por epígrafe el nombre de aquel sacerdote troyano, *Laocoonte:* "Los griegos pensaron y sintieron como hombres naturales, y representaron también en sus obras artísticas á héroes naturales. Por lo tanto, los poetas helénicos dejaron á sus héroes gritar en todos los tonos: grita Filoctetes, grita Hércules, y hasta el dios de la guerra, herido por la lanza de Diómedes, da

una gran voz—según la frase de Homero—como diez mil guerreros. Pero existe mucha diferencia entre lo que puede y debe representar el poeta, y lo que puede y debe representar el escultor. Este no puede representar sino un solo momento determinado, y por lo mismo ha de elegir una situación, la cual, aunque se la figure cual permanente, no tenga nada de impropia ni de repugnante. Pero el gritar constantemente no es natural, y, además como señal de debilidad, causa repugnancia. En cambio el poeta nos pinta á sus héroes en varios estados, y entre ellos puede figurar también el gritar, y la idea momentánea del héroe se mitiga por la idea de la fuerza en que antes ó después le representa el poeta."

"La diferencia del arte y de la poesía consiste—según decía Lessing—en que aquél usa de formas y colores, es decir, de un material, encontrándose junto en un espacio determinado, mientras ésta usa de palabras, es decir, de tonos articulados, sucediéndose en el tiempo el uno al otro. Así, el arte no puede representar sino objetos que al mismo tiempo se encuentran en el espacio el uno al lado del otro, mientras la poesía puede representar sólo objetos que se siguen en el tiempo. En otras palabras: el asunto natural del arte es el cuerpo, el de la poesía es la acción."

Diciendo eso Lessing como poeta de la realidad, se dejó arrastrar por su celo reforma-

MCD 2022-L5

dor más allá de lo debido, pues si la poesía fuese sólo la representación viva de las acciones, si la poesía fuese sólo la poesía dramática, ¿qué sería entonces la lírica? Eso le objetó también Herder en sus *Silvas críticas*. Pero en aquel tiempo en que el drama, ese género más alto de la poesía, era muy poco cultivado, la exageración de Lessing resultaba casi beneficiosa.

En 1765 permaneció el autor de *Laocoonte* una temporada en Berlín, donde sus amigos querían que se le nombrase bibliotecario privado del rey; pero no se realizaron estas esperanzas, pues un francés sin reputación ni mérito propio recibió aquel empleo, el cual, si Lessing le hubiera obtenido, hubiese puesto en relaciones íntimas á aquellos dos genios tan afines, que figurarán siempre entre las mayores ilustraciones del siglo. El año de 1767 vió á Lessing, no al lado del gran rey, sino al frente de un teatro alemán fundado por una sociedad de patriotas y amantes del arte, el teatro Nacional de Hamburgo, al que tuvo que dar como autor el socorro de su nombre, de su genio y de su experiencia. Escribió en pro de aquel teatro, en pro de los artistas, de los autores y del público, una serie de críticas teatrales que, formando la *Dramaturgia de Hamburgo*, se convirtieron poco á poco en una colección completa de tratados dramatúrgicos, y se hicieron un verdadero código del teatro alemán. Pero en la indiferencia del

público estrellóse, transcurridos dos años, el teatro Nacional de Hamburgo, y con él se concluyó también la *Dramaturgia*. Un sentimiento amargo hizo exclamar al desilusionado poeta: "¡Qué idea tan cándida la de proporcionar á los alemanes un teatro nacional, cuando los alemanes no somos todavía nación!"

La *Dramaturgia de Hamburgo* se proponía, tanto como las *Cartas sobre la literatura*, destruir la influencia funesta que ejercía sobre la escena alemana el drama francés con su regularidad fría, con su retórica exagerada, sin que por eso Lessing pretendiera sustituir á la regularidad de los franceses la falta de reglas, dejándolo todo encomendado al genio del poeta. "¿Cuáles son los fines de la tragedia?", pregunta Lessing, y se contesta: "La tragedia ha de purificar las pasiones de la compasión y del miedo." Compasión y miedo; he aquí, en efecto, los polos de todo el interés trágico en el drama antiguo; pero lo que Aristóteles pidió con razón á éste, no es también la esencia del drama moderno. Lessing no llegó á fijarse en la noción de la culpa trágica; y eso lo extrañamos tanto más, cuanto que él mismo dijo: "El poeta dramático ha de desarrollar la acción derivándola de los propios caracteres."

Después de los tristes desengaños que experimentó en Hamburgo, retiróse, como bibliotecario del duque de Brunswik, á la sole-

MCD 2022-L5

dad de Wolfenbüttel, entre el polvo del mundo de los libros. Pero tampoco allí pudo resistir á la tentación de escribir para el teatro, sumergiéndose en la profundidad del mar de las pasiones humanas, y terminó á principios de 1772 su tragedia *Emilia Galotti,* cuyo plan concibió catorce años antes, y que todavía hoy nos arranca calurosos aplausos, porque, en el teatro, llorar es la más noble forma de aplaudir. *Emilia Galotti,* que ahora como siempre es aplaudida por el efecto hondo y patético que produce, por su brillante tecnicismo, por su diálogo animado y á veces epigramático, nos muestra una vez más el arte cumplido de su autor en la individualización de los caracteres, y esa obra fué como un rayo lanzado contra los príncipes que, viviendo en un torbellino de sensualidad, se precipitaban de un frívolo gozo en otro, de modo que Ramler le daba como epígrafe las palabras

"Et nunc, reges, intelligite!
Erudimini, qui judicatis terram!"

Y Herder recordaba los versos

"Discite justitiam moniti et non temnere divos!"

Pero la composición de *Emilia Galotti* tiene el defecto de que ni la acción ni el desenlace son consecuencias del carácter de la protagonista.

Seis largos años descansó la musa dramática del poeta, pues éste se ocupó en la polémica teológica y filosófica producida por su publicación de los *Fragmentos de Wolfenbüttel,* que encendieron la gran lucha del racionalismo en la teología; pero cuando su Gobierno le prohibió continuar la polémica contra su adversario, el párroco de Hamburgo, Goetze, buscó otra cátedra en que defender sus doctrinas: se refugió en la esfera serena de la poesía, diciendo: "Veré si me dejarán predicar siquiera en mi antiguo púlpito, el teatro"; y escribió lo que él llamó no un drama, sino una poesía dramática, *Nathan el Sabio.* Léense en el borrador de un prólogo escrito para aquella obra las palabras "No conozco lugar alguno de Alemania donde *Nathan* pueda estrenarse ahora. Pero ¡bendito sea el lugar donde primero se represente!"

Nathan, el grande, el sin par drama de la tolerancia religiosa, el evangelio imperecedero de la humanidad, la flor peregrina de la poesía, que encanta por su aroma espiritual, el canto de cisne, el testamento poético y sublime de Lessing, la creación más alta de sus especulaciones filosóficas y religiosas, se estrenó, pero dos años después de la muerte del autor, y al estrenarse en 1783, en Berlín tuvo tan poca fortuna que parecían cumplirse los pronósticos de Lessing. Pero veinte años después, un genio que tenía afinidad con el de Lessing, Schiller, lo puso en escena

en Weimar, y desde entonces ese drama, que no es el de las pasiones, sino el de los grandes pensamientos y el de los sentimientos nobles y verdaderamente humanos, culminando en las palabras de Nathan: "El cristiano y el judío, ¿son cristiano y judío antes de ser hombres?", ese drama, que puede considerarse cual magnífico monumento erigido por Lessing en honor de su amigo judío el filósofo Moisés Mendelssohn, ha continuado predicando en Alemania la tolerancia, y, sin duda alguna, ha contribuído á la emancipación de los judíos en este país.

El heraldo *Nathan,* que expresó lo que Lessing había meditado en sus coloquios familiares con Mendelssohn, ha de cumplir también su misión benéfica en España. Un distinguido escritor alemán, Engel, ha dicho: "Creo que *Nathan,* trasplantado á la escena española y estrenado en un teatro de Madrid, produciría efecto mayor que las más vigorosas demostraciones de la tan escasa extrema izquierda en el Congreso, y que los discursos más ardientes de Castelar."

Ya conocen los españoles algunas fábulas de Lessing traducidas por mi amigo queridísimo el patriarca de los poetas españoles, Juan Eugenio Hartzenbusch: ¿cuándo conocerán también la joya de sus producciones, *Nathan el Sabio?* Ya dije que éste fué el canto del cisne del poeta alemán. Después de haber enterrado á su esposa amadísima, con

la cual vivió apenas un año, perdió el buen humor, se extinguió el fuego de sus ojos, y el gran poeta y pensador—que por sus modelos dramáticos y sus hazañas críticas pertenece tanto al siglo XIX, como al siglo XVIII, tendiendo la mano á los grandes corifeos de nuestra literatura, Goethe y Schiller, y que mereció ser llamado por Macaulay el primer crítico de Europa—falleció en 15 de Febrero de 1781 en Wolfenbüttel, dejando á su nación, como modelo eterno, la grandeza y la libertad de su pensar y de su obrar, y su fama al mundo. La antorcha terrestre se la extinguió la muerte, encendiéndole en cambio la que ha de brillar con resplandor eterno. La patria alemana le honró con una estatua colosal, que se inauguró en Brunswik el 29 de Septiembre de 1853, y la Walhalla le cuenta entre sus héroes más ilustres.

1878

EL PADRE DE FERNAN CABALLERO

Fernán angelical, dulce amiga mía, sabia escritora que cimentabas la ciencia en la fe y cifrabas la dicha en el ejercicio de la virtud y de la piedad cristiana, ya has ido á la patria futura que está fuera de los umbrales de esta vida terrenal. De tu muerte—brioso paladín de la fe y de la moral, pintora fiel de cuanto genuinamente característico atesora el pueblo andaluz — se puede verdaderamente decir que ha sido la tarde de un hermoso día. Ya se extinguió para el mundo el esplendor de tu genio extraordinario; descendiste al sepulcro rodeada de tres generaciones de las cuales fuiste maestra, amiga y ejemplo; la sociedad, las letras y la religión lloran tu pérdida: la sociedad llora á la noble dama española que era la distinción personificada en el decir y en el obrar, como en el pensar, y que hizo preguntar al académico francés Mr. Vitet: "El autor de esas obras exquisitas, ¿no era una infanta de España?"

MCD 2022-L5

La sociedad llora á la mujer que unía la elegancia de quien ha pisado ricas alfombras, con la sencillez de la que tiene á su corazón por guía y por norte á su conciencia, á la que nos pinta Francisco M. Tubino diciendo: "En el rostro de Cecilia había la candorosa armonía de una alemana, junto al fuego que el clima andaluz había depositado en sus ojos expresivos y perspicaces como ningunos." Las letras lloran á la que, á manera de los hermanos Grimm en Alemania, recogió en España un precioso ramillete de cuentos populares; á la que Hubbart llamaba el Chateaubriand femenino, por haber sido tan mística, apasionada y batalladora como él; á la artista cuyas hermosas, cuyas populares novelas, traducidas á todos los idiomas de la Europa culta, celebradas con aplauso en el hogar de las familias honradas, nos cautivan por su gracia y ternura incomparables, por su sencillez y por su elocuencia, por su magnífica galería de tipos tan variados como pudo trazarlos el nunca bastantemente alabado Bretón de los Herreros, por los vigorosos claros y obscuros con que reproducía las escenas más típicas de la vida andaluza, por aquel colorido, que no hubiera despreciado el inimitable D. Ramón de la Cruz; en fin, por su encantadora pintura narrativa, siendo alegres como el cielo de la espléndida Andalucía que las inspiraba, tristes como las rondeñas, llenas de balsámico olor como los cármenes de

MCD 2022-L5

Granada, frescas como las tranquilas aguas llenas de aquella fantasía oriental que dejaron los árabes infiltrada con su sangre en el suelo español, y animadas como la feria de la poética ciudad de Sevilla, la de las flores, la de las cancelas, la de los patios con columnas, la de los cuadros de Murillo. La religión está verdaderamente de duelo por la gran escritora, cuyas obras son el reflejo puro de un alma mística y creyente. Todo un pueblo siente en su seno el gran vacío producido por la muerte de su Fernán Caballero, pero en tus obras inmortales queda un rayo de tu alma, de tu alma, que quería tender el ala majestuosa á otra esfera de luz, de paz y de amor. Sobre tu ataúd cayeron las lágrimas de la veneración: él encierra los mortales despojos de la novelista cristiana, de la eminente cantora de Andalucía, de la esclarecida anciana que en vida supo rodear de una aureola de gloria el simpático seudónimo de "Fernán Caballero", y que por nombre real y verdadero era Cecilia Boehl de Faber de Arrón de Ayala.

Apenas los sevillanos habían pronunciado el supremo adiós, el adiós del gran viaje, en aquella tumba que iba á cerrarse—sobre la cual, en lugar del olvido, esa reagravación de la muerte, se cernerá siempre el recuerdo, esa prolongación de la vida, porque España, la tierra que tanto amabas, nunca echará un sudario sobre el rostro de sus muertos queri-

MCD 2022-L5

dos,—una reunión de poetas y literatos hispalenses, celebrada por iniciativa del distinguido vate José Lamarque de Novoa, resolvió honrar tu memoria con un monumento público, aunque no lo necesita aquella cuyo recuerdo augusto quedará en el mundo como un diamante fúlgido en el cielo.

Fernán, á quien no acierto á nombrar á secas sin decir algo de la admiración que me mereces; tú, que residiendo en una habitación del regio alcázar sevillano con que en 1856 te brindó D.ª Isabel II, á mí también me parecías una infanta y el buen genio de la ciudad de San Fernando; tú, á quien hubiera querido volver á visitar en la morada que te vió morir, en la calle de Don Juan de Burgos, "teatro de la modestia y del apartamiento—como la llama Tubino,—verdadera casa española, sencilla, silenciosa, clara, con las paredes blanquísimas y los suelos brillantes de limpieza", y donde los jazmines y rosales de tu jardincillo merecían tus inteligentes cuidados, así como los niños inocentes, á los cuales decías con Víctor Hugo: "¡Oh! ¡No os apresuréis á madurar vuestros pensamientos! Gozad de la mañana. Son vuestras horas flores unas á otras enlazadas; no las deshojéis antes que lo haga el tiempo"; déjame á mí rendirte un tributo de veneración bosquejando la necrología del hombre de quien eras copia fiel y á quien profesabas amor apasionadísimo: tu padre.

La vida de Juan Nicolás Boehl de Faber, padre de Fernán Caballero, ofrece encanto singular, porque es la de un comerciante romántico, tan ilustrado como lleno de fantasía; de un mercader literato que, habiendo sido educado para el comercio, pero sintiendo las cadenas de aquel estado del todo mecánico, se consagró con toda la viveza de su espíritu, como si fuese un literato de profesión, á las bellas letras, primeramente al romanticismo y después á la primitiva poesía castellana, y que compartiendo su amor entre sus dos patrias, Hamburgo y España, llevando á su nueva patria la libre contemplación crítica propia de los alemanes desde los tiempos de Lessing, y aquel sentimiento de lo bello, aquella naturaleza impresionable que caracteriza tan bien á la nación alemana, fué, en la Península, no sólo el restaurador de la antigua poesía nacional, sino el rehabilitador de Calderón, defendiendo él, el alemán, la causa del gran castellano contra los mismos paisanos de éste, y logrando por fin emancipar el teatro español del imperio del clasicismo hinchado que á los españoles les había impuesto la política francesa.

Era tanto su amor á la poesía, que exclamaba: "Para adquirir un solo romance español, soy capaz de sufrir hambre durante ocho días seguidos."

La memoria de Boehl de Faber ha de quedar en la literatura española, y vive también

en la alemana, pues el insigne Joaquín Enrique Campe, preceptor de los hermanos Guillermo y Alejandro de Humboldt—el que fué á la vez pedagogo, sabio y poeta, el que guardó del olvido la tumba de Lessing en el cementerio de Brunswik poniendo sobre ella una piedra, el que ofreció su casa al gran filósofo Kant, y cuyo trato derramó indefinible esplendor de amor y de alegría, el que escribió para su epitafio: "Aquí yace el que plantaba árboles en los jardines y en las selvas, palabras en la lengua y virtudes en los corazones de los jóvenes",—retrató á Boehl, bajo el nombre de Juan, en su famosa novela *Robinsón el menor,* florón más bello en la envidiable corona que á Campe le ofrecieron sus escritos para la juventud.

Boehl de Faber y su célebre hija, él alemán de nacimiento y de corazón, pero español por sus vínculos de familia y sus estudios, y ella alemana por su educación, pero española de corazón, se asemejan en que para ambos nada era tan sagrado como la religión del cielo: la fe; ambos tenían ese calor del corazón que vale más que el de las alfombras y el de las estufas; ambos eran románticos hasta la medula de los huesos, y por romanticismo entendieron la compenetración del elemento occidental por el cristianismo; ambos amaban á la España antigua, á ese grandioso modo de ser, á ese espíritu á la par alto, noble, gracioso, delicado y alegre; ambos se refugiaban

en los limbos de lo pasado, y al paso que el padre descubrió los tesoros que la literatura española guardaba escondidos, la hija—como afirma Antonio de Latour,—"la que no gustaba de revoluciones, había hecho una, sin saberlo, es la novela española. En efecto, exceptuando el *Quijote,* que no es sólo la novela de España por excelencia, sino que es la España misma, el país de Quevedo y de Hurtado de Mendoza no poseía más que la novela picaresca, la que se resuelve en las profundidades de las costumbres populares. Por el esfuerzo solo de una imaginación noble y elevada, por todos los recursos de una observación delicada y segura, por este arte de ver bien y decir mejor, que es el don natural de las mujeres superiores, Fernán supo llevar este cuadro vulgar de la existencia humana á la altura de un drama á la vez casto, atrayente y apasionado, y alzarlo hasta el ideal de las situaciones ordinarias de la vida". Si había diferencia entre el padre y la hija, consistía en que aquél no rindió homenajes sino á la naturaleza poética, latiendo su corazón sólo por las almas hermosas, pero permaneciendo frío ante la primavera y la esplendorosa Naturaleza, pues ésta no era, en su sentir, sino una ilusión: "La Naturaleza—según él dijo—es del todo insensible: el sol luce así para los malos, como para los buenos, y para el criminal brillan las estrellas lo mismo que para el hombre de bien."

Juan Nicolás Boehl de Faber nació en Hamburgo el 9 de Diciembre de 1770, siendo el hijo mayor del mercader Juan Jacobo Boehl y de Cecilia Lütkens.

Su educación, como la de sus hermanos, estuvo encomendada á Joaquín Enrique Campe, que fijó su residencia cerca de Hamburgo en el llamado "Grüner Deich", reuniendo allí un círculo de alumnos que alcanzó celebridad europea por su *Robinsón,* aquella novela que—fundándose en la de Daniel de Foe—nació de las conversaciones del maestro Campe con sus alumnos, y traducida al latín, al griego moderno y al ruso, salió en 1872 en Alemania, en su octogésimasegunda edición. No cabe imaginar comercio más íntimo que el que reinaba entre el padre Campe, su esposa y sus alumnos: compréndese, pues, que el recuerdo de aquellos años bienaventurados se grabara en el corazón de Juan, que nunca dejó de mantener con el que fué su maestro y su segundo padre, una correspondencia vivísima.

A principios de 1783 volvió á la casa paterna, y se perfeccionó en 1784 en Inglaterra en el estudio del inglés y del francés, hasta que en el siguiente año entró en la casa de comercio que tenía su padre en Cádiz. Pero su primera impresión en aquel país meridional y encantador no fué muy grata, porque, como protestante, se sintió doblemente extranjero en la tierra clásica del catolicis-

MCD 2022-L5

mo; pero pronto empezó á disfrutar la vida alegre del Sur, y á Andalucía le debió también su dulce compañera. Desde Cádiz disfrutó la satisfacción de poder anunciar á su maestro Campe una edición española del *Robinsón,* y en la misma ciudad tuvo en 1791 por compañero á su hermano Antonio Amadeo, que se dedicó también al comercio. En la primavera de 1796 se unió á la que conocía hacía ya seis años, Francisca de Larrea, ingeniosa hija de una irlandesa, que había recibido esmerada educación en Inglaterra y estaba familiarizada con la lengua francesa por una larga estancia en el suelo francés. Sólo el alemán no lo pudo aprender. De aquel matrimonio con una dama andaluza de tez morena, de cabellos negros, de ojos hermosos, de temperamento alegre, de dotes excelentes y de ideas románticas, salió Cecilia, que—según dice un folleto alemán, impreso en 1858 en la oficina de Brockhaus (Leipzig), bajo el título de *Ensayo de una biografía de Juan Nicolás Boehl de Faber*—nació á principios del año 1797 en Suiza, adonde Juan había conducido á su joven esposa y á su suegra en el otoño de 1796. La ciudad de Morges, situada en el cantón de Vaadt, en una ensenada del lago de Ginebra, puede estar orgullosa de haber sido cuna de genio tan fecundo. Esa gloria no corresponde ni á Cádiz ni al Puerto de Santa María, como creían algunos escritores españoles, mientras otros ase-

MCD 2022-L5

guran haber oído decir á la misma Cecilia que nació en un buque, cuando sus padres viajaban por mar. Mas lo cierto es, según dice *La Ilustración Española y Americana* del 8 de Junio de 1877, que en Morges se halla la correspondiente partida de bautismo, de la cual consta que Cecilia vió la luz del mundo el 24 de Diciembre de 1796.

Vivir con su familia en una modesta casa de campo al lado de sus segundos padres, he aquí el anhelo de Juan; pero cuando intentó realizar este proyecto y cuando con su mujer y su suegra pasaba el verano de 1797 en Brunswik, donde entonces vivía Campe, y en Hamburgo, vió que estas dos plantas exóticas no podían aclimatarse en el suelo germano, y sintió que sus compañeras gimiesen en el retiro donde él mismo, si hubiese estado solo, hubiera sido completamente feliz.

Antes de llegar el invierno regresó á Andalucía, que ensancha el corazón, aumentando aquel hermoso clima la fuerza corporal y espiritual. Allí continuó gozando del trato de su hermano Amadeo, que había contraído matrimonio con una alemana, y se ocupó, además de los negocios, en estudios, así matemáticos y químicos como estéticos, arquitectónicos y lingüísticos; y su facultad ingénita de trasladarse de la penosa realidad á un mundo ideal, le prestó fuerza en el momento en que, á principios del nuevo siglo, vió sucumbir de la fiebre amarilla á su hermano, su

compañero fiel en la tierra extranjera, á quien había considerado cual cabeza de su casa de comercio, y á su cuñada. Entonces el superviviente tuvo que trabajar más que nunca, sobre todo cuando en 1802 fué nombrado cónsul de Hamburgo, y en 1807 cónsul general anseático en todo el reino de Andalucía. A veces el mercader se convertía en literato: ya había conocido el centro de sus aspiraciones, ya empezaba á estudiar la antigua literatura española, así los poetas como el teatro. Y acerca de éste escribió en castellano algunas cartas, que vieron la luz en un periódico de Madrid, llamando la atención de los literatos de España. "Un amigo mío — escribió el modesto autor de aquellas brillantes epístolas que no hubieran despreciado las primeras plumas españolas,—me ha sorprendido dándolas á la estampa. Viendo que mis colegas los comerciantes, según su costumbre, me embromaban demasiado por ellas, he guardado las otras para mejor ocasión. Sin embargo, no faltan hombres inteligentes en Cádiz, y á algunos amigos logré hacer aceptable la nueva estética de Kant y de Schiller." Lo que aumentaba el interés del comerciante-literato en sus estudios españoles, era el preciosísimo idioma castellano, tan apto para todo género de composiciones, usando para cada cual palabras y frases diferentes, y tan abundante, no sólo en refranes, sino en metáforas originales y en toda clase de giros. A pesar de tantas ocupaciones,

MCD 2022-L5

creció de día en día su nostalgia, y proponiéndose hacer otro ensayo de trasplantar á su familia á Alemania, compró en 1805, desde Cádiz, la finca Goerslow, situada en Mecklemburgo, á orillas del lago de Schwerin. A fines de 1805 marchó á su patria queridísima; pero viendo otra vez que su mujer, delicada flor del Sur, nunca prosperaría en el Norte frío de Alemania, la dejó regresar con sus dos hijas menores á España, mientras él, Cecilia y Juanito, su único hijo varón, permanecieron en Goerslow. Como propietario de Mecklemburgo, se hizo noble, añadiendo á su nombre el de su padrastro M. de Faber. En ningún momento más crítico y más triste para Alemania hubiera podido regresar á la ciudad de su nacimiento: era la hora en que los franceses ocuparon á Hamburgo. Entonces los cantos alemanes de la Edad Media y el estudio de los poetas germanos, tan candorosos como sencillos del siglo XVI y XVII, constituyeron el centro de la existencia del solitario de Goerslow, que además se consagró á la agricultura y á la educación de su hijo Juanito, mientras la inteligente Cecilia se educaba en Hamburgo.

Boehl de Faber continuó viviendo también en la primavera eterna de la poesía castellana, haciéndose por el estudio de tantas obras maestras compatriota de los hijos de la nación española. Después de haber reunido en sí los rayos más puros de la cultura ibérica,

¿qué le restaba en el retiro de su vida bucólica sino abrazar también aquella religión que en otro tiempo era el soplo, el color, el ser, la inspiración, la vida de las naciones de Europa, y por la cual España luchó contra los mahometanos durante siete siglos, hasta arrojarlos al otro lado de los mares? Imitó, pues, el ejemplo del conde de Stolberg, cuya conversión le había ocupado largo tiempo, y siendo ya católico, volvió en 1813 con toda su familia, que se había unido con él en 1812, á España, que á partir de entonces no abandonó más.

El filósofo de Goerslow volvió á ser en Cádiz el comerciante español, y siguió siendo el amante de la poesía, el apasionado del romanticismo. Cuanto mayor era la aversión que sentía contra los afrancesados españoles de su tiempo, tanto más se entusiasmó por los héroes de la antigua poesía castellana y por las preciosas obras del autor de *El Alcalde de Zalamea,* el gran dramaturgo cuyo nombre vivirá en tanto que los hombres busquen como ideal de sus aspiraciones el cumplimiento del deber por la virtud y el honor. Trabajando para la posteridad, Boehl de Faber agigantó su persona.

Entretanto su hija Cecilia, que después se hizo la tan celebrada como fecunda escritora de escenas rústicas, de dramas populares, y que escribió también en alemán una novela titulada *Sola,* publicada en Hamburgo, se en-

MCD 2022-L5

lazó en 1816 con el capitán de granaderos Planelles, al cual siguió á Puerto Rico, pero no bien hubieron desembarcado los esposos, cuando Cecilia quedó viuda, amparándola el Capitán general, en cuya casa estuvo la joven dama hasta que en compañía de una familia distinguida regresó á la Península, donde compartió con su padre no sólo todos sus intereses espirituales, sino también sus gratos recuerdos de la infancia en el lago de Schwerin, que les parecía un sueño encantador. La anciana abuela de Cecilia hubiera querido que ésta fijase su residencia en Hamburgo, pero ella había prometido ya su mano á un sevillano á quien conoció en su infancia, el marqués de Arco Hermoso, con el cual contrajo matrimonio en 1822. Falleció éste en 1835, y más tarde se enlazó con el abogado y después cónsul D. Antonio Arrón de Ayala, residiendo sucesivamente en Jerez, Puerto de Santa María, Chiclana y Sanlúcar de Barrameda. No tuvo hijos la que tanto interés sentía hacia los niños, esas encantadoras criaturitas salidas misteriosamente en el éxtasis de un beso de amor, y unidas al corazón de las madres por la Naturaleza, como el botón de rosa que, después de un sueño, se descubre bajo el rocío de la mañana.

Boehl de Faber escribió en 1819 su *Floresta,* una colección de composiciones líricas españolas del siglo XVII que fué impresa en 1821 en Hamburgo, siguiendo en 1822 el

tomo segundo y en el año siguiente el tercero y último, que se publicó en 1825, conteniendo el primero lo que más había cautivado al recopilador, el segundo lo que satisface más el gusto general, y el tercero, lo extraño y extraordinario. La *Floresta* es un espejo fiel de todo lo más peculiar de la nación española en todas sus manifestaciones.

Ella abrió á Boehl las puertas de la ilustre Academia Española, que le nombró individuo honorario. En 1832 vió la luz en Hamburgo otra obra suya titulada *Teatro español anterior á Lope de Vega*. Continuó tomando parte en lides literarias, y con el mismo gozo con que á orillas del lago de Schwerin se había consagrado á meditaciones filosóficas, se ocupó después, en el Puerto de Santa María, de la vinicultura, como director de una casa británica de comercio de vinos. Allí en un patio sombreado por naranjos y por granados, rodeado de sus hijos, saludado por los gorjeos de las aves que á sus siempre abiertas ventanas acudían, y acariciado por las auras aromáticas, se complacía en leer y soñar, no envidiando á nadie. Después de pasada la edad de oro de la literatura alemana con los hermosos años de Goethe, Schiller y Tieck, las producciones germanas no le gustaban; en el romanticismo francés echaba de menos la moderación y la nobleza; tampoco podía ser de su agrado la política española, y su alma cansada ansiaba los campos de paz y de bien-

MCD 2022-L5

aventuranza. Morir no es más que cambiar de domicilio, ó como decía el alemán Logau: "Al abandonar el mundo muriendo, dejamos el lugar, pero no la vida." Eso lo dijo también Boehl de Faber, que extinguiéndose suavemente en 9 de Noviembre de 1836, rindió á la Naturaleza el tributo de la vida.

¿Qué diré de su hija Cecilia que no haya dicho ya la prensa europea acerca de la autora de *La Gaviota, Clemencia, La familia Alvareda, Callar en vida y perdonar en muerte, Lágrimas, Elia ó la España treinta años ha, El último consuelo, ¡Pobre Dolores!, La Estrella de Vandalia, Un verano en Bornos, Simón Verde, Justa y Rufina, Deudas pagadas ó un episodio de la guerra de Africa, Vulgaridad y nobleza, Un servilón y un liberalito,* etc., y que concluyó su ameno repertorio con la preciosa novela *Estar de más,* y con un ramillete de *Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares é infantiles,* siendo saludada con entusiasmo en Alemania por el eminente escritor Fernando Wolf como la que hacía más de veinte años se había colocado en primera fila entre los genios de la España contemporánea?

En 7 de Abril de 1877 entregó su bella alma á Dios, después de haber vuelto á ver á España tal como se complacía en presentarla á Europa en sus inimitables novelas, y después de haber oído con sumo placer dos años antes el repique de las campanas de la Catedral de

Sevilla con motivo de haber sido proclamado D. Alfonso XII rey de España, y entonces á la insigne escritora le parecía que las campanas repicaban solas, por propio impulso.

Cecilia Boehl (Fernán Caballero) no era una infanta, pero una Infanta de España, la duquesa de Montpensier, estuvo, con lágrimas en los ojos y una vela en la mano, asistiendo al acto de administrar los Santos Sacramentos á la tierna novelista.

Para que resuenen una vez más las simpáticas palabras de aquella boca cristiana, quiero repetir lo que Cecilia me comunicó cuando la visité en 1869, en Sevilla:

"En Medina-Sidonia hay un hospital; tiene por nombre: *Amor de Dios.*

"En un nicho, á la puerta, hay una linda efigie del Niño Dios, que tiene en la mano una demanda y al pie estos versos:

"Cristiano, por ti encarné
En el seno de María,
Y por ti en Belén un día
Cual tierno infante lloré;
Por ti en la Cruz expiré
Burlado del judaísmo,
Por ti descendí al abismo,
Y si ves que pido aquí,
No creas que es para mí
Que pido para ti mismo."

1878

JOSÉ VÍCTOR DE SCHEFFEL

Alemania ha celebrado una fiesta extraordinaria como homenaje á un poeta contemporáneo, á un literato alemán que ha alcanzado honores sin cuento con motivo de su quincuagésimo cumpleaños.

El poeta á que me refiero ha sido honrado por Alemania toda, sin distinción de clases ni opiniones, así por los príncipes, como por los ayuntamientos, por los casinos y los estudiantes. Parece increíble el delirante entusiasmo con que los estudiantes alemanes han expresado su admiración y agradecimiento hacia su inspirado cantor. Dos mil estudiantes se reunieron en Viena, en las "salas de Diana", y como los estudiantes alemanes y austriacos tienen una sed colosal, no pueden obsequiar á su ídolo sino ofreciendo libaciones á Gambrino y ejecutando con exactitud lo que se llama en la jerigonza estudiantil una "salamandra". Consiste aquel ejercicio tan ameno, aquella ceremonia tan extraña, en

hacer ruido con vasos llenos de cerveza, chocándolos en la mesa y apurándolos después de un solo trago y volviendo á chocar los vasos vacíos, lo que hace el mismo efecto que si tocasen el tambor. La frotación de unos dos mil vasos, acompañada de un brindis entusiasta, efectuóse en honor del poeta alemán José Víctor de Scheffel, el hijo de Karlsruhe, asistiendo al acto gran número de mujeres hermosas y bien prendidas, las principales notabilidades de la aristocracia, de la riqueza y de la elegancia, y además profesores, literatos y artistas; y el glorioso vencedor de medio siglo, el vate cuya musa tiene relaciones muy íntimas con el mundo de los estudiantes, tuvo que luchar con una formidable cantidad de vigorosas salamandras, hijas del fuego del entusiasmo, que por conducto del telégrafo penetraron en su cuarto. ¿Qué había de hacer el poeta, que á la sazón se encontraba en su ciudad natal, en vista de tan inesperado ataque? Contestó á sus admiradores con una humorística poesía que, despojada de las galas de la versificación, dice: "Cuando la aurora me despertó, vi ante mi lecho una salamandra gigantesca extendiéndose en tres sillas. Aquella salamandra me decía mientras que sus ojos sonreían: "Tienes muchos amigos en las orillas del Danubio; dos mil cantores me han ejecutado en Viena durante la media noche." ¡Dios mío!—exclamé yo.—¡Dos mil! ¿Cómo podré darles las gracias indi-

vidualmente? Tendría que pasar todo el próximo año peregrinando por la vida con paso mal seguro y no haciendo otra cosa más que expresar mi gratitud á las salamandras. ¡Pobre de mí! ¿Cómo podré salvarme? ¡Levántate, salamandra mía! Yo te besaré á ti sola en vez de besar á todas, ¡oh!, monstruo húmedo y alegre. ¡Por Dios! El beso era difícil. ¡Bien hayan ustedes, mis jóvenes amigos! ¡Ojalá que su ánimo poético continúe produciendo aún muchas flores galanas! Yo he amado el canto en mi juventud, y le seré fiel también en mi senectud."

Quiero añadir cuatro palabras acerca del héroe de la solemnidad de la salamandra gigantesca, acerca del vate que, en la ciudad cuyo castillo alberga la más colosal de las cubas, entonaba los más originales cantares estudiantiles y báquicos, conduciéndonos hasta la taberna asiria llamada "La ballena negra de Ascalón".

En las poesías de Scheffel respírase el perfume heidelbergués, el espíritu del Palatinado, el aroma del vino del Rhin: sus composiciones escritas en Heidelberg, la patria de la ciencia alemana, la ciudad del Neckar, están en consonancia con el genio húmedo del lugar que enlaza el humor y los chistes á la severidad del saber, propia de la antigua ciudad de las musas. Las poesías todas de Scheffel se parecen á las sencillas láminas de la escuela germana grabadas en madera. El que

vió la luz en la ciudad donde vivía Hebel, nos pintó la parte más meridional de Alemania: aquellos aislados montes cónicos, el Hohentwiel y el Hohenkrähen, cuyas poderosas moles se elevan en medio de una llanura feraz, ofreciendo un hermoso panorama sobre la deliciosa vega, el jardín de Suabia, el joven Rhin, el ancho espejo del lago de Constanza, mientras á lo lejos se ven las cabezas blancas de los Alpes de Appenzel. Con el Hohentwiel y el Hohenkrähen podría compararse también el poeta, que súbito se nos presentaba con sus cantos atrevidos, elevando la cabeza juvenil sobre la prosa de la vida vulgar, contemplando con sus ojos vivísimos las bellezas que se encuentran en el bosque y en el campo, y respirando con el placer peculiar de los alemanes del Sur el ambiente puro del entusiasmo poético. Quizá la erudición profunda que Scheffel demuestra en sus composiciones con tanto acierto como talento, ha contribuído á aumentar su fama en los círculos académicos y alejandrinos; pero le hicieron popular sobre todo su lozanía exuberante, su ánimo profundo, su mirada que penetra así en los corazones y en los destinos humanos como en el corazón de los siglos más remotos, su arte plástica, su buen humor y su contemplación ideal.

Todo lo grande, todo lo bello que el pueblo alemán posee en las creaciones de sus poetas, se debe á las singulares cualidades de las mu-

jeres alemanas, al candor, al cariño, al genio y al corazón de las madres germanas. ¿Qué bardo alemán no cantaría los cariños de su madre, cuyo seno fué para él seno precioso de flores, seno feliz de alegrías?

También Scheffel, que se muestra muy sensible á los halagos de la musa cómica, debió á su madre su talento poético, aquel humor que pasa por el severo semblante del hombre como un claro rayo de sol por los campos lóbregos. Su vida se deslizaba tranquila, y el arroyo de sus cantos corría, á semejanza de las poesías de Uhland, en torno de los añosos y pardos muros de castillos desmoronados. En 1844 estudió jurisprudencia en Heidelberg, la ciudad rica en honores, y entró en la carrera jurídica en la vieja ciudad de Säkinga. Allí, cuando su fantasía tenía ya por base un saber sólido, su talento poético, que hasta entonces había dormido como en capullo cerrado, abrió sus lozanas flores. Allí nació su *Clarinero de Säkinga*, que terminó después en la isla de Capri, donde padeció esa enfermedad que se designa con el nombre de nostalgia, ansiando ver otra vez los montes sombreados por obscuros abetos de su país natal.

La literatura y el arte estaban de enhorabuena, porque habían descubierto un astro brillante que les anunciaba días venturosos y prósperos. En su colección de poesías, tan humorísticas como atrevidas, tituladas *Gaudea-*

mus, y nacidas en Heidelberg, donde pensó alcanzar un profesorado jurídico, demostraba el poeta un ánimo sano, una juventud despreocupada, una alegría que hasta á los ánimos más severos arrastra en su torbellino. Ese arpa de suavísimos sonidos auguraba blando consuelo al alma y grato recreo á los oídos. Un año después de publicado el *Clarinero de Säkinga,* que retrata en fáciles troqueos las alegrías y los dolores del amor, publicó su obra capital: *Ekkehard, una historia del siglo X.* ¡Con qué seguridad genial nos lleva el vate en aquella novela á una edad obscura que parecía falta de interés y en la que hasta entonces no se habían atrevido á penetrar sino algunos hombres de ciencia! ¡Qué perfume de antigüedad, qué tono tan infantil, propio de la crónica y de la tradición! Aquella novela la compuso aprovechando viejos documentos cubiertos de polvo que halló en la biblioteca de un convento. Una visita á la Wartburg en 1857, cuando en Weimar se inauguraba el monumento de bronce de los poetas que brillan á través de nuestro siglo con el esplendor de su genio tan refulgente como el sol, le inspiró sus composiciones tituladas *Frau Aventiure, cantos del tiempo de Enrique de Ofterdingen,* es decir, cantos propios de los principios del siglo XIII, en que los trovadores Walther von der Vogelweide, Wolfram de Eschenbach, Enrique de Ofterdingen, Reinmar el viejo y el virtuoso Schreiber, bri-

llaron en la corte del landgrave Herman de Turingia.

Cantos tales que en aquellos días tan alegres hubiera podido entonarlos un hombre ilustrado que trataba á trovadores caballeros, á monjes y á trovadores vagabundos, y que contemplaba á la hermosa Naturaleza con los ojos de Enrique de Ofterdingen ó de Walther von der Vogelweide, los aprendió á cantar Scheffel en las gradas de la Wartburg: á él se le acercó la maga que hoy no vive sino en solitarias cumbres ó en los claustros y en el santuario de vetustas catedrales. Otra obra suya llena de poesía es *Junípero, historia de un cruzado.* Al contemplar en una tarde serena de primavera las ruinas de Neuenhewen (Suabia), revelóse de repente al alma del poeta la historia de aquel castillo. Y como la atmósfera de los bosques, nos refresca su poesía *Bergpsalmen (Salmos de las montañas).*

Estas son las creaciones del vate que encierran destellos de ese fuego divino que sólo ilumina las imaginaciones gigantes. Fueron, pues, muy justos los homenajes que se le tributaron. Pero ¿quién puede enumerar tantas señaladas muestras de aprecio, tantos honores y distinciones? Me limitaré á decir que la emperatriz de Alemania regaló al poeta su retrato, que el gran duque de Baden le confirió título de nobleza hereditaria, y que el gran duque de Sajonia-Weimar y el gran canciller de Alemania le saludaron con telegra-

mas. El vate contestó á Bismarck: "Una gloriosa página en la Historia vale más que mil páginas de poesía." Y á las señoritas empleadas en el despacho de telegrafía, que no descansaron un instante en aquellos días turbulentos en que los telegramas se sucedieron con la velocidad del rayo, les dió las gracias el mismo poeta con frases muy lisonjeras entregándoles al mismo tiempo sus obras. ¿Quién pinta el asombro de Scheffel al recibir un telegrama de Trautenau (Bohemia), que contenía estas extrañas palabras: *Das Casino der Flegel* (El Casino de los Zafios)?

"Ustedes, señores míos, se llaman zafios—escribió el poeta agradeciéndoles su saludo,—pero, ¡válgame Dios!, jamás he conocido yo á "zafios" tan cultos y amables." Y, por fin, supo por las informaciones del Casino de Trautenau, que el empleado se había equivocado, poniendo en vez de *Das Casino Dr. Flegel* (es decir, en nombre del Casino, el Dr. Flegel), *Das Casino der Flegel.*

Excuso decir que también en la ciudad natal del vate se celebró una gran festividad, á la cual asistió el gran duque de Baden, que brindó por el poeta caballeresco y noble, pronunciando éste á su vez un brindis entusiasta alusivo al gran duque. Estrenóse ante ambos una pieza festiva titulada *En el Parnaso,* en la que aparecen la Musa épica, la Musa lírica y el Genio del canto estudiantil, disputándose el honor de coronar al poeta. Dirígense los

tres á Apolo, el cual manda llamar al mismo bardo por conducto del dios de los sueños. Aparece el poeta y ruega á las Musas le presenten ante los ojos cuatro figuras de su genio; pero aun después de haberlas visto no se atreve á decidir á cuál ama más entre ellas. Y las Musas resuelven que el mismo Apolo corone al poeta con el laurel merecido, y el Genio del canto estudiantil invita á Apolo y á las Musas á que ejecuten en honor del que es un "estudiante eterno", una "salamandra" solemne.

Si eso hicieron las musas del Parnaso, ¿no habían de hacerlo también los estudiantes de Alemania?

El ilustre vate que acaba de ser objeto del cariño y de la admiración generales, invitó á sus amigos y admiradores á que le visitasen el estío próximo en su casa de campo, situada en Radolfzell, para catar el vino de las orillas del mar de Suabia: el vino de la hospitalaria casa del poeta que dijo á sus amigos: "*Janua patet.*"

1879

*
* *

La ciudad más antigua del Palatinado que el Neckar baña, y cuyo castillo, destruído por los vándalos del Jena, es la ruina más pintoresca de Alemania, y cuya *Hirschgasse* (calle del Ciervo) es el teatro clásico de los duelos

estudiantiles; la Universidad más antigua y más venerable de Germania, la denominada "Ruperto-Carolina" de Heidelberg, que en el reinado de Felipe el Sincero fué la patria de las letras, brillando en las aulas y en la corte Rodolfo Agricola, Conrado Celtes, Jacobo Wimpfeling, Trithemio, Reuchlin, Wessel y Oecolampadio, y que después de introducida la Reforma fué reorganizada por Melanchthon, y que en el siglo presente se precia de los catedráticos más insignes de Alemania, entre los cuales mencionaremos al jurisconsulto Vangerow y al historiador Luis Häusser, se dispone á celebrar, á principios de Agosto próximo, una fiesta brillante y alegre: su quinto centenario.

Pero el vate que parecía destinado á ser el centro de la alegría toda y de todos los recuerdos consagrados á las glorias pasadas de la antigua Heidelberg, y el héroe de la entusiasta y despreocupada juventud académica y de los sabios y severos ancianos, por haber evocado los genios de aquella ciudad bellísima, animándolos con su imaginación poderosa; el bardo atrevido, idílico y anacreóntico; el poeta privilegiado de la belleza, de la vida estudiantil, de la alegría y del amor; el poeta cuyo humor, sonriendo y llorando á la par, mostraba la señal de su origen divino, y cuyas novelas, pintándonos en acabados cuadros de género á los representantes de generaciones más fuertes, candorosas y alegres, que los

MCD 2022-L5

hombres nerviosos de nuestra época, y aplicando los principios del realismo á los asuntos del romanticismo, tienen la delicadeza y la espontaneidad poética, el vigor de la expresión y de los pensamientos, y de la Germania de la Edad Media, si así vale decirlo, olor, color y sabor, y son obras de un poeta moderno que con su fantasía hace del cementerio de la Historia el mercado animado de la vida, no dará la consagración poética al centenario de Heidelberg, ni recibirá los homenajes de admiración y de agradecimiento, escuchando los inspirados cantos que entonó en honor de la ciudad predilecta de las musas: José Víctor de Scheffel, esa encarnación viva del humor de la Alemania del Sur, que derramaba alegría sobre millares de corazones; esa robusta naturaleza parecida á los vigorosos robles alemanes acaba de morir, sucumbiendo de una enfermedad incurable en Karlsruhe, su ciudad natal. Antes de fallecer exclamó: "¡Ojalá que pudiese vivir todavía cinco años!" Era tarde ya: el Rhin y el Neckar lloran su cantor: exhaló su último suspiro el 9 de Abril.

Para todos, para Heidelberg y para Alemania entera, su pérdida es irreparable. Los socios del Centenario, los que le deben tantas horas llenas de alegría purísima y de felicidad, visitarán los lugares que vieron la primavera del bardo, su pasión y el martirio horrible de su agonía, y repetirán esta elegía

MCD 2022-L5

tan popular como llena de ternura que él mismo pronunciaba en su *Clarinero de Säkinga:* "¡Adiós! ¡Qué dicha tan inmensa si estuvieses aquí! ¡Ay! No ha debido ser."

Pero el nombre del vate que nunca quería sumirse en las sombras profundas del pesimismo, no evoca recuerdos llenos de tristeza, sino cuadros de luz, el júbilo de las alondras, la pompa de lozanas rosas, semblantes risueños y los labios frescos de la juventud, los goces báquicos, el humor estudiantil que llevaba la erudición de las aulas, las ciencias naturales, á la taberna, parodiando con su audacia académica la sabiduría de los catedráticos, y haciendo de los lugares venerandos del Oriente el teatro de chistes estudiantiles. Parece que los cantos de Scheffel son canciones de Heine celebrando un Carnaval de la Edad Media. Pero en el fondo de tantos himnos alegres y frescos como la fuente está la melancolía: el niño descuidado y amable se hizo un adolescente atrevido, un trovador errante, convirtiéndose éste, á pesar de todas las distinciones que le dispensaban los príncipes y los estudiantes, en un anciano melancólico y solitario, en una momia viva.

Hace años visitó el monte de Hohentwiel, cerca de Singen, donde una vendedora de retratos ofrece el de Scheffel á los viajeros. Así lo hizo también á nuestro héroe. "¿Qué hombre es éste?", preguntó el poeta. "¿Quién no le conoce?—contestó la mujer.—Es el ilustre

señor de Scheffel, que ha escrito un libro muy hermoso sobre el Hohentwiel." "Pero ¿qué fué de aquel hombre?" "Ha muerto ya hace años; pero era un señor muy bueno..."

Complacióse el poeta en contar ese episodio á cuantos le visitaban en su Buen Retiro, á orillas del lago de Constanza. Pero para él la gloria no era sino una compensación pobre y mezquina de la felicidad que necesitaba su alma, así como la flor necesita la luz. El que cantaba con entusiasmo la bienaventuranza del amor correspondido, no disfrutó de las bendiciones de un amor constante: sólo en los tres últimos días de su existencia vió á su lado á la mujer que por espacio de veinte años estuvo separada de él. Cuando los alemanes todos se interesaban por la preciosa vida del ilustre enfermo, su esposa, la baronesa María Malsen de Tilborch, no pudo menos de visitar al poeta, que en su lecho de dolor se parecía á Heine, á quien había imitado en aquella epopeya del amor que se titula el *Clarinero de Säkinga,* en la que respiramos las auras del Rhin.

"Cuídela usted bien, déle de comer cuanto haya en mi casa", encargó el poeta á su ama de gobierno, la buena Federica, demostrando una vez más su cariño y la bondad de su carácter.

Hijo de un oficial de la corte de Baden, era jurisconsulto por su educación y por sus estudios; y por su inclinación, primero pintor,

MCD 2022-L5

después poeta, dando la vida á sus composiciones indefinible matiz de ironía.

Scheffel, que, teniendo el temperamento de los trovadores errantes de la pasada edad, peregrinaba por la Selva Negra y se hospedaba ora en castillos regios, ora en casa de aldeanos, pasando á Roma y á Venecia, al valle del Sarca y á la Provenza, al lago de la Constanza y al Traunsee, á Weimar y á Donaueschingen, yendo acompañado de las figuras peregrinas de su fantasía: el joven Werner Kirchhoff y la dulce Margarita de su *Clarinero de Säkinga,* y el famoso gato filosófico Hiddigeigi, deudo del oso Atta-Troll, de Heine, y las maravillas del mundo antediluviano: el ictiosauro colosal, el megaterio y el horrible "tazzelwurm" de sus populares canciones estudiantiles, el monje Ekkehard y la duquesa Hadwigis, Spazzo y Moengall, y la bella griega Praxedis, el caballero Rodenstein y el enano Perkeo, y las figuras de la época romántica del poeta legendario Enrique de Ofterdingen, terminó siendo desde 1866 el solitario de sus dos casas de campo Mettnau y Seehalde, situadas á orillas del lago de Constanza, en el pueblo de Radolfzell, adonde le acompañaba el culto de sus admiradores, y donde se complació en los placeres de la caza y de la pesca y en sentarse en su celda delante de un cántaro, libando el Markgräfler.

No es el nombre de Scheffel de los que han alcanzado la notoriedad de la fama á fuerza

MCD 2022-L5

de exceso de publicidad, ni por la cantidad de sus obras: nos ha legado sólo escasos tomos, pero bastantes para conquistarle un título honrosísimo. En dos lustros concibió sus composiciones inmortales, asemejándose su genio á los árboles del Sur, que en la primavera se adornan á la vez con flores y con frutos; y como Uhland, no sabía dar vida sino al mundo espiritual y al sentimiento de su juventud. La mansión de su musa era aquella joya de Germania, aquel paisaje encantador que se levanta entre el Rhin y el Odenwald, pasando á Heidelberg y continuando hasta el lago de Constanza. Allí despertó á la Historia por la magia de la poesía, y como autor de *Ekkehard* reconstruyó el siglo X y se hizo el Walter Scott de Alemania, introduciéndonos en la celda del monje y en la paz serena del palacio ducal, y prosiguiendo como poeta la gran obra comenzada en las ciencias por los sabios germanistas los hermanos Grimm.

Un joven y ya reputado escritor español, el marqués de Figueroa, decía en el Ateneo de Madrid en su conferencia sobre Fernán Caballero: "Reconstruir edades muertas es labor propia del hombre de ciencia; pintar cosas vivas, acertar á sentirlas y exponerlas, es trabajo de artista." Pero el cuadro de época, de magistrales tonos, que con tanta viveza de colorido trazó Scheffel en su sin par novela *Ekkehard,* en la cual la historiografía y la poesía celebraron pacto muy íntimo, y la ver-

MCD 2022-L5

dad estética se une á la verdad psicológica, es obra á la vez de un sabio apasionado de lo antiguo y de un poeta que sentía una necesidad artística para evocar las vigorosas figuras de la Edad Media, y que no describía sino lo que había sentido y los paisajes que había visto.

Por eso el creador de la mejor novela arqueológica de las letras alemanas empezó á escribir su *Ekkehard* en la abadía de San Gallen, y la concluyó en la posada que se encuentra en el declive del Hohentwiel, y no cantó la caza fiera de Rodenstein sin haber visitado en el Odenwald el castillo de aquel caballero.

No amaremos los troqueos prosaicos de su *Clarinero,* que han de cansar hasta al amigo más entusiasta del autor; pero admiraremos siempre su *Ekkehard* y diremos que los cantos que publicó con el título de *Gaudeamus*—deleitándonos con *La ballena negra de Ascalón* y con muchos otros cuentos fantásticos y originales y ocurrencias carnavalescas,—fueron para la juventud académica una verdadera panacea contra el pesimismo introducido en la sociedad alemana por Schopenhauer. Sus imitaciones de los *minnesänger,* que le encargó el dueño generoso de la Wartburg, el gran duque Carlos Alejandro de Sajonia-Weimar, ocupan también lugar privilegiado en la poesía alemana. Su novela *Junípero* no es sino un fragmento. Sus *Salmos de la montaña* y sus idilios titulados *Soledad del bosque* le

acreditan de colorista de primer orden. Mencionaremos también su *Hugideo*. No son las composiciones de Scheffel una cumbre alta de poesía, sino un valle florido que convida al deleite.

El genio de los grandes escritores tiene deberes sagrados. ¡Ojalá que el bardo de Suabia, el autor de *Ekkehard*, cuyos cuadros de género están iluminados por el sol de Germania y huelen á abetos, hubiese agradecido la popularidad inmensa de que gozaba, aprovechando aún más sus eximias dotes!

El 16 de Febrero de 1886 pasó el poeta su sexagésimo cumpleaños en la patria de su *Gaudeamus*, la clásica Heidelberg, adonde le habían llamado para que escribiese un canto relativo al Centenario de la Universidad. Iluminaron el soberbio castillo en obsequio del ya enfermo bardo, el cual, al contemplar desde la ciudad del Neckar su gloriosa carrera poética, y al comparar su estado actual con la alegría de su juventud, rompió en lágrimas. Pronto agravóse su enfermedad: apenas lograron trasladarle á Karlsruhe, cumpliendo el deseo del moribundo, y allí falleció en su casa.

El pueblo alemán ha honrado al muerto con el tributo de su dolor, como si fuese un rey: el gran duque de Baden visitó al finado, cuyo pálido semblante tenía ya carácter ideal; el deán católico bendijo el cadáver, y los estudiantes de Heidelberg, que le profesaban

MCD 2022-L5

amor y respeto, así como las mujeres de Maguncia á su *Frauenlob*, le condujeron á la última morada. Jamás la ciudad de Karlsruhe vió cortejo fúnebre tan numeroso. El ruiseñor lleva al trovador los saludos del Mediodía. De todas las regiones del mundo, y hasta de la lejana San Francisco, los alemanes encargaron á los hijos de Karlsruhe adornasen con coronas la tumba del bardo, del cual diremos lo que él mismo puso en los labios del trovador germano Reinmar el Viejo, diciendo: "En mi campo no había muchos granos, pero sí muchas flores con las que podrían ceñirse coronas y guirnaldas. Mi laúd ha conquistado muchos premios de oro, y mi arte devolvió la salud á muchísimos corazones."

El que con dulces armonías robó la palma al apolíneo coro, vivirá mientras corra el Neckar y mientras la juventud germánica no desaprenda á ser joven. Más que en bronce y mármol, esculpida tiene una estatua en cada corazón alemán. Si estos recuerdos fueren gratos á su memoria, recíbalos él como ofrenda de nuestra estimación: pobres y mustias flores que nos es permitido regar sobre su tumba.

1886

MCD 2022-L5

FEDERICO DIEZ

La pintoresca y poética ciudad de Bonn encierra una joya, una celebridad de la inteligencia, su Universidad, que debe su prestigio á la sabia dinastía de sus profesores y á la tradición emuladora de sus alumnos. Pero ¿dónde están aquellos cuyos gloriosos nombres hirieron las fibras de mi entendimiento en la niñez y me infundieron veneración en la edad madura? ¿Dónde está mi maestro, Federico Diez, que se consagraba á ser fiel sacerdote de la ciencia? ¿Dónde está el que fué mi maestro también, Carlos Simrock, que ocupaba todos los días, todas las horas, su clarísimo ingenio, su trabajo incesante, en darnos á conocer los tesoros de nuestro pasado, en trasladar á la literatura del siglo y en popularizar lo que el genio de la poesía alemana produjo hace quinientos años? No los encuentro en las aulas que han ilustrado. ¿Dónde están, pues? En el cementerio. Ya han pasado á la vida de ultratumba; ya ha

caído la losa eterna del sepulcro sobre sus inanimados restos. Pero los muertos no han acabado para los vivos: continuamos sintiéndonos unidos á ellos por la veneración, el afecto y la piedad, y la muerte les da un prestigio más.

Si vamos por la Puerta de Estrellas, en breves minutos llegaremos al lugar tranquilo que sirve de depósito sagrado á los restos mortales de los que ayer eran gloria del Rhin y hoy guardan el silencio del sepulcro. Vaguemos entre las sombras de los árboles que al cementerio prestan aspecto muy poético; miremos las tumbas que medio ocultas entre el ramaje nos dan aromas y frescor; contemplemos los monumentos elevados que dan testimonio de la elevación espiritual y de la fecunda idealidad artística de nuestro pueblo.

¡Qué de glorias encierra el Campo Santo de Bonn! Parece el Panteón de Alemania por los hombres insignes que en él reposan, y un jardín encantado, por los dones de la Naturaleza, por los dones del cielo y por la hermosa alfombra de césped y de flores que cubre las tumbas. En medio de éstas se encuentra una capilla cubierta de verdura, símbolo de esperanza y de primavera eterna.

En ese depósito de la muerte te encuentro á ti, padre queridísimo, Ernesto Mauricio Arndt, hoy plectro destrozado y cítara enronquecida, y ayer profeta de la unidad alemana, caudillo del pueblo durante más de cuarenta

MCD 2022-L

años por las sendas del desierto. Aun nos hablas desde la tumba diciendo: "¡No lloréis por mí, amigos míos!" Entre los habitantes de la sombra que tienen derecho inalienable al amor de la patria, á la gratitud de la Historia, te veo también á ti, Bertoldo Jorge Niebuhr: si hermoso es el monumento con que te honró tu rey, honrándose á sí mismo, es más hermoso todavía el que te erigiste en los libros de tu *Historia romana*. Deposito una corona de laurel sobre tu sepulcro, maestro mío, Federico Cristóbal Dahlmann, que me introdujiste en el espíritu de la Historia y que contribuíste á dar sangre y carne á la Germania unida. En tan estrecho recinto te hallo á ti, Federico Amadeo Welcker, que viviste en la vasta é ilimitada esfera de la ciencia y nos conservaste los tesoros de la antigüedad; á ti, Augusto Guillermo de Schlegel, que formaste nuestra lengua, ostentando las gracias de su artificio y la majestad de sus tonos, que hiciste germánica á la musa de Shakespeare, germánicos á los tesoros indios, y que nos hiciste admirar en Calderón los aromas de la poesía española, ese concierto suave y esa maravilla indecible del espíritu de piedad esforzando el vuelo de los ingenios. Aquí te encuentro también á ti, Cristián Carlos Josías de Bunsen, que, siendo hijo del trabajo y de la sabiduría, pasaste al trato de los reyes, y desde el modesto rincón del sabio, al mar de la vida pública, levantando la bande-

ra de Prusia, y desde el ruido del mundo volviste al aposento tranquilo para conducir á tu pueblo á la luz. A la mansión eterna de Jehová, á las regiones donde suena la música de las esferas, volaste también tú, Roberto Schumann, maestro en el reino de los sonidos, y aquella Bonn que fué cuna de Beethoven, te dió sepultura. Aquí, en la morada de eterno descanso, reposáis vosotros, hermanos Sulpicio y Melchor Boisserée, cuya vida estuvo consagrada á fines á la par ideales y nacionales: vuestros corazones parecían dos altares en que se confundieron dos llamas, vuestro ídolo era el arte germánico, y sacando á la luz los tesoros del antiguo arte alemán, erais, permítase la comparación, dos buzos que descubríais perlas escondidas largo tiempo en la profundidad del mar.

No os olvidaré á vosotros, catedráticos insignes de la Universidad de Bonn: Juan Loebell, profesor de Historia; Federico Guillermo Argelander, de Astronomía; Federico Bluhme, de Jurisprudencia; Cristián Augusto Brandis, de Filosofía. Ya reposan vuestros huesos á la sombra de los cipreses de este recinto destinado *Dormientium quieti, superstitum incolumitati* (1). Pero ¿qué nombre tan querido para el pueblo alemán leo allí, en una piedra que se eleva próxima al muro del ce-

(1) Esa sencilla y sublime inscripción la puso el señor Posada, obispo de Cartagena, sobre la puerta del primer cementerio de Murcia.

menterio, á la derecha de la entrada? El nombre de Carlota de Schiller, esposa de nuestro gran poeta. El sol con sus vívidos fulgores ilumina tu tumba, Carlota, mientras dura el día, y de noche la luna cariñosa la envía sus rayos apacibles. Tu lápida sepulcral está adornada con las palabras de tu esposo sacadas de su poesía *El Genio:* "¿Debo seguir el camino sombrío? Tiemblo, lo confieso, pero quiero seguirlo de buen grado, puesto que conduce á la verdad y al derecho." Ya gozas alegre de celeste bien; ya tus ojos, que aquí abajo estaban medio ciegos, han vuelto á ver á aquel que fué el orgullo de tu vida. La nación alemana adornará tu sepulcro con flores, como en el aniversario del día de tu muerte hasta el año último lo hizo la viuda de Sulpicio Boisserée, cuya mano se ha trocado ya en hoja marchita en el seno de la tierra.

Y aquí ¡Dios mío! reposan tus fúnebres despojos, queridísimo tío Fernando Fastenrath, á quien anhelaría colocar en sepulcro de nácar y de oro. Tú inspiraste amoroso mis primeros cantos, y por ti celebré al español rey San Fernando. Después de tu muerte no había placer en mi alma ni sonrisas en mis labios. Mis padres te llamaban santo ya en vida; ¿cómo he de llamarte yo cuando ya te divinizó la muerte? Tío queridísimo, que me ves desde tu morada tranquila; tú, que alcanzaste las delicias de otro mundo como premio de tus virtudes, oye estas palabras en-

vueltas en el ardor de la oración, en la espiral del incienso y en el llanto de los ojos. Tu memoria es para mí una fuente de bendiciones. Y aunque hundido en la tierra fría, vivirás mientras un corazón en el mundo te dedique un recuerdo. Te agradezco mil veces las semillas de fe que depositaste en mi juvenil corazón; te amaré y te bendeciré hasta mi último suspiro. Bendigo las flores, el sol y la luna hermosa que prestan galas á tu tumba.

El triste tañido de la campana anunció al mundo que todo el terreno acabó también para ti, Federico Diez, y para ti, Carlos Simrock. Ya el Campo Santo de Bonn os ha acogido en su seno. Dejadme rezar una oración al pie de vuestra sepultura. Sobre tu tumba, príncipe de los germanistas, veo aún la corona de laurel con que el príncipe heredero de la Corona de Alemania, Federico Guillermo, te honró, dirigiendo desde Scheveningen el 24 de Julio de 1876 un expresivo telegrama al rector de la Universidad de Bonn, diciéndole: "Ruégoos que en mi nombre depositéis una corona de laurel sobre el sepulcro de Carlos Simrock." Así honrado el profesorado en Alemania, es un verdadero sacerdocio. ¡Qué empresa tan grata para mí es la de encomiar á los que merecieron tales distinciones, á los que trabajaron para vivir la vida sublime del espíritu!

Federico Diez es el patriarca de los filólogos, el fundador de la filología del romance,

MCD 2022-L5

un gramático por la gracia de Dios, cuyo mérito extraordinario aleja los competidores; y no obstante esos títulos gloriosos fué el más modesto de los hombres. Era aficionado á la lengua de Cervantes, tan rica, tan grave, tan sonora, majestuosa sin ampulosidad, elegante sin afectación, delicada sin fastidio, y sabía ser soldado como lo fué Cervantes. Ya en tres lenguas, la francesa, la italiana y la alemana, se proclamaron sus glorias, escribiendo sobre él el francés Gaston Paris en 1863, en su traducción de la *Introducción en la gramática del romance,* por Diez, y el italiano Hugo Angel Canello, en su opúsculo *Il professore Federico Diez e la filología romanza nel nostro secolo,* que salió en 1872 en Florencia, y Mussafia, en el *Periódico hebdomadario de Austria* de 1872.

Compatriota del que fué todo un capitán general en la ciencia en que yo no me creo ni recluta, no puedo enviarle el insignificante testimonio de mi admiración sino á la tumba, y sobre ella depositaré una flor cogida en el huerto de las Hespérides de la lengua castellana, en el cual la mano diligente de Diez cosechó tantos y tan sazonados frutos.

Federico Diez nació en 15 de Marzo de 1794 en Giessen. Tuvo la fortuna de contar por director de su juventud, por maestro en el gimnasio, por colega en la Universidad y por amigo de toda la vida, al ingenioso arqueólogo y filólogo Welcker, que contaba sólo diez

años más que él. Ya estaba consagrado el joven Federico al estudio de la filología clásica cuando el año de 1813 le llamó á las filas de los voluntarios alemanes que hicieron la guerra á Francia. De regreso de aquella campaña, en la que dió muchas pruebas de valor, empezó á dedicarse á la jurisprudencia; pero poco después la dejó para consagrarse con toda su alma á la literatura, á la filología, al estudio de las lenguas castellana y portuguesa. En 1817 publicó una esmerada traducción métrica de romances españoles, que en la primavera de 1818 le sirvió de carta de recomendación al visitar á Goethe en Jena. Y al estímulo del autor de *Fausto* se debe que Diez se desposase para siempre con la filología del romance. ¡Qué maravillas tan grandes hizo un sencillo suelto del príncipe de nuestros ingenios, en que éste había escrito el título de una publicación de Raynouard relativa á los trovadores provenzales! Pues aquel suelto, que Goethe entregó á su joven visitante, evocó esta serie de preciosos tomos que fundaron la ciencia del romance, este caudal de trabajos lingüísticos y literarios, de comentarios y críticas, y, sobre todo, las dos mejores obras que existen sobre la literatura provenzal, á saber: *La poesía de los trovadores,* que apareció en 1826, y la *Vida y obras de los trovadores,* que vió la luz en 1829, asegurando la fama de su autor. ¡Qué vida tan rica se encuentra retratada con vivos colores en la úl-

tima de las obras citadas! Las biografías de los trovadores ostentan una escala entera de amores y de aventuras amorosas: el amor se presenta en formas muy diversas, desde el culto tributado á la dama sólo por la mente, hasta la ternura más entrañable del corazón, en los celos y en los grados más altos de pasión meridional. En las descripciones de Diez todo es sencillez y moderación: no se ve sino un espejo claro y puro de los objetos, y para él deja de tener sentido aquel dicho vulgar italiano que dice: *Traduttore, traditore.* El que nos contaba los amores de los trovadores permaneció soltero, gozando de los cuidados de su hermana, que tampoco llevó su corona de azahar á los altares de Himeneo. En 1822 ingresó en el claustro de la Universidad de Bonn, siendo profesor en 1830 y lumbrera de la Universidad hasta su muerte, acaecida en 19 de Mayo de 1876. Su vida exterior no ofrece datos dignos de mención especial; pero, en cambio, ¡qué rica fué su actividad científica! Lo que fué Diez lo demuestran los centenares de estudiantes que, atraídos por su inefable benevolencia, por la pureza infantil de su naturaleza, por su manera casta de traducir y su modo discreto de interpretar, llegaron allende de los Alpes y del Rhin para trabajar á su sombra.

Su obra principal es la *Gramática de los idiomas romances,* que se publicó en Bonn desde 1836 á 1842 y forma tres tomos. Si

esta obra carece del mérito de la originalidad—pues el mismo Diez confiesa que trasladó á las lenguas romances el método empleado por Jacobo Grimm en la Gramática alemana, y que además los notables trabajos de Bopp y de Guillermo de Humboldt ejercieron sobre él gran influjo,—no puede negarse que su *Gramática* es una obra magistral, así por la solidez de sus investigaciones y la sutileza de sus combinaciones, como por la claridad y tersura de la dicción. Grimm, el fundador de la filología germánica, el autor de la Gramática teutónica, era la cabeza divinatoria; pero su naturaleza poética le llevó á veces á regiones adonde la mente no se atreve á seguirle, mientras Diez, el maestro de la filología romance, el autor de la *Gramática romance,* huyó siempre del escollo que esteriliza la ciencia, á saber, la exuberancia de imaginación, enfrenando ésta por la mente fría, y se contentó con lo poco, firme y seguro, en vez de hacer caso de muchas hipótesis, por seductoras que fuesen. Por eso renunció también á explicar de qué modo las lenguas romances se formaron del idioma latino. La *Gramática* de Diez encontró por doquiera acogida muy entusiasta, no menos en Francia, cuyos hijos no tuvieron inconveniente en ser sus discípulos porque él, cuando joven, hubiese entrado en su país con las armas en la mano.

Si fuera lícito hablar de mi humilde persona, diría que conservaré siempre gratísimo

recuerdo de aquellas hermosas horas en que leí, bajo su dirección, en 1856, la primer obra en castellano que cayó en mis manos, *La vida es sueño,* de Calderón, cuyo solo nombre bastaría para probar la verdad de lo que el inolvidable marqués de Valdegamas decía á la ilustre Academia Española: "Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias."

Lo mismo que en 1865 tenía el honor de ofrecer á mi maestro las primeras flores de mi pobre musa, un ramillete de romances escritos en alemán é inspirados por la literatura española, le ofrezco hoy el tributo postrero de cariño.

La *Gramática* de Diez tuvo por complemento el *Diccionario etimológico de las lenguas romances,* que salió en Bonn en 1853. En la etimología, que se presta tanto á fantasías y á genialidades, el gran gramático demostró aquella mesura previsora que le distinguió siempre.

Resultaría incompleta esta ligera reseña de sus publicaciones si no mencionase también sus *Monumentos del viejo romance,* publicados en 1846, á los cuales siguieron en 1852 las poesías viejo-romances *Pasión de Cristo* y *Poema de San Leger,* y, por fin, *El primer*

MCD 2022-L5

arte portugués y la poesía áulica, refiriéndose sobre todo al *Cancionero del rey Dionís.* Aun encontramos al docto maestro en la plenitud de sus fuerzas en su obra *Glosarios viejo-romances corregidos y explicados,* que apareció en 1865, honrando así á su autor como á las letras germanas. Es verdad que en su obra última, *Formación de palabras en el romance (Romanische Wortschöpfung)* (1), publicada en 1875, se deja sentir á veces el peso de los años, que concluyó por enervar un tanto sus poderosas dotes intelectuales; pero ¿quién se atreverá á desdeñar la flor tardía é inesperada, la flor postrera de un árbol magnífico á cuya sombra están trabajando todos los romanistas?

Al maestro, en vida le tejieron una corona de obsequios, el 30 de Septiembre de 1871, con motivo del quincuagésimo aniversario de su promoción, y al maestro muerto no han de faltarle los respetos de la posteridad.

1879

***

La lengua armoniosa de Castilla, que hace siglos escucharon el verde Rhin y el Danubio azul—que evocan á la par la leyenda de los Nibelungos y las glorias de los héroes españo-

(1) Cual digna sucesora de Diez se ha mostrado una joven y doctísima señora alemana, Carlota Michaelis, en su obra *Studien zur romanischen Wortschöpfung,* publicada en Leipzig en 1876.

les,—ha resonado una vez más en las orillas de nuestro río nacional, pero no como grito del dios de la guerra, sino cual voz amiga de un ilustrado catedrático de la Universidad Central de Madrid, contribuyendo al esplendor de una fiesta literaria y á estrechar la fraternidad entre la noble España y la culta Alemania, celebrando á la vez la gloria de un sabio germano cuya suprema aspiración patriótica era crear obras de que hubiera de enorgullecerse su pueblo, y que se complació en la idea de que los pueblos románicos debieran á un alemán el conocimiento profundo de los tesoros de su habla.

Este héroe de las ciencias, este benedictino de la gramática, que desde su tranquilo gabinete de estudio obligaba á los extranjeros á reconocer sin envidia su grandeza y divulgaba ya antes de 1870 más que ninguno la gloria del nombre alemán, pero que vivía casi desconocido entre sus conciudadanos los bonnenses, que veían á aquel hombre tan pequeño y modesto, encorvado por el trabajo — el Hartzenbusch de la filología, — pasearse todos los días por la alameda más tranquila de Bonn, ó acudir á veces al casino de la ciudad; este hombre peregrino, á quien los sabios españoles, italianos, franceses é ingleses, celebraban como el decano de su ciencia, como el padre de la filología románica, como el que en 1836 había presentado el árbol genealógico de los idiomas de la gran familia románi-

ca, como si dijéramos, la Biblia de la filología románica, se llamaba Federico Diez.

No tenía uno de esos semblantes que sólo exigen ser vistos una vez para no olvidarlos, ni una de esas espaciosas frentes que á simple vista nos predisponen á creer sin trabajo en la perspicua inteligencia que tras ella funciona.

Fué agraciado con la más alta condecoración prusiana, la orden *Pour le mérite;* pero el profesor enfermizo vivió, como Moreno Nieto, en una pobreza rayana en los linderos de la miseria.

Como catedrático extraordinario, desde 1823 sólo disfrutaba trescientos thalers, y con su ascenso en 1846 llegó á tener setecientos thalers de sueldo. A pesar de eso no perdió el buen humor, pues encontráronse entre sus papeles hasta poesías "carnavalescas". No contrajo matrimonio, pues decía siempre:

"Mi novia quería que la diese un beso,
Pero á mí me faltaba el tiempo."

No le faltaba inspiración para escribir poesías amatorias, sabiendo que el amor de la mujer es una estrella que ilumina, y recordando quizá la *Poesía de los trovadores,* ó *La vida y obras de los trovadores,* libros que adornó con los encantos de su talento como traductor, hasta el punto de parecer composiciones originales las versiones de aquellas

estrofas, que son como concha de nácar de las perlas del ingenio.

Una casualidad permitió al hijo de Sevilla y docto catedrático de Madrid, Antonio Sánchez Moguel, asistir á la fiesta que el 15 de Noviembre último celebró en Bonn la Asociación de filología moderna, para añadir una más á las muchas lápidas conmemorativas que adornan las casas de la ciudad: la erigida en honor del que en los tres últimos años de su existencia vivió en la Weberstrasse, 15.

Hay Asociaciones de filología moderna en diez y siete Universidades alemanas, y todas ellas han contribuído generosamente á que se dedicase en Junio de 1883 á Federico Diez una lápida conmemorativa en la casa donde nació, en Giessen.

Una de las etapas de Sánchez Moguel, encargado por el Gobierno español de estudiar las Universidades más importantes de Europa, fué Colonia, que en el siglo pasado se preciaba todavía de su Universidad.

Honróme con su visita, y me trajo otra vez el azahar de Sevilla, que yo había respirado con él, hace ya casi veinte años, en la ciudad del Betis.

—Vaya usted también—le dije—á Bonn, donde murió el gran Diez.

Moguel no pensó desde entonces sino en visitar la tumba del ilustre filólogo, y asistió á su apoteosis, pues encontróse en la Universidad rhiniana cuando los estudiantes alema-

MCD 2022-L5

nes iban á tributar sus homenajes al fundador de la filología románica.

Colocada la lápida en la casa de Diez, á presencia del rector de la Universidad, del decano de la facultad filológica, de muchos catedráticos y delegados de otras Universidades y del burgomaestre de la ciudad, un fraternal banquete reunió á los profesores y estudiantes en una fonda de Bonn, por coronamiento de fiesta, y se pronunciaron brindis en inglés, francés, latín clásico y latín vulgar.

El distinguido huésped de Madrid lució su elocuencia, arrancando al docto auditorio grandes aplausos al hablar, como antípoda de Castelar, en pro de los lazos de amistad que deben unir á la patria de Diez y á la del *Romancero*.

1886

*
* *

El centenario de Diez, que desde su estudio tranquilo, situado en la simpática y hermosa ciudad de Bonn, bosquejó la vida y obras de los trovadores y descubrió la esencia de las lenguas romances, aunque no había pisado nunca el suelo de Hesperia, pone de nuevo en mis manos la pluma que ya trazó hace años la semblanza encomiástica del maestro de los romanistas, que logró crearse una especie de familia entre sus discípulos.

Cuando los franceses, los provenzales y los

italianos, Gaston Paris, Castets y Ascoli, lo mismo que los alemanes Foerster, Mussafia, Schuchardt y tantos otros que siguieron las huellas luminosas del eminente catedrático, sienten el estímulo del entusiasmo y tejen guirnaldas de flores para honrar la memoria del sabio alemán á quien aplican, llenos de respeto y admiración, este verso de Dante, referente á su guía inmortal, el clásico Virgilio:

"Tu duca, tu signore e tu maestro";

cuando en todos los pueblos civilizados inspira poderoso interés el centenario de Federico Diez, ese rey de la ciencia, que se distinguía por la profundidad de su investigación, por su amor á la verdad, por la seguridad de su trabajo, y que, como padre de la filología romance, tiene, más que importancia nacional, trascendencia universal, trascendencia humana, siendo su venerable nombre lazo de unión entre los pueblos germánicos y la raza latina, y sus obras magistrales un puente espiritual entre las naciones separadas por las barreras de la política, por la guerra de 1870 y 1871, España ha de ensalzar también la portentosa obra del regio arquitecto cuyo vasto campo eran las lenguas romances, y que, á pesar de haber construído palacios altivos y duraderos, al lado de los cuales las concepciones de otros no son sino miserables cabañas, nos legó el ejemplo de su sin par modestia, ha-

MCD 2022-L5

ciendo suyo el verso del autor de *Orlando furioso,* I, 3:

"*Quanto posso dar, tutto io dono*",

y el axioma de Terencio:

"*Homine imperito nusquam quidquam injustius*
Qui nisi quod ipse fecit nil rectum putat."

Dice el poeta romano, cuyas estrofas son un manantial de sabiduría: "*Qui sibi fidet, dux regit examen.*" Y á veces tiene razón aquella máxima. Pero Diez no alcanzó la gloria por la confianza en sí propio, sino por su modestia, por su aprecio de las concepciones ajenas, por su constancia.

Cuatro alemanes ciñen la misma corona y están á la misma altura científica, á saber: Jacobo Grimm, Francisco Bopp, Pott y Diez, que hicieron de las filologías germánica é indogermánica, de la investigación general de la lengua y de la filología de los idiomas romances ciencias independientes. El genial Diez convirtió la torre de Babel de las lenguas romances en una Giralda primorosa y artística: demostró que estas lenguas tan distintas, la italiana, castellana, portuguesa, provenzal, francesa, valaca ó rumana, no fueron sino el desarrollo natural del latín vulgar, pronunciado por los naturales de aquellos países con la articulación de su lengua materna, y nos hizo ver las leyes y principios según los

cuales cada forma hubo de desarrollarse en el transcurso del tiempo, produciendo la fuerza creadora de la lengua del Lacio, bajo el aliento cálido de nuevos ideales de vida, nuevos vástagos y ramas frescas. Diez nos presentó las seis lenguas romances como hijas y herederas espirituales de la eterna Roma, y explicó su desarrollo cual proceso legal.

"El espíritu de todas las ciencias modernas—según dice Foerster—es el método histórico-genético que creó á la vez la filología comparativa, la geología y el darwinismo, la teoría de descendencia, aunque hay diferencia muy grande entre la Naturaleza, que se desarrolla sin saberlo, y las lenguas, manifestándose en éstas el espíritu, la chispa de Prometeo." Ha de figurar, pues, Diez junto á Darwin y Helmholtz; pero los fines del gran gramático no eran los fines prácticos de las ciencias naturales, sino que su actividad era meramente ideal, descubriéndonos las venas más secretas del alma popular.

El primero que trató de disipar la densa niebla que flotaba sobre el origen de las lenguas romances, fué el francés del Mediodía T. Raynouard, que vivió de 1761 á 1836. Pero, desgraciadamente, incurrió en el error de considerar el provenzal como primitivo idioma romance y como fuente de los idiomas francés, italiano, castellano y portugués, mientras que Diez, acogiendo las grandes ideas del romanticismo, que impulsaron á todos los inge-

nios del mundo occidental á investigar la índole de lo pasado y á conocer las creaciones de la Edad Media, demostró que las seis lenguas romances eran todas hijas del latín vulgar.

El padrino de Diez es Goethe, que en 1818 llamó la atención del joven, cuando éste le visitó en Jena, sobre los trabajos de Raynouard. El modesto Diez consideraba á éste como el iniciador de su ciencia. Pero así como la Reforma no empieza con Huss ni con Wicleff, sino con Lutero, la filología romance nació, en 1836, con el primer tomo de la *Gramática* de Diez.

¡Qué coincidencia tan singular! El apelativo Diez se encuentra así en la lengua castellana, como en la alemana, con la sola diferencia de que en alemán forma una sílaba, y en castellano dos. No es el sabio alemán descendiente de algún Díaz español, sino que debe su nombre á la ciudad de Lahn, perteneciente á Hesse. Las tres estrellas tan brillantes en la filología alemana, vieron la luz primera en el gran ducado de Hesse, naciendo en Giessen Diez, en Maguncia el insigne Bopp, que explicó las lenguas arias, el sánscrito, griego, latín, celta, eslavo y germano, y en Hanau el famoso Jacobo Grimm, que demostró el parentesco de los idiomas tudescos.

Cuando Blücher entró en Giessen, el joven Federico siguió, en 1814, á su maestro y capitán, Teófilo Federico Welcker, como voluntario del Cuerpo de Cazadores de Hesse, que

hizo la guerra á Francia. Después de terminada ésta ingresó en la llamada *schwarze Burschenschaft* (Cuerpo negro de estudiantes), ostentando en Bonn, donde estuvo por primera vez en 1815, durante un viaje de quince días, el traje tudesco, un cuchillo de monte y un birrete. En su correspondencia con el amigo y después párroco Carlos Ebenau — que extendiéndose de 1815 á 42, acaba de publicarse bajo los auspicios del catedrático de Bonn Wendelin Foerster, con motivo del centenario de Diez,—el alma arrebatada del joven refleja clara y fielmente los cuadros de Colonia, del paradisíaco Drachenfels, de la encantadora isla de Nonnenwerth, que se asemeja á las islas Borromeas y de San Goar, y respiramos el ambiente más puro, los aromas de una amistad ideal, presentándose Federico como un joven rico de fe, que evoca las memorias dulcísimas de ayer.

Aquellas cartas le recordaban su bienaventurada juventud, llena de sol cuando se había ido. Quien conoce las cartas íntimas de Heine, lo ama, y lo mismo diremos de las epístolas de Diez.

En 1816 siguió á su amigo Welcker á la Universidad de Goettinga. En 1819 desempeñó el papel de preceptor en Utrecht, en casa de una familia holandesa, y bajo el cielo gris de los Países Bajos sintió frío en el corazón y una gota de llanto en la mejilla, como Balaguer al contemplar la aglomeración de altos

MCD 2022-L5

y negros edificios en las ciudades de Bélgica, y como Isabel Prieto de Landázuri al recorrer esa tierra sombría y nebulosa donde se desarrollan los sucesos de su historia titulada *Berta de Sonnenberg.*

Parece imposible que Diez haya trabajado tanto habiendo padecido desde 1813 hasta su muerte una enfermedad en los ojos. En 1819 se ocupó en problemas lingüísticos, pero el amor de su juventud era la poesía y la historia de las letras. En 1818 dió á la estampa su traducción de *Viejos romances españoles,* á los que tributaron elogios en 1866, en el prólogo de su *Romancero,* Schack y Geibel. Debía ser intérprete excelente el que escribió al anunciar la traducción de Petrarca por Foerster: "El trabajo del traductor es un trabajo santo; como el poeta ha de ser llamado á su vocación, el traductor, en espíritu, ha de concebir y producir también. Determinada es su misión de reproducir el original en cuanto se lo permite su propia lengua. Quien quiera darnos una copia fiel de la figura espiritual del poeta, ha de entrar en su sagrario y llegar con ojos de águila hasta el sol. Nada alcanzará con los pintados vidrios de su propio humor."

En 21 de Noviembre de 1821, merced á la recomendación de Welcker, fué nombrado lector de las lenguas romances en la Universidad de Bonn, ascendiendo á la dignidad de profesor extraordinario en 12 de Julio de 1823, y

MCD 2022-L5

á la de profesor ordinario en 24 de Marzo de 1830. Pero aunque indudablemente fué de los que mayor honra dieron á la Universidad rhiniana — que se vanagloría con Guillermo Augusto de Schlegel, el fundador del estudio del sánscrito en Alemania, y con Bertoldo Jorge Niebuhr, que en nuestra centuria dió la dirección á las investigaciones históricas,—Diez nunca desempeñó el cargo de rector ni el de decano; en cambio fué nombrado hijo predilecto de su ciudad natal, Giessen, y recibido en el seno de las Academias de Berlín, Viena, Munich, San Petersburgo, París, Lisboa, y de Sociedades literarias de Transilvania, Upsala, Berlín y Goettinga.

En 1825 demostró, en contra de la opinión de Raynouard, que no existían las fabulosas cartas de amor.

Su *Poesía de los trovadores* y su *Vida y obras de los trovadores*, fueron pruebas de talento extraordinario. Cuando interrumpía sus trabajos se complacía en subir á una de las pintorescas colinas de Bonn para admirar el ocaso del sol y recitar versos de un poeta favorito.

Un día el amor halagó su esperanza: enamoróse de la preciosa hija de un catedrático de Bonn; pero en balde llamó á la puerta de la joven, y la ciencia continuó siendo su encanto, y, finalmente, encontró la felicidad en el cariño fraternal.

El tímido y taciturno Diez, tan pobre de

recursos, había de contentarse á veces con tener sólo dos discípulos, que se reunían en su modesto cuarto.

Uno de éstos, aventajadísimo en extremo, fué el conde de Schack, que, por desgracia, sufre también el martirio de Diez, una dolencia en los ojos, y el que escribe estas pobres líneas se ha sentado también á los pies del maestro y ha conocido su innata bondad. Aun hoy se me figura ver al anciano, que se asemejaba al caballero de la "capa raída": el inmortal Colón.

Pocos le conocieron, porque no brillaba en las aulas, sino que consumió su existencia en las penumbras del hogar.

La ciudad de Bonn, que le contó entre los suyos durante más de medio siglo, y que se ha encargado de conservar su tumba, pero que se olvidó de poner el esclarecido nombre del gramático tan querido de los pueblos romances en una de sus calles, ha conmemorado el centenario de Diez.

El 3 de Marzo celebróse el centenario, anticipándose la fiesta á causa de las vacaciones de Pascua.

La solemnidad tuvo dos partes: un acto académico, en el aula, adornada con famosos frescos, y un homenaje tributado, en el Campo Santo, á la memoria del difunto.

A las once de la mañana, á los acordes de la música, entró en el aula el Rector, revestido con manto de púrpura, ciñendo al cuello

MCD 2022-L5

la cadena de oro, precedido de dos bedeles que ostentaban cadena de plata y cetro del mismo metal, como símbolo de su justicia, y seguido de los representantes de las cuatro Facultades, que vestían el traje académico.

Elegantes y bellas damas ocupaban las tribunas. El salón ofrecía brillante aspecto, llamando la atención las banderas de las corporaciones estudiantiles y los pintorescos trajes de los estudiantes.

Ante la cátedra, entre flores, orlado de laurel, descollaba el retrato de Diez. Su sucesor en la cátedra de la Universidad, Wendelin Foerster, hijo de la Bohemia alemana, pronunció un elocuente discurso, poniendo de relieve la figura del maestro, y concluyó diciendo: "Cuando se unan los pueblos romances y los germánicos, ¿quién podrá resistirles?"

Después dióse lectura á los telegramas que habían dirigido catedráticos italianos, franceses, provenzales, suizos y alemanes.

La segunda parte de la solemnidad se efectuó en el cementerio. Sobre la tumba de Diez, convertida en bellísimo jardín, depositáronse coronas del Senado, de la Universidad de Bonn, de la Facultad de Filosofía, del señor Foerster, de los romancistas de la citada Universidad y de las *Burschenschaften* ó Asociaciones estudiantiles. Finalmente despidiéronse todos del maestro queridísimo, y el gran Diez se quedó solo... No ha habido en la tierra hombre más bueno, más niño.

MCD 2022-L5

Have anima pia candida! Elevaste tu fama hasta los cielos. Si todo en la tierra es relámpago fugaz, estables son tus obras. ¡Déjame llevar flores á tu enlutada fosa! Hasta la vista en los Campos Elíseos, donde te habrás unido á Dante, á Calderón y á otros amados trovadores.

1894

ENRIQUE DE KLEIST

Uno de los vates más apasionados de la gran reina Luisa fué Enrique de Kleist, que ocupa lugar privilegiado entre los que procuraban elevar el carácter alemán, á la sazón por los suelos, y que preparaban la grandeza de Germania, un lugar al lado de la reina Luisa y de Blücher, y de Stein y de Scharnhorst. Quiero dedicar un recuerdo á este genio brillantísimo que honró el teatro alemán con producciones dignas de su numen creador, imprimiendo el sello de su especialidad en cuanto producía—que es, á mi ver, como si dijéramos, la "marca de fábrica" del ingenio humano,—y que, al fin, en nuestros días, es decir, muchos años después de muerto, alcanzó merecida popularidad como autor del drama patriótico *La batalla de Herman,* que los actores del Teatro Ducal de Meiningen representaron el año pasado con gran aplauso en el Teatro Imperial de Viena.

No pertenece Kleist al grupo de aquellos héroes escogidos que fueron para su pueblo á

la vez maestros, educadores y sacerdotes. Esta gloria está reservada á Lessing y á Herder, y más aún á Schiller y á Goethe. ¿Qué sería el pueblo alemán sin estos dos últimos, que le nutrieron con la savia de su espíritu? Pero en el mismo terreno en que Schiller reinó cual soberano, y en que Goethe lució su ingenio prodigioso, en el drama, quedó aún para Kleist puesto distinguidísimo. Mientras Schiller y Goethe perdieron á veces en el último período de su vida, por su alto vuelo, el contacto con el mundo real, brota en Kleist una poderosa vena popular, que se nutre con los mejores jugos de la realidad. En su drama romántico *Catalina de Heilbronn,* que quedará en la memoria de cuantos lo hayan visto y en el repertorio de los teatros, encuentra el poeta aquel tono sano y cándido del pueblo alemán que el anciano Goethe había ya casi olvidado; en su *Batalla de Herman* resuena el grito de dolor de un tiempo funesto, y su *Príncipe de Homburgo* respira la satisfacción de pertenecer á un Estado que, si de momento puede quebrantarse, es en su esencia indestructible.

Además, se distingue Kleist por su estilo dramático, por su dicción enérgica y varonil, por el aliento ardiente de la pasión y por la consecuencia dramática, que no retrocede siquiera ante el término más atrevido. Estas son, por cierto, apreciabilísimas cualidades poéticas; pero como si una maldición pesase

sobre el que descubría vocación tan sincera y facultades tan notables, y que se revelaba poeta de aliento tan grande, las empresas suyas, que parecían ofrecer la garantía más segura del éxito, se perdieron en sus manos; su sentimiento de la realidad concluyó casi siempre cruzándose con un capricho fantástico, y sus figuras más firmes acabaron á veces convirtiéndose en humo.

No hablaré de Kleist como poeta romántico, como autor del fragmento *Roberto Guiscard* y de las comedias *La familia de Schroffenstein*, *Pentesilea*, *Anfitrión*, *El cántaro roto*, y como autor de novelas, entre las cuales descuella su *Miguel Kohlhaas*, sino que hablaré de Kleist el patriota, en cuyo corazón el dolor por la patria aniquilada tomó figura dramática. ¡Ay! *La batalla de Herman*, aquel poema dramático que semeja una tempestad que arrastra al alma en su torbellino; aquel poema, cuyo espíritu impetuoso ansiaba el aliento ardiente de la palabra hablada, deseando vivamente representarse en carne y sangre para impresionar de modo inmediato á la multitud; aquel poema, escrito en 1808, cuando Alemania se vió en la mayor postración, tuvo que esperar más de sesenta años para aparecer en la escena. Por segunda vez los alemanes habíamos de entrar victoriosos en la capital de Francia antes de que aquel poema profético de la primera victoria de las armas germanas consiguiera hacerse oir des-

de el palco escénico. Por un destino verdaderamente trágico, aquellas palabras de fuego, aquellas palabras nacionales, se ahogaron en el aposento del poeta; aquellas palabras grandes que ardían en los labios del bardo, y que interesaban tanto al tiempo en que brotaban de su alma, no habían de pronunciarse sino más tarde, después de perder ya la mitad de su sentido. Sintiendo que su voz, en la que quería que tomase cuerpo el eco de muchas voces para que apareciese potente como la voz del Océano desencadenado, no pudiera hacerse oir, decía Kleist en un dístico lleno de grandeza monumental: "¡ Ay de ti, patria mía! ¡ Pulsar la lira en tu gloria no me es permitido á mí, tu poeta leal!"

La batalla de Herman tiene por esencia el tesoro más precioso de un pueblo, su independencia nacional. Hay en aquel drama un exceso de odio y de sed de venganza, un patriotismo salvaje que comprenderá sólo quien recuerde el tiempo en que nació. Cuando la tempestad de la guerra llevaba consigo un solo rayo que decidía de la suerte de la Prusia; cuando ésta hallábase destruída y Alemania parecía perdida, las cabezas espirituales del pueblo alemán dieron expresión ardiente al anhelo de la nación: Fichte pronunció aquellos discursos que respiran odio muy profundo contra los opresores; el diplomático Federico Gentz añadió á sus fragmentos de la *Historia del equilibrio europeo* el enérgico

prólogo que equivalía á una victoria alcanzada en la batalla, y hasta Rahel Levin, aquel alma toda ternura que se dedicaba tanto á su propio desarrollo armónico, vió, entre lágrimas y suspiros, al marchar los soldados prusianos por las calles de Berlín, que tenía aún una patria, una patria desventurada y humillada, y, sin embargo, digna de todo amor. Pero nadie sintió como Kleist la necesidad del tiempo. El, cuya cuna se encontraba en Brandemburgo, en la ciudad de Francfort del Oder, donde nació en 10 de Octubre de 1776; él, que fué oficial prusiano, aunque los ejercicios militares le parecían un monumento vivo de la tiranía; él, que tuvo que pasar meses enteros en una fortaleza francesa por sospecha de espionaje; él, que después se vió entorpecido por los franceses en sus empresas literarias hasta el punto de carecer por completo de recursos, debía, dada su naturaleza apasionadísima, sumergirse como el que más en la corriente antifrancesa. Por eso en sus poesías todas encontramos la misma idea: "¡Qué caza tan alegre siguiendo las huellas del lobo! ¡Matadle! El juicio universal no os demandará las razones." Y quizá sólo la casualidad le impidió realizar su proyecto de matar al César francés. ¿Es de extrañar, pues, que al tomar la pluma contra Francia no haya brotado de ella sino ira, odio y venganza? Eso es lo que se respira así en *La batalla de Herman* como en los artículos políticos y en las

poesías que escribió después de terminado aquel drama patriótico. Pero la triste suerte de su creación dramática la compartieron también sus preciosos artículos políticos: quedaron sin imprimirse. Cuando el emperador Francisco hizo la guerra á Francia, Kleist fué uno de sus partidarios más entusiastas. ¡Con qué entusiasmo cantó al victorioso archiduque Carlos cual "vencedor del invencible"! Bajo la impresión de la vista del campo de Aspern, inmediatamente después de la batalla, resolvió fundar en Praga una revista titulada *Germania,* que había de ser el primer aliento de libertad, y que había de expresar todo lo que fué necesario callar durante tres años en los pechos de los buenos alemanes. Pero á Aspern siguió Wagram, y la revista de Kleist no fué más que una ilusión patriótica, un sueño generoso. ¡Lástima grande que entonces no pudiesen publicarse aquellos artículos, que encierran una elocuencia popular sólo comparable con la de Jonathan Swift!

La batalla de Herman muestra el mismo espíritu vigoroso del poeta, que, siendo en verdad un león de la lucha sangrienta, tenía derecho á presentarse también con la piel de león. Los caracteres del drama muestran rasgos enérgicos, y sobre todo Arminio, el príncipe de los Jeruscos, se distingue por su riqueza de vida. Es el alma y la mano, el estadista y la espada de la empresa que él mismo resolvió y que, después de haberla madurado,

MCD 2022-L5

impuso á los demás como obra propia. Aparece como Bismarck en 1866, con la sola excepción de que éste confió á otro el papel de caudillo. Y como Bismarck fué el discípulo de Napoleón III, así Arminio fué el discípulo de los romanos y el conocedor de todas las vías secretas y de todas las sinuosidades de la diplomacia, pareciéndose al astuto zorro, que atrae las pulgas á su cola enjuta para ahogarlas de un modo más seguro.

Los fines de Arminio — según lo retrató Kleist — eran tan ideales y sublimes, como poco escrupulosos los medios para alcanzarlos. Animado de un solo pensamiento, el de perder á los romanos para que dejasen de hacer daño á los germanos, le parece más que debilidad, le parece un crimen guardar la fe al pérfido. Y después de haberse familiarizado con la idea de perderlo ó de ganarlo todo, despliega en cuanto hace una hilaridad demoniaca, asemejándose á veces á un bufón heroico. No se contenta con haber batido á los romanos, sino que quiere beber la venganza á grandes tragos, quiere el tormento del enemigo vencido como expiación de la pena que él experimentó. El drama no sería de quien es si no abundase en bellezas y en rasgos sublimes, pero no es menos rico en rudezas y en excesos.

El poeta, que en *La batalla de Herman* transportaba á todos los pecadores políticos á las selvas teutoburguesas, á los bosques de

MCD 2022-L5

las seculares encinas germánicas, así como Dante en su *Divina Comedia* los transportó al infierno, no vió despertar á su pueblo para combatir contra el vencedor de las naciones, no vió levantarse al águila prusiana con vuelo poderosísimo, no vió aquel tiempo en que una sola idea cruzaba por la mente de todos y un solo sentimiento se apoderaba de los corazones, embargados de súbito entusiasmo; aquel tiempo en que todos, débiles y fuertes, ofrecían en holocausto sus vidas, pareciéndoles que no debían menos á la patria querida, á los campos iluminados por el sol que calentó su cuna. Enrique de Kleist no vió la independencia de la patria, pues puso término á su vida en 21 de Noviembre de 1811.

1879

ANITA ISABEL DE DROSTE-HÜLSHOFF

"Cuba, ese puñado de tierra regado con tantas lágrimas y con tanta sangre española, se enorgullecerá siempre de haber producido la ilustre dama que inmortalizó el nombre de Gertrudis Gómez de Avellaneda", como escribe Teodoro Guerrero; "la Melpómene castellana", como la apellidó Pastor Díaz; "la heredera de la lira de Fr. Luis de León", como la llamó Mr. de Villemain; "la primera entre todas las escritoras españolas", como la proclama un literato tan altamente reputado como Antonio Romero Ortiz. Y lo que la insigne autora del *Baltasar* y de *Alfonso Munio* es para España, haciendo vibrar los acentos vigorosos de su musa viril las fibras de los corazones españoles, eso es para los alemanes la egregia, la inmortal, la cristiana cantora Anita Isabel de Droste-Hülshoff, la primera entre todas las poetisas germanas, modelo de fe, orgullo de Westfalia, donde nació; la artista cuyas poesías, así como las heroínas de

su patria, nos recuerdan las grandezas del pasado, aquellos tiempos de nuestros abuelos, tan leales, tan sencillos, tan profundamente religiosos; la escritora cuyos cantos son como la flor que en medio de las arenas del desierto ofrece al peregrino el benéfico rocío que guardaba piadosa en su cáliz. En concepto de ella, ser poeta no es sólo deber al cielo esa armonía que estalla en melodiosos ritmos, ese arpa que da al viento notas de suavísima dulzura, vibraciones de entusiasmo, arranques nobles noblemente expresados, sino desempeñar una misión sagrada, iluminando con espléndida luz los tortuosos senderos de la vida, enriqueciendo las almas con los tesoros que recibió del cielo, derramando gotas de suavísimo néctar en nuestra copa de amargura, abrazando con fe y amor todo lo grande y todo lo bello, y ofreciendo su corazón á todas las almas afligidas, cual paraíso abierto.

Anita era poetisa, así como el pájaro, como la fuente, y copiaba en sus canciones la Naturaleza ruda de su Westfalia, el fragor de la tempestad. No fué mariposa de colores que suspira y vive en la luz, y á la que asustan la sombra y el aislamiento; y así como peregrinaba solitaria por los bosques de su patria, admirando y cantando las obras del Altísimo, en cuyo honor braman la selva, el torrente y la tormenta, están llenas de grandeza solitaria las producciones de su clarísimo talento y de su peregrino ingenio.

MCD 2022-L5

En cuanto á la predilección y á la verdad insuperables con que retrataba la Naturaleza y la vida de su patria, la compararemos con el vate austriaco Adalberto Stifter, pero á su pluma no le bastaron, como al pincel antiguo, los tres colores de Polignoto: es tan grande su variedad en el color y el tono, teniendo su arpa tantas cuerdas como el corazón; es tan grande la originalidad que guardaba en su retiro, verdaderamente femenino, que, como poetisa, con nadie puede compararse. No se suponga, sin embargo, que lo haya debido todo á sí propia: estudió á los grandes clásicos de la antigüedad, que tendrán siempre el don de cautivar, la magia del encanto, la atracción, el señorío de las almas; formó su gusto en las obras de Virgilio y de Tíbulo, y entre los vates neolatinos educó su sentimiento poético la lectura de Jacobo Sannazaro (1), y las producciones de los poetas más eminentes de Inglaterra y de Italia le ofrecieron una piedra de toque en la que conoció lo que podía confiar á su propio genio.

Nació Anita en el vetusto castillo de Hül-

(1) Sabido es que Jacobo Sannazaro, el afamado autor de los idilios italianos titulados *Arcadia*, y de numerosas, elegantes y verdaderamente clásicas poesías latinas, entre las cuales mencionaremos el poema *De partu virginis*, perteneció á una familia española que fijó su residencia en la antigua Parténope, que aun guarda innumerables recuerdos de España. Nació el gran vate latino é italiano, Jacobo Sannazaro, en Nápoles, el 28 de Julio de 1458, y falleció allí el 27 de Abril de 1530, siendo enterrado junto á la tumba de Virgilio. Italia recordará siempre su inspiración, expresada en lenguaje castizo y elegante.

MCD 2022-L5

shoff (Westfalia), el 12 de Enero de 1797. Participaba de las lecciones matemáticas y latinas de sus hermanos, y pronto se desarrolló en la niña un espíritu vivo, una fantasía ardiente y portentosa, un sentimiento profundo, que en la lectura de un libro, ó en la vista de un cuadro, llegaba á veces hasta el éxtasis, expresándose en inspirados monólogos. Poseía el don peregrino de convertir la poesía en música, y ésta en poesía. Cual mágicos sueños exhaló las melodías que inventaba, trasladándolas del alma al fortepiano, y eran sus melodías tan originales, tan sencillas, tan nobles, tan hermosas, como la canción popular, á la cual se asemejan también muchos de sus cantos y baladas. En algunas de estas últimas se complació la autora en pintar lo demoniaco y lo horrible con colores muy vivos. Lo cantó todo: las virtudes conyugales, la lealtad, la paciencia, la abnegación, la piedad, la compasión, el contento, el heroísmo, siendo lo único que no hería sus fibras ni deslumbraba sus ojos el amor, que todo el mundo canta. La fe era faro de purísimo misterio que iluminaba el sueño de su vida; la religión católica, así en su aspecto pintoresco y plástico como en su sentido metafísico y moral, era la idea madre de su inspiración; y la expresión más elevada, más profunda, más original de su alma y de su genio, el espejo más fiel y más claro de su corazón cristiano, es el ciclo de sus poesías religiosas tituladas

El Año Sagrado, y aquellas consideraciones referentes á todos los domingos y días festivos del año, en que la poetisa toma el asunto del respectivo Evangelio, sirviéndole éste de medida al analizar su propio estado moral y religioso, y con la verdad más severa, con la fuerza lírica más conmovedora, expresa en aquel Devocionario del hogar su fe y sus dudas, su esperanza y su miedo, su amor á Dios y á la Humanidad, así como su falta de amor hacia un hombre en comparación con el amor que sentía hacia su ideal altísimo. "Estas poesías—dice el célebre crítico Wolfgang Menzel—unen á la santidad infantil de los primitivos cuadros alemanes, sobre todo de la primitiva Escuela de Colonia, la fervorosa devoción de la de España y la noble sencillez de los villancicos alemanes, al dulce fuego de las canciones italianas de San Francisco de Asís, ó de las españolas de San Juan de la Cruz."

La vida de la poetisa, que vivió en los espacios infinitos, no se mide por el calendario.

El ruiseñor de Westfalia anidó, ora al lado de su madre, en Rüschhaus, cerca de Munster, ora en las ciudades de Colonia y de Bonn, ora en la morada de su hermana, residente en Meersburgo, en las riberas del lago de Constanza. Este la vió también cuando, en 1847, ya enferma y sintiéndose caer en los brazos de la muerte, le dijo: "¡Oh, mírame, lago mío! Yo me deshago como espuma. Cuando de mi tumba broten los abrojos, quizá mi imagen,

destruída ya desde hace años, palpitará un día por tus sueños."

En la primavera de 1848, la gran poetisa, que conquistó en la tierra la inmarcesible palma del bien, y que tuvo por guía la religión del Dios verdadero, y por tesoro inagotable la fantasía—á quien Pascal humilló llamándola la loca de la casa,—reclinó la cabeza en la tumba helada: se extinguió la luz de sus ojos rasgados y azules en Meersburgo, en 24 de Mayo. Murió, pero vivirán sus cantos, y su alma, aliento de Dios, habrá vuelto á la luz eterna.

1879

***

Una mujer como Anita no se inspira más que en lo bello, lo grande, lo verdadero, lo divino. Si el amor es para la mujer la historia completa de su vida, llenando Safo sus estrofas con la personalidad de Faón, y Santa Teresa con el nombre sublime de Jesús, no ha sucedido lo mismo con Anita: no se encerraba su horizonte en los ojos de un hombre querido; pero, si no tributó homenajes al amor, en cambio erigió templos á la amistad. Mientras otras poetisas alemanas eran todo sueño y romanticismo, evocando siempre en su fantasía los dioses de la antigüedad, los héroes de Calderón y los de los cuentos de Arnim y de Brentano, Anita trató de dar figura poética á lo real. ¡Ojalá que hubiese tenido tam-

MCD 2022-L5

bién siempre aquel sentimiento de la belleza que deben tener los genuinos artistas, y que no les concede tregua ni reposo hasta que lo satisfacen completamente!

Pero la poetisa westfálica, tan llena de inspiraciones cristianas y tan original, ha logrado la suerte de encontrar un heraldo elocuente de su gloria, un biógrafo concienzudo y un intérprete tan brillante como inteligente de sus primores en un hijo de Westfalia, el distinguido catedrático de jurisprudencia é ilustre historiador Herman Hüffer, que en 1878 enlazó su nombre con el de Enrique Heine en un interesantísimo opúsculo referente al cisne de Düsseldorf, y que acaba de publicar en Gotha una biografía digna de su compatriota Anita. Aquella obra honra á la pluma del catedrático de la Universidad de Bonn, siendo su libro un hermoso monumento consagrado á la que hasta ahora, á pesar de su gran renombre, fué muy poco conocida. Hüffer la vió cuando niño, y las numerosas cartas que escribió Anita á su hermana y á sus amigas y las hojitas sueltas á las cuales trasladó sus ideas poéticas, han llegado todas á las manos de su biógrafo, que, con sobrada razón, compara á los paisajes de Ruisdael los retratos que trazó Anita de los campos de Westfalia, inspirándose en los encantos, modestos, sí, de su patria, pero dignos también de adornarse con las galas del colorido poético.

1887

LUISA HENSEL

Hay otra poetisa alemana que, abismándose en la contemplación ideal de Cristo, peregrinó por este mundo de tristezas, de trabajos y de penalidades, cual segunda Teresa de Jesús, adorando en éxtasis á su ídolo supremo. Esta poetisa, que merece ser colocada al lado de Anita de Droste-Hülshoff, se llama Luisa Hensel (1). No trastornaron su cerebro las luces de bengala de la gloria, sino que por único pensamiento, por único sentimiento, por único objeto de su inspiración poética, tuvo los misterios de la religión católica, el despre-

(1) Las poesías de Luisa Hensel las publicó el profesor de Munster, Schlüter, uno de los mayores conocedores de la literatura española, que, en unión de Stork, vertió al alemán las poesías de Fray Luis de León. Dice Schlüter en el prólogo con que patrocinó la primera edición de las poesías de Luisa Hensel en 1868: "Luisa, cuya alma anidaba en el cielo, como la de Calderón, se parece á una alondra que, abandonando el húmedo sembrado, se remonta en afanoso vuelo hasta la alta región de las nubes, y entonando su canción bienaventurada, se pierde en la esfera azulada hasta que Cristo, según dice el pueblo, le pone en la boca un grano."

MCD 2022-L5

cio de lo terrestre, la nostalgia del cielo. Sus armoniosas y suavísimas poesías son todas joyas de sentimiento, hijas del corazón, modelos de elegancia, pero no brilla en ellas ninguna figura retórica, ninguna imagen, ningún trozo sorprendente por su novedad. Muchas de ellas forman parte del *Ramillete sagrado* que Melchor de Diepenbrock publicó en Ratisbona en 1826. Hermana del distinguido pintor Guillermo Hensel y de la inspirada poetisa Guillermina Hensel, vió Luisa la luz primera en Linum, pueblo situado cerca de Fehrbellin (Brandemburgo), en 30 de Marzo de 1798. Respiró en casa de su buen padre, el sacerdote protestante Juan Jacobo Luis Hensel, los perfumes de la religión, y puede decirse que era innato en el alma de la niña el sentimiento religioso y moral. Así como los antiguos germanos en la infancia de su vida cristiana repitieron incesantemente su *Kyrie eleison,* la preciosa niña repetía siempre las palabras "Dios" y "Amén", que había aprendido en la iglesia en los cantos de los devotos del Señor, y entre las caricias y besos de su madre ensayaba cortas y expresivas plegarias como la siguiente á Jesús:

"¡Pequeño niño, gran Dios! ¡Bellísima flor blanca y roja, nacida de María, la elegida entre millares, preciosísimo Jesús, déjame ser tu sierva!"

Los padres, que inculcaron en el alma de la niña principios de santa virtud, le presen-

MCD 2022-L5

taban á Dios cual amor, pero enseñándole también que el hombre ha de ser imagen de Dios Santísimo, hicieron que Luisa empezase á temer á Este, y que no la abandonase, hasta en su juventud y en los placeres del baile, el pensamiento de la eternidad.

Desde su infancia existió relación misteriosa entre ella y la Iglesia católica, y, ¡cosa singular!, la hermosa joven protestante, que en Berlín conoció al genial poeta Clemente Brentano, movió á éste — merced á sus poesías, que son á la vez canciones y plegarias— á volver á hacerse buen hijo de la Iglesia católica, siendo las canciones religiosas de Luisa la llave que usó el Señor para entrar en el corazón del extraviado poeta. Según el testimonio de Clemente, estas poesías, tan llenas de verdad y de candor, fueron para él lo más santo que podía brotar de fuentes humanas. Amaba el poeta á las poesías de Luisa y á ésta, cuyo corazón parece haber guardado algo del estambre de las flores del Paraíso; pero siendo católico, ¿cómo hubiera podido el vate enlazarse con ella después de la separación de su segunda mujer? (1). Muchos jóvenes pretendieron inútilmente en Berlín la mano de la joven, tan rica de corazón y de ingenio como pobre de bienes terrestres: venció en su

(1) La primera mujer de Clemente Brentano, Sofía Mereau, murió en 1806. Después se desposó el vate con Augusta Busmann, pero su matrimonio no duró sino el año de 1809 á 1810.

alma y en su fantasía poética su novio celestial. Entonces las poesías más delicadas brotaron de su corazón cual bellísimas flores nupciales. "Si yo no debo ser tuya, ¡oh Señor único á quien he elegido!—dice en una de sus canciones,—han de enterrarme repudiada y soltera. Y si no he de verte ni ser tuya, no quisiera resucitar ni ser bienaventurada." Hacerse católica era para ella seguir la vocación de su novio celestial, y aunque amaba á un ilustrado y noble joven protestante, sacrificó su amor, ofreciéndolo cual flor preciosísima al dulce Jesús, su novio celestial, y aunque sabía que al hacerse católica iba á abrir un abismo entre ella y su madre amantísima, entró el 8 de Diciembre de 1818 en el gremio de la Iglesia romana.

Desde aquel tiempo ansió con anhelo siempre creciente pasar desde los rosales y espinares de la tierra al país de paz eterna, para sentarse, cual Magdalena, á las plantas del Señor. El lo fué todo, su padre, su madre, su patria, su alegría, cerrándose su corazón para el mundo y abriéndose sólo á El, que era su luz y su vida, su aura, su agua y su pan. Llevaba su éxtasis profundo hasta el punto de hacer voto el 6 de Mayo de 1820, en el altar de una iglesia de Düsseldorf, de desposarse con El, cuyo reino no es de este mundo. Desde entonces, á Jesús dedicó su fantasía y sus pensamientos: las flores todas le parecían á la mística poetisa flores de su corona nup-

cial, porque tenía por novio al Señor del orbe. Al ver clavos pensaba en la crucifixión del Hijo de Dios; al mirar perlas ó gotas de rocío, recordaba las lágrimas de El, y se complacía en ver carpinteros, porque éstos le recordaban al bendito carpintero de Nazaret. Hablando de su místico amor á Jesús escribió Luisa en 1820: "Amo al Hijo de un Rey; lleva corona espléndida de pedrería roja. Le adornan una vestidura blanca y un manto de púrpura; tiene en la mano dos rosas y su pie está sobre rosas. Un ramillete de rosas blancas y rojas florece en su pecho. Amarle es mi alegría; privarme de él sería mi muerte." Pero llena de humildad decía después: "Ya sé cómo figuro entre las novias de Cristo, entre las vírgenes y mártires que se han sacrificado á Dios. Ellas son hermosas princesas que visten ropas blancas y magníficas. Yo soy una esclava negra." ¡Ay! El amor corona, si de rosas, también de espinas, y aun el amor nupcial á su Jesús, por el cual la pobre Luisa renunció hasta la mano de un príncipe alemán, la llenaba á veces de inquietud y de dolores sin cuento, pues no siempre la iluminaba el resplandor de sus ilusiones; no siempre logró en alas de su fe y de su imaginación elevarse hacia El; no siempre alcanzó el brazo del Señor, que fué su patria después de haberlo abandonado todo. Y su corazón, que á veces se parecía á un lago tranquilo que deja penetrar hasta el fondo los rayos del sol, se

vió turbado otras veces por las tempestades del arrepentimiento producido por pecados ficticios más que verdaderos. Era una santa la que consumía su vida en practicar la caridad; amaba Luisa á Jesús en los niños, en los pobres, en los enfermos, dedicándose á ser educadora y enfermera en Aquisgrán, Colonia, Bonn y Nonnenwerth (isla romántica situada cerca de Bonn).

Tuvo la satisfacción de verse reconciliada también con su anciana madre, y de sus propios cabellos hizo una blanda almohadilla en que su madre del corazón pusiese los pies.

Luisa, que alcanzó el cenit de su poesía desde su año décimoséptimo hasta su año vigésimoquinto; Luisa, que ofreció al Divino Niño su corazón cual humilde cuna, llenándolo con las violetas de la humildad, con las blandas hojas de la abnegación, con los claveles del amor, con las fragantes rosas de la caridad; Luisa, que en la tierra quería empezar la vida eterna desposándose con el Señor de un modo místico, no pudo realizar sus hermosos sueños sino al morir. Falleció en Paderborna (Westfalia), en 18 de Diciembre de 1876. La tierra ha perdido una inspirada poetisa; pero el cielo ha ganado una santa: una "Luisa de Jesús".

1879

GODOFREDO AUGUSTO BÜRGER

Entre los que han engalanado con sus perlas la corona de nuestra literatura patria, y cuyas buenas producciones nunca irán al rincón del olvido, figura también el socio distinguido de la Walhalla, Godofredo Augusto Bürger, inspirado autor y, como si dijéramos, inventor de la popular *balada* alemana que realizó primero lo que Herder pedía á la poesía lírica del pueblo, y el vate más genial entre los que, en unión de Goethe y Schiller, poblaron el bosque de los poetas alemanes.

Su balada *Leonor*, con sus pintorescas onomatopeyas, es una joya de magnífico y alto precio, un anillo con el cual se desposó Bürger para siempre con la poesía popular, así como el Dux de Venecia se desposaba con la mar.

Una estrofa de un cuento fantástico de la Prusia oriental, que oyó cantar á una criada, le sirvió al poeta de tema para aquella popularísima balada, que Walter Scott tradujo al

inglés y que otros vistieron á la danesa, á la portuguesa, á la rusa y hasta á la latina. La dramatizó el poeta de Silesia Carlos de Holtei, que después de los vendavales de la vida goza de la paz de un convento en Breslau, donde el 24 de Enero de 1878 celebró su octogésimo cumpleaños, festejando las ocho décadas de su vate la Alemania entera.

En la *Leonor*—que Bürger escribió en Gelliehausen (Hannover), y que se publicó en el *Almanaque de las Musas*, de Goettinga, en 1774—está pintada, con la magia de la epopeya, la misteriosa, la demoniaca carrera nocturna de un amante difunto, llorado por su amada, y que se presenta á ella cual muerte montada á caballo, llamándola so pretexto de bodas al viaje de la eternidad. La idea poética de *Leonor*, según la cual á los muertos no les oprime la tierra que cubre sus despojos, ni el sarcófago tanto como las lágrimas de sus amadas, es muy antigua: encuéntrase así en la poesía india (VIII libro del poema *Raghuvansa)*, como en las canciones populares de los servios, en la *Edda*, que dice que al rey Helgi lo han mojado de rocío fúnebre las lágrimas de su consorte Sigrun, y en la novela V del día 4 del *Decamerón*, de Boccaccio.

El mismo Bürger llamaba á *Leonor* la luna de sus poesías, siendo el sol la que representa en la mayor pureza, en figura concreta y en la forma artística más brillante, una antigua

y aun viva creencia popular, la balada *El cazador fiero,* con cuya versión inglesa, publicada en 1796 en unión de la de *Leonor,* dió Walter Scott el primer paso en su brillante carrera literaria.

Otra joya engastada en la corona de nuestra patria literatura es la balada *La hija del cura de Taubenhain.* En la que se titula *Leonardo y Blandina,* inspiróse Bürger en Boccacio, mientras en otras baladas egregias, como *El Emperador y el Abad,* vistió á la alemana las que habían llamado su atención en la obra inglesa *Canciones y baladas antiguas y modernas,* que se publicó en Goettinga en 1767, siendo un extracto de la colección de Percy, que, bajo el título *Reliquias de la antigua poesía inglesa,* vió la luz en Londres en 1765.

Bürger introdujo en la poesía alemana castizos sonetos y fáciles y graciosos hexámetros, y escribió, cuando estudiante, hasta una novela en castellano. De su culto á Shakespeare dió prueba en su versión en prosa de *Macbeth,* y de su amor á Homero en su ensayo de traducir *La Ilíada* en yambos de cinco pies sin rima alguna.

¡Pobre poeta! En vida le negaron el pan, pero en su tumba florecen sus cantos cual fragantes flores.

Sus composiciones á Molly son la expresión poética más viva é individual de un amor individual también en sumo grado. Pero, aunque castellano en una novela, no imitó el poe-

ta alemán en su amor á la noble España, clásica tierra de los poéticos y caballerosos amores y de la épica galantería: no amó "á la española", no fué "á la española" correspondido y tampoco contrajo matrimonio "á la española". No recordaba que el matrimonio simboliza y entraña toda la santa virtud, toda la indisoluble fuerza de un sacramento; que el matrimonio significa la fusión de dos almas en una, la mutua abnegación de dos voluntades. El matrimonio de Bürger no fué acto que llevó impreso el sello de lo bueno y de lo ético: en el mismo momento en que la Iglesia consagraba su unión con Dora—hija mayor del alcalde Leonhart,—que tenía ya en sus entrañas un hijo suyo, encendióse en su corazón amor ardiente hacia la hermana menor de su esposa, hacia Augusta, la Molly de sus poesías, encanto de los encantos, flor misteriosa de la existencia, que apenas había abierto al sol espléndido de la juventud su cándida corola. Y mientras Dora, á quien no amaba, era su desposada ante Dios y el mundo, Molly, que á la edad de catorce años entró en su casa, fué su verdadera mujer, la reina de su hogar. Es un enigma psicológico para todos los corazones sanos y bien nacidos, que el poeta cuyo ánimo alemán, cuya alma cándida y dulce, cuya generosidad, elogian sus biógrafos, no haya sentido lo inmoral de su acción, y que Dora, á quien su composición poética *Niñerías de madre* acredita de mujer

de gran talento, haya podido consentir en desempeñar tan triste papel.

Hasta el poeta se queja de que el mundo se cuide de sus amores con Molly, como si un crimen dejase de ser crimen porque haya sido perpetrado en secreto. Y cuando en 1784 Dora cerró los ojos á la luz, su esposo no ocultó los ecos de su corazón que acudían á sus labios cual gritos de regocijo, formando contraste extraño con la tumba recién abierta, y se enlazó también ante los hombres con la que fué el objeto de su primer amor, Molly, á la cual lo había sacrificado todo, su honor, la consideración del mundo y la tranquilidad de la conciencia. Sólo dos años la tuvo por compañera, viviendo en esa atmósfera de aromas y armonías que lleva siempre la mujer adorada consigo, cuando se la robó la muerte inexorable. "El Todomisericordioso ha de perdonarme, á causa de la que fué su obra maestra, lo que he pecado yo en el transporte del amor", escribió el vate después del fallecimiento de Molly, obra maestra de Dios, sí, pero no acabada por la mano del Divino Maestro.

Ya se había rebelado Bürger contra sí mismo, contra su suerte y contra los hombres, cuando de repente sonó en sus oídos una voz de sirena: una hija de Suabia, Elisa Hahn, le declaró su amor. No esperó encontrar otra Molly, otro guardián fidelísimo de su felicidad, pero buscó una madre para sus hijos, y

MCD 2022-L5

su vanidad de poeta se sintió halagada en extremo por los poéticos homenajes de aquella joven. Contrajo, pues, en 1790, matrimonio con ella, sin adivinar que después de transcurrir dos años le iba á abandonar para entregarse á una vida vagabunda que contribuyó á acibarar las postrimerías del bardo.

Completemos su biografía con cuatro palabras.

Nació Godofredo Augusto Bürger el 31 de Diciembre de 1747 en Molmerswende—pueblo situado en el obispado de Halberstadt,—siendo su padre un cura protestante. Trocó el estudio de la Teología por el de las Leyes, pasando en 1768 de la Universidad de Halle á la de Goettinga. Ambas ciudades presenciaron sus genialidades y su vida licenciosa, y la última también su afán de estudiar, su amor á las bellas letras, su culto á Shakespeare, sus estudios de las *Reliquias*, de Percy, y su amistad con los jóvenes bardos, que en 1772 fundaron la Confederación llamada *Hainbund*.

"Ningún rey de Polonia se habrá esforzado tanto para apoderarse de su cetro, como yo para obtener la vara de Altengleichen", escribió Bürger á su amigo Gleim, aludiendo á aquel cargo que fué para él una fuente de sinsabores sin cuento, un verdadero martirio, pues el coronel Adán Enrique de Uslar nunca perdonó al poeta haberse llevado por él un gran chasco al ver sucumbir á su candidato,

á su protegido, para la vara de Altengleichen, y molestó á Bürger sin cesar con infundadas querellas y acusaciones. Por eso hay quien llama á dicho Coronel padrino de los pecados del bardo, pues si la lucha por el pan cotidiano hace vigoroso y fuerte, la lucha continua por el honor enerva y concluye consumiendo la constitución más altiva y más sólida. Efectivamente, Bürger debía de haber perdido todo sentimiento moral, cuando llevaba su candor hasta el extremo de defender su doble matrimonio con Dora y con Molly. Después de muerta esta última, buscó un bálsamo á sus dolores en la filosofía de Kant, acerca de la cual dió lecciones en la Universidad de Goettinga. Luchando con pesares de todo género y sintiéndose herido en lo más íntimo del corazón por una acerba crítica de Schiller, que salió en 1791 en la *Gaceta general de Literatura*, no tuvo más deseo que el de las almas cansadas y abatidas: sumirse en la quietud de la nada.

El poeta Matthisson le vió cuando no era ya sino la sombra de sí mismo, cuando la pesadumbre había marcado en su frente el sello de la fatalidad, descubriéndose sólo en sus ojos azules todavía un destello de aquel fuego poderoso que llenó sus inspiradas canciones. ¡Qué entrevista tan conmovedora la de los dos vates, recitando Bürger la estrofa de una composición de su visitante, que dice: "Psiquis, bebe y no en balde; y de repente la "pie-

za nocturna" de su vida se sumerge, cual visión, en la tumba de las ondas."

Una pieza nocturna: he aquí la vida del poeta genial, que, al fallecer el 8 de Junio de 1794 en Goettinga, legó al mundo su *Leonor* inmortal. La tumba de Bürger, el mártir de su corazón ardiente de poeta, y la de Molly, son desconocidas, pero todo alemán sabe de memoria los merecimientos literarios del cantor en el cual Goethe reconoció algo congenial, algo parecido á su propia sana naturaleza.

1879

MCD 2022-L5

JUAN JACOBO GUILLERMO HEINSE

Aplaudimos á Donizetti cuando le vemos sacar provecho del hallazgo de una perla que encontró en un lugar inmundo, engarzando como joya en la diadema de su *Lucía* los extraños acordes de dos músicos ambulantes que junto á la casa del célebre maestro, en Nápoles, en la calle Nardona, al aproximarse la Nochebuena, comenzaron á tocar la gaita. Pero ¿qué diremos de un genio que se empequeñecía arrojando sus perlas en un lugar inmundo, de un genio apasionado que, teniendo un entusiasmo por el arte como Winckelmann, unido á la gracia de Wieland, y aun más: ese lenguaje animado y pintoresco propio de los hijos del Mediodía, y el pincel ardiente de Correggio, abusaba de sus dotes brillantes para pintar la sensualidad más refinada, no albergándose en los rosales de su musa, amenizados por los trinos más suaves de los ruiseñores, sino diosas impúdicas y faunos impuros?

Cuanto me he complacido en presentar al lector la que fué pura como la primera ilusión del amor, la que consideraba la religión como todo el ideal de la existencia, como la lumbre del hogar, como la musa de la poesía, la simpática figura de la poetisa Luisa Hensel—que encantaba á Brentano porque á una educación esmerada y á una sin par modestia juntaba en su persona la primera poesía de la vida, la flor de la primera juventud, y cuyo corazón fué tabernáculo donde residía Jesús, para hacer de todo su ser como un cielo en el cual brillaba bajo las miradas de Dios y de sus ángeles el astro de la santidad,—tanto más me duele hablar de los extravíos de un poeta que no sabía que la castidad es una gracia; de un poeta en que hasta Wieland, el autor de las *Narraciones cómicas*, que rendía culto á las Gracias, y que ciertamente no veía en las curvas elegantes de la Venus de Médicis más que los desahogos de un cincel liviano, lamentaba—en una carta dirigida á Gleim en 1773 — el "priapismo del alma", y á quien, sin embargo, el rey Luis ha abierto las puertas de la Walhalla, merced á su genio incontestable, cubriendo sus concepciones una capa de gracia y de donaire que distrae la atención de las escenas poco edificantes, y que hizo exclamar á Goethe: "He aquí un hombre á quien es preciso admirar ó rivalizar con él."

Si Rembrandt ó van Dyck hubieran pasa-

do una brocha sucia por el semblante de sus personajes, deshaciendo sus facciones, no hubiesen hecho más de lo que hizo Heinse con sus escritos, desluciéndolos con sus frivolidades. ¡Qué sentimiento tan puro, tan elevado y tan humano, es el sentimiento del amor primero! Pero en su alborozo sensual sin amor, en su éxtasis sin corazón, no penetró Heinse hasta la belleza del alma y no abrazó más que la forma.

Las únicas obras en que no rindió culto al dios Príapo, las únicas obras que salieron puras de las manos *non sanctas* del autor, son las cartas que escribió á Gleim acerca de la entonces notabilísima galería de Düsseldorf. En ellas contribuyó á ilustrar la historia de la literatura patria; en ellas creó un estilo modelo para la crítica de las obras de arte, un estilo lleno de vida y de colorido.

Juan Jacobo Guillermo Heinse, ese hijo extraviado de las Musas, ese precursor de Heine en la prosa poética, en que cada palabra es una imagen, cada rasgo una llama, nació el 16 de Febrero de 1746—no en 1749, como dicen algunos biógrafos, pues la partida de bautismo dice 1746 — en Langewiesen (Schwarzburgo-Sondershausen), teniendo por padre á un alcalde y organista. Estudió leyes en las Universidades de Jena y de Erfurt, pero fué discípulo de la Naturaleza más que de la escuela. Como todos los hijos de Turingia, manifestó afición decidida á la música. Wieland

MCD 2022-L5

le introdujo en Erfurt en la senda que el joven emprendió en 1774 con buen éxito en su *Laidion,* novela en verso que celebra la apoteosis de Lais y los goces de los héroes griegos en el Elíseo. Antes escribió la versión de una frívola poesía francesa titulada *Las cerezas,* y otra obra lasciva que excitó la indignación de Wieland, á saber: los *Sucesos de Encolpio,* traducción de una parte del *Satiricón,* de Petronio.

No obstante aquellos pecados literarios contra la moralidad, le honró Gleim con su amistad y le proporcionó el cargo de preceptor en casa de la amable señora de Massow, residente ora en Quedlinburgo, ora en Halberstadt. De la última ciudad pasó Heinse en 1774 á Düsseldorf para escribir en el periódico de Jacobi, *El Iris.* De su péñola brotaron versos dulcísimos cuando imitó una de las elegías de Fernando de Herrera, que dan vivo testimonio de que la lengua española es la hermosa lengua que debieron de hablar los ángeles. Es de extrañar, pues, que la traducción que hizo del *Orlando,* de Ariosto, y de la *Jerusalén libertada,* de Tasso, esté escrita en sencilla prosa.

En 1780 salió para la ansiada Italia, gozando durante tres años enteros de aquel paisaje encantador que Winckelmann había olvidado por el mundo de las artes, mientras que para Goethe, y antes para Heinse, el paisaje itálico era un encanto que aumentaba

más aún el entusiasmo que producían en ellos las obras de arte. ¡Qué júbilo experimentó Heinse al ver á Florencia que se alza coqueta como una rosa entre lozanos arbustos en el centro del espléndido jardín llamado Toscana, al contemplar los tesoros artísticos que contienen su galería y su palacio Pitti, la capilla de los Médicis, en fin, hasta sus plazas y calles, que convierten la antigua capital de la Etruria en un museo público, y al admirar aquellas innumerables obras maestras, aquellas bellezas superiores á todo encomio que encierra la antigua ciudad de los Césares, que sigue mereciendo el nombre de Ciudad Eterna! Desde Italia volvió á Düsseldorf para entrar en 1787 como secretario particular, al servicio del Elector Federico Carlos José de Maguncia. Y en recuerdo de las bellezas del suelo itálico escribió la novela *Ardinghello ó las islas bienaventuradas,* en la cual emitió su opinión acerca de la pintura y de la escultura. Esta novela, que apareció en 1787, seduce, así como la titulada *Hildegard de Hohenthal,* que se publicó de 1795 á 1796, por la magia del estilo, pero no desarmarán por eso al moralista. En *Hildegard* ocúpase el poeta de su arte favorito, la música, poniendo en boca de uno de sus personajes lecciones interesantes relativas á las más notables obras musicales. No está á la altura de las mencionadas novelas la que se titula *Anastasia ó el ajedrez,* y que tiene por centro de las con-

MCD 2022-L5

sideraciones á aquel juego. El poeta Enrique Laube coleccionó los escritos de Heinse, publicándolos en 1838 en Leipzig.

Falleció Heinse el 22 de Julio de 1803 en Maguncia.

1879

JUAN SACHS

Alemania tiene dos zapateros célebres: el zapatero filósofo Jacobo Boehme—cuya teosofía es un himno en honor del Dios que llora y que apuró por todos el cáliz de la amargura—y Juan Sachs, el hijo del trabajo y del talento, que laboró tanto con las manos diligentes como con la fuerza del espíritu, haciendo deslizar con soltura la pluma en el papel para celebrar lo bueno y satirizar lo malo; el maestro así en el taller como en las regiones de la poesía; el tipo de un piadoso, activo y alegre ciudadano alemán, que por fuente primitiva de todas sus virtudes, por herencia de su educación y por fruto de su propio trabajo, tenía la religiosidad; por ley de todo su obrar y por fuerza moral, el Evangelio; por misión de su vida, la de enseñar á sus hermanos la verdad, la de predicar el amor, la de cantar la santidad del matrimonio y la alabanza del contento y del trabajo,

la de aumentar el reino de Dios; el zapatero bardo cuyo canto no fué el canto apasionado de Hutten, sino el de un honrado ciudadano, el canto lleno del genuino buen humor alemán, que estriba en el fondo de la moralidad; el vate evangélico que habló al pueblo en la lengua vigorosa y popular de Lutero; el bardo político en cuyos cantos el buen genio de Alemania lamentaba las discordias de la patria y daba expresión al anhelo de los buenos alemanes hacia la unidad nacional, hacia la resurrección del Imperio germano; el compañero no sólo del reformador de la Iglesia, sino también de Melanchthon y de los humanistas, que, sin hacer alarde de erudición, hizo del saber de la antigüedad una enseñanza del corazón para su pueblo, presentando á la edad actual cuantos ejemplos de patriotismo, de abnegación, de ánimo nacional y de sencillez de costumbres encierran los escritos de los antiguos; el *meistersinger* (maestro cantor) que de la escuela de Nuremberg hizo la legisladora del canto para toda la Alemania; el mayor dramaturgo de su época, que de su ciudad natal hizo el centro del teatro alemán, así de la tragedia como de la comedia, y que usó el antiguo metro germánico, el metro que los trovadores caballerescos de los tiempos de los Hohenstaufen emplearon para cantar las alegrías y las penas de sus amores.

El 24 de Junio de 1874 presencié en Nurem-

berg los honores tributados á este sin igual zapatero: la inauguración de la estatua de bronce de ese preceptor fiel del pueblo, de ese maestro, así de la lezna y del sedal como de la lira animada por el soplo de las ideas; de ese zapatero bardo que conoció el mundo muy á fondo, y que sin temor alguno mostró á cualquiera dónde aprieta el zapato.

Con sobrada razón eligieron el día de San Juan para honrar al que fué en el siglo XVI un San Juan Bautista, un predecesor en el sendero de la poesía teutónica, y lo eligieron también porque ese día, según la piadosa costumbre de los nurembergueses, al borde de los sepulcros caen las flores que el cariño y las amistades ofrecen.

Jamás he visto zapateros de miradas tan altivas y atrevidas, zapateros tan llenos de la conciencia de su valor, como los que ocupaban puesto privilegiado en el cortejo festivo de aquel día de triunfo para su gran abuelo é ilustre colega. Los únicos que les disputaron la primacía fueron los sastres, diciendo que el padre de Juan Sachs perteneció al gremio de los sastres, y que, por consiguiente, merecía éste el puesto más honorífico, pues sin el padre no hubiera habido hijo. Y como tal argumento no fué aceptado, los sastres todos privaron al cortejo de su presencia. En cambio figuraron en él la flor y nata de los otros gremios y lo más selecto de la juventud académica y de la belleza de Nuremberg.

MCD 2022-L5

A una capilla de músicos la siguieron cantores con su bandera de fiesta, hermosas doncellas con vestiduras blancas, llevando en lazos azules canastillas lindísimas; después iban: el fundidor de la estatua, el profesor Lenz, con sus dos hijos y sus robustos compañeros; los representantes del Gobierno y de la comunidad, los catedráticos y los estudiantes de la antigua y renombrada Universidad de Erlanga, precediendo á todos los gremios los zapateros, y conduciendo algunos aprendices de aquel gremio soberbio—vestidos con casacones blancos y con bonetes verdes—un gigantesco pantuflo y una bota de campana aun más colosal, en la que se leía el conocido estribillo del héroe del día:

"*Dass mein Gedicht grün, blüh*
Und wachs
Und Früchte bring, das wünscht
Hanns Sachs."

(Que mi poesía reverdezca, florezca y produzca frutos: he aquí lo que desea Juan Sachs.)

Los zapateros de muchas ciudades de Alemania se habían dado cita en Nuremberg para tomar parte en el cortejo. Cada gremio se presentó con su vestido de gala, y algunos individuos con los vestidos de su oficio propios de la Edad Media. A los gremios sucedieron las Asociaciones literarias y artísticas, cerrando el cortejo nuestros nobles veteranos.

Pero antes de que éste llegase á la plaza

de fiesta, que forma un cuadrado soberbio—presentándose de un lado una iglesia gótica, y de los otros casas estrechas de muchos pisos, de altos techos rojos y de frontis puntiagudos, y mostrándose á la entrada de una callejuela la última casa del zapatero bardo, adornada con flores, con guirnaldas y con el final de los versos de Goethe en obsequio de Juan Sachs,—un viento fuerte arrancó de repente el velo de lino blanco con que cuidadosamente habían cubierto el monumento de bronce, apareciendo en medio del júbilo de todos los espectadores el buen Juan Sachs á sus queridos nurembergueses, como si no quisiera esperar el momento de la inauguración oficial el que había esperado tres largos siglos que le honrasen con aquel merecido monumento.

Apenas pudieron cubrirle de nuevo. Después los millares de hombres del cortejo formaron círculo; el anciano archivero de Nuremberg, el Sr. Lützelberger, subió á la tribuna y pronunció un discurso, del cual no pudo oirse una sola palabra en medio de aquel vocerío. Por fin cayó el velo, se inclinaron las banderas y el pueblo prorrumpió en aclamaciones de júbilo inmenso. El que fué campeón del renacimiento moral de su pueblo, el zapatero bardo parecía que había vuelto de una larga peregrinación para residir otra vez entre sus queridos paisanos, viviendo á la par como mortal en la tierra y como inmortal en

el cielo. "¡Qué monumento tan bello!", exclamaban todos. El maestro con el delantal puesto está sentado en el bajo escabel del trabajo; parece que ya ha concluído las tareas del día; pero no: ase con la mano izquierda un voluminoso cartapacio, mientras la derecha sostiene el lápiz esperando la señal del maestro, el mandamiento de su voluntad y el momento sublime de la divina inspiración. El viejo y arrugado rostro, rodeado de barba larga, sonríe, celebrando ya el pensamiento naciente.

Sí, el monumento es hermosísimo, pero á la alegría que produce se mezcla el dolor por la muerte prematura del que lo ideó: el escultor Krausser.

Después de haber entonado el coro un canto festivo, hablaron dos zapateros distinguidos en loor del zapatero bardo, orgullo de Nuremberg y de Alemania, y en nombre de todos los zapateros de la gran patria alemana se colocó una corona de oro á sus plantas. Otra corona la depositó, en nombre de las mujeres de los zapateros de Munich, una niña angelical, pronunciando lindísimos versos. Después llovieron guirnaldas, y un atrevido aprendiz puso sus pies sobre el delantal del maestro inmortal para entregarle todos sus laureles brillantes. Creo que si aquel aprendiz hubiese sido un niño berlinés, se hubiera atrevido á darle al viejo padre de su oficio hasta un ósculo.

MCD 2022-L5

Aun no había terminado la fiesta. En el mercado, sobre el balcón de la antigua casa patricia de los Haller, se estrenó en representación pública y gratuita una pieza de Carnaval de Juan Sachs: *Das Narrenschneiden.* Y un banquete espléndido reunió á gran parte de los huéspedes, en el cual á los discursos les daba aún mayor animación el entusiasmo patriótico y la belleza de las ideas que vi campear con luminosa galanura y pompa de imágenes. A la caída de la tarde se iluminaron el monumento y todas las casas situadas en la plaza, llamada de Juan Sachs en honor del zapatero que en vida mereció el aplauso y la popularidad, alcanzando triunfos doquiera que estampaba sus huellas de luz. Y el pueblo que le prodigaba aclamaciones de entusiasmo sentía al propio tiempo, como por instinto, que las tributaba á un claro héroe del espíritu, que despidiéndose de un tiempo que iba á perecer adivinaba ya el tiempo nuevo, á un bardo no nacido para vivir como las flores, sólo un día en la vida de las ideas.

Sería injusto no mencionar la fiesta que la víspera de San Juan se celebró en obsequio del ilustre tocayo del Santo, en el local de las Casas Consistoriales de Nuremberg, que guardan adornos de la mano maestra de Alberto Durero. Allí se celebró un concierto que empezó con un coro de los *Meistersinger,* la ópera de Ricardo Wagner, en la que figura también Juan Sachs, que nació en Nuremberg

cuando Martín Behaim había ya fabricado su globo, y cuando Willibaldo Pirkheimer, Alberto Durero, Adán Krafft, Vito Stoss, Pedro Vischer, Lázaro Spengler, Cristóbal Scheurl y la docta Caridad Pirkheimer, empezaron á ser el adorno de aquella ciudad, que, según dijo Lutero, brillaba en Alemania como el sol entre la luna y las estrellas, y que, según cantó el mismo Juan Sachs, era una joya, un jardín florido de rosas que Dios guardaba para sí mismo.

Los sonidos del concierto los interrumpió un discurso notable del profesor Adolfo Westermayer en honor del zapatero poeta, y ante las creaciones de Alberto Durero, comparó á Juan Sachs con este rey de los pintores alemanes, en cuanto á la grandeza del carácter, á la severidad de la aspiración moral y religiosa, á ese enlace de fantasía y de humor profundo, á ese sentimiento de lo popular, á esa facultad de crear para el pueblo en un estilo que le era comprensible como su patrimonio espiritual, pero que lo elevaba también por encima de sí mismo.

"*La Pasión* y los *Cuatro Apóstoles* de Durero — dijo el mencionado catedrático continuando la comparación entre el pintor y el poeta—son obras afines á la creación de Juan Sachs *El ruiseñor de Wittenberg*, y á sus cantos sagrados. Con dichas obras aceptaba Durero el pensamiento fundamental de la Reforma. Y el canto de Juan Sachs en loor del

estado llano alemán lo entonó el gran pintor en su retrato de Jerónimo Holzschuher, ese ideal de noble virilidad, ese tipo de un ciudadano. Durero ejerció sobre la pintura germánica influencia semejante á la de Juan Sachs en la esfera de la poesía, y sus pinturas y retratos son tan populares y teutónicos como lo fué la poesía dramática de su compatriota el vate. Pero Alberto Durero tuvo más fortuna, si la felicidad de la vida la constituye la gloria. Pues el pintor alcanzó aplausos en todos los tiempos, mientras el cantor, á quien sus contemporáneos habían colocado en puesto tan alto, cayó en el desprecio y fué hasta objeto de burla de un pueblo que se había olvidado de todo lo nacional."

Así sucedió en el siglo XVII, en que á los amantes de la poesía erudita de entonces, vestida á la latina ó á la francesa, no les gustaba el antiguo traje patrio de las poesías de Juan Sachs. Entonces se escribió en tono de mofa aquel verso alemán:

"Hans Sachs war ein Schuh
Macher und Poet dazu."

(Juan Sachs hizo á la par zapatos y versos.)

No pensaron aquellos locos que es el timbre eterno del hijo de Nuremberg haber sido á la vez y con todo su corazón ciudadano y poeta. Pero llegó la hora en que un espíritu afín al suyo, un genio aun mayor, Goethe, que fué también á la vez ciudadano y poeta,

MCD 2022-L5

recordó á la nación alemana su olvidado ciudadano y poeta. Goethe le erigió un monumento en el siglo pasado en la poesía titulada *La misión poética de Juan Sachs*. Lo erigió cuando el espíritu germano, despertando de largo sueño, levantaba otra vez las alas. El pueblo alemán le honró con una estatua cuando el águila germana había realizado ya su vuelo gigantesco; el pueblo alemán le pagó el debido tributo en el nuevo Imperio germánico á la formación del cual había contribuído también Juan Sachs, y para honrarle eligió el día de San Juan, que para nuestros mayores era una fiesta de luz triunfando de las tinieblas.

Juan Sachs, que falta en la Walhalla del rey Luis, no ha de faltar en la mía.

Hablemos primero de sus poesías y después de la vida del bardo.

Si éste no fué un genio de primer orden que subió con gozo á la empinada cumbre del Parnaso germano para cantar desde allí lleno de inspiración la libertad y la virtud, fué un talento felicísimo dotado de humor encantador, un bardo que superaba á todos los *meistersinger* y á los poetas de Nuremberg que le precedieron, Folz y Rosenplüt, por la variedad de la invención y de las formas, por la profundidad moral y por la expresión viva y natural. El oficio no le encorvó las espaldas, sino que libres contemplaban sus ojos desde su cuarto el hormiguero del mundo humano,

MCD 2022-L5

volviéndose ora hacia atrás, ora hacia adelante. Cada línea, cada verso suyo respira verdadero gozo nurembergués. Pero nos extraña que no tenga alabanza alguna para el arte patrio, que cuando él vivía había alcanzado su apogeo, adornando las iglesias de San Lorenzo y San Sebaldo, y al cual añadió para gloria de Nuremberg los timbres del canto.

No caminando, sino volando sin tregua de creación en creación, se hizo el más fecundo de los bardos alemanes y el rey de los *meistersinger,* aquellos ciudadanos poetas, aquellos menestrales bardos que en el siglo XIV sustituyeron en Alemania á los trovadores caballerescos, á los cantores del amor y de las mujeres, á los líricos áulicos del siglo XII y XIII, llamados *minnesinger,* siendo el último de éstos el conde Hugo de Montfort, que hizo versos á caballo, en la caza, en el campo y en la selva, y que, no sabiendo escribir ni leer, mandaba escribirlos á su cazador Burk Mangolt. Por los *meistersinger* la poesía entró en las ciudades y en los gremios, pero encerróse en reglas y cláusulas, oponiéndose al fácil vagar de la inspiración la aridez del precepto. Pues los *meistersinger* no consideraban la poesía como juego libre de la fantasía y del sentimiento, sino que en el siglo XVI hicieron de ella un arte que se aprendía, dando la mayor importancia á la forma, á la estructura del verso, á las rimas. Pero si estos bardos — cuyos cantos servían casi todos á

fines santos,—teniendo por asunto historias bíblicas, no representaban la verdadera poesía, el lirismo puro, representaban en cambio lo mejor del pueblo alemán, la severa honradez, la actitud moral, el amor al hogar, la unidad fiel de los ciudadanos.

Atribuyeron el origen de su arte á doce maestros, entre los cuales se encuentran los *minnesinger* Walther von der Vogelweide, Juan Luis Marner, Bartel Regenbogen y Frauenlob y algunos personajes míticos. Lo cierto es que el canto de los *meistersinger* no es sino el fin del de los *minnesinger,* no es sino la forma yerta de la lírica artificiosa.

Pasaron ya los tiempos
En que, lamiendo rosas,
El céfiro bullía
Y suspiraba aromas" (1).

Ya pasó la época gloriosa en que los bardos caballerescos pulsaban solícitos la lira de oro que recibieron del cielo, trayéndoles las brisas murmuradoras el secreto de la armonía que nos dejaron vaciada en el molde de sus versos; pasaron ya los tiempos en que esos cantos de los *minnesinger,* tiernos como el del sauce que vive escondido entre las marañas del bosque, y dulces como los trinos del ruiseñor; esos cantos, música divina inspirada al genio por el amor á la Virgen, á Dios

(1) Lope de Vega.

y á la mujer, encontraban eco en los castillos de los príncipes, de los condes y de los nobles, como lo encuentran la brisa en las hojas que agitadas repiten su rumor, la abeja y el pájaro en los aires que llevan en sus alas invisibles su susurro y su gorjeo, la fuente en el valle florido que acoge ufano su murmurio.

Maguncia fué la cuna y la primera escuela del canto de los *meistersinger*. Allí se conservaron los privilegios y las gracias que habían recibido de los soberanos, y las armas que debieron al emperador Carlos IV.

Desde Maguncia llegó el canto de los *meistersinger* á las ciudades de la Alemania del Sur, existiendo en Nuremberg, cuando floreció Juan Sachs, doscientos cincuenta *meistersinger*, que en los domingos por la tarde y en los días de fiesta celebraban sus sesiones. Antes de la Reforma se verificaron éstas en las Casas Consistoriales, después en la iglesia de Santa Marta, y por fin en la de Santa Catalina de Nuremberg.

En aquellas sesiones se reunieron los *maestros*, llamándose así los que habían inventado una nueva estrofa, un nuevo tono, una nueva melodía. Asistieron los *singer*, es decir, los que cantaban aquellas melodías; los *poetas*, á saber, los que adaptaban sus versos á los tonos inventados por otros; los *amigos de la escuela* que conocían las reglas llamadas *tabulatura*, los *discípulos* y numerosos ciudadanos y ciudadanas. Presidieron la Asamblea

los *merker*, es decir, los censores, los críticos, los Aristarcos, conservando el más anciano de ellos la llamada *joya* de los *meistersinger*, la *Orden de David*, que era una rica cadena de plata que se ceñía al cuello de quien había cantado sin defecto. El segundo premio consistía en una corona de flores de seda; pero, lo mismo que la *joya*, ésta quedaba en poder de la Sociedad. Las mejores poesías se inscribieron en un gran libro que guardaba el *büchsenmeister* (cajero). Cada canto de los *meistersinger*, llamado *bar*, constaba de tres estrofas, debiendo constar cada una al menos de siete rimas, sin que hubiese inconveniente en que contuviera hasta ciento. No es posible imaginar títulos más curiosos que los que llevaban los tonos ó melodías inventadas por los *meistersinger*, por ejemplo, la melodía de la paja, la de la flor del azafrán, la de la amarilla piel de león, la breve de la mona, la de la tinta negra, la del arco de Cupido, la del tono dorado de Wolfram, la del tono de espejo, la del tono largo de Marner, la caballeresca de Frauenlob.

A fines del siglo XVII se usaron en Nuremberg doscientos veintidós de aquellos tonos ó melodías, y Juan Sachs durante su larga vida inventó trece, pero no mandó imprimir ninguno de sus cuatro mil doscientos setenta y cinco *meisterlieder*, es decir, de los cantos suyos que salieron de la escuela de los *meistersinger*. Hasta hace poco se explicó ese he-

cho suponiendo que el poeta había despreciado aquellos cantos suyos; pero cuando en 1853 el Dr. Herzog descubrió en el archivo del Consejo de Zwickau seis tomos de *meisterlieder* y otros seis de *spruchgedichte* (poesías que no se cantan, sino que sólo se recitan) de Juan Sachs, se conoció que los *meisterlieder*, las canciones propiamente dichas que hizo como *meistersinger*, no son sino las preparaciones para las *spruchgedichte*, prefiriendo el bardo para la imprenta y para el pueblo la forma sencilla de estas últimas, á la artificiosa de los *meisterlieder*.

Sachs no hubiera merecido los aplausos de Goethe si no fuese más que el rey de los *meistersinger*, pues el arte de éstos se había apartado de la genuina poesía popular; pero Sachs unió el arte de la escuela de canto de Nuremberg con la poesía popular, teniendo el hijo de aquel enlace por padrinos al humanismo y á la leyenda.

En las *spruchgedichte* (las poesías que Juan Sachs mandó imprimir) hay una sin par riqueza de asuntos, cantándolo el poeta todo, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que se cría en la muralla. Y es claro que al cantarlo todo, canta también mucho que no merece cantarse y que jamás será poesía. Pero á él le movió siempre un fin: se proponía enseñar al pueblo entreteniéndolo y deleitándolo. Como fuentes de sus poesías, el culto bardo zapatero, el noble adalid de las letras,

aprovechó á Plutarco, Herodoto, Jenofonte, Herodiano, Josefo, Tito Livio, Valerio Máximo, Justino, Suetonio, y á Homero, Ovidio, Apuleyo, Plinio, Diodoro, Stobeo, y las crónicas de Sebastián Frank y de Schedel; en fin, cuanto pudo encontrar lo convirtió en cantos ó poesías.

Entre las didácticas mencionaremos la del *Schlarafenland* (tierra de pipiripao, que hoy podríamos llamar de Jauja), poesía que encanta por su ironía deliciosa.

Lo más acabado que compuso fueron sus *Schwänke* (narraciones jocosas) y sus *Fastnachtsspiele* (juguetes de Carnaval). Como prueba de las primeras citaremos el *Kifferbsenkraut* (la arveja), en que el poeta, con el buen humor más feliz, pinta la guerra doméstica, la actividad de una mujer regañona, usando un juego de vocablos con las palabras alemanas *Kifferbsen* y *Keiferbsen*, queriendo decir la primera arveja y la segunda regañar.

Entre los juguetes de Carnaval debe citarse como el más ejemplar el *Narrenschneiden* (la expulsión de locuras). Estos juguetes son plantas genuinamente nurembergueses, que cultivaron ya Rosenplüt y Folz; pero mientras éstos recordaban demasiado que el Carnaval es el rey del desenfreno y de la disipación, Juan Sachs sustituyó á lo lascivo lo puro y lo moral, y en sus juguetes encuéntrase ya el germen de todo lo que constituye un buen drama. Sus dramas propiamente di-

chos no son sino narraciones dramatizadas. El que dirigió la escuela de los *meistersinger* de Nuremberg se presentó también en las tablas y contrajo méritos respecto al arte teatral.

Al sumar en 1567 todas sus poesías contaba cuatro mil doscientos setenta y cinco *meisterschulgesänge* (cantos de la escuela de *Meistersinger)*, mil setecientas narraciones poéticas y doscientos ocho dramas.

Contribuyó á propagar la Reforma en Nuremberg con sus popularísimos *Diálogos* escritos en prosa, con su robusta poesía que en 8 de Julio de 1523 escribió en honor de Lutero bajo el título de *El ruiseñor de Wittenberg,* y con la sentida composición que dedicó á la muerte de este héroe de la Iglesia evangélica. Produjo también poesías sagradas, que hallaron cabida en los devocionarios evangélicos.

En cuanto á la vida del tan amable como diligente zapatero bardo, él mismo la narró en una poesía á la cual llamó su *Valete* (Adiós), porque en ella, escrita en 1567, quiso despedirse de la musa. Pero en eso se equivocó, pues continuó escribiendo versos hasta sus últimos años.

Nació Juan Sachs en Nuremberg, el 5 de Noviembre de 1494, de un acomodado sastre, Jorge Sachs, y de su mujer, Cristina; según parece fué el único fruto de aquel matrimonio. Como hijo de un ciudadano de Nurem-

MCD 2022-L5

berg, visitó una de las cuatro escuelas de esta ciudad, en la que aprendió el latín, trocándola á la edad de quince años por el escabel de zapatero para dedicarse á un oficio que, según demuestra el ejemplo de Jacobo Boehme, deja mucho tiempo para la meditación.

Lo primero que hizo cuando aprendiz fué dejarse instruir en el arte de los *meistersinger* por el tejedor Lienhart Nunnenbek, que, habiendo sido agraciado con la Orden de David, tenía el derecho de acoger discípulos. La enseñanza en las reglas del canto fué gratuita. A la edad de diez y siete años emprendió Juan sus viajes, que le condujeron á Ratisbona y Passau, á Salzburgo, Wels, Munich, Landshut, Wurzburgo, Francfort, Coblenza, Colonia y Aquisgrán. En Munich compuso su primer canto *(meisterlied)* como *meistersinger:* una *Alabanza de Dios.* Vuelto á Nuremberg, en 1516 contrajo matrimonio con Conegunda Creutzer, de la que tuvo siete hijos. Murieron todos menos una hija, pero en los niños de ésta le quedaron al poeta esas flores animadas que constituyen el encanto del hogar, esos angelitos cuyas palabras son como gorjeos de pájaros y cuyas sonrisas semejan destellos de luz purísima. Cuando él, que en sus poesías no celebró el amor, el dulce don de Venus, pero sí el matrimonio, ese amor puro ante Dios y los hombres, perdió en 1560, después de un matrimonio feliz de cuarenta años, á su querida mujer, tembló en sus pu-

pilas una lágrima amarga y pareció que le faltaba todo consuelo; pero después de transcurrido año y medio le sonrió por segunda vez la felicidad del amor, y se enlazó con Bárbara Harscher, la amable hija de un hábil peltrero, en cuya alabanza escribió una poesía amorosa inspirada como ninguna suya, pintando la gracia de su persona, la frente tersa como mármol, la boca ardiente cual rubíes, los dientes blancos como perlas, el color de leche de sus mejillas y el oro de sus cabellos. Aquella tierna poesía de quien hacía años se pintó á sí propio como hombre gallardo—así se le ve en retratos suyos grabados en madera que todavía existen,—parece la composición de un joven enamorado, la de un *minnesinger* de los tiempos pasados, la de un trovador de los amores.

Continuó escribiendo versos, alcanzando siempre aplausos, aunque no quería que se le alabase, y sólo en 1527, cuando escribió versos satíricos contra el pontificado para un libro del cura de San Lorenzo de Nuremberg, Andrés Osiander, el Consejo de su ciudad natal le mandó que se cuidase más de su oficio.

Dedicóse á la vez á éste y á las musas hasta que se cansaron sus manos y perdió la fuerza del espíritu. Cuando anciano se le vió sentado ante una mesa teniendo siempre delante libros, sobre todo la Biblia; pero no hablaba, sino que saludaba sonriendo á los visitantes: ya era un anciano encogido, y, á

manera de las sombras de Homero, parecía que continuaba absorto en su vida pasada, llenándole todavía el antiguo afán de actividad espiritual. El que durante cincuenta y cuatro años trabajó incesantemente para enseñar y deleitar á millares de seres, se despidió del mundo como un niño. Lentamente extinguióse la luz que tanto había brillado. Falleció Juan Sachs el 19 de Enero de 1576, en su casa, situada en la parroquia de San Sebaldo, en la calle del Hospital, y fué enterrado el 21 del mismo mes en el cementerio de San Juan de Nuremberg. Ignórase dónde se encuentra su tumba, pues la que lleva su nombre y la fecha de 1589 encierra los restos de un tocayo suyo que fué confitero.

No puedo arrodillarme ante tu silencioso sepulcro, querido tocayo mío, vate de Nuremberg, noble Juan Sachs, pero sí inclinarme respetuoso ante tu genio. El pueblo germano, que escribió en su bandera la regeneración política de Alemania, ha recordado agradecido tu nombre, y, cumpliendo lo que presagió Goethe, "ha ceñido tu frente de una corona de encina eternamente joven" (1).

1879

(1) Mientras yo he escrito sólo acerca de dos zapateros célebres, Juan Sachs y Jacobo Boehme, un paisano mío, Schmidt-Weissenfels, acaba de publicar en Stuttgart un libro curioso que contiene noticias relativas á doce discípulos reputados de San Crispín, así como en otra publicación no menos entretenida y amena se ocupaba de otros tantos renombrados sastres, proponiéndose dar á la estampa las

biografías de doce celebridades de cada oficio. En el opúsculo titulado *Doce zapateros* menciona dicho autor, como glorias de aquel gremio, al filósofo Simón de Atenas, al hombre político Alfeno y al primer cuáquero, Jorge Fox.

El contemporáneo de Hippias, el zapatero Simón de Atenas, gozó del trato de Sócrates y eternizó el recuerdo de sus conversaciones con el gran pensador en los treinta y tres *Diálogos socráticos*. Lo mismo que Sócrates, frecuentó Pericles el taller del zapatero filósofo, y procuró en vano moverle á que renunciase á su oficio para dedicarse al servicio de la república, pues Simón no quería vender su libertad, y cifraba su orgullo más en hacer coturnos y zuecos, que en la política. En cambio, el zapatero Alfeno Vario, que cuatrocientos años después vivió en la ciudad de Cremona, y que ya cuando joven llevaba el cargo de la ciencia, teniendo fama de gran conocedor de leyes, y siendo como el abogado privado de sus conciudadanos, subió en Roma, en alas de su ambición legítima, desde el escabel de zapatero á la tribuna de abogado público. Buscado, solicitado y aplaudido en todas partes, obtuvo gran celebridad por sus discursos forenses, y le otorgaron la más alta distinción nombrándole burgomaestre de Roma un año después del nacimiento de Nuestro Señor. Escribió, como burgomaestre, los cuarenta libros de *Digestos*, que tan necesarios son para el jurisconsulto, como los *Diálogos socráticos* de Simón de Atenas para el filósofo, y murió en su honrada senectud, siendo enterrado á expensas de la ciudad que le había nombrado burgomaestre. Horacio le dedicó tres líneas en sus sátiras (lib. I, pág. 3, verso 130 á 133). Otro zapatero afamado fué el fundador de la secta de los cuáqueros, Jorge Fox, que podría llamarse el Boehme inglés. Así los zapateros lo han abrazado todo: Filosofía, Jurisprudencia, Religión y Poesía. Un doctísimo zapatero, Benedicto Balduino, aspiró á la gloria, dando á luz en 1711, en Leiden, una obra científica relativa á su propio oficio, titulándola *De calceo antiquo et mystico*.

FIN DEL TOMO DÉCIMO

MCD 2022-L5

ÍNDICE

Páginas

Goethe..... 5
Schiller..... 69
Hans Cristián Andersen..... 175
Jorge Herwegh..... 183
Fernando Freiligrath..... 189
Carlos Simrock..... 215
Guillermo Müller, Juan Jacobo Cristián Donner..... 229
Manuel Geibel..... 237
Gotoldo Efraim Lessing..... 263
El padre de *Fernán Caballero*..... 283
José Víctor de Scheffel..... 301
Federico Diez..... 319
Enrique de Kleist..... 345
Anita Isabel de Droste-Hülshoff..... 353
Luisa Hensel..... 361
Godofredo Augusto Bürger..... 367
Juan Jacobo Guillermo Heinse..... 375
Juan Sachs..... 381

MCD 2022-L5

MCD 2022-L5